

Muerte en cinco cajas

Carter
Dickson



Selecciones del Séptimo Círculo

Lectulandia

Cuatro personas inmóviles se hallaban alrededor de una casa cerrada desde el interior. El propietario, Felix Haye, había muerto apuñalado; los otros tres, sus invitados, se encontraban en gravísimo estado por ingestión de veneno. Las primeras pistas se hallaron en los bolsillos de los intoxicados. El cirujano *sir* Dennis Blytone poseía cuatro relojes de bolsillo; la crítica de arte Bonita Sinclair, un paquete con cal viva y fósforo; el egiptólogo Bernard Schumann, el herrumbroso mecanismo del timbre de un despertador. Demasiado equipaje para un viaje tan corto.

Lectulandia

Carter Dickson

Muerte en cinco cajas

Selecciones Séptimo Círculo - 44

Henry Merrivale - 8

ePub r1.2

Akhenaton 22.11.14

Título original: *Death in Five Boxes*
Carter Dickson, 1938
Traducción: Marta M. de Sánchez Albornoz
Selecciones del Séptimo Círculo nº 8
Colección creada por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares
Dirigida por Carlos V. Frías

Editor digital: Akhenaton
Retoque de portada: Orhi
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

EL PARAGUAS ASESINO

A la una de la madrugada, el doctor John Sanders cerró su laboratorio. Todavía estaba devanándose los sesos para averiguar cómo habían introducido el arsénico en el helado; se trataba del caso Smith, y tenía que presentar un informe a finales de semana. Estaba cansado y le dolían los ojos por el prolongado esfuerzo. Para despejarse la mente, decidió regresar andando a su casa.

El Instituto Harris de Toxicología está en Bloomsbury Street. Sanders fue el último en abandonar el edificio, que cerró con llave con su acostumbrado esmero. Cuando dobló hacia Great Russell Street, empezaba a caer una fuerte llovizna. La recibió con agrado; era como aire puro. El murmullo de la lluvia constituía el único ruido en la larga callejuela entre aquel lugar y Tottenham Court Road. La serena incandescencia de los faroles de la calle intensificaron la oscuridad de las casas, excepto en un sitio.

Nunca pudo saber por qué reparó en él. Luego recordó solamente que caminaba en ese ocioso estado de letargo en que la mente se fija en bagatelas. Había allí una angosta casa dieciochesca de ladrillos rojos, de tres pisos, con buhardilla, al parecer alquilada para oficinas. Dos de las ventanas de la buhardilla estaban iluminadas, brillando detrás de blancuzcas persianas, que resaltaban, vivas y solitarias, en la calle muerta. Sanders siguió mirándolas distraídamente a medida que se acercaba. Fuera de la casa había un farol, que alumbraba parte del pequeño zaguán.

Entonces vio que alguien le miraba, de pie junto al farol.

—Perdone —dijo la voz de una muchacha.

Sanders se sobresaltó, porque hubiera podido jurar que la calle estaba desierta. Primero pensó en una vagabunda nocturna cualquiera, y apresuró el paso. Pero una mirada le hizo dudar. La muchacha llevaba un abrigo corto de piel color castaño, con las puntas del cuello entrelazadas como una corbata. No llevaba sombrero. La luz de gas brillaba con aire grave sobre el pelo castaño echado a un lado, y daba a su frente un color espectral. Las finas cejas ascendían levemente en los extremos; tenía los ojos pardos, muy bonitos, y la nariz corta y recta. Las gotas de lluvia corrían por la acera y repiqueteaban acompasadamente bajo el farol. La calle se había llenado con su murmullo.

—Usted es el doctor Sanders, ¿verdad? —preguntó.

—Así es.

—Y está relacionado con la policía —se apresuró a decir la voz suave y agradable, más como afirmación que como pregunta.

—¿Con la policía? No, no exactamente, yo...

Ella se acercó.

—¡Oh, por favor, no se desentienda! —dijo, entrelazando las manos—. Usted tiene algo que ver con la policía. Sé que sí. Le oí prestar declaración en el caso Holtby.

—Sí, hago algunos trabajos para la Oficina de Análisis del Ministerio del Interior. ¿Tiene algún problema? ¿Puedo ayudarla?

Dijo esto a pesar de su reserva natural. Ella se acercó aún más. El ruido de la lluvia era cada vez más fuerte; unas pocas gotas brillaron sobre el pelo y sobre las hombreras de la chaqueta de piel. Hasta que salió de las sombras, Sanders no notó cuán atractiva era.

—Ha hecho su testamento esta noche, antes de salir —explicó la joven—. Eso es lo que me asusta.

Sanders la miró con asombro.

—Sé que debo de parecerle horriblemente estúpida —prosiguió—. Pero es importante, realmente importante, y se lo explicaré en un minuto. Pero ¿puede hacerme un favor? ¿Lo hará? Soy Marcia Blystone. Soy dibujante.

Quizá usted conozca a mi padre, *sir* Dennis Blystone. ¿Ve esas ventanas, allá arriba, las que están encendidas? ¿Vendrá conmigo hasta allí? Será cuestión de uno o dos minutos. ¿Vendrá?

—Sí, por supuesto, si es necesario. Pero ¿por qué?

—Porque tengo miedo de subir sola —respondió, simplemente.

John Sanders, cuya constante preocupación por la medicina legal le impedía mirar la vida, echó un vistazo a ambos lados de la calle. Un hombre más suspicaz hubiera dudado. Pero en él no había suspicacia alguna. Reflexionó con la misma gravedad y cuidado con que hubiera considerado la diferencia entre las semillas del estramonio blanco venenoso y las semillas del inofensivo pimiento.

—En primer lugar, es mejor que entre y se proteja de la lluvia —expresó, mientras hacía un gesto cortés hacia el zaguán.

—No quería llamar a un guardia —dijo ella apresuradamente—. Pero tenía que encontrar a alguien que supiera algo sobre esto. De todas maneras, debía hablar con alguien. Usted me ha parecido simpático y le he abordado.

La entrada daba a un vestíbulo con puertas de cristal que se abrían a un corredor largo y sucio. A la izquierda del vestíbulo había un tablero en el que estaban escritos los nombres de los ocupantes de los diferentes pisos. El doctor Sanders encendió una cerilla y lo inspeccionó. *Planta baja*, Mason y Wilkins, Contadores Públicos. *Primer piso*, Charles Dellings' Sons, Compra y venta de propiedades. *Segundo piso*, Compañía Importadora Anglo-Egipcia. *Tercero y último piso*, Félix Haye. Este nombre había sido escrito recientemente con grandes letras.

—Aquí es —murmuró—. Félix Haye. No es una oficina. Es un apartamento. ¿Quiere subir?

Sanders empujó las puertas de cristal y comprobó que no estaban cerradas con

llave. Entonces encendió otra cerilla.

—A juzgar por la luz —dijo—. Haye está todavía levantado. No quiero ser curioso, pero ¿qué debo decirle cuando lleguemos?

—Si alguien nos abre la puerta, simule ser un amigo mío, con quien regreso de una reunión. Yo me encargaré del resto. Si no nos abren la puerta...

—¿Qué?

—No sé —admitió la joven, y a él le impresionó su tono de voz: era como si estuviera a punto de gritar.

Las ideas de Sanders eran bastante confusas. Su sentido práctico le decía: «¿En qué diablos me estoy metiendo?». Su sentido conservador le decía: «Nunca he hecho algo semejante». Un sentido inesperado le decía: «Quiero permanecer tanto tiempo como sea posible en compañía de Marcia Blystone».

Trató de encontrar el interruptor de la luz, pero no dio con él y siguió encendiendo cerillas. Había un fuerte olor a oficina y también una atmósfera dieciochesca. Después de pasar delante de las oficinas de Mason y Wilkins, Contadores Públicos, buscaron a tientas una escalera cuyos escalones, cubiertos por el linóleo ordinario, crujían a cada paso como columpios. Estaban a mitad del descansillo del segundo tramo cuando la mano de Sanders tocó algo en la oscuridad.

Encendió otra cerilla mientras estiraba la mano izquierda. A la luz de la llama, vio que sólo se trataba de un paraguas. Alguien lo había dejado en la escalera, apoyado contra la pared interior. Cuando lo tocó, cayó escaleras abajo con un estrépito que arrancó a su compañera un grito ahogado; luego chocó contra la barandilla, rodó varios escalones y pareció romperse.

Con la cerilla levantada, Sanders lo miró fijamente. La empuñadura había quedado separada del resto del paraguas, dejando al descubierto varios centímetros de refulgente metal. Corrió a inspeccionarlo. Era un paraguas-estoque. La empuñadura se prolongaba en una hoja de acero muy fina de unos cincuenta centímetros.

—Es el primero de esta clase —dijo con voz sorprendentemente normal— que jamás...

Pero no sacó la hoja más que hasta la mitad de su vaina, porque observó que tenía manchas de sangre.

El doctor John Sanders, médico asesor del Ministerio del Interior, envainó el estoque en seguida, justo en el momento en que la llama de la cerilla le quemaba los dedos. No sabía si Marcia Blystone había visto lo mismo que él.

—¿Qué pasa? —murmuró ella.

Ya no necesitaban las cerillas. Alguien había encendido una luz en el piso superior. Sanders miró a la joven, que estaba arriba, apoyada en la barandilla.

—No pasa nada —y al decirlo pronunció, probablemente, la mayor mentira de su vida—. Todo está bien. Suba. Nos han alumbrado y...

La persona que había encendido la luz husmeaba desde una puerta entreabierta en el piso de arriba. La puerta de la oficina estaba cubierta por una serie de paneles de

cristal esmerilado que ostentaba una inscripción en letras doradas: *Compañía Importadora Anglo-Egipcia, Ltda., B. G. Schumann, Gerente General*. La misma inscripción aparecía en las puertas del fondo del corredor. De una de ellas salió un hombre de edad, con aspecto de empleado, estirando el cuello. Era evidente que acababa de lavarse las manos y la cara, y aún sostenía la toalla con que se había secado. Su frente descubierta brillaba, la coronilla de pelo grisáceo se le erizaba como si hubiese visto un fantasma. Después de atisbarlos por encima de las gafas, las movió hacia abajo hasta colocarlas casi horizontalmente sobre la nariz, y dijo con toda naturalidad:

—Creo haber oído... ¿Se ha caído alguien?

—Un paraguas —dijo Sanders, alzándolo—. ¿Es suyo? Lo encontramos en la escalera.

Era nuevo, con una empuñadura de madera brillante, de color rojo, y parecía que nunca lo hubieran usado para su fin habitual. El otro lo contempló con expresión a la vez hosca y vagamente contrariada. Su mirada se desvió hacia el otro tramo de la escalera, el último, que conducía a una puerta cerrada, que sería probablemente la del apartamento de Félix Haye.

—¡Oh, un paraguas! —refunfuñó, como si hubiese esperado algo diferente—. No, no es mío. Probablemente pertenece a alguien de arriba —acabó de secarse con energía las manos en la toalla y habló con incisiva dignidad—. Y cuando baje, por favor, recuerde que el interruptor de la escalera está *allí*, y acuérdesese además de apagar cuando salga. Gracias.

Iba a entrar y cerrar la puerta cuando habló Marcia Blystone.

—¿Está *míster* Haye en casa?

Una pausa.

—Oh, sí, sí, está.

—¿Sabe si tiene invitados?

—Creo que sí —replicó el otro, como si tratara de no soltar prenda. Después de dudar, consiguió vencer un evidente deseo de hablar—. Y muy tranquilos han estado, también, esta noche. Ni un ruido han hecho durante varias horas. No creí que llegara a ser una noche tranquila. Primero comenzaron a reír como una tribu de indios salvajes, y pataleaban sobre el suelo. ¿Risa? Nunca habrá oído semejante risa en su vida. Creí que hundirían el techo. ¿Por qué la gente no podrá...?

Refrenándose, arrojó la toalla sobre un escritorio, como si quisiera subrayar su significado. Entonces, entró tranquilamente y cerró la puerta.

Sanders dirigió la vista hacia el apartamento de Félix Haye. Sin mirar a la muchacha, subió el último tramo de la escalera y llamó al timbre. Este producía un repiqueteo intermitente que resonaba con fuerza y parecía penetrar en todos los rincones del piso. Después de haber llamado durante algunos segundos, trató de mover el picaporte. Entonces se volvió hacia la muchacha, que le miraba desde el descansillo inferior.

—No sé qué ha pasado, pero me temo que haya sucedido algo. La puerta está abierta. Voy a entrar. Pero no quiero que usted entre hasta que se lo indique. Dígame solamente: ¿qué temía encontrar?

—A mi padre —contestó.

Dentro, otras escaleras conducían al vestíbulo del apartamento. Estas escaleras, lo mismo que el vestíbulo, estaban cubiertas por alfombras de color castaño claro. Todas las luces estaban encendidas. Ahora, Sanders miraba hacia la parte delantera del edificio, de manera que la simple distribución del apartamento resultó evidente. Delante de él, al final del espacioso vestíbulo, había una cocina que daba a la calle. A su derecha, tres habitaciones que se comunicaban entre sí: un gran salón que también daba a la calle, un dormitorio y un cuarto de baño.

Las habitaciones eran espaciosas, aunque el techo estaba a poca altura. Al alquilar como oficinas los pisos inferiores, el dueño no había tocado esta pequeña obra maestra de artesonado dieciochesco. Sanders se encontró en medio de un inesperado lujo, mientras el pesado tamborileo de la lluvia golpeaba el tejado.

Probó el efecto de su voz, y se preguntó qué diría si alguien contestaba. Nadie lo hizo. Cuando llegó al salón descubrió por qué.

Su primera impresión fue que estaba en presencia de un grupo de figuras de cera o de cuerpos embalsamados. En una rica cámara dentro de la habitación, con pinturas murales a ambos lados de la chimenea, había cuatro maniqués sentados, en actitudes distintas y distorsionadas, delante de una larga mesa de comedor. A los pies de la mesa, había una elegante mujer, con vestido de noche, con la cabeza caída sobre el hombro. A un lado, se sentaba un viejo, con las piernas separadas, de pelo blanquecino y tosco. Al otro lado, un hombre de mediana edad, muy erguido. Finalmente, la cabecera estaba ocupada por un hombre inmenso, gordo, de aspecto jovial, con una tonsura en el pelo rojo. Parecía un monje disipado, y dominaba a los demás.

Los marcos de las ventanas retumbaron al paso de un camión por la calle: el silencioso grupo vibró un poco.

¿Muertos?

No del todo. Desde el umbral, Sanders oyó una extraña respiración. Se acercó quedamente hasta la mujer, cuya mano llena de alhajas yacía sobre una copa de *cocktail* rota y mostraba una herida cortante. El pulso era muy rápido, mucho más de ciento veinte. La piel tenía un descuidado aspecto rojizo. Levantó un párpado y comprendió. La pupila estaba tan dilatada que sólo dejaba un estrecho anillo alrededor del iris.

Moviéndose rápidamente alrededor de la mesa, examinó a cada una de las personas. Aparentemente, ninguna estaba muerta ni corría peligro; pero todas tenían síntomas de haber ingerido un narcótico venenoso. Podía oír el penoso quejido de sus respiraciones bajo el ruido de la lluvia.

El más afectado parecía el viejo de pelo blanco y tosco. Su cara de erudito se

apoyaba sobre la mesa, y su aliento movía suavemente las cenizas del cenicero colocado delante de él. El otro se encontraba en estado grave. Sentado casi verticalmente, con gran dignidad, mostraba la fineza y fuerza de sus manos, en las que sus dedos índice y medio tenían la misma longitud. Delante del primer hombre había una copa de *cocktail*: frente al segundo, un vaso.

Sanders examinó a estos tres, sin encontrar señales de muerte. Pero cuando llegó al cuarto, dio un paso atrás. El hombre gordo de pelo rojo había muerto hacía más de una hora.

Cuando le irguió, encontró la causa de la muerte.

Bueno, así era. En primer lugar, tenía que encontrar un teléfono y conseguir una ambulancia para los narcotizados. Había un teléfono sobre la mesa que estaba entre las dos ventanas con persianas blancas. Tomándolo con ayuda de su pañuelo, no tardó en descubrir que estaba tan muerto como el hombre pelirrojo.

—¡Doctor Sanders! —gritó Marcia Blystone.

Oyó crujir las viejas tablas del suelo del vestíbulo bajo la espesa alfombra. Para que la chica no se enterara de lo sucedido, se apresuró a salir al vestíbulo y a cerrar la puerta del salón. Marcia le esperaba, con las puntas del cuello de su abrigo de pieles anudadas tan fuertemente que parecía haber tratado de hacerse daño.

—No podía aguantar más —dijo—. ¿Está mi padre...?

—Quédese tranquila. Todo está bien. ¿Cómo es su padre? ¿Es grande y un poco calvo, con cabello rojo?

—¡Oh, no, por Dios! Ese es Hays. Pero ¿dónde está mi padre? Y ¿qué ha pasado?

—Si su padre está ahí dentro, está bien. Nadie ha sido gravemente dañado con excepción de Hays. Hay varias personas; están narcotizadas, pero nadie corre peligro. ¿Cómo es su padre?

—Es... bueno, es un hombre bien parecido. Sus manos llaman la atención: los primeros dedos de cada mano tienen la misma longitud. Tengo que entrar.

Sanders extendió el brazo.

—Sí, su padre está ahí. Escúcheme. Esa gente ha sido narcotizada; o envenenada, si prefiere. Creo que con belladona o atropina. Pero el único muerto es ese Hays. De todas maneras, tengo que llevarles a un hospital inmediatamente, por lo tanto, bajo a buscar un teléfono. Puede entrar y ver con sus propios ojos si me promete no tocar nada. ¿Me lo promete?

—Está bien —le contestó después de una pausa—. Sí, se lo prometo. De modo que Hays ha sido envenenado.

Sanders bajó las escaleras. Al pasar, recogió el paraguas de empuñadura roja, que había apoyado mecánicamente contra la pared al entrar. No le dijo a la muchacha, por el momento, que Félix Hays no había muerto envenenado. A Félix Hays le habían matado de una puñalada en la espalda, con una hoja larga y fina como la de un estoque.

EL HOMBRE DE LOS CUATRO RELOJES

—Un momento, por favor —dijo Sanders.

Las oficinas de la Compañía Importadora Anglo-Egipcia estaban oscuras. El empleado de edad —que llevaba sobretodo oscuro y raído sombrero— iba a salir, aunque Sanders observó que no cerraba la puerta con llave. Cuando Sanders le llamó, empezaba a andar tranquilamente por el corredor, con torpes zancadas que sugerían, igual que su aspecto, el aire de un perdonavidas. El otro se dio la vuelta, atisbándole.

—¿Habló usted? —preguntó, como si tuviera alguna duda al respecto.

Sanders le mostró su tarjeta.

—Sí. ¿Puedo usar su teléfono? Mucho me temo que esto sea grave. Ha habido un accidente o un asesinato deliberado en el piso de arriba. Varias personas han ingerido una droga venenosa y Hays está muerto.

El otro se quedó quieto durante un momento, y luego lanzó una maldición que parecía todavía más fuerte e inesperada, por salir de tan estirada persona y en forma tan bien articulada. Pero abrió la puerta sin dudar.

—El teléfono está sobre el escritorio —dijo—. Debería haberme imaginado que sucedería eso, con las tretas que se gasta. Es mejor que suba inmediatamente —y agregó, casi en tono acusatorio—: Schumann está allí.

—¿Schumann?

El hombre hizo un gesto con la cabeza hacia el nombre *B. G. Schumann, Gerente General*, que estaba impreso sobre las puertas de la Compañía Importadora Anglo-Egipcia. Todavía estaba absorto y dudando, cuando Sanders marcó el número del Hospital Gifford de Gower Street. Luego, el hombre preguntó:

—¿Cómo está la dama?

Sanders habló sin apartar los ojos del disco del teléfono.

—Perfectamente. Lo ha tomado con calma, si se tiene en cuenta que su padre era uno de los...

—¿Su padre? —el hombre pareció desconcertado, y luego hizo un gesto de exasperación—. Oh, no me refiero a *ella*. No me refiero a la joven que estaba con usted. Me refiero a la señora de pelo oscuro que está arriba, *mistress Sinclair*.

—También está bien.

Pero el hombre ya se había marchado cuando Sanders llamó a la policía. Tratando de grabar en la memoria el nombre de *mistress Sinclair*, Sanders recogió el paraguas y subió de nuevo. Encontró a Marcia Blystone sentada sobre un cofre de roble tallado que estaba en el vestíbulo. Sus piernas, cubiertas por medias de color castaño, con

algunas salpicaduras de barro, estaban estiradas. Miraba fijamente las puntas de sus zapatos de cabritilla. Cuando levantó la vista, él volvió a notar la peculiar luminosidad del blanco de sus ojos, cuya intensidad parecía invadir lo que decía o hacía.

—Dígame la verdad —dijo de repente—. ¿Morirá?

—No.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Marcia, señalando con la cabeza la puerta cerrada.

—El empleado de abajo dice que es una tal *mistress* Sinclair. Pero no sé nada acerca de ella. ¿Reconoció a alguien, además de su padre?

—Bueno, está Hays, el que está... —se detuvo—. Así que sólo hay una persona que no conocemos: el viejo de pelo blanco. Pero ¿qué demonios ha pasado? ¿Me lo puede decir? Dice que han sido envenenados con belladona o algo así...

—Atropina, es más probable. Es el alcaloide de la belladona.

—¡Oh, atropina, entonces! Quiere decir que alguien ha tratado de matar a todo el grupo.

—Posiblemente —admitió él, con cautela—. Quizá la usaran solamente como droga para anestesiarles. La atropina produce una especie de delirio. Antes de que la víctima sepa qué le pasa, queda inmovilizada. Pero creo que usted puede ayudarles.

—¿Yo?

—Sí. ¿Qué temía que le sucediera a su padre al venir aquí esta noche?

Ella dio un salto como si esto la sorprendiera y, durante unos segundos, pareció confundida. Sin embargo, sus primeros temores habían sido verdaderos, como era verdadero el miedo que sentía en este momento.

—Yo... Yo no sé.

—Pero... —comenzó Sanders, con cierta exasperación. Casi iba a decir: «Pero, mi estimada jovencita», con su más seco tono de profesor, como cuando una alumna aplicada del Instituto pasaba por alto una premisa lógica y evidente. Sin embargo, no quiso decirlo—. Pero tuvo que haber algo...

—Sí. Sé que mi padre odia a Hays como al veneno —hizo una pausa por la poca feliz elección de las palabras, y pareció retorcerse por dentro—. Sin embargo, insistió en venir. Además, hoy ha llamado a su abogado y ha hecho testamento. También ha estado comportándose de forma extraña. El...

—Sí, siga.

—Esta noche, antes de salir —dijo Marcia, mirándolo fijamente—, se ha puesto cuatro relojes en diferentes bolsillos.

—¿Cuatro qué?

—Relojes. Máquinas para saber la hora. ¡Oh, usted debe de pensar que soy terriblemente tonta, pero no es así! Es absolutamente cierto. Jefferson le ha visto cuando lo hacía. Es su criado. Me ha hablado de ello, pues también estaba preocupado. Después de ponerse el traje de etiqueta, mi padre ha introducido un reloj

en cada uno de los bolsillos del chaleco, y uno en cada uno de los bolsillos del pantalón. Ha ido a la habitación de mi madre para buscar uno de los relojes, y le ha pedido otro prestado a Jefferson, porque él no tiene cuatro relojes.

Sanders se detuvo cuando iba a preguntar, con la curiosidad de un hombre de ciencia, si *sir* Dennis Blystone estaba loco. Pero no había observado nada en él que lo sugiriera: un hombre bien parecido, como había dicho su hija, erguido ante una mesa grotesca.

—Sí, pero ¿qué quería hacer con cuatro relojes?

—¿Cómo quiere que lo sepa? Si lo supiera, no me preocuparía tanto.

—¿Todavía tiene los relojes encima?

—No sé —contestó precipitadamente Marcia—. Usted me ha dicho que no tocara nada y le he obedecido; sólo he querido asegurarme de que no estaba muerto —nuevamente le miró, quedándose muy quieta—. Además, sabe muy bien que Félix no ha sido envenenado. Ha sido apuñalado, y me parece que con ese estoque que estaba dentro del paraguas, ese que usted cuida tanto.

—Sí —admitió Sanders.

Hubo una pausa.

—Por eso he preguntado qué ha sucedido —insistió ella—. Alguien ha tratado de matarles a todos, o tal vez sólo adormecerles...

—¿Uno de su mismo grupo?

—Tal vez —dijo la joven bruscamente—. Tal vez alguien ha puesto una pequeña dosis de veneno en cada una de las bebidas, menos en la propia, y ha fingido que bebía el veneno. Cuando todos han perdido el conocimiento ha matado a Hays, y luego ha tomado un poco de la droga para que más tarde nadie supiera quién lo hizo; o también, y esto parece mucho más sensato, alguien de fuera ha envenenado las bebidas. Cuando las cuatro personas han quedado inconscientes, el de fuera ha venido y ha apuñalado a Hays; y se ha ido otra vez, sabiendo que se sospecharía de alguna de las personas de la habitación.

Sanders se sentía cómodo cuando tenía que enfrentarse a un problema académico. Era uno de esos jóvenes excelentes a quienes les gusta quedarse toda la noche barajando palabras: cuanto más abstracto y complicado el problema, tanto más de su agrado.

—Hay defectos en el argumento —decidió—. En cualquiera de los dos casos, ¿no habría sido más simple envenenar a Hays directamente? ¿Por qué iba a molestarse el asesino en usar el estoque?

—Bueno, tiene razón.

—Además, si el asesino fuera un extraño que quisiera sugerir sospechas contra alguien de esa habitación, ¿por qué ha salido de la casa y ha dejado el estoque apoyado en un lugar visible en la escalera, dos pisos más abajo? Todo esto —agregó— significa que estamos teorizando sin datos.

—No suena bien —observó Marcia, y sonrió con sarcasmo—. Usted es muy

gracioso y más bien sutil. ¿Qué hacemos con los datos?

Sanders estaba desorientado.

—Los obtenemos —dijo—. ¿Quién era este Haye, y por qué alguien querría matarle? —advirtió nuevamente que ella se salía del tema, encubierta por una blanda e inocente máscara, aunque sus ojos miraban tan atentamente como antes—. ¿Sabe algo sobre él? ¿Acaso es amigo de su padre?

Marcia tenía un sagaz instinto para anticiparse a sus pensamientos.

—Si piensa que es un delincuente —dijo—, un chantajista o algo por el estilo, sáqueselo de la cabeza. Es un corredor de bolsa. Tiene muchísimo dinero. Todo el mundo le conoce. Puede que todo su dinero no haya sido obtenido de forma honrada, pero, por lo menos, lo ha ganado en el mercado de valores.

—¿Le conocía?

—Apenas.

—¿Le resultaba simpático?

—Le detestaba —replicó Marcia, como midiendo sus palabras—. No creía que fuera gracioso y no creía que sus bromas lo fueran, aunque la gente siempre decía que era muy jovial y generoso. Y quería saber demasiado. No quería saber con un fin determinado: solamente deseaba *saber*.

Marcia volvió los ojos hacia la puerta cerrada del salón; y, como en respuesta, la puerta se abrió. Apareció el empleado de la Compañía Importadora Anglo-Egipcia, que dio un portazo enérgico, aunque poco ruidoso.

—Es un buen embrollo —dijo, sacudiéndose. Sanders se dio cuenta, con disgusto, de que había olvidado completamente al hombre—. ¡Bonitas cosas pasan! Digo yo, ¿cómo vamos a explicar todo esto? ¿Eh?

—No tenemos que explicarlo —dijo Sanders—. No ha tocado nada, ¿verdad?

—No me meto en lo que no me importa —replicó el otro, enigmáticamente, y agregó de mala gana—: Mi nombre es Ferguson. Trabajo para Bernard Schumann, abajo, Bernard Schumann está ahí dentro.

—¿Cuál es?

Ferguson empujó y abrió la puerta de nuevo.

Podían ver uno de los bordes de la mesa, sobre la que estaba caído el viejo con cara de erudito y tosco pelo blanquecino.

—Ese. Usted dice que es médico, joven. ¿Está grave?

—¿Quiere saber si vivirá?

—Eso es lo que dije, joven.

—Vivirá —dijo Sanders lacónicamente. Algo de inflexible y de escocés congénito en él, algo que podía vencer una oposición más fuerte que la que pudiera oponer el empleado, se puso en tensión, se irritó ante los modales de Ferguson—. Me preguntaba si podría decirnos algo sobre lo que ha pasado esta noche.

—No. Me voy a casa.

—Bueno, eso es asunto suyo. Váyase a su casa si quiere. Pero la policía tendrá

que ir a buscarle si se va.

Ferguson pareció dejar la observación de lado sin molestarse en comentarla, y se alejó cojeando. Pero antes de que hubiera dado muchos pasos, dudó, y se volvió con cierto brillo en la mirada.

—¿Qué puedo saber de esto? Yo me ocupo de mis cosas.

—Sí. Por eso tal vez sepa algo sobre lo que ha sucedido esta noche. Nos ha dicho que ha estado un rato en la oficina. Esa risa de que ha hablado era probablemente la histeria que produjo la droga cuando hizo efecto. Habrá notado, por ejemplo, si alguien ha entrado o salido durante ese lapso.

Ferguson se encogió de hombros.

—Contestaré a la autoridad competente, si me preguntan. No a usted.

—¿Quiere decir que no desea colaborar?

—Quiero decir que no me siento obligado a ayudarle.

—¿Y su patrón?

—Bueno, ¿qué ocurre con mi patrón? —preguntó Ferguson, en voz alta y bien articulada que contrastaba con su aspecto encogido—. Si Bernard Schumann tiene ganas de beber *cocktails* y hacer el tonto a su edad, puede agradecer que no le haya ido peor.

—Me gustaría que fuese más cortés —dijo Marcia, con cierto temor, sin embargo—. No le perjudicaría ayudarnos. Mi padre está allí y...

Ferguson, entonces, se dignó mostrar hasta un poco de interés.

—¿Su padre? ¿Quién es?

—*Sir* Dennis Blystone. El que está sentado frente a Schumann. Alto, alrededor de los cincuenta años...

—¿El de los relojes? —gruñó Ferguson, mirando la alfombra—. No, no le conozco. ¿A qué debe *su* fama?

—Es un gran cirujano —dijo Marcia con frialdad.

Sanders recogió varias impresiones nuevas. Ahora sabía por qué el nombre le había parecido vagamente familiar, y por qué Marcia Blystone había supuesto que le conocía. Aunque el asunto no concernía a su especialidad, recordó que para ciertas clases de operaciones del cerebro se reconocía que Blystone era el *hombre*. Pero esto le interesaba menos que la entonación de la voz de Ferguson; y esa pregunta acuciante: «¿A qué debe *su* fama?», insinuaba fuerzas más oscuras en movimiento.

—¿Son todos ellos famosos por algo? —preguntó Sanders.

—¿Lo son? —preguntó Ferguson, cambiando el tono—. No podría saberlo, ¿no es así? Soy solamente el caballo de tiro de Bernard Schumann. Y usted debe ser amigo de Félix Haye. De otra manera no hubiera venido a verle esta noche, de modo que lo sabrá mejor que yo. Pero *mistress* Sinclair, esa hermosa dama que está allí, tiene fama como distinguida crítica de arte, y también como coleccionista, si le interesa saberlo. Bernard Schumann ha sido, por lo menos, condecorado por el gobierno egipcio. Es el único que ha podido reproducir el proceso de

embalsamamiento de la dinastía decimonovena, o al menos así me lo contaron.

El tono con que dijo esto hizo retroceder a Marcia. Sanders no se impresionó. Mantuvo sus ojos en la puerta entreabierta, más allá de la cual el silencioso cuarteto estaba sentado en la mesa.

—Sí —asintió—. Son personas célebres en diferentes profesiones. Entonces, ¿qué estaban haciendo aquí?

—¿Haciendo aquí? —repitió Ferguson—. Debería usted saberlo, joven. Celebrando una reunión. Haciéndose los tontos.

—¿Cree usted? Yo, no.

La voz de Ferguson subió de tono.

—Me gustaría saber de qué está hablando, joven. Félix Hays estaba ofreciendo siempre reuniones mientras que la gente decente prefería trabajar —dijo Ferguson enfurecido.

—Le voy a decir lo que pienso —dijo Sanders simplemente—. No parece una reunión; ahí está el inconveniente. Mire la manera en que cada uno está sentado en un lugar determinado, espaciados alrededor de la mesa como maniquíes en un escaparate, y cada uno con una copa colocada exactamente delante. No parece una reunión casual: parece una reunión de directivos.

La expresión de Marcia cambió.

—Así es —interpuso quedamente—. Algo de este cuadro me ha preocupado todo el rato, y jamás me hubiera dado cuenta de lo que era. Pero usted lo ha visto. Mi padre nunca fue a una fiesta en su vida. No bebe nada, prácticamente: tiene *miedo* de beber. Usted sabe que ahí algo anda mal; terriblemente mal.

Y, como su expresión había cambiado, parecía que la atmósfera del vestíbulo cambiaba también. Hasta el ritmo de la lluvia sobre el tejado era más furtivo. Ferguson, con un movimiento rápido, cerró la puerta. Luego, hizo una sencilla pregunta.

—¿Cuánto sabe? —preguntó.

—Nada —dijo Sanders, que odiaba todo alarde, con ese odio del hombre de ciencia—. Pero es evidente que hay algo que averiguar, ¿no es así?

—¡Yo no he dicho eso, joven!

—Bueno, me gustaría que dijera algo —dijo el doctor, pacientemente—. Usted es un viejo canalla sospechoso. No sé qué pensar de usted ni de sus manifestaciones; pero me parece que la policía sí va a tener motivos para interesarse.

El empleado le miró con una extraña sonrisa de pescado. Era un cambio sorprendente comparado con la hosca condescendencia con que había recibido lo demás.

—La policía no me molestará —replicó Ferguson moviendo escépticamente la cabeza—. Nunca lo ha hecho y nunca lo hará. ¿No le he dicho quién soy? Soy solamente el caballo de tiro de Bernard Schumann. No estoy más vivo que uno de sus escarabajos o momias. ¡Por Dios, creo que usted es un hombre honesto! —agregó,

como si esta idea hubiese entrado lentamente en su cabeza—. Muy bien; voy a hacerle una advertencia gratis. No vaya con cuentos a la policía. Si aprecia su salud, no lo hará. Quédese con sus bichos y con sus drogas y no se meta en lo que no sabe.

—¿Por qué no?

De pronto, Ferguson perdió la cabeza.

—Muy bien, también le diré esto. Eche una mirada a esos cuatro de ahí dentro. Están en una buena posición económica. Son famosos. Duermen en blandas camas y no sueñan. Resultarían encantadores en una reunión parroquial y lo harían con toda naturalidad. Pero ¿para qué quiere saber la verdad? Todos son criminales y, algunos, asesinos. En cierta medida, tiene razón en eso de la reunión de directivos. Hay más astucia y mentira tras sus máscaras de inocencia, y más maldad dentro de sus cabezas, que en el mundo entero. La dificultad estriba en que no se sabe la clase de crimen del que cada uno es responsable; no se sabe quién es quién. No se sabe quiénes son los asesinos y quiénes tienen, en comparación, las manos un poco más limpias. Y nunca se sabrá hasta que sea demasiado tarde. Por eso le digo: hágase el tonto y manténgase lejos.

Le miró con la más intensa seriedad. Luego, antes de que Sanders pudiera hablar, salió cojeando hacia las escaleras. De nuevo, vibró el silencioso cuarteto al paso de un camión por la calle; y Sanders, que no era un hombre imaginativo, sintió en el estómago una nauseabunda sensación que podría haber sido miedo.

EL FANTASMA DE LA OFICINA

Poco después de las dos, Sanders se sentó en la sala de espera escasamente iluminada del Gifford Memorial Hospital, mientras hojeaba, sin mirarlas, las páginas de una revista. Su mano temblaba un poco a causa de la fatiga. Todo estaba aclarado. El veneno era atropina, pero, a juzgar por el tratamiento, casi había subestimado peligrosamente la dosis. Ahora, el doctor Neillsen tenía el asunto bajo su responsabilidad, y la policía se había hecho cargo del apartamento de Hays.

Ese error de cálculo, que podía haber sido grave, fue el resultado de querer aparentar demasiada seguridad delante de la muchacha y de pretender confortarla. Dejó la revista sobre la mesa en el momento en que entraba el inspector jefe Humphrey Masters.

Sanders conocía muy bien al inspector Masters —cara rubicunda, taimado como un fullero, con el pelo entrecano cuidadosamente peinado para ocultar la calva—; era tan afable como las circunstancias le permitían, y las circunstancias actuales le habían sacado de la cama a la una y media de la madrugada.

—Hola, doctor —Masters le saludó cordialmente. Dio un empujón a una silla y puso su cartera sobre la mesa—. Asunto peliagudo éste. Pero qué suerte haberle tenido a usted allí al instante. Siempre agradezco que haya alguien de confianza. ¿Eh?

—Gracias.

Masters se volvió confidencial.

—Acabo de echar una ojeada preliminar al apartamento. Y, mientras los muchachos hacían su trabajo, me dije: es mejor que me dé una vuelta y vea cómo siguen los pacientes. Claro, es una lástima que tuvieran que moverles antes de que llegáramos...

—Mejor es un cadáver que cuatro. El viejo, Schumann, estaba bastante mal.

—Eso me dijo el médico de aquí —dijo Masters, mirándole severamente—. Oh, no digo que lo haya hecho *mal*. Sé que tenía que hacerse. El médico dice que ahora los tres están a salvo; pero es mejor que no se les mueva ni se les perturbe hasta mañana. ¿Puedo contar con eso?

La simple ley de Masters era sospechar de todo el mundo.

—Bueno, Neillsen conoce su trabajo. Aunque tratara de interrogarles, nada de importancia sacaría en limpio esta noche.

—Así es. Por otra parte —dijo Masters en tono imparcial—, el médico me ha asegurado que *mistress* Sinclair ha salido muy bien del paso. Seguramente, no ha ingerido una dosis tan grande como los demás. De modo que no le produciría mucho daño si le hiciera unas preguntas. Con tacto, claro está, y sin excitarla.

—Si Neillsen dice que está bien...

—¡Ah! Estaba seguro de que coincidiría, doctor. Pero, ante todo, quisiera que me hiciera usted una declaración detallada, si no se opone. Miss Blystone está arriba con su padre y no tiene muchas ganas de hablar. ¿Me dará su propia opinión?

Sanders le habló dándole cuidadosos detalles, mientras el otro tomaba notas. Mucho antes de terminar la declaración, Masters estaba paseando por la habitación con el rostro enrojecido y preocupado.

—¡Caramba! ¡Vuelta a lo mismo! —dijo de repente—. Me pregunto qué dirá *sir* Henry de este lío —luego se quedó pensativo—. Es un asunto más raro de lo que usted cree, doctor. Aclaremos algo. Ese hombre, Ferguson, le ha dicho que las cuatro personas de la habitación eran delincuentes, de una clase u otra. ¿Eh?

—Sí.

—¿No habrá sido sólo una manera de hablar? ¿Una metáfora o algo así?

—Desde luego que no lo he entendido así. Si le hubiese oído...

—Todos eran delincuentes y, algunos, asesinos —murmuró Masters—. Ya que Haye está muerto, no me sorprende la última parte. ¿Ha dicho algo más?

—No. Ha bajado y se ha encerrado en la oficina.

El inspector jefe se cogió el labio inferior con los dedos.

—Sí, conozco esa clase de sujetos —asintió—. Mudos como una ostra y enconados como un oso por cualquier cosa sin importancia. Y luego, de pronto, salen con lo que no deberían mencionar. Sin embargo, muy útil para nosotros. ¿Le ha dado Ferguson alguna idea sobre lo que podría haber estado haciendo esa gente allí?

—No.

—¿Pero usted cree que lo sabe?

—Creo que lo sabe o lo sospecha.

—¡Oh! ¡Ah! Ahora dígame —prosiguió Masters—. ¿Qué ha dicho miss Blystone de todo esto?

—¿A qué parte se refiere? —preguntó Sanders, poniéndose en guardia.

—¡Vamos, vamos, doctor! —le apremió Masters, y le clavó sus agudos ojos azules de tal manera que le desconcertó un poco—. Es decir: Ferguson ha afirmado que el padre de ella pertenece a un grupo de delincuentes. ¿Y? ¿Esto no la ha sorprendido o la ha puesto furiosa, o algo por el estilo? ¿Qué ha dicho ella?

—Ha dicho que probablemente el mismo Ferguson había cometido el crimen. Cuando hemos encontrado a Ferguson, al subir las escaleras, acababa de lavarse las manos. Ella ha pensado que se estaba quitando las manchas de sangre.

Habló con tono irónico, y Masters se permitió una indulgente sonrisa; pero los ojos del inspector jefe estaban serios.

—Quizá —convino Masters—. Pero ¿tenía *ella* alguna idea de lo que estaban haciendo allí arriba?

—Lo dudo.

—De todas maneras, ha seguido a su padre hasta allí; y ha debido de esperar en la

calle un buen rato, a esas pecaminosas horas de la noche. Y todo porque su padre había hecho testamento y había salido con cuatro relojes en el bolsillo. Dicen que *sir* Dennis Blystone es un conocido cirujano.

—Sí, es verdad —Sanders se movió con inquietud—. ¿No estamos haciendo demasiadas suposiciones sobre la base de las palabras del empleado de Schumann? Usted es el inspector jefe del Departamento de Investigaciones Criminales. ¿Se les conoce a ellos como tales?

—No doy nada por supuesto, doctor —dijo Masters—. Y no puedo decir que se les conozca de esa manera a ninguno de ellos. Puede estar seguro de que no haré un escándalo sólo por las palabras de ese Ferguson. Pero vamos al caso. Hay una cantidad de cosas sobre las que quisiera conocer su opinión: desde el punto de vista médico y en otros aspectos también. A primera vista —Masters se inclinó hacia delante—, ¿cuál diría que es el rasgo más extraño en este caso, aparte del envenenamiento al por mayor y el de matar con una nueva clase de estoque?

—*Sir* Dennis Blystone y sus cuatro relojes.

—Entonces, se equivocaría. Porque eso es sólo una parte del total —explicó el inspector jefe—. Cuando estaba arriba examinando a los pacientes, me he tomado la libertad de revisar sus ropas. Muy por encima, claro está. Bien, señor: cada uno de los otros, *mistress* Sinclair y Schumann, tenían algo tan estafalario como los cuatro relojes de *sir* Dennis. ¿Quiere saber qué era? En el bolsillo derecho de la chaqueta de su traje de etiqueta. Bernard Schumann tenía el mecanismo de alarma de un despertador...

—¿Qué?

—El mecanismo de alarma de un despertador —repitió Masters con un poco de fruición—. El resorte, el badajo, todo, menos el timbre. Estaba viejo y un poco enmohecido, pero todavía podía funcionar. Además, en el bolsillo superior de su chaqueta llevaba una pieza más bien grande de cristal convexo, como una lupa. ¿Qué le parece?

Sanders meditaba.

—Schumann se ocupa de antigüedades egipcias —señaló—. De manera que no es sorprendente encontrarle una lupa. Pero no veo ninguna razón por la que pueda necesitar las ruedas y los resortes de un despertador. ¿También tenía algo *mistress* Sinclair?

—También —afirmó Masters—. Lo encontré en su bolso, que estaba sobre su falda cuando se sentó a la mesa. Y en él guardaba dos muestras: un frasco con ciento cincuenta gramos de cal viva y un frasco con ciento cincuenta gramos de fósforo.

Hubo un silencio.

—¡Vamos! —agregó, mientras golpeaba solemnemente con un dedo sobre la mesa—. Usted es químico. ¿Para qué quiere *mistress* Sinclair, una dama de sociedad como pocas, cal viva y fósforo?

Sinceramente, Sanders se dio por vencido.

—No sé. El fósforo es un veneno, por supuesto. En realidad, a menudo me he preguntado por qué no se ha usado más. Es absolutamente imposible hallar los rastros del asesino, porque todo el mundo puede conseguirlo. Se obtiene de las cabezas de los fósforos comunes; y dieciséis de ellas contienen lo suficiente para despachar a cualquiera. En cuanto a la cal viva...

El inspector jefe se quedó mirando fijamente a este joven de cara seria, cuya cabeza contenía tantos ardidés ingeniosos para asesinar.

—Ajá, sí —dijo Masters, aclarando su voz—. Pero ¿no sugeriré que aquí se ha usado fósforo como veneno? No. En consecuencia, ¿para qué querría la cal viva y el fósforo?

—Bueno, si vamos al caso, ¿para qué quiere un importador egipcio el mecanismo de alarma de un despertador, y para qué pide prestado un distinguido cirujano unos cuantos relojes antes de salir de noche?

Masters sintió como un dolor. Al mismo tiempo, Sanders tuvo la impresión de que el inspector jefe escondía algo, y de que le gustaba hacerlo. Su figura irradió una aureola de satisfacción. *Sir Henry Merrivale* se habría dado cuenta en seguida; pero Sanders, que sólo sospechaba, comenzó a sentirse incómodo.

—Inspector, ¿qué se trae entre manos?

—¿Qué me traigo entre manos? —repitió Masters, con radiante inocencia—. ¿Qué me traigo entre manos? Nada absolutamente. Sólo me estaba preguntando si usted tenía más sugerencias que hacer.

—No por el momento. A menos que crea que todos ellos son asesinos y que esos artículos son, en cierta manera, pruebas de sus asesinatos.

—¡Ah! Puede ser.

—O puede que no. No diría por su aspecto que usted lo cree. El fósforo es un veneno; pero no se puede matar con un reloj o con un pedazo de cristal.

Ante su sorpresa, Masters se rió estentóreamente.

—Parece el equipo de un brujo, ¿verdad? —preguntó—. Sin ofender a nadie. Si es lo que creo que es, admito que no hay por qué reírse; es uno de los peores asuntos con que me he topado. El hombre a quien quiero ver es ese sujeto, Ferguson. Entretanto, ¿le gustaría acompañarme mientras cambio algunas palabras con *mistress Sinclair*?

Mistress Sinclair había sido instalada en una de las pocas habitaciones particulares del Gifford Hospital. Estaba recostada en una cama barnizada de blanco, y la lámpara de la mesilla brillaba sobre su pelo. El doctor Neillsen le hablaba con dulzura.

La primera impresión de Sanders fue que no parecía una mujer que hubiera pasado por la experiencia de un lavado de estómago, con el agregado de la ipecacuana y el sulfato de cinc. Pensó que se habría estremecido con sólo pensarlo, tal era la impresión de delicadeza que reflejaba.

El desagradable color de las mejillas y la rigidez de su cuerpo habían

desaparecido. Aunque en el apartamento de Haye le pareció un poco más vieja, no podía pasar de los treinta años. *Mistress* Sinclair era dulce, suave y de piernas largas. Su largo pelo, muy oscuro y brillante, estaba recogido detrás de las orejas. Parecía que al retirarse descubría una cara redonda, de gran belleza y sensibilidad, con grandes ojos azul oscuro, boca pequeña y mentón redondeado, pero vigoroso. Se habría dicho que la principal característica de ese rostro era cierta seriedad carente de humor e imaginación. Aunque llevaba una camisa de lana común, la lucía tan pulcramente como si fuera una túnica. En fin, que era una mujer muy atractiva, como evidentemente pensaba el doctor Neillsen.

Masters carraspeó, dudando. Sanders notó más tarde que entre los testigos era la única sobre la que no sabía a qué atenerse.

—Sólo cinco minutos, recuerde —le previno el doctor Neillsen—. Y me quedaré aquí para comprobarlo.

—Por favor, cuénteme. El doctor Neillsen me ha relatado lo sucedido —instó la mujer, en voz baja.

El inspector jefe contuvo sus deseos de blasfemar.

—No hago las triquiñuelas de ustedes, los policías —dijo rápidamente el doctor—. Ustedes hacen su trabajo y yo el mío. Mi tarea es cuidar a mis pacientes.

—Así es —dijo Masters, controlándose y volviendo a ser la persona agradable de siempre—. Como usted sabe, señora, soy un funcionario de la policía y estoy obligado a preguntarle algunas cosas. No se fije en mi libreta de notas. Es sólo una formalidad.

Ella le dio las gracias con una sonrisa atenta, recostándose con natural gracia sobre las almohadas. Las pupilas estaban todavía un poco dilatadas.

—¿Su nombre, señora?

—Bonita Sinclair.

—Casada, ¿verdad?

—Soy viuda.

—¿Cuál es su dirección, señora?

—Vivo en Cheyne Walk 341, Chelsea.

Masters levantó la vista.

—¿Se ocupa... de algo, señora? ¿Tiene alguna profesión?

—Oh, sí, trabajo —dijo, como si éste fuera un punto a su favor—. Soy especialista en pintura; y, a veces, vendo cuadros... Además, escribo bastante para la *National Art Review*.

El inspector jefe cerró su libreta.

—Bien, señora. ¿Sabe que *mister* Félix Haye ha sido asesinado esta noche?

Hubo un silencio, durante el cual ella pareció titubear. Luego, los ojos se le llenaron de lágrimas; Sanders los vio brillar a la luz de la mesilla. Y Sanders estaba dispuesto a jurar que eran auténticas lágrimas.

—Eso es lo que el doctor me estaba diciendo. Es horrible. Detesto pensar en

cosas horribles.

—Bueno, señora; me temo que tengamos que pensar en ellas por un minuto. Quiero que empiece por el principio, y que me diga todo lo que ha pasado esta noche.

Ella se incorporó lentamente.

—Pues no lo sé. Sincera y honestamente, no lo sé. Lo último que recuerdo es que alguien estaba contando un cuento, un chiste. Me ha parecido maravillosamente gracioso, lo más cómico que jamás había oído. Me he reído y reído hasta que me he sentido avergonzada de mí misma. Pero entonces, las cosas se han salido de su perspectiva, y...

—Comience por el principio, por favor. ¿Por qué estaba en el apartamento de Hays?

—Bueno, era una reunión. No una reunión vulgar ni nada desagradable, por supuesto. Sólo una pequeña reunión.

Había cierto tono melindroso en la voz, que hacía juego con la total ausencia de cosméticos en su cara. Todavía estaba innegablemente débil y trémula; y, cuando sacó una mano de debajo de las mantas, se vio que la tenía vendada.

—¿A qué hora fue allí, *mistress* Sinclair?

—Alrededor de las once, me parece.

—Ajá. Pero ¿no era un poco tarde para empezar una reunión?

—Yo... me temo que realmente fue culpa mía. Tenía que hacer tres importantes llamadas telefónicas esta noche, a horas determinadas, y advertí a Hays que me sería imposible estar allí antes de las once. Entonces dijo, para no molestarme, que no invitaría a los demás hasta esa hora.

A pesar de su expresión seria e impaciente, Masters se sentía perdido en medio de la niebla.

—Pero ¿no podía haber telefoneado desde el apartamento de *míster* Hays?

Ella sonrió.

—Me temo que no. Una llamada era a Nueva York, otra a París, la tercera a Roma. Eran llamadas profesionales. Resultaban un fastidio, y soy muy estúpida con esas cosas; pero tenía que hacerlo.

—A lo que quiero llegar es a esto, *mistress* Sinclair. ¿Era *necesario* celebrar una reunión?

—No le entiendo.

—¿Hays tenía algún propósito especial para invitarles?

—Pues... realmente, no sé. Era un gran amigo mío, y me invitó, así que he ido.

Masters, aparentemente no muy seguro de lo que perseguía, desvió su ataque. La niebla aumentó.

—¿Conocía a los demás invitados?

—A Hays, por supuesto, y a *sir* Dennis Blystone. *Sir* Dennis ha pasado a buscarme —a pesar de su palidez se ruborizó— por casa y me ha llevado al apartamento. Pero nunca había visto a Schumann. Le he encontrado encantador.

—¿A qué hora ha llegado al apartamento?

—Eran cerca de las once, me parece. Alrededor de las once menos cinco. Schumann ya estaba allí.

—¿Y entonces se han puesto a beber?

Sus ojos azul oscuro sonrieron, pero su boca no.

—Casi nada. He empezado a beber un *cocktail* y no lo he terminado.

—Sólo uno... —Masters se detuvo, carraspeando fuertemente—. ¿Quién ha preparado los *cocktails*?

—Yo.

—¿Usted admite eso?

—¿Si lo admito? —repitió. Su frente, casi demasiado lisa bajó el cabello oscuro, se frunció como perpleja—. Pero ¿qué hay que admitir? Por supuesto que he mezclado los *cocktails*. No sé si lo sabe, pero cuando iba allí, *míster* Haye no quería beber nada excepto *cocktails Dama Blanca*. Yo... es decir, hacía algún chiste tonto sobre mí. Y siempre insistía en que preparara los *cocktails*, para poder hacer el chiste. Decía: «¿Han probado mi *Dama Blanca*?» o algo parecido, sin sentido —se sonrojó.

—Todos han bebido los *cocktails*, ¿no es así?

—No; *sir* Dennis ha bebido un *highball* a la americana. Pero...

—¿Y no había nada más para beber o comer?

—Nada más.

—Bueno, señora, usted ve por qué le pregunto esto. La droga que han ingerido estaba en esas bebidas. De manera que si pudiera decirme...

—Pero ¡es imposible! —gritó débilmente—. Por favor, no diga esas cosas; no sabe lo que está diciendo. Lo he pensado una y mil veces y le digo que lo que hemos podido ingerir no podía estar envenenado. No, estoy en mi sano juicio y no estoy histérica. Si no me cree, pregunte a los demás. Verá que no hemos podido ingerir veneno, y se dará cuenta por qué.

Se oyó un golpe cuando Neillsen cerró su reloj.

—Pasaron los cinco minutos, Masters —dijo.

—¡Vamos, vamos! —rezongó el inspector jefe, moviendo vagamente su mano y prestándole atención—. Usted entiende, señora...

—He dicho que han pasado los cinco minutos —repitió Neillsen. Masters se volvió.

—¡Oiga! No querrá decir que...

—¿Que no? —dijo Neillsen, inflexiblemente—. No voy a arriesgarme a lo que a menudo pasa después de esto. Lo siento, Masters; pero aquí yo doy las órdenes. ¿Se retirará pacíficamente o llamaré a una pareja de enfermeros para que le acompañen?

El inspector jefe se fue pacíficamente. Sanders sabía que estaba ardiendo, que acababa de comenzar, que ni siquiera había podido mencionar la cal viva y el fósforo; pero Masters estaba acostumbrado desde hacía mucho a obedecer al pie de la letra. Sin embargo, esto no le impidió hacer algunos comentarios de tono subido mientras

bajaban en el ascensor.

—Está jugando con nosotros —insistió—. ¡Caramba, doctor, cómo desconfío de las mujeres que parecen un poema! Aquí hay gato encerrado, y estoy decidido a descubrirlo. ¡El paciente no debe ser molestado! No vacilan en despertarme a medianoche, para decirme que venga a investigar; y una vez que llego aquí veo que está todo por hacer... Digo...

—Corríjame si me equivoco —dijo Sanders—, pero tengo la impresión de que hay algo más en su cabeza.

Masters bajó la guardia.

—Está bien, doctor. Dio en el clavo. Sí, hay algo más. Es esa palabra *imposible*. Pero no puede ser imposible. Esperaba, por lo menos, encontrar aquí un caso claro. Ni habitaciones cerradas ni cadáveres abandonados en la nieve ni ninguna patraña: Y la primera palabra que oigo es *imposible*. Pero no puede ser imposible. ¡Maldición! No hay nada de imposible en que alguien tome una dosis de veneno, ¿no es así? Puede hacerse de mil maneras, ¿verdad? Y si descubro que hay...

Salieron a la sala inferior del hospital, escasamente iluminada, en el momento en que se oía el chirrido de la puerta giratoria del vestíbulo. Tratando de hacer el menor ruido posible sobre el suelo de mármol, un joven, que Sanders reconoció como el sargento de investigaciones Pollard, se acercó de prisa al inspector jefe. El sargento Pollard parecía que se confortaba a sí mismo.

—Más vale, señor, que venga hasta Great Russell Street —dijo—. Ese individuo, Ferguson..., se ha ido.

Masters se encajó el sombrero como un corcho en una botella. Entonces pareció recordar dónde estaba.

—¡Conque se ha ido! —murmuró Masters conteniéndose—. ¡Así que ha volado! Supongo que le han dejado salir por la puerta principal.

—No, señor —dijo Pollard, tranquilamente—. No ha salido por la puerta principal. Y tampoco creo que haya salido por la de atrás.

—Bueno, Bob, no se acalore —murmuró Masters con repentina solicitud—. Tómelo con calma. ¿Dónde está?

—No creía que tuviésemos que apostar un hombre para vigilarle. Y, de todas maneras, Wright guardaba la puerta principal. La última vez que he visto a Ferguson estaba sentado en su oficina, esperando que usted regresara. Dijo que estaría allí cuando se le necesitase. Pero he vuelto a los pocos minutos, he abierto la puerta y... ya no le he encontrado. Sus manguitos blancos, esas cosas que usan los oficinistas, estaban sobre la mesa, y también sus gafas. Pero Ferguson no.

—Le estoy preguntando —dijo Masters—, cómo ha salido de allí...

—Debió de salir por la ventana trasera, señor. Pero no hay forma de descolgarse desde esas viejas ventanas. Resultan muy incómodas en caso de incendio. Seguramente ha saltado.

—¡Santo Dios! —murmuró Masters alzando ambos puños—. Un viejo como ése

ha saltado desde doce metros en la oscuridad, y luego se ha levantado y se ha ido.

Sanders, sin conseguirlo, trató de imaginarse mentalmente el cuadro. Más que nunca ese hosco empleado, con sus remilgos de solterona y sus repentinas acusaciones, se convirtió en la enigmática figura alrededor de la cual giraba el caso.

—Admito que también eso es difícil —dijo Pollard—. No podemos encontrar ninguna huella sobre la tierra húmeda donde debería haber aterrizado si hubiese saltado. Pero la puerta trasera tiene cerrojo y cadena por dentro; y Wright ha estado apostando junto a la puerta principal. De manera que lo único que ha podido hacer es saltar.

—¡Cierto, demonios! —dijo Masters—. Hablaremos sobre esto más tarde, chico. Mientras tanto...

—Pero eso no es todo —siguió el sargento, tratando nuevamente de tomar coraje—. Parece que el tal Ferguson no existe.

Masters se quitó el sombrero. Este forzado diálogo llevado a cabo entre dientes en la resonante sala de descanso de un hospital, parecía haber preparado al inspector jefe para cualquier cosa,

—Mientras le buscábamos —continuó Pollard—, despertamos al encargado del edificio, que dormía en el sótano. Es un irlandés llamado Timothy Riordan; tan suspicaz como suelen ser y con más de media botella de *whisky* dentro. Me parece que el jaleo no le ha despertado antes porque estaba bebido. Pero...

—Mire, Bob, ¿qué demonios trata de decirme?

—Sólo esto, señor. Nos dijo que no hay nadie llamado Ferguson que sea empleado de Schumann. Los únicos empleados de Schumann en la sucursal inglesa, también tiene otra en El Cairo, son dos ayudantes, uno de ellos es un egipcio que está con él hace aproximadamente diez años. Ferguson no existe. Eso es todo.

EN TORNO A LA MESA DEL COMEDOR

Eran cerca de las once de la mañana siguiente cuando Sanders regresó a Great Russell Street, donde había acordado encontrarse con el inspector jefe. No había regresado a su casa esa noche. Había una cama en el Instituto Harris, que a veces usaba cuando trabajaba hasta tarde; y Masters le había dado muy poco tiempo para efectuar el trabajo que le encargó.

En su maletín llevaba una voluminosa colección de copas y botellas del apartamento de Félix Haye. Durante la mayor parte de la noche y la mañana había estado analizando sus contenidos, con resultados que le dejaron boquiabierto cuando los clasificó. Pero no se sentía cansado.

Era una agradable mañana de abril, con un aroma suave de primavera en el aire fresco, y un ribete de sol que se ensanchaba detrás de los viejos edificios. La casa de Great Russell Street proseguía su vida habitual. En los dos primeros pisos, Mason y Wilkins, Contadores Públicos, y Charles Dellings' Sons, Compra y Venta de Propiedades, continuaban sus tareas sin ninguna curiosidad. Pero la Compañía Importadora Anglo-Egipcia estaba cerrada, con un policía frente a la puerta.

Encontró a Masters, animado, recién afeitado, en el apartamento de Félix Haye. Sólo Masters y el sargento Pollard estaban allí. La luz del sol que penetraba por las ventanas que daban a la calle convertía el apartamento en un lugar alegre, aunque todavía conservaba su aire de clandestinidad.

—Buenos días, doctor —dijo Masters—. Creíamos que no vendría. Le llevó mucho tiempo, ¿verdad?

—¡Al diablo! —dijo Sanders—. Es la única vez que podemos acusar a la policía de sacar sus ideas de las novelas policíacas. El inspector siempre dice al químico: «analice esto». El químico de la novela va a su laboratorio, sale inmediatamente, y revela hasta las más mínimas cantidades del veneno más oculto. ¿Tiene alguna idea de cuánto tiempo lleva ese trabajo?

—No importa —dijo Masters con suavidad. Los otros dos le siguieron hasta el salón donde ya no había rígidas figuras sentadas en torno a la mesa del comedor—. Vamos al grano... ¿Hay buenas o malas noticias?

—Diría que malas.

El semblante de Masters se nubló.

—¡Oh! ¡Ah! Debería haberlo esperado. Bueno...

Sanders sacó de su maletín la *cocktelera* de donde sirvieron las bebidas la noche anterior. La habían encontrado sobre una mesita, cerca de la silla de Félix Haye, y todavía estaba a medio llenar.

—Tres de ellos —siguió diciendo Sanders—, bebieron *cocktails Dama Blanca*. La receta es: gin, cointreau y jugo de limón. Pero en lo que quedaba en la *cocktelera*... nada de atropina. Nada.

El inspector jefe silbó.

—Eso quiere decir...

Sanders asintió con la cabeza y sacó las tres copas de *cocktail*.

—En el poso de las copas —continuó—, había atropina, cuya cantidad oscilaría entre un quinceavo y un décimo de grano. A juzgar por los posos, Schumann ingirió la dosis mayor, Hays la segunda y *mistress Sinclair* la menor. Las bebidas originales deben de haber estado cargadas de ella.

Luego sacó un vaso.

—*Sir Dennis Blystone* se sirvió *highball*, un batido americano compuesto de *whisky* de centeno y *ginger-ale*. Bebió sólo la mitad: había cerca de un tercio de grano de atropina en el resto. Finalmente, no había atropina en ninguna de las botellas de la cocina: gin, *whisky*, cointreau, ni en el sedimento del exprimidor de limón. En consecuencia, si el veneno no estaba ni en la *cocktelera* ni en ninguna de las botellas, significa que fue vertido individualmente en cada una de las cuatro copas.

—¿Quiere decir que alguien entró a hurtadillas y envenenó las bebidas después de que fueran preparadas?

—Sí.

—Por lo pronto —observó Masters, después de una pausa—, no puedo pensar en nada más arriesgado. Alguien vierte atropina en cuatro vasos, y no le pescan. Se puede hacer una vez sin que se vea, o tal vez dos. ¡Pero cuatro! —se quedó pensativo—. A propósito, doctor, ¿cuánto se necesita para que la dosis sea fatal?

—Medio grano, generalmente.

—Y en esos vasos, en que sólo quedaba el poso después de haber bebido —insistió el inspector jefe—, ¿todavía había cantidades que llegaban a un tercio de grano? ¡Caramba! Entonces, ¿el tipo que la puso corría peligro de despachar a todos ellos con atropina?

—Un gran peligro, me parece.

Masters miró la mesa del comedor, como si todavía tratara de visualizar las cuatro víctimas allí sentadas. La luz del sol que penetraba a través de las angostas ventanas ponía de manifiesto los colores de las tablas y de las pinturas murales que se encontraban a ambos lados de la chimenea. Los murales eran admirables obras del siglo XVIII; representaban ninfas junto a un lago, y conservaban sus tonos originales con matices como de acuarela.

Sanders se preguntó vanamente cuál habría sido el propósito original de esta habitación, en el último piso de esa casa. La chimenea tenía un dintel esculpido, sobre el que había unas pocas novelas con cubiertas brillantes colocadas entre dos sujetalibros; una caja de cigarrillos, abierta sobre una de las muchas mesitas, y dos ceniceros encima de la mesa del comedor. El paraguas de empuñadura de madera roja estaba

ahora sobre la mesa como un estoque.

—Una gran dosis de veneno en cada bebida —proseguía Masters con tenacidad—. ¿Recuerda lo que dijo anoche *mistress* Sinclair? Dijo que lo podría jurar, dijo que todos lo podrían jurar, que era imposible poner droga alguna en ninguna bebida. Ahora, ¿por qué salió con eso? ¿Por qué se dio tanta prisa en hacernos saber tal cosa? ¿No supone que todos *sabían* que estaban bebiendo atropina?

—No lo creo probable —observó Sanders—. De todas maneras, sería una diversión social un tanto peligrosa. ¿Ha descubierto algo más?

El inspector jefe se mostró sarcástico.

—Buena cosecha de huellas digitales por aquí; probablemente no conducen a nada. El mango de ese paraguas no sirve. Me temo que usted mismo lo ensució, doctor, cuando subió. Evidentemente, es el arma que mató a Haye. Pero nadie parece saber de quién es o de dónde salió. Descubriré eso cuando me ocupe de los testigos. Fueron dados de alta en el hospital esta mañana, y son terreno propicio.

—¿Y qué hay de Ferguson?

—Está bien. Insista en ello. Todo lo que sé de Ferguson —estalló Masters— es que, sin lugar a dudas, se hizo humo. Tengo ganas de poner a prueba a *sir* Henry. Bob tenía razón: no salió por la puerta principal, y no salió por la parte de atrás. He recorrido la parte trasera esta mañana. Hay una cañería para desagüe de lluvia, pero no está cerca de la ventana, y Ferguson tendría que ser primo hermano de un gorila para alcanzarla. No, eso no sirve. Debe de haber saltado, sin dejar huellas en el suelo. Sólo tenemos una pista.

—¿Cuál?

—Dejó sus gafas —gruñó Masters—, y sus huellas dactilares quedaron en ellas. No es que nos vaya a ayudar mucho. No estamos mejor que antes, a menos que esté registrado en Scotland Yard, lo cual no es probable. Por ahora tengo la dirección del abogado de Haye, y voy a mandar al sargento para que le vea. En cuanto a mí, voy a atacar de nuevo a *mistress* Sinclair. ¿Le gustaría acompañarme, doctor?

Sanders tenía ganas de acompañarle. Pensaba que se lo merecía. Fueron hasta Chelsea en un coche de la policía, y pasaron por esa calle que hay al lado del Támesis que parece tener tono otoñal hasta en primavera. Casi podía preverse la clase de casa que poseía Bonita Sinclair: parecía una casa de campo o una casa de muñecas. Los ladrillos oscuros estaban separados por cuidadosas líneas de argamasa blanca; en las ventanas había muchas macetas, que en el verano estarían llenas de rosas; y sobre la puerta verde, una aldaba de bronce con la forma de un gato.

Pero esto no fue lo que hizo frenar violentamente a Masters al detener el coche. A pesar de la primavera y los árboles llenos de brotes nuevos, las largas ventanas que había a la derecha de la puerta reflejaban el resplandor de un fuego. Y, como si paseara cavilando, la figura de un hombre cruzó tras ellas.

—Parece *sir* Dennis Blystone —dijo Sanders.

—Es *sir* Dennis Blystone —resopló el inspector jefe—. ¡Oh, qué torpes! Lo de

siempre... Le dije a Sugden que no le quitara los ojos de encima. Les hice vigilar a todos, a cada uno en particular, para evitar que se comunicaran antes de que yo llegara. ¡Y ahora mire lo que ha sucedido! Ha encontrado la manera de escapar. Venga.

Una pulcra doncella cogió la tarjeta de Masters. Les condujo a una sala de estar, donde Bonita Sinclair y *sir* Dennis estaban sentados a ambos lados del fuego.

Todo tenía un aire hogareño. La mujer llevaba un peinador suelto de color azul, y bebía jerez; su belleza estaba realzada por los reflejos de las llamas, o tal vez por el ambiente bastante teatral. Blystone se levantó bruscamente de su silla.

—Buenos días, *mistress* Sinclair —dijo Masters—. Buenos días, señor. ¿Están mejor?

—Sí, afortunadamente.

Blystone ostentaba una personalidad que —nada podría sugerirlo mejor, aunque haya una contradicción en los términos— parecía vigorosa e indecisa al mismo tiempo.

Era alto, de facciones enjutas, y sus ojos infundían confianza. En segundo lugar, resaltaba el corte esmerado de su traje, que en cierta medida correspondía al esmerado corte de sus gestos. Ambos en tono menor, ambos con tendencia a inspirar confianza y tranquilidad. A Sanders le cayó en gracia en seguida.

—De todas maneras —prosiguió Masters—, creo que les rogué que ninguno de ustedes saliera, de su casa esta mañana.

—Así es, inspector. Lo malo es que... quería enterarme —Blystone asintió gravemente y sonrió como si se acordara de algo. Si aún estaba débil por los efectos de la droga, lo ocultaba muy bien. Su tono tenía ahora un aire familiar que convencía.

—No suelo perder la memoria —prosiguió—. La última vez fue hace muchos años, una noche, en las regatas. Pero todavía lo recuerdo. Cuando me desperté a la mañana siguiente, sufrí inenarrables agonías, pues ignoraba lo que habría hecho la noche anterior. No descansé hasta que vi a cada uno de mis amigos, y les importuné durante una hora con preguntas sobre mis menores actos. Tenía que averiguar lo que había hecho. De la misma manera que ahora averiguo lo que hice anoche.

Masters se puso afable.

—Ajá. Bueno, usted no mató a Haye, ¿verdad?

—No, que yo sepa —contestó Blystone, devolviendo la sonrisa.

Todos se sentaron.

—Esta es la situación —prosiguió Masters—. La dificultad que encuentro es que ninguno admite nada, aunque sea el hecho más pequeño. Pero no podemos negar ciertas cosas. No podemos negar que Haye está muerto. ¿Eh?

—Difícilmente.

—Entonces, alguien le mató. Y es inútil negar —dijo Masters, tendiendo el lazo deliberadamente y como por casualidad— que estamos bastante seguros de que fue muerto por una de las otras tres personas que estaban en la habitación.

No necesitó seguir, porque había obtenido el efecto deseado. Bonita Sinclair colocó la copa de jerez sobre una mesa que estaba a su lado, y le miró con un horror que se reflejaba plenamente en sus ojos. Blystone, aunque permaneció moviendo ligeramente la cabeza como si siguiera muy atentamente lo que decía Masters, le interrumpió.

—En otras palabras, ¿por *mistress* Sinclair, o por Schumann, o por mí?

—Si así lo prefiere, sí.

—Inspector, eso es ridículo.

—¿Por qué?

—Porque es un simple disparate —replicó Blystone, con cortante sentido común—. Ninguno de nosotros tenía ninguna razón para matarle. Le comunico que era nuestro amigo, y creo que estoy hablando en nombre de todos.

—¿Por qué es necesario hablar en nombre de todos? —preguntó tranquilamente Masters.

Blystone le miró con grave ironía. Pero hubo una ligera pausa antes de que hablara.

—Y no será necesario, inspector, analizar el matiz de cada una de mis palabras. Digamos, entonces, que hablo por mí solamente, aunque creo que sería más cortés hablar por *mistress* Sinclair, en primer término. Eso es todo —dudó, y luego estalló como si estuviera ansioso por terminar con un subterfugio—: ¡Oh, mire! Es mejor poner esto en claro. Haye era un poco molesto a veces, y alguien podría haberle llamado grosero; pero era un buen amigo, al fin y al cabo. Me hizo una gran cantidad de favores, siempre era interesante, y... si al hombre que le mató no le cuelgan más alto que a Haman, no será por falta de mi ayuda.

Después de este arranque, del cual parecía un poco avergonzado, Blystone adoptó de nuevo sus modales de consultorio y se sentó otra vez.

—¡Bien! —dijo Masters alegremente—. Así nos gusta oír hablar a la gente. Ahora, señor, ¿nadie se sorprendió de que les invitaran al apartamento de Haye a una hora tan avanzada como son las once de la noche?

—No, no particularmente.

—Pero su hija nos dijo que usted nunca va a reuniones.

—Mi hija no tiene nada que ver en este asunto —dijo Blystone, repentinamente fastidiado—. Me dijeron que anoche les molestó un poco, por lo cual pido excusas. Y casi no puedo saber qué quería. No soy uno de esos jóvenes alegres que dan tanto que hablar; pero no me considero tan viejo como para sentarme en una silla de ruedas.

—Por ejemplo —argumentó Masters—. ¿Haye no les invitó para darles alguna información?

Blystone miró de soslayo a Bonita Sinclair, que, a su vez, le sonrió subrepticamente. Pero, ante la pregunta de Masters, se volvió hacia él violentamente.

—¿Información? No. No comprendo.

—Usted dijo que le había hecho algunos favores. ¿Qué clase de favores?

—Había invertido conmigo ciertas sumas de dinero, siempre con éxito, y me dio algunos... datos bajo cuerda.

—¡Oh!, ¡ah! ¿Y también invirtió dinero con usted, señora? —preguntó Masters, volviéndose hacia la mujer.

Ella adoptó el mismo aire formal que asumiera la noche anterior. Su cabello oscuro estaba recogido en trenzas que formaban moños sobre las orejas. Al inclinarse hacia delante, a la luz de las llamas, colocaba rígidamente un brazo y una mano sobre su rodilla, como en los cuadros de viejas actrices. Pero la postura no parecía ni rígida ni teatral; era tan natural en ella como la sinceridad de su mirada.

—Muy a menudo, *mister* Masters. Soy terriblemente tonta para los negocios, y *mister* Haye siempre estaba dispuesto a ayudarme.

—Ahora, señora —prosiguió Masters con su astucia—, me gustaría que siguiera contándome lo que empezó anoche, cuando el doctor nos interrumpió. Le hablo de la atropina. A todos les dieron una dosis de atropina. Pero anoche me dijo que era imposible que alguien pusiera el veneno en las bebidas. ¿Qué quiso decir con eso?

Ella pareció confundida.

—No... Creo que no me interpretó correctamente. O quizá todavía me encontrara bajo la influencia de la droga, y no me expresé claramente. Lo siento. Lo que quise decir, claro está, fue que ninguno de nosotros pudo envenenar las bebidas.

—¿Nosotros?

—Cualquiera de los cuatro que estábamos en el apartamento de *míster* Haye.

Masters la miró fijamente.

—Perdóneme, señora; pero eso no fue lo que dijo anoche. Usted dijo: Absolutamente n-a-d-i-e.

—Usted no lo interpretó bien —sugirió con un candor tan formal, que Masters quedó un poco vacilante—. Déjeme contarle lo que sucedió.

»Tan pronto como llegamos al apartamento de Haye, me pidió que preparara los *cocktails*, como me parece que le conté. Sí. Por supuesto, sé que no cree que yo pusiera el veneno en ellos —rió—. Pero no podría haberlo hecho, aunque hubiera querido. Y tampoco pudo hacerlo nadie más. Estaban todos en la cocina, observándome.

—¿Los tres hombres?

—Los tres, a mí alrededor.

—Siga, señora.

—Para comenzar, Denny, perdón, *sir* Dennis, enjuagó la *cocktelera* con agua caliente, también las copas, mientras le observábamos. Yo preparé las bebidas, y *míster* Haye las batió. *Sir* Dennis preparó su *highball*, de *whisky* y *ginger-ale* —en respuesta a la mirada inquisitiva de Masters, Blystone asintió con la cabeza—. Luego, Schumann puso la *cocktelera*, el vaso y las tres copas vacías en una bandeja, y las llevó al salón. Le vimos colocarlo todo en una mesita, y luego volvió. El pobre *míster* Schumann no tocó lo que no debía. Podemos atestiguarlo. Además, yo *sabía* que no

había nada de particular en las bebidas.

—¿Cómo lo sabe, señora?

—Porque las probé —contestó con una sonrisa de triunfo—. La gente siempre lo hace. Quiero decir, cuando se hacen algunos *cocktails*, se prueban para ver si están bien. Cuando preparé los *Dama Blanca*, tomé un trago, y me temo que bebí directamente de la *cocktelera* —hizo un gesto como si hubiera sido una oferta a la delicadeza—. También probé la bebida de *sir* Dennis. Nunca la había probado antes y quería saber qué sabor tenía.

Masters estaba cada vez más intranquilo. Carraspeó.

—Un momento, señora. Usted dice que Schumann llevó todas las cosas desde la cocina hasta el salón, y *volvió*. ¿No fueron todos al salón?

—No, eso es lo que quería decirle. Nos quedamos en la cocina, porque *mister* Haye nos mostraba su destreza con una naranja. Se corta la cáscara de una forma determinada, se tuerce no sé cómo, y aparece la cara de un niño que llora o que ríe —su rostro se cubrió de una sombra de apacible tolerancia o de triste indulgencia—. Nunca conocí a otro hombre como Haye para hacer triquiñuelas, bromas y chistes de todas clases. Cada vez que descubría algo nuevo e ingenioso, como un espejo que no se empaña para el baño, por ejemplo, o una nueva manera de hacer desaparecer un billete de diez libras de un sobre, se ponía tan contento como un niño de escuela. No creo que jamás olvide su figura delante de la nevera eléctrica de la cocina, haciendo decir a esa naranja *ma-má*, y estallando de risa —hizo una pausa, se estremeció, y añadió de manera casual—: Ese horrible paraguas era suyo, ¿sabe?

Hubo un silencio.

—No lo sabía, señora —observó Masters, hoscamente—. ¿Lo tenía en el apartamento anoche?

—Oh, sí, lo tenía desde hacía mucho tiempo. Generalmente estaba en el perchero del vestíbulo.

—Pero en cuanto al veneno, ¿está dispuesta a jurar que nadie tocó esas bebidas?

Ella entrelazó las manos.

—Sí. Estoy dispuesta. Es decir, sé que ninguno de nosotros pudo hacerlo. Estuvimos observándonos todo el tiempo. Usted comprende, *míster* Masters; sencillamente, no pudo ser posible. Pero por supuesto que pudo hacerse después. *Míster* Schumann puso las cosas sobre la mesita, y volvió a la cocina, junto a nosotros, mientras Haye nos mostraba el niño de la naranja —hizo una pausa solemne—. Nos quedamos en la cocina durante... ¿cuánto tiempo?...

Deseosa de establecer hasta la fracción de un segundo, recurrió a Blystone.

—Tres o cuatro minutos, por lo menos —decidió Blystone, mientras miraba severamente a Masters.

—Y durante todo ese tiempo —continuó *mistress* Sinclair— las bebidas quedaron en la otra habitación, sobre la mesa. Usted sabe, por supuesto tiene que saberlo, que la cocina no se comunica directamente con el salón. La puerta de la cocina que da al

vestíbulo estaba cerrada, porque Haye estaba de pie delante de ella. De manera que no podíamos ver el vestíbulo. ¿No está terriblemente claro? Durante ese tiempo, alguien pudo deslizarse, alguno de fuera, y colocar la droga en las bebidas.

Masters hizo otra anotación. Se ponía peligrosamente suave y amable; parecía inflarse.

—Ajá, señora —dijo el inspector jefe con interés—. Una cosa, no obstante. ¿Está completamente segura de que Schumann no envenenó las copas cuando las llevó al salón?

Mistress Sinclair y *Blystone* hablaron a un tiempo. No había duda al respecto.

—Le observamos desde el vestíbulo —explicó ella—. La bandeja estaba un poco mojada, y no quería apoyarla sobre ninguno de los finos muebles de Haye.

—Ya veo. ¿Estaba servido algún *cocktail* cuando los llevaron al salón?

—No, los servimos más tarde. La única bebida que estaba en el vaso era la de Denny. Oh, inspector, ¿no es sencillísimo? —se apresuró a decir—. Cualquiera pudo deslizarse en el salón, verter la atropina en la *cocktelera* y en el vaso, y, es algo horrible, pero ya está.

—Hum, sí. Ya veo. Tal vez colocaron la atropina en la *cocktelera*, ¿eh?

—Por supuesto.

—Siga, señora.

Ella dudó.

—No hay mucho más. Luego fuimos al salón. *Míster Haye* sirvió los *cocktails* y los distribuyó. Nos colocamos alrededor de la mesa. Haye nos hizo sentar a cada lado de la gran mesa, porque dijo que echaría un discursito —una vez más, pareció que se le llenaban los ojos de lágrimas—. Se levantó como un director en una asamblea, y dijo: «Amigos, romanos, compatriotas». Bueno, los presidentes de asambleas no dicen eso por lo general; pero así era como hablaba Haye, y nos desternillábamos de risa cuando decía algo por el estilo. Primero dijo que brindaría por mí. «Por nuestra *Dama Blanca*», dijo. Y bebimos después de brindar. Luego, agregó que tenía algo que decirnos: se trataba de una especie de celebración...

—¿Y qué tenía que decirles? —interrogó Masters, mientras miraba el fuego.

—Ahí está. Nunca terminó. En primer lugar, recordó un chiste de dos escoceses y lo contó. Parecía animado. Después, afirmó que se acordaba de otro, que nos contaría antes de que se le olvidara. Era uno de esos chistes largos que parecen no terminar nunca, y que están llenos de expresiones en dialecto. A Haye le encantaba imitar los dialectos, especialmente el de Lancashire.

Bueno, al principio no pensé que el chiste fuese muy gracioso. Pero de repente me puse a reír. Todos nos reíamos, y nos reíamos cada vez más. Comencé a sentirme rara y demasiado acalorada. Por cierto, Haye también lo parecía; el sudor le corría por el rostro, se le erizaba el pelo rojo y se reía tanto que apenas podía andar. Lo más cómico era ver a Schumann, que parece un santo, realmente, tan frágil como es, casi doblado en dos, con las manos en jarras apretándose la cintura, y golpeando el suelo

con los pies.

»Lo último que recuerdo es que la cara de Haye pareció hincharse hasta llenar la habitación, y estaba tan roja como el pelo que la rodeaba. Decía: *¡Eee, bah goom!*, o algo así, en dialecto, y nos señalaba. Todo se hizo confuso y se puso horrible. Eso es lo único que recuerdo.

Contó la historia con aire lejano, fijando la mirada alternativamente en el fuego y en Masters. Pero la narración tenía una extraordinaria vida que ella subrayaba con uno o dos ligeros gestos. ¿Se debería esta vivacidad a su ojo de artista para los cuadros?

—No quiero ni siquiera pensar en ello —agregó.

El inspector jefe se volvió a Blystone con aire reservado.

—Usted, señor, ¿tiene algo que añadir?

—Creo que no —dijo Blystone, pasándose una de sus curiosas manos por la frente—. Advertí que algo iba mal, por supuesto, pero no hubo tiempo de hacer nada. Quería cantar, en realidad. Iba a empezar esa canción: «Rema hasta la playa, marinero, rema hasta la playa». Pero no puedo recordar si lo hice.

—¿También coincide en que ninguno de ustedes pudo envenenar las bebidas?

—¿No es evidente?

—¿Y es cierto que la atropina seguramente fue puesta en la *cocktelera* por alguien de fuera, mientras ustedes estaban en la cocina?

—Sí.

—Pero con excepción de la suya, las bebidas no fueron servidas hasta que llegaron al salón, ¿no? ¿Vio cuándo se servían los *cocktails*?

—Desde luego.

Master se recostó con gran afabilidad.

—¡Bueno, entonces! —dijo—. No me importa admitir que he disfrutado de este paseo por los alrededores. Pero me veo en la obligación de advertirles que es hora de que nos pongamos a trabajar en serio y que digan la verdad. Resulta que no había atropina en la *cocktelera*. ¿Se da cuenta, señor? En consecuencia, la atropina posiblemente fuera vertida en cada una de las bebidas, *después* de servir los *cocktails*. Y ustedes dicen que todos estaban allí, sentados en torno a la mesa, en el salón. Quiero saber quién de ustedes envenenó las bebidas. También quiero saber por qué usted tenía cuatro relojes en su bolsillo; y por qué usted, señora, llevaba un frasco de cal viva y otro de fósforo. ¿Conformes?

EL BRAZO DEL MANIQUÍ

El doctor Sanders había esperado esta pregunta, y se preguntaba cómo la soportarían el candor espiritual de la mujer y la terca positividad de Blystone. Pero el resultado no fue exactamente una victoria para Masters. Ambos le miraron con atención. Por un breve instante, pareció que sus cerebros se podían ver a través de sus ojos abiertos, como cuando se levanta un telón; y lo que se vio, Sanders lo hubiera jurado, fue sincera perplejidad.

Sir Dennis Blystone se levantó de su silla. Su asombro pareció convertirse poco a poco en desconfianza.

—No será necesario —dijo violentamente— que ensaye sus jugarretas policíacas con nosotros. Estamos tratando de ayudarle.

—No es una trampa —le dijo el inspector jefe—. Es tan cierto como el Evangelio. Pregúntele al doctor Sanders que está aquí, si no me cree. No había atropina en la *cocktelera*.

Blystone le contempló durante un rato, mientras la torva sinceridad de Masters parecía filtrarse en su mente como un veneno. Luego, se volvió hacia la mujer.

—¡Dios santo, Bonny! —dijo en tono diferente—. ¿Qué sucedió?

—Le sugiero que más vale que lo recuerde, señor. Vamos, vamos. Nada de resentimientos: sólo queremos la verdad. Entienda lo que quiero decir. Si hubieran servido los *cocktails*, antes de que volvieran al salón, si hubiesen quedado allí mientras todos estaban en la cocina... bueno, su historia pasaría. Pero no fue así. Usted ha afirmado (o mejor dicho, la señora ha afirmado) que las bebidas estaban bien cuando las hicieron, porque *mistress* Sinclair las probó. Muy bien. Lo estuvieron, además, hasta que fueron servidas en las copas, porque no hay atropina en la *cocktelera*. Pero una vez servidas para brindar, alguien deslizó la droga en cada una de las copas. Todos estaban sentados a la mesa; seguramente vieron quién lo hizo. Vamos, entonces. ¿Tienen algo que contarme? ¿Quieren rectificar el relato?

Blystone levantó las manos y las dejó caer.

—No quiero rectificar lo que dije. Es la simple y pura verdad.

—¡Oh! ¿De qué sirve todo esto, señor? —preguntó Masters, comenzando a mostrar un poco de mal humor—. ¿Niega que los *cocktails* estuvieran envenenados?

—No.

—Ajá. Pero si sigue así, pronto dirá que fue completamente imposible que los hubieran envenenado.

Blystone le echó una mirada por debajo de sus cejas abultadas.

—Es eso precisamente lo que estoy diciendo. Juro por mi vida que nadie tocó

esas bebidas en la mesa. Hombre, ¿cree que yo... que nosotros no tenemos ojos? ¿Cree que sería posible sentarse a una mesa y no ver si se pone veneno en las bebidas?

El inspector jefe, echando chispas, miró a uno y otro. Bonita Sinclair golpeaba suavemente sus zapatos contra la alfombra; con su expresión meditabunda, parecía en ese momento una maestra de escuela.

—Por favor, permítame una palabra —interpuso—. ¿Cómo es esa *atropina*? Quiero decir, ¿es sólida o líquida? ¿Tiene algún color?

—¿Cómo es, doctor? —preguntó el inspector jefe, volviéndose hacia Sanders.

—Es un líquido incoloro —dijo Sanders a *mistress* Sinclair—. Probablemente lo haya visto muchas veces sin reconocerlo. Se extrae de la belladona, y hay belladona en la mayoría de los colirios.

Ella pareció alarmarse.

—¿Colirios? Pero yo tengo —hizo una pausa—. ¿Cuánto se necesitaría para adormecer a una persona?

—De atropina pura, sólo unas pocas gotas. De paso le digo que ésta era atropina pura, y no una de las preparaciones medicinales más débiles.

—Entonces, me parece que puedo resolver su problema —dijo Bonita, con cierto aire improvisado de vampiresa que Sanders consideró completamente inoportuno—. Es muy sencillo. Alguien entró de fuera, como pensamos. Pero no puso la atropina en la *cocktelera*, porque no habría sabido medir la cantidad que debía poner, y podría írsele la mano y matar a todos. De manera que puso un poco en el fondo de cada copa, donde podía medir la cantidad. Usted dice que es incolora. Nadie la notaría. La mayoría de las copas de *cocktail* están casi siempre húmedas o mojadas; y aunque se notara, la gente simplemente supondría que había quedado un poco de agua al lavarlas, y no le prestaría atención. ¿No piensas que soy inteligente, Denny?

Había volcado todo el poder de su personalidad sobre Blystone, quien se sonrojó un poco. Pero él permaneció mirando hacia delante.

—Debo decirle, señora, que tiene buen ojo para estas cosas —dijo Masters severamente—. Espero que no le dé por envenenar, porque si no...

Ella enrojeció a su vez. Bajó los ojos y respiró más rápidamente.

—Lo siento, *míster* Masters; pero no creo que sea muy gracioso.

—Yo tampoco —le aseguró él—. ¿Qué le parece, doctor? ¿Pudo haber sucedido tal cosa?

—No —dijo Sanders.

Esto causó una pequeña expectación. *Mistress* Sinclair y *sir* Dennis quedaron muy quietos.

—Quiero decir —siguió diciendo Sanders—, que no me parece muy probable. ¿Dónde estaban las copas?

—En el centro de la mesa del comedor —contestó ella, después de una ligera duda—. Haye se inclinó y sirvió las bebidas.

Sanders meditó.

—La cantidad que había en esas copas era casi suficiente como para producir la muerte, si hubieran bebido todo el *cocktail*. Por lo menos era una cantidad de líquido notable. Tres copas, pequeñas, y todas con tanto líquido incoloro en el fondo... bueno, ¿no lo notaría alguien? ¿Lo advirtieron?

—Creo que yo lo noté —le dijo con seriedad la mujer—. Pero, por supuesto, no podría jurarlo.

Aunque Masters, posiblemente, estaba furioso, trató de no demostrarlo. Después de mirar su rostro plácido, y ante cierta expresión de *sir* Dennis que se insinuaba siniestramente divertida, abrió de nuevo su libreta de notas.

—Dejaremos esto por el momento —dijo—, hasta que crean que pueden recordar. Mientras tanto, señor, ¿quiere decirme qué hacía con esos cuatro relojes?

Blystone echó atrás su cabeza y rió. Acababa de encender un cigarrillo y la contenida violencia de su risa apagó la cerilla. La risa cambió e iluminó su cara. Parecía saludable para su sistema.

—Perdóneme —se corrigió con gravedad, y dejó el cigarrillo sobre la repisa de la chimenea—. ¡Pero ojalá que todos sus enigmas puedan ser resueltos tan fácilmente como éste! Creo que algo tan sencillo como mis relojes ha dado un gran dolor de cabeza a la policía. Más vale que oiga la explicación. A propósito, *mistress* Sinclair le dio la clave anoche, aunque no parece que usted la utilizara. ¿No le dijiste, Bonny, que yo vine a buscarte aquí, a tu casa, antes de ir a la de Hays?

—Sí, nos lo dijo —dijo Masters—. ¿Qué pasa con eso?

—Y, además, ella agregó, me parece, que tenía que hacer tres importantes llamadas a distintas ciudades y a horas diferentes: una a Nueva York, otra a París, y la tercera a Roma.

Los ojos de Masters se abrieron, y luego se achicaron.

—Ya lo ha adivinado, amigo —dijo Blystone cordialmente—. Estas ciudades no se rigen por el meridiano de Greenwich. En el caso de Nueva York, por ejemplo, hay una diferencia de cinco horas. La medianoche de aquí corresponde a las siete de la tarde de allá. Pero hay que llamar a la hora indicada en esas ciudades, lo cual es demasiado complicado, con probabilidades de que uno se haga un lío tremendo. Por supuesto, Bonita se hubiera confundido.

»Encontré la solución —explicó divertido—. Uno de los cuatro relojes, el mío, marcaba la hora inglesa; los otros tres, las horas correspondientes a Nueva York, París y Roma. Sólo una mirada a mis cuatro relojes bastaba para conocer la hora en esas cuatro ciudades. Fue una gran ayuda. Todo es tan fácil cuando se sabe la respuesta...

Masters, debemos hacerlo constar, le miró con un aire muy parecido a la admiración.

—¿No diga? —replicó el inspector jefe—. Como usted dice, es muy fácil cuando se conoce la respuesta. ¿Hay alguna respuesta para la cal viva y el fósforo?

Ahora la mujer parecía divertida.

—¿De verdad le preocupó eso? Supongo que sí. Anoche me equivoqué de bolso. Naturalmente, no tengo la costumbre de llevar esas cosas. La cal viva y el fósforo se usan para borrar la pintura de una tela cuando se sospecha que hay debajo otra pintura más valiosa. ¿No lo ha oído? Sí. Ambos son productos del calcio, sabe... Oxido de calcio y fosfato de calcio. Verdaderamente, puedo recomendarle la preparación, *míster Masters*.

—Parece que sabe bastante de química, señora. Y no me importa confesar que recomendaría su ingenio si lo que dice no resulta verdad.

—¿No dudará de nuestra palabra? —preguntó bruscamente Blystone.

—Bueno, después de todo, ése es mi trabajo, ¿no es así? —dijo Masters, que parecía gozar con esta conversación—. ¿Dónde estaría la policía si nunca dudara de nada? ¿Eh? ¡Oh, sí! Estoy dispuesto a creerles —pareció dudar—. Pero supongo que no podrán decirme qué hacía Schumann con el mecanismo de un despertador.

Blystone vaciló. Se acariciaba suavemente la barbilla con su curiosa mano, cuyos dedos índice y medio eran casi de la misma longitud; a veces, parecían deformes.

—¿Despertador? —repitió—. No comprendo. ¿Qué ocurre con eso?

Masters describió lo que había encontrado.

—De manera que todos teníamos un tesoro escondido —observó el otro, mirando en el vacío—. No, no puedo decirle nada al respecto. Tendrá que preguntarle a Schumann.

—Si me permite —interpuso gentilmente Bonita—, creo que puedo descifrar el terrible misterio. Ustedes dos son tan inteligentes, y a veces tan tontos. *Míster Masters*, ¿oyó hablar alguna vez de Andrew J. Borden?

—No, que recuerde.

—¿Está seguro? No me gusta mencionar estas cosas, porque creo que es verdaderamente morboso hablar de ellas. Pero Andrew Borden fue una de las víctimas de un gran crimen en Estados Unidos, hace casi cincuenta años. Él y su mujer fueron asesinados con un hacha pequeña, un mediodía de verano, en su propia casa. Su hija Lizzie, Lizzie Borden de Fall River, fue juzgada por ello y absuelta. Como digo, creo que es desagradable hablar de estas cosas...

—Así es. Pero ¿qué tiene que ver?

—En el bolsillo de Borden —continuó, como en un sueño— encontraron un mecanismo de cerradura, viejo, enmohecido e inservible. Nadie podía decir por qué estaba allí, hasta que se enteraron de que Borden tenía el hábito de recoger cosas como ésa; cosas que le interesaban o que podían resultarle útiles. Schumann, según tengo entendido, es algo así. ¿No descifra el carácter de la gente, *míster Masters*?

—Bueno, sí, podría decirse que ahora lo estoy haciendo —declaró gravemente Masters—. Y me resulta muy interesante. Pero, por el momento, no les molestaré más. Sin embargo, creo que deben saber una cosa. ¿Se han dado cuenta —dijo el inspector jefe, con sus mejores modales— que a ustedes tres se les acusa de haber

cometido un crimen?

Bonita Sinclair se incorporó en su asiento, como si, por el susto, hubiera perdido él habla. *Sir* Dennis Blystone se echó repentinamente las manos a la espalda.

—No creo que esto sea tampoco muy gracioso —dijo la mujer en tono de reproche—. ¿Quién se lo dijo?

—Informaciones recibidas, señora. Muy útiles, ¿verdad?

—Es completamente ridículo. ¿Por qué no también de un asesinato?

—Sí —coincidió Masters—. También eso forma parte de la idea.

—Bueno, por... —Blystone clavó la mirada, y habló en tono despavorido—. Es la peor de las calumnias. Esto le deja a uno sin aliento, tanto que ni se piensa en negarlo —al fin, se rió entre dientes—. Nuestras profesiones le sugerirán cosas siniestras. Puede utilizar las ideas de las novelas. Bonita, por supuesto, vende cuadros falsos...

—No, señor. Realmente, no es asunto para gastar bromas.

—... mientras yo, sin lugar a dudas, vendo drogas o realizo operaciones ilegales. Puede investigarlo. Esto es lo que a nosotros se refiere. Con respecto al pobre Schumann... El novelista que hay en usted llegará inmediatamente a la conclusión de que asesina a personas. Las amortaja, las embalsama y luego las vende como momias. Eso es más espectacular que lo nuestro, pero igual de cierto. No; mire, en serio, ¿quién le ha estado llenando la cabeza con esas patrañas?

—Parece como si le interesara, señor.

—Claro que me interesa —replicó Blystone con impaciencia—. Si alguien entrara en su oficina de Scotland Yard y le dijera que ha estado aceptando sobornos, ¿no le importaría? Si se acusa a un hombre de algo, tiene derecho a saber de qué se le acusa y quién lo hace.

—¿De qué se le acusa, señor?

—Vamos, por Dios, hombre, eso estoy tratando de averiguar. ¿No es llevar la reticencia policíaca demasiado lejos? —la exagerada dignidad de Blystone había caído de nuevo—. Si le divierte tomarnos por... este... por lo que mi hija llamaría probablemente... fabricantes de historias raras...

Masters movió la cabeza.

—Me parece, señor, que he oído algunas historias raras mientras hablaba con usted. Hum. Sin embargo, puede que sí o que no. Tal vez pueda contestar a sus preguntas con otra. Cuando usted y *mistress* Sinclair fueron al apartamento de *míster* Hays anoche, ¿ya estaba allí Schumann?

—¿Dónde? ¿En el apartamento de Hays? Sí. Pero no veo...

—¿Estaba cerrada la oficina de Schumann?

—Sí. ¡No! Ahora que lo recuerdo, había alguien en la oficina de atrás. Un empleado, supongo. No le presté atención especial. ¿Por qué?

—El nombre del empleado parece que es Ferguson —observó Masters—. Un tipo muy interesante. Buenos días, y muchas gracias.

Su retirada estuvo llena de siniestra dignidad. Pero cuando salieron al vestíbulo, Masters sonrió con una mueca y habló a Sanders en voz baja.

—Ahora me pregunto —dijo—, cuál de los dos bandos ha salido mejor parado. Tengo mis dudas. Pero apostarí a que les he metido miedo a ambos, que es lo que he tratado de hacer. En seguida tendrán cola de paja. Si conocen a Ferguson; tratarán de ponerse en contacto con él; y eso puede llevarnos directamente hasta el viejo —frunció el ceño, con inconfesada admiración—. Pero recuerde bien lo que ha oído hoy. No me sorprende lo que Ferguson dijo. Su manera de escabullirse de las preguntas con explicaciones, es de un ingenio retorcido; lo mejor que he oído en mi vida. ¡Oh, son muy listos! ¿Oyó la explicación sobre los relojes?

—¿No la creyó?

—¿Creerla? No es probable. El problema es cómo probar lo que pienso.

—¿Quiere decir que hay otra razón para que llevara cuatro relojes? ¿Y también otra explicación para la cal viva y el fósforo?

—Por supuesto que sí —refunfuñó Masters con gran escepticismo—. El hecho es que no puedo sonsacar nada a la mujer. ¡Caramba! —Masters luchó contra una cautela innata que le ordenaba no hablar demasiado—. Me pregunto cómo fueron usados el fósforo y la cal viva, a menos que hayamos descubierto una nueva artimaña para el crimen. No parece ser del tipo de los que la usan. Todo lo que puedo asegurar es que tiene una cabeza y una imaginación de primera para inventar patrañas e historias de duendes y de fantasmas. Tiene muchos recursos, doctor. *Sir Dennis Blystone* no se le puede comparar en cuanto a inteligencia y, tal vez, en otras cosas. Pero... ¡vaya!

Habló muy suavemente. Habían llegado a la puerta de la calle, y Masters la abrió cuando se detuvo. Contra la pared, en el pequeño vestíbulo de la entrada, había un cofre tallado, no muy distinto del que estaba en el vestíbulo del apartamento de Félix Haye. Sanders notó que la tapa estaba abierta y por la rendija se veía, a un lado, algo que parecía el borde de un guante gris.

El vestíbulo se hallaba en penumbras, y los paneles de cristal que había a ambos lados de la puerta estaban cubiertos por visillos fruncidos. Sobre el muro colgaba un curioso boceto sin terminar, el comienzo de un apunte, que firmaba Dante Gabriel Rossetti. Ante la sorpresa de Sanders, el inspector jefe miró cuidadosamente el cuadro antes de inclinarse y levantar la tapa del cofre.

Mistress Sinclair era evidentemente un ama de casa descuidada tras una aliñada compostura exterior. El cofre estaba lleno de trastos viejos retirados de la vista; varios paraguas, una raqueta de tenis hecha pedazos, una blusa sucia y dos impermeables.

Y sobre la pila de cosas yacía el brazo de un hombre.

Antes de comprender que se trataba del brazo de un maniquí, Sanders tuvo un gran sobresalto. Estaba construido con la manga de una chaqueta negra rellena de lana, el borde de un puño blanco y un guante gris relleno, que hacía las veces de mano, tenía una apariencia desagradablemente natural, que evocaba toda clase de

imágenes en la penumbra del vestíbulo.

—¡Ah! —exclamó Masters, bajando de nuevo la tapa.

Sanders habló en voz baja, al tiempo que salían de prisa hacia la puerta.

—Por Dios, inspector, ¿qué pasa aquí? ¿Qué hacen? ¿Y para qué guarda un brazo relleno en un...? —

—¡Quieto! —murmuró el inspector jefe, asegurándose que no estaba por allí la doncella—. Pronto lo sabrá, doctor. Además, no creo que el brazo sea suyo. Puede adivinar de dónde procede y por qué está aquí. ¿Eh? Mientras tanto, iremos hasta Hampstead para ver a Schumann.

6

JEROGLÍFICOS

Después de las empinadas calles de Hampstead, la carretera seguía su interminable curva ascendente hasta las alturas que dominan Hampstead Heath. El coche de la policía dio la vuelta alrededor de un amplio lago ornamental y se dirigió hacia una entrada que da a los senderos que cruzan el parque.

En contraste con la ondulada extensión del parque, las casas de la izquierda parecían grises y chatas. Los árboles, que apenas tenían un toque de verdor, surgían a distancia, espinosos y azulados, con depresiones y huecos en los lugares por donde serpenteaban los pardos senderos. Soplaban un viento cortante que perseguía un viejo periódico por uno de los senderos. Parecía que aquí se estaba en la parte más alta del mundo, bajo un cielo quebradizo y una luminosidad y un aire extraños a Londres.

Masters condujo el automóvil por la carretera de la izquierda, en dirección a la casa de Schumann. Su compañero todavía estaba debatiendo el tema.

—No quiero que se moleste —insistió Sanders—, pero apreciaría mucho alguna sugerencia. Cuatro relojes, cal viva y fósforo, un mecanismo de despertador, y ahora el brazo de un maniquí. Sinceramente, de hombre a hombre: ¿tiene alguna idea de lo que significa todo eso?

El inspector jefe se rió para sí.

—Que quede entre nosotros, doctor... sí —admitió—. Lo que es más, tengo muchas ganas de darme hoy una vuelta por casa de *sir* Henry Merrivale. ¿Le conoce?

—Le he visto. Estaba en los tribunales cuando defendió a Answell de la acusación de asesinato. ¿Pero por qué desea verle?

—¡Ah! No fue mal trabajo, ese caso Answell —admitió Masters—, aunque nos ganó la partida. Pero me dará mucho gusto verle, porque éste es un caso que le pondrá furioso. No es de su especialidad. No podrá entender nada, y en cambio yo sí. Me gustaría. ¡Sí, señor, ya lo creo!

—Una cosa más. ¿Por qué se interesó tanto por ese dibujo que colgaba en el vestíbulo de *mistress* Sinclair?

Masters se puso serio.

—Bueno, no soy lo que se llama un conocedor. Los objetos de arte, como declaré en el caso de las diez tazas de té, no son mi especialidad. Pero sé lo que concierne a la tarea de la policía, y mi mujer me ha llevado una o dos veces a la National Gallery para educarme un poco. No sé si vio, en el recibidor de *mistress* Sinclair, otro cuadro colgado en la pared opuesta a la chimenea. El dibujo de una chica con una cofia holandesa.

—No puedo decir que lo haya visto. Estaba algo oscuro.

—¡Hum! Tal vez deliberadamente —dijo el inspector jefe—. De todas maneras, juraría que vi el original en la National Gallery. Es de Rembrandt. Siempre recuerdo a ese hombre, porque es el único artista que me parece extraordinariamente bueno y que es admitido por todo el mundo como tal. Cada vez que me gusta un cuadro —confesó Masters—, se puede apostar hasta la camisa a que todos dirán que es horrible y que es un ejemplo de mi gusto burgués. Por eso lo recuerdo.

Sanders le miró con atención.

—Debe de haber muchas buenas copias de Rembrandt —señaló—. ¡Espere! ¿Es verdad, después de todo, que *mistress* Sinclair se ocupa del negocio de cuadros falsos?

—¡Oh, no, Dios santo, no! —dijo el inspector jefe, cordialmente—. Si *mistress* Bonita Ruddy Sinclair es la mitad de inteligente de lo que me parece, nunca haría tal cosa. Es una nueva trampa, doctor. Usted se divertirá. Esta es nuestra casa, creo.

Detuvo el coche frente a una pared baja, al lado de la carretera. Bernard Schumann vivía en una casa un poco apartada, de sólida y victoriana respetabilidad. Estaba construida con ladrillos grises, con esquinas de piedra blanca y paramentos en las ventanas; alguien les observaba desde una de ellas, cuando se acercaron al portal.

Una vieja de cara huraña, que vestía como un ama de llaves, les introdujo al mal ventilado vestíbulo, y se llevó la tarjeta de Masters.

—Sé quiénes son ustedes —dijo—. Y si quieren mi opinión, no deberían entrar. Es lo que dice el doctor Burns. Pero él insiste en verles. Por aquí.

En la sala, ante un brillante fuego, *míster* Schumann, cubierto con un edredón y arropado con una bata, se hallaba recostado sobre un sofá de crin, tan cerca del fuego como lo permitía la comodidad.

Era una figura apropiada para esa habitación de alto ventanal saliente, en donde las chucherías acumuladas durante sesenta años formaban una especie de jungla. El camisón de lana de Schumann estaba abotonado hasta el cuello. Su cara de erudito, con sus oscuras cejas apretadas y las suaves arrugas que iban desde la nariz hasta la comisura de los labios, semejaba la de un clérigo o la de un estadista no muy importante; y este efecto no era muy disminuido por la tosca textura de su pelo blanquecino. Parecía una falla de alfarería, pero no más. Sus ojos eran cándidos y de color azul claro, aunque parecían inquietos. Las manos, muy delicadas, estaban cruzadas sobre un libro que yacía sobre su falda. Pero en esta habitación, Sanders halló una atmósfera, hasta una cultura, más antigua que la victoriana. Entre los adornos vulgares se encontraba una gran vitrina que contenía ornamentos que no eran vulgares: urnas azules de Canopus, estatuillas cuyos colores se habían atenuado hasta quedar grisáceas, un sello de arcilla, escarabajos satinados para hacer anillos timbrados o pendientes. Y en el rincón, al lado de la ventana, un sarcófago de unos dos metros de alto.

—Por favor, siéntense, caballeros —dijo Schumann con un gesto que fue casi cortés. Su voz correspondía a su aspecto; pero, al principio, tuvo cierta dificultad en

aclararla—. Les he estado esperando. Creo que quieren hacerme algunas preguntas sobre el despertador.

Habló sin ninguna sorpresa o aparente sentido de incongruencia, aunque siguió carraspeando.

—Así es, *míster* Schumann —asintió Masters, también sin demostrar sorpresa—. ¿Cómo lo sabía?

—*Sir* Dennis Blystone acaba de telefonarme —luego se incorporó a medias sobre el sofá—. Permítame que sea franco, y que aclare nuestra posición. Sé que usted quiere evitar que nos comuniquemos entre nosotros; y supongo que tiene razón, según su criterio. Pero considere nuestro punto de vista. Queremos saber qué sucedió, aun mucho más que ustedes. Es natural. De nuevo quiero ser franco; supongo que ustedes sospechan que hemos fraguado alguna historia entre nosotros, algún cuento sobre el que nos pondríamos de acuerdo y que sería lo contrario de la verdad. Creo que sospechan que diremos: «Eso es todo, y lo seguiremos afirmando».

Masters movió la cabeza.

—Si no tiene inconveniente, señor, yo haré las preguntas.

—Como desee —dijo Schumann, cortésmente—. Pero puedo decirle de antemano que no tengo nada que añadir a lo que han dicho mis amigos. Le han contado la verdad, y nada más que la verdad.

—¿Qué le parece si empezamos por orden? —sugirió Masters—. En primer lugar, ya que lo ha mencionado, ¿qué es eso del despertador? ¿Puede explicar qué estaba haciendo con él?

—No estaba haciendo nada.

—¿No hacía nada?

—En mi vida lo había visto.

De nuevo, Schumann pareció luchar contra su garganta seca y cosquilleante; pero sus manos apretaron el libro.

—Vamos, eso sí que no, señor —dijo Masters—. Esperaba que tuviera alguna buena razón para llevarlo. *Mistress* Sinclair y *sir* Dennis tenían buenas razones.

—Sin duda. Yo sólo puedo hablar por mí mismo.

—Entonces, ¿ya no hablará en nombre *nuestro*?

—Ahora me pregunto qué debo contestar a eso —dijo Schumann con todas las apariencias de ser sincero—. Le doy mi palabra de que no ha habido ningún cuento premeditado. Si lo hubiera, probablemente tendría alguna mentira preparada para decirle.

—¿Cómo cree que se metió el despertador en su bolsillo?

—No sé. Me imagino que alguien debió de meterlo allí.

—¿Mientras usted estaba inconsciente? Entonces, ¿sugiere que las otras cosas que se encontraron en los bolsillos de *sir* Dennis y en el bolso de *mistress* Sinclair, también fueron puestas allí mientras estaban inconscientes?

—En absoluto. No tengo la menor duda de que le dijeron la verdad.

Durante largo tiempo, Masters le condujo cuidadosamente por los incidentes sucedidos la noche anterior. Su historia no varió en ningún detalle de la narración dada por los otros dos testigos. Y mientras fluía la suave voz de Schumann, Sanders se dio cuenta de que su atención vagaba de un objeto a otro.

Se detenía frecuentemente en el gran sarcófago que estaba en el rincón al lado de la ventana. Desteñido por el tiempo hasta dejar indistintos los colores, la pintura del sarcófago se mezclaba con las sombras de la habitación a medida que el cielo se nublaba. El fondo del sarcófago era negro, con bandas rojas transversales cubiertas de jeroglíficos; la máscara de la cara era dorada, y sobre el pecho estaba representado un buitre, en el sitio donde se cruzaban los brazos. Enfrente, un poco a la derecha, había un trípode con una bandeja de bronce.

Con el rabillo del ojo, Bernard Schumann pareció notar ese interés. Parpadeó como si algo le hubiera divertido.

Pero volvió su atención nuevamente a Masters.

—... y sólo puedo repetir —continuó Schumann, sin ningún asomo de impaciencia— que no hubo *ningún* motivo ulterior en nuestra reunión en el apartamento de Haye; por lo menos, que nosotros supiéramos.

—¿Que *nosotros* supiéramos?

—Si prefiere, que *yo* supiera; ni siquiera sabía quiénes serían los otros invitados.

—¿A qué hora llegó al apartamento?

—Alrededor de las once menos cuarto.

—¿Estaba Haye?

—Sí; me dijo que acababa de llegar.

—¿Cómo se... comportó? ¿Cómo fueron sus modales?

—Bueno, pareció fastidiado porque el encargado de nuestro edificio, Timothy Riordan, no limpió bien su apartamento. Le había ordenado que lo hiciera temprano, poco antes de anochecer, según parece —Schumann sonrió, y cambió su expresión—. Hizo una o dos bromas sobre dragones.

Masters miró con los ojos entreabiertos.

—¿Eh? ¿Dragones?

Fue como un cambio en la atmósfera, como un patinazo; sin embargo, durante un segundo, el doctor Sanders hubiera jurado que el dueño de la casa trataba de decirles algo. Pero Schumann en seguida dio marcha atrás.

—Quizá —dijo con poco convencimiento— Timothy pueda ser considerado algo así; como un dragón. Pero... ¿qué quería preguntarme? Estoy esperando.

—Cuando usted pasó por delante de su oficina, anoche, *míster* Schumann, ¿estaba la puerta abierta? ¿Había alguien trabajando allí?

—No, por cierto.

Masters se echó hacia delante.

—De todas maneras, sabrá que había un hombre en su oficina. Dijo que su nombre era Ferguson, y que trabajaba para usted. Sabía desenvolverse; sabía su

nombre y apellido, le identificó a usted; estaba como en su casa, hasta el punto de lavarse las manos...

Mientras decía esto, los cambios de expresión en la cara de Schumann parecían reflejar el cielo que se oscurecía en el exterior. Se incorporó en el sofá, mostrando el contorno de sus frágiles brazos bajo la bata victoriana. Pero habló muy tranquilamente.

—Señor, ¿se está volviendo loco?

—Por supuesto —dijo Masters—, sabemos que tal persona no existe.

—Me parece que no entiendo lo que está diciendo —interpuso Schumann—. Ya lo creo que tal persona *existe*.

Por primera vez, Masters quedó francamente desconcertado. Si exactamente no saltó de su silla, su postura indicó que estuvo a punto de hacerlo. Era el único acontecimiento para el que no estaba preparado.

—Oiga. ¿No querrá decir que tiene un empleado llamado Ferguson?

—No ahora; eso es lo que hace que las cosas sean tan extraordinarias. Pero él, o el hombre que describe, trabajó en mi oficina hace ocho o diez años. Estaba en lo que llamo mi departamento *artístico* en El Cairo; un hombre extraordinario por la habilidad de sus manos, y por la imitación de papiro que sabía hacer. Más tarde, se convirtió en mi principal ayudante aquí en Londres. Pero me dejó hace algunos años; hubo ciertas dificultades. Creí que había muerto. ¿De veras habla usted en serio?

Masters estaba, evidentemente, ordenando de nuevo sus ideas.

—Eso explicaría bastante... —murmuró el inspector jefe—, porque se encontraba en su ambiente, cómo lo conocía, hasta la manera de entrar en la oficina cuando estaba cerrada... Pero no explica cómo pudo salir.

—¿Salir?

—También puede saberlo, señor. Después que llegamos allí, Ferguson desapareció del edificio que estaba vigilado por delante y por detrás. ¿Cómo lo pudo hacer?

Por los tranquilos ojos de Schumann pasó como una sombra de confusión aún más apacible; los párpados casi no pestañearon. Era la cara de un líder parlamentario preparándose para no comprometerse.

—Mucho me temo que no pueda decírselo —dijo—. Le aseguro que el Ferguson que conocí no era un mago.

Masters advirtió que se escapaba por la tangente, y se lanzó tras ella como un *terrier*.

—¡Ah! Posiblemente no, como usted dice. Pero me dijo que hubo algunas dificultades en la oficina, y que Ferguson *se fue*. ¿Por qué le dejó?

—No creo que le interese.

—Cualquier cosa que se refiera a Ferguson me interesa —replicó Masters en tono áspero—. Si pudiera averiguar quién es Ferguson, qué quería y qué papel representa en este asunto, me encontraría mucho más cerca de la solución. Vamos a oír su

historia, señor, si le parece.

—Me abandonó llevándose algún dinero —contestó Schumann, recogiendo un cortapapeles de una mesa que estaba al lado del sofá.

—¿Usted no le denunció?

—No. Se fue al extranjero. Qué estaba haciendo allí anoche, qué propósitos tenía o qué quería, no tengo la más remota idea —los ojos de Schumann se achicaron—. Sé que no ha habido robo ni disturbios, porque hablé con mi ayudante principal esta mañana. Todo el asunto es irracional. Es una locura. Piense otra vez en ello. Un grupo de nosotros se reúne para... para celebrar una reunión social cualquiera —las palabras parecieron atragantársele, pero tal vez sólo fuera la sequedad de su garganta—. Se nos narcotiza. Al pobre Hays le apuñalan. Nos colocan ciertos artículos extraños en nuestros... en mi bolsillo. Abajo, en mi oficina, se encuentra un antiguo empleado mío; no hace nada, no roba nada; no representa nada, salvo una mascarada sin sentido. Luego, este hombre, según usted, se esfuma a través de puertas cerradas. Debo creerlo, ya que tengo que creer la evidencia que me brindan mis ojos y mis oídos. Pero me interesará escuchar su opinión. Por ejemplo, ¿dijo Ferguson algo sobre mí?

Masters le miró con ojos hipnotizadores.

—Sí, dijo dos cosas. Dijo que usted había sido condecorado por el gobierno egipcio por reproducir el proceso de embalsamamiento de la Dinastía Decimonona, y dijo que usted era un criminal.

—La primera afirmación es correcta. La segunda, no.

Hubo una pausa.

—Pero ¿no tiene nada más que añadir? —preguntó Masters—. ¿Algo para mostrar...?

—Tengo toda mi vida para mostrar —dijo Schumann, tranquilamente—. Creo que saldrá muy bien parada en la comparación con la de un ladrón prófugo a quien no pude demandar y que no se atreve a quedarse para decirme esto en la cara.

Muy pocas veces en su vida, pensó el doctor Sanders, había oído unas palabras más convincentes o dichas con más poder de convicción. Pero también había algo más. Cuando Schumann bajó la cabeza, se advirtió un afán silencioso por decirles algo.

Y Masters demostró una intuición que *sir* Henry Merrivale nunca le hubiera reconocido.

—*Míster* Schumann, ¿quién mató a Hays?

—La atropina es una droga curiosa —prosiguió Schumann, sin escucharle—. He estado averiguando sus propiedades esta mañana. La de anoche fue una experiencia con todas las alucinaciones que lleva consigo. Estuve sentado junto a aquella mesa, delante de algunos murales y algunos libros de cubiertas brillantes y títulos espeluznantes, colocados sobre un estante encima de la chimenea. Me parecía tremendamente cómica la manera en que los murales adquirirían vida y los títulos de

los libros se convertían en signos eléctricos. Parecía que salían y entraban personas, personas que no existían...

—*Míster Schumann* —dijo Masters—, ¿quién mató a Haye?

—No sé —casi gruñó el dueño de la casa.

El tono de Masters perdió todo color.

—Muy bien. Ahora, pasemos a la droga de las distintas bebidas. Me veo obligado a decirle que su historia concuerda con la de los otros. Pero se ha sugerido que un extraño pudo verter la atropina en los vasos mientras quedaron solos en el salón. ¿Está de acuerdo con esto?

—No, señor. Los vasos estaban completamente limpios. Lo noté cuando Haye sirvió los *cocktails*.

—¡Ah! Pero coincide en que antes no hubo ninguna manipulación en la cocina. Entonces, ¿cómo apareció la atropina en las bebidas?

Por primera vez, un relámpago de incomodidad cruzó la cara de Schumann. Levantó una mano e hizo pantalla con ella sobre sus ojos.

—Amigo mío, no soy una persona sutil. No puedo proporcionarle explicaciones ingeniosas para que usted no las crea. Pero, para mi entendimiento prosaico, la respuesta parece tan simple que no puedo comprenderle. Ahora niega que durante ese intervalo de tres o cuatro minutos pueda haberse hecho el trabajo. ¿Por qué? Única y sencillamente, si le interpreto bien, porque más tarde encontró que no había atropina en la *cocktelera*. Pero piense de nuevo.

»Suponga que un extraño haya entrado y envenenado el contenido de la *cocktelera* y la bebida de *sir* Dennis Blystone. Lo bebemos luego y quedamos inconscientes. El extraño, entonces, tiene vía libre para hacer lo que quiera en el apartamento. No se puede negar, puesto que sacó el estoque del perchero y apuñaló a Haye. ¿Qué demonios le impediría lavar la *cocktelera*, llenarla sin droga hasta la mitad y dejarla donde la encontró?

»Entonces habría que suponer, como usted hizo, que la atropina fue vertida en cada uno de los vasos, lo que nos hace sospechosos a nosotros. Y si no llega a ser por la afortunada casualidad de que estábamos allí mientras se preparaban las bebidas, y pudimos creerlo nosotros mismos.

Schumann tosió a causa del esfuerzo por articular con claridad y dar peso a cada palabra. Pero pareció preocupado.

—¿No es cierto que pensó lo mismo? —preguntó.

—Oh. Sí. Sí, realmente: ya había pensado eso. Aunque lo crea o no. Luego, ¿acusa a Ferguson de ser el asesino?

—En absoluto. Soy más caritativo que Ferguson.

El cielo se había puesto más pesado y más oscuro sobre el parque que se veía a través de las ventanas. Casi era imposible discernir los colores del sarcófago del rincón. Masters hizo la última anotación en su libreta.

—Sólo una cosa más —dijo—, y nos plantaremos aquí... por ahora. Me gustaría

obtener una descripción completa de Ferguson tal como era en la última época en que le trató: su manera de hablar, sus hábitos, de dónde procedía; todo lo que se relacione con él... Supongo que puede proporcionarme estos datos.

—No de memoria, amigo mío. Sucedió hace mucho tiempo, y no lo recuerdo bien. Pero creo que encontrará los detalles en mi archivo. Ahora que me acuerdo, me parece que hay una fotografía en alguna parte. ¡Ferguson! ¿Sabe? Creía que había muerto.

—¿Muerto?

—Sabe, a veces usaba otro nombre —dijo Schumann, mirando con dureza al inspector jefe—. Y me parece, vagamente, que vi un periódico del continente... no importa. No me pida detalles ahora; no los recuerdo. Pero le prometo mandarle una descripción completa, sin falta, esta tarde. Mientras tanto, debo pedirle que me excuse.

Se levantó del sofá, con algún esfuerzo, y se quedó de pie. Estaba un poco más pálido que cuando entraron. Así, envuelto en el edredón, era más pequeño y hasta más elegante de lo que habían imaginado; era imposible dejar de ver la mano que ofrecía. Los ojos de Schumann y los ojos pintados de negro del cajón de la momia les miraron cuando Masters y Sanders salieron.

—¡Uf! —dijo Masters en el vestíbulo.

—¿Pasa algo malo? —preguntó Sanders.

—¡Uf! —repitió Masters, abriendo la puerta exterior—. Todo el mundo tiene una teoría, ¿no es así? Todo el mundo menos yo está seguro de cómo sucedieron las cosas y en dónde deberíamos buscar a nuestro hombre. ¡Explicaciones! ¡Y más explicaciones! Si oigo más malditas explicaciones...

Todavía tenía la mano en la puerta cuando otra persona, que esperaba fuera, fumando un cigarrillo, cruzó delante de él con aire preocupado.

—Por favor, no diga eso —le pidió Marcia Blystone—. Le he seguido toda la mañana, y ahora tiene que escucharme. Sé quién mató a *míster* Haye, y estoy bastante segura de las razones. También sé que el veneno fue puesto en las bebidas.

Masters se detuvo y le clavó la mirada. El doctor Sanders se puso contento. Marcia parecía más robusta, más sonriente que la muchacha estirada que viera la noche anterior. Sus ojos brillaban con triunfante agitación; sus mejillas estaban coloreadas, y llevaba una chalina brillante alrededor de su cabeza.

—¿También usted, señorita? —preguntó el inspector jefe—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Tomé un taxi —explicó—. Y lo despedí. Sinceramente, me parece que tendrán que llevarme a casa en su *Black Maria*^[1], o como se llame. Hola, doctor Sanders.

—Vamos, señorita, me temo que...

—No me dejará desamparada, ¿verdad?

—Por supuesto que no —dijo Sanders bruscamente—. Dios santo, ¿dónde está su caballerosidad? Miss Blystone no puede ir andando hasta su casa. Y si tiene alguna

información de valor...

Masters ensayó un paternal tono de razonamiento.

—Bueno, señorita, aceptamos de buen grado que vaya en la parte trasera del coche, por supuesto. Pero, en cuanto a más teorías...

—No son teorías —dijo con calma—. Son hechos. O por lo menos, algunos de ellos —se corrigió, recapacitando—. ¿No le molesta que me siente delante con usted? Es para poder explicarle mejor.

Arrojando su cigarrillo y tomando un gran bloc de papel que llevaba bajo el brazo, se sentó en el coche junto al inspector jefe. Sanders lo hizo atrás, esperando que Masters no viera su sonrisa burlona. El policía arrancó con bastante fuerza y siguió a lo largo de la curva que bajaba por el empinado borde del parque.

—Muy bien, señorita —dijo—. La escuchamos. ¿Va a decir que la atropina fue vertida en la *cocktelera* y que luego el asesino la lavó?

—No, claro que no —Marcia parecía evidentemente sorprendida—. Es algo mucho más ingenioso que eso. El asesino...

—¡Ajá! —dijo Masters—. A decir verdad, me lo temía. Pero vayamos por orden. ¿Quién es el asesino?

Con mucho cuidado, ella abrió el bloc de papel y lo colocó junto al volante, con gran incomodidad para Masters, que conducía deprisa y necesitaba ambas manos. Pero se arriesgó a echar una ojeada. Ella había esbozado un apunte realmente notable de Bonita Sinclair. Mirando por encima de los hombros de sus acompañantes, Sanders vio que resaltaban precisamente los rasgos que él había notado: las largas y suaves líneas del cuerpo y las dulces facciones espirituales de la cara. Tenía una mirada anhelante que la artista había caricaturizado con gran vida.

Marcia agregó en un tono familiar:

—He aquí a la bribona.

—Señorita —rugió el inspector jefe—, podría, por favor, retirar eso de mí... Bueno, ¿qué le hace pensar que haya sido ella?

—Asesinó a su marido, y tengo las pruebas —dijo Marcia.

Masters sostiene hasta el día de hoy, con respecto a lo que sucedió inmediatamente después, que la chica, en su agitación triunfal, puso el boceto sobre el volante y al mismo tiempo le pisó un pie. Lo cierto es que el coche de la policía salió como un proyectil por la curva de la carretera, cuesta abajo. Pero Marcia, a su vez, sostiene que no habría sucedido nada si el otro vehículo —*vehículo*, por cortesía — hubiera circulado por su mano.

Crujiendo majestuosamente, subía la colina por el centro de la carretera un carro de frutas. Se veía con dificultad al hombre que lo empujaba detrás de las pirámides de naranjas, manzanas, limones, nueces del Brasil, ciruelas y plátanos. Y su desesperado alarido se oyó un instante antes de la colisión.

Con un rápido viraje, Masters evitó el choque de frente. No pudo hacer una carambola mejor. Con un majestuoso estampido, el carro giró, se alzó e hizo piruetas

como un bailarín, al mismo tiempo que proyectaba naranjas, manzanas, limones, nueces del Brasil, ciruelas y plátanos. No sólo saltaron por el aire, sino que se desparramaron por todas partes. El hombre que lo empujaba esquivó los proyectiles; pero le vieron rodar hasta la zanja, bajo un alud de naranjas, manzanas, nueces del Brasil, ciruelas y plátanos.

Cojeando sobre una rueda rota, el carro volcó coquetamente patas arriba y se detuvo. No pasó así con el hombre de la zanja. Este hizo un esfuerzo y se levantó, hecho una furia. Entonces, se alarmaron al ver que era corpulento, y que llevabas gafa y una camisa de colores chillones.

—¿Qué demonios creen que están haciendo, condenados? —vociferó una voz familiar, espantando a los pájaros de los árboles—. ¡Han tratado de asesinarme, eso es lo que querían! ¡Oh, Señor, dame aliento, dame fuerza! ¡Dame suficiente fuerza para poner mis manos alrededor del cuello de...!

Tartamudeando, desfigurada por una rabia rayana en la apoplejía, les atisbó desde la zanja la cara malévolamente de *sir* Henry Merrivale.

UNA SUGERENCIA PARA ENVENENADORES

Sanders pensó que era un espectáculo impresionante. Gordo, con las piernas abiertas en el borde de la zanja como un luchador exhausto, con su cabeza calva que brillaba malignamente y su camisa agitándose, *sir* Henry Merrivale farfullaba. Parecía, en realidad, un luchador agotado después del fallo que le declaraba vencido, lo que en realidad le había pasado en su encuentro con las naranjas, manzanas, limones, nueces del Brasil, ciruelas y plátanos.

—Bueno, ¿por qué no iba por su lado en la carretera? —gritó Masters—. Contésteme. ¿Por qué no iba...?

—Lo que estaba... —después de una explosión repentina, *sir* Henry Merrivale abrió los ojos y vociferó con pavor—: ¡Es Masters! ¡No me diga que es usted, Masters!

—¡Le digo que no pude evitarlo, señor! La señorita me molestaba con este dibujo y su pie estaba encima del mío...

Los ojos de Merrivale se abrieron.

—De nuevo anda en las mismas —dijo con voz estrangulada—. Demonios, Masters, eso no es decente. Desde que conoció a *mistress* Derwent en el caso Keating, ninguna chica está segura con usted. Las asalta a plena luz del día, en un coche de la policía...

Con un poderoso esfuerzo, Masters pudo dominarse.

—Déjele que delire, señorita —dijo torciendo la boca—. Es el viejo. Es *sir* Henry Merrivale. Y usted, ¿podría decirme qué diablos está haciendo en medio de Hampstead Heath, con pantalón corto y camisa, empujando un maldito carro de fruta cuesta arriba?

—Estoy haciendo mis ejercicios.

—¿Qué?

—Estoy rebajando peso, ¡mal rayo le parta! —dijo Merrivale, ciñéndose la camisa como si fuera una toga romana—. Todo el mundo en Whitehall, desde el ministro hasta mi estenógrafo, no se cansan de decirme que estoy engordando mucho. Pero no tienen razón. ¡Mire esto! ¡Duro como hierro! —y se aporreó—. Pero me estoy cansando. Les voy a enseñar. Ya verán.

Resoplando, miró hacia uno y otro lado de la carretera, como si buscara enemigos.

—Pero ese carro de fruta...

—Tengo un amigo llamado Giovanni —dijo *sir* Henry Merrivale—, que es dueño de un gimnasio allí abajo. También tengo otro amigo llamado Antonelli, que tiene un

carro de fruta. Apostó a que no podía empujarlo cuesta arriba. Hasta dónde he llegado, ¿eh? Sólo veintinueve pasos, y he ahí que viene un policía cometiendo infracciones y me lo manda al infierno. ¡Oh, qué espectáculo! Mire ahora. Nunca vi nada igual desde el terremoto de Bolivia. Esto es una persecución, eso es lo que es. ¡Qué me lleven todos los diablos!, yo...

—No se hizo daño, ¿verdad?

—A buena hora me lo pregunta, ¿no es así? Por supuesto que estoy herido. Bien herido. Probablemente...

—En ese caso —dijo Masters con suavidad—, más vale qué suba al coche con nosotros. No se preocupe por el carro. Tan pronto como lleguemos a una estación del Automóvil Club encargaremos que reparen el daño. Supongo que por hoy no querrá hacer más ejercicios...

—Bueno... ahora... espero haber perdido bastantes centímetros —dijo *sir* Henry Merrivale, inspeccionando ilusionadamente su cintura—. No quiero hacer más ejercicio. No me asusta levantar pesas ni empujar carros arriba; pero de ahí a tener que andar zambulléndome en zanjas cada vez que quiere atropellarme un coche de la policía... Y si cree que *mis* averías pueden ser atendidas en una estación del Automóvil Club, entonces no tiene la menor idea respecto a la posición o a la gravedad de los daños. ¡Dios! Podría...

Estirándose la camisa, cruzó hasta el coche, contoneándose como un pato, sobre el suelo sembrado de naranjas, manzanas, limones, etc. Aunque todavía rabiaba, parecía haberse calmado un poco. Después de inspeccionar el desastre, se sentó sobre el estribo del coche, recogió un plátano, lo peló y se puso a comerlo de mala gana.

—¿No tiene miedo de volver a engordar lo que ha perdido? —dijo Marcia.

—Oh, perdón —interpuso Masters, e hizo las presentaciones. Al mencionar el nombre de Sanders, *sir* Henry Merrivale le miró con interés.

—Conozco a su jefe en la Oficina de Análisis del Ministerio del Interior. Oiga, hijo, ¿es usted quien escribió ese libro, *Análisis post mortem del intestino grueso*?

—¡Qué romántico! —dijo Marcia, como en un murmullo—. ¿Es verdad, doctor?

Sanders, que era todavía lo bastante joven como para henchirse de placer ante la mención de esa obra, sintió que su entusiasmo se enfriaba. El libro, el hijo literario de sus entrañas, constaba de ochenta páginas, se habían vendido once ejemplares, y probablemente no lo conocía ni el archivero del cielo. Pero él sí, y con frecuencia lo había leído de cabo a rabo. Pensaba que era un buen trabajo. Además, esperaba que impresionara a Marcia Blystone.

—Es un buen libro —dijo *sir* Henry Merrivale, y consiguió la amistad eterna de Sanders—. Un libro estupendo. Alguien tiene que escribir esas cosas, mujer. Todo no puede ser claros de luna y rosas.

—No en el intestino grueso, por lo menos.

—Tenga más delicadeza —aulló *sir* Henry Merrivale—. ¿Cómo demonios nos hemos metido en esto, después de todo? ¿Qué iba a decir? ¡Ah! Ahora me acuerdo.

Mire, Masters: me parece ver presagios y portentos, y vislumbro una mala jugada en camino. ¿Estaban ustedes ocupados con el caso Hays?

—¿Puedo preguntarle, señor, qué le hace pensar tal cosa?

—¡Oh, oh! —dijo *sir* Henry Merrivale—. ¿Es cierto?

—Posiblemente, señor. En realidad, había pensado darme una vuelta por su casa esta tarde...

—¡Confiese, Masters! —dijo *sir* Henry Merrivale—. Usted iba a entrar cacareando como un gallo y pavoneándose con los triunfos de la mano. ¿Es cierto o no? ¿Por qué le dará tanto placer a todo el mundo engañarme en mis propias narices? Bueno, puede ahorrarse el trabajo porque...

—¿Por qué?

—Ya me han consultado sobre el caso —dijo *sir* Henry Merrivale, con acerba dignidad—. Y apuesto a que sé una o dos cosas más que usted.

—¿Consultado? ¿Quién?

—¿Conoce la firma de Drake, Rogers y Drake?

—Los abogados de Hays —dijo Masters—. Mandé al sargento Pollard por allí.

—Entonces, tendrá un montón terrible de cosas que contarle, hijo. Fue el viejo Drake quien vino a verme. Debe de tener alrededor de noventa años; pero, anoche, sucedió en la oficina de Drake, Rogers y Drake algo que no ha pasado en ciento cincuenta. Tanto escandalizó al viejo que tenía que contármelo o reventar.

—¿Qué pasó, señor?

—Le robaron —dijo *sir* Henry Merrivale—. Félix Hays dejó allí algunas cosas en custodia, y se las birlaron.

—¿Dinero? ¿Objetos valiosos?

—No, nada de valor. Así es, nada económicamente valioso. Sólo cinco cajas. Cinco cajas lacradas, que tenían que abrir los abogados en caso de que Hays muriera inesperadamente. Los abogados no tuvieron oportunidad de abrirlas. Y me temo, Masters, que contuvieran cinco pequeñas causas de asesinato, todas en fila.

Sir Henry Merrivale tiró la cáscara de plátano, se chupó los dedos, y cogió otro plátano. El jefe del Servicio de Información Militar seguía en el estribo, concentrado en la tarea de tragar plátanos. En cuanto a Masters, adoptó un aire profesional que también le servía de advertencia.

—Ajá, señor. Miss Blystone, aquí presente, es la hija de *sir* Dennis Blystone.

—Claro, ya lo sé —asintió *sir* Henry Merrivale, alzando la vista—. Cuando esta mañana he visto la noticia de la muerte de Hays en la última edición del diario, he pensado que era mejor telefonar a Boko y preguntarle qué pasaba. Boko me ha comunicado con su superintendente, Masters, y he sabido los detalles. No me gusta nada. No me huele bien.

—¿No cree que sería mejor discutir el caso en otro momento?

—Masters —dijo *sir* Henry Merrivale en tono de queja—, por nada del mundo podría ser tan indecentemente suspicaz como usted. Mil rayos, nunca he podido

entender esa tendencia a andar con tapujos y con misterios delante de los testigos. Si van a mentir, mentirán. Si van a decir la verdad, la dirán. ¿Por qué no decirlo delante de la chica? Parece buena. Y tal vez pueda ayudarnos.

El inspector jefe sonrió con una mueca.

—Usted podría decir que, precisamente por ayudarnos, fue como destrozó el carro de fruta de su amigo. Miss Blystone iba a decirme quién cometió el asesinato, y cómo se realizó el envenenamiento...

—¡Oh, dejemos eso ahora! —gritó Marcia, saliendo del coche—. Pero ¿qué quiso usted decir con eso de las cinco cajas?

—Pues eso. Haye dejó en depósito cinco cajas de cartón, envueltas en papel de estraza, atadas, y selladas con lacre rojo. Deberían abrirse en caso de que muriera. Cada caja tiene escrito el nombre de cierta persona.

—¿Qué nombres? —preguntó rápidamente la muchacha.

—Bueno... este... Escribí la lista; pero está en los pantalones que dejé en el gimnasio de Giovanni, y no los recuerdo en este momento. Pero su padre era uno de ellos.

—No lo creo.

—¿Por qué no? —preguntó *sir* Henry Merrivale, con torpe interés.

Ella se había quedado muy quieta.

—Porque sé lo que está pensando. Soy muy sensible a los ambientes. Puedo sentir las cosas, y sé que usted piensa que mi padre es un criminal. Usted cree que hubo algo así como... una reunión de dirigentes de tahúres anoche, en el apartamento de Haye. Pero se equivoca en lo que respecta a mi padre, porque puedo decirle que la única razón por la que estaba allí era acompañar a *mistress* Sinclair. Mi madre no sabe nada de eso... espero. Yo tampoco lo he sabido hasta esta mañana. Pero he visto a Stella Erskine, que sabe todo lo que hay que saber en Londres. Y la pura verdad es que las relaciones de mi padre con esa mujer son un escándalo público.

Suspiró profundamente. Su cara estaba roja de ira.

—Hum —dijo Masters—. A decir verdad, señorita, no me sorprende en lo más mínimo. ¿Qué más?

—Ella es una celebridad —dijo Marcia—. Es famosa en toda Europa. Parece que realmente es una verdadera autoridad en pintura; pero ésa no es su única profesión. A pesar de sus recatados remilgos, no es nada más que una vulgar...

—¡Vamos, vamos! —gruñó *sir* Henry Merrivale—. Ven, toma esta manzana. O cualquier otra fruta. Yo digo que no haya motivo para enfadarse...

—No me enfado por eso. No me habría importado si se hubiera dedicado a alguna de esas que tienen ganas de pasar un buen rato, pero que no pierden el juicio. Pero no quiero verle hacer el tonto. Y no quiero que se divorcie de mi madre y se case con esta... esta máquina, para que luego le envenene por su dinero.

Masters silbó.

—Vamos a ver, señorita. Usted dijo que ella era la asesina, y que podría probarlo.

Usted no ha querido decir de verdad eso, ¿no?

Marcia se encogió de hombros.

—Oh, en realidad no se ha probado nada en contra de ella; pero esto me lo ha dicho Stella Erskine, y puede hacerle caso a Stella, porque sabe sacar los trapitos al sol como nadie.

»Hace más o menos tres años, *mistress* Sinclair andaba por ahí con un hombre en Montecarlo, un italiano rico. Tuvo un ataque después de cenar con ella una noche, y se murió. Lo malo fue que habían estado cenando en la terraza del Splendid, a la vista de una docena de personas y dos atentos camareros. Se probó sin lugar a dudas que no había comido nada que ella no hubiera comido; que no había bebido nada que ella no hubiera bebido, porque, con su recato, ella había bebido de la copa del italiano. El asunto se tapó no sé cómo; y nadie se enteró de los detalles.

»Luego fue la muerte de su marido. Nadie sabe, o supo, mucho sobre él. Un día, simplemente, se murió, eso fue todo. Fue en Niza o en Biarritz. Le enterraron rápidamente. El viejo médico, que era amigo de *mistress* Sinclair, extendió el certificado de defunción, y ella cobró el seguro.

»Esa —admitió Marcia— es la verdad. Ni siquiera Stella, a quien le encanta adornar las cosas, ha podido decir más. Pero parece que ha tenido algunos líos, también ocultos, con un museo de Nueva York, con un *marchand* de obras de arte de París, y con algunos coleccionistas particulares. La chica se las arregla.

Hubo un silencio. *Sir* Henry Merrivale se estiró más la camisa y puso mala cara al plátano que tenía en la mano a medio comer.

—¡Uf! —dijo éste, suministrando muy poca información.

—¿Está segura de que no son simples habladorías, miss Blystone? —preguntó Masters—. Porque si no lo son...

—Es lo que se dice; eso es lo que puedo asegurarle. ¿No puede telefonar a la policía de Mónaco y de Francia y averiguarlo?

—Oh, sí. Puedo y lo haré. Pero ese italiano de Montecarlo, ¿se demostró que fue envenenado? Eso tuvo que haber sido fácil.

—No se probó nada. Le he dicho que fue silenciado.

—Sin embargo, en tales circunstancias... si hubiera pruebas de que no pudo haber sido envenenado...

—Ella envenenó al italiano —contestó Marcia—, de la misma manera que envenenó anoche las bebidas. Le he dicho que le he estado siguiendo toda la mañana. Usted ha ido a su casa, ¿verdad? Y mi padre estaba allí. Yo he entrado cuando le he visto salir a usted. Nunca tuve tanto miedo en mi vida; pero estaba tan enloquecida que no me importaba. Me temo que he causado un altercado, pero he descubierto los hechos. ¿Recuerda que le he dicho que cuando estaba cenando con el italiano ella bebió de su copa?

—Sí.

—Y bebió también del vaso de mi padre anoche, ¿no es así?

—Bueno, señorita, eso es lo que nos contó.

—Y, aún más, probó todos los *cocktails* inmediatamente después de mezclarlos. Pero bebió de la *cocktelera*, ¿verdad?

—Sí.

—No es natural —dijo Marcia, con otro profundo suspiro—. ¿Ha visto alguna vez en su vida coger una *cocktelera* y empinarla y beber de ella? ¿Especialmente una mojigata patas largas re-fi-na-da como Bonita Sinclair?

—No bebo *cocktails*, señorita. Siempre cerveza. Pero...

—Ella tenía una razón, claro está. Yo he hecho el truco con buches y sé que surte efecto. Se pone un poquito del líquido en la boca, en el hueco de debajo de la lengua. No es necesario mantenerlo allí durante largo rato. Pudo habérselo puesto en la boca mientras se daba la vuelta para buscar una botella en la alacena.

»Muy bien. Entonces se toma un vaso o una *cocktelera* y se finge beber. Pero, en realidad, no se bebe nada. Se agrega algo a su contenido: en este caso, la atropina escondida en la boca. Y en presencia de varios testigos se envenenan las bebidas, de tal forma que todo el mundo juraría que de ninguna manera podría haberse hecho.

Como si le asaltara un pequeño temor, ahora que había terminado su discurso, Marcia se asió firmemente a la puerta del coche. Hubo un silencio durante el holocausto de una fruta.

Sir Henry Merrivale se divertía, si es que cabía una gota de diversión en su cara de zopenco.

—Lo ha hecho añicos —dijo—. Masters está conmovido. No le haga caso. Piensa que es antihigiénico y que no es muy delicada la chica, lo cual parecería indicar que estaba un poquito impresionado por ella. «Cuando de seda mi Julia va...» —trató de canturrear sir Henry.

—No me importa si no es delicada —dijo rápidamente Masters.

—La cuestión es ésta: ¿es práctico? ¿Qué dice usted, doctor?

—Considerando los factores relevantes... —apenas había comenzado a contestar, cuando Marcia le interrumpió de mal humor.

—¡Por todos los santos! —gritó—. Cuando le vi anoche y le pedí que subiera a ojos cerrados a un lugar que no conocía de nada, no dio un solo paso atrás y entró tan fresco como el que más. No hizo ninguna pregunta; se hizo cargo de todo; y pensé que era la persona más simpática que conocía. Luego, empezó a hablar; usted y sus *supuestos* y sus *considerando los factores relevantes*. ¡Vaya!, ¿no puede ser humano? ¿Por qué no tiene alguna opinión sobre algo, sí o no, como un ser humano? Ahí está. Cuando alguien le hace una pregunta directa, usted saca el mentón, levanta el dedo y medio bizquea con los ojos entrecerrados como el oráculo de Delfos...

Sanders se puso rojo hasta la raíz del pelo.

—Comienzo a tener una decidida opinión con respecto al tratamiento que debería dársele a usted —dijo entre dientes.

Marcia quedó helada.

—Bueno, realmente... —dijo.

—¿Se callarán la boca los dos? —ordenó *sir* Henry Merrivale con austeridad. Después de haber echado una feroz y penetrante mirada a todos, prosiguió—: Quiero formular una pregunta. Tengo mi opinión, pero de todas maneras quiero oír la suya, hijo. ¿Cree que esta triquiñuela de hacer gárgaras con la atropina puede ser cierta?

—Sólo remotamente es posible —replicó Masters—. Y eso si tenía suficiente atropina pura para hacerlo, lo que dudo. Y hay dos objeciones *humanas* que hacer. Primero, si *mistress* Sinclair hizo semejante cosa, ¿para qué lavó luego la *cocktelera* y borró los rastros de atropina? Ella misma nos dijo que debieron de poner la droga directamente en la *cocktelera*; por lo tanto, ¿para qué pasar por mentirosa? En segundo lugar, la gran objeción al método es que es un método cómico. Si alguna vez intentara probarlo ante los tribunales, el jurado sonreiría sarcásticamente y el abogado defensor se moriría de risa.

Masters pensó que ésta era la mejor venganza.

Sir Henry Merrivale se levantó con esfuerzo del estribo y comenzó a subir al coche.

—Quiero unos pantalones —refunfuñó—. ¡Estaría bonito, eh, que pescara una neumonía y me muriera! Entonces, nunca podrían salir de este embrollo. Porque, Masters, hijo mío, ustedes están en un lío terrible. No sé si se dan cuenta de lo peliagudo que es.

—Oh, no diría eso —Masters parecía satisfecho, casi afectadamente satisfecho—. En realidad, podría afirmar que me he hecho la composición de lugar del asunto, con excepción... hum... de algunos pequeños detalles.

Por supuesto, no espero que usted los capte. Están un poco fuera de su línea... No sé si le conté los últimos acontecimientos.

Rápidamente, esbozó los sucesos de la mañana. La expresión de maligna satisfacción de *sir* Henry Merrivale se ahondó.

—Y ahí tiene, *sir* Henry. No le echo la culpa de que piense que es un lío, o que ande desconcertado...

—¿Desconcertado? —dijo *sir* Henry Merrivale—. ¿Quién está desconcertado? Yo no. Si cree que estoy presumiendo, le demostraré que no es cierto. Le diré exactamente lo que puede probar y lo que no puede probar. Puede explicar los cuatro relojes, el mecanismo del despertador, la lupa y el brazo del maniquí. Usted sabe por qué hay un Rossetti inconcluso en el vestíbulo de *mistress* Sinclair y un Rembrandt en su recibidor. Puede explicar la cal viva y el fósforo; pero no ve cómo se relacionan con ella. Eso lo tiene enardecido. Además, aun suponiendo que exista un Ferguson verdadero, no puede ni por asomo averiguar qué papel juega en el asunto, para no mencionar su misteriosa desaparición.

Sir Henry Merrivale miraba distraídamente el parabrisas del coche.

—¡Hum! Ferguson y *mistress* Sinclair. Sí, hijo, son dos enredadas piezas del rompecabezas.

»Masters, hay un viejo método para descifrar un acertijo. Supongamos que tiene unas cuantas piezas que encajan bien. Y también tiene un par de piezas que sobran, pero ninguna de las dos tienen relación con el resto. Entonces, ¿qué se hace? Trate de relacionar las piezas que sobran, para ver si de alguna manera se relacionan. Trate de relacionar a Ferguson con *mistress* Sinclair, sólo por pura especulación.

—¿Relacionarles? ¿Cómo?

Los ojos de *sir* Merrivale se abrieron en dirección a Sanders.

—Usted, hijo. Según la información que me dio Boko, usted fue el primero que habló con Ferguson después de descubrirse el asesinato.

—Sí, que yo sepa.

—¡Ajá! ¿Dijo algo, hijo? ¿Hizo algún comentario?

Sanders reflexionó.

—Sí. Dijo que podía esperarse una cosa como la que ocurrió y que Bernard Schumann estaba arriba.

—¿Algo más? No sé, pero soy tremendamente curioso.

—Sí, dijo algo más —contestó Sanders, sobrecogido—. Dijo, muy violentamente, «¿cómo está la señora?». Creí que se refería a miss Blystone, pero pareció enloquecer de repente y añadió de manera precisa que se refería a la dama de pelo oscuro, a *mistress* Sinclair. Luego, salió corriendo hacia arriba.

Sir Henry Merrivale cerró los ojos.

—¡Ajá! Y en consecuencia, Masters, ya tenemos una conexión entre los dos. Me lo esperaba. No es una enlace muy importante, tal vez; pero basta para guiarnos hasta la hipótesis que quería demostrar. Piense en lo que sabe sobre la cal viva y el fósforo. Piense en lo que sabe sobre Ferguson. Piense en lo que sabe sobre *mistress* Sinclair. Luego, ate todo eso como en una ristra de chorizos y vea si puede decirme quién es este Ferguson y cómo se evaporó del edificio.

Hubo una pausa.

El doctor John Sanders les miró a todos, uno por uno.

—Caramba —resolló Masters—. ¡Dio en el clavo! No hay la menor duda. Es tan claro como el agua.

Sanders miró otra vez a cada uno de ellos. Mentalmente, estaba a punto de estallar.

La separación que había comenzado entre él y Marcia Blystone estaba desapareciendo a causa de la alianza de *sir* Henry Merrivale con Masters y su misterioso lenguaje. Marcia se colocó a su lado, con una mano apoyada sobre su brazo. ¿Estaba tan desconcertada como parecía? No podía menos que preguntárselo, pues no era capaz de descifrar su expresión. Después de su exabrupto, sus ojos quedaron tan inexpresivos como los ojos pintados en el sarcófago de la casa de Schumann. Pareció evitar mentalmente todo ataque. Pero sus palabras confirmaron su alianza con él.

—No se preocupen por mí —dijo—. ¿Es tan claro como el agua? Ya sé que estoy

sólo por su gentileza; pero, ya que han ido tan lejos, podrían ser un poco más explícitos.

—Muy bien —dijo *sir* Henry Merrivale bruscamente—. Métete en el auto.

Pero luego se quedó silencioso, mirando el parabrisas, mientras avanzaban. Estuvo en silencio, mientras Masters disponía en la estación del Automóvil Club que se ocuparan de los restos del carro. Estuvo en silencio mientras se vestía en el Gimnasio y Escuela de Adaptación Física Garibaldi e, incluso cuando tapó con billetes el torrente de dolor del dueño del carro, estuvo silencioso. En realidad, hasta después que el coche paró frente al edificio de Félix Hays, en Great Russell Street, a las dos de la tarde, no habló.

—Si he hablado de esa manera —le dijo a Marcia, como si no hubiera habido ninguna interrupción—, ha sido porque quiero que me digas la verdad. Eso es, puedes decirme la verdad ahora, ¿no es así?

—¿Yo? —gritó Marcia—. ¿Cree que he estado mintiendo? ¿Por qué?

Sir Henry Merrivale indicó:

—Estabas al lado de ese farol, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Y cuánto tiempo estuviste allí esperando hasta que llegó el doctor?

—Un poco más de una hora, tal vez. Ya se lo he dicho.

—¡Hum! —dijo *sir* Henry Merrivale, con el mismo aire de huraña paciencia—. Entonces, viste al asesino, ¿verdad? Tienes que haberle visto.

LAS CAJAS LACRADAS

Más o menos a la misma hora de esa misma tarde, el sargento de investigaciones Robert Pollard, según las instrucciones recibidas del inspector Masters, entraba en las oficinas de Drake, Rogers y Drake, en la calle Gray's Inn.

Pollard había dedicado la mañana a reunir la información más completa posible sobre las distintas personas relacionadas con el caso. El resultado le había deprimido y aturcido. Según las informaciones secretas de Fleet Street, *sir* Dennis Blystone era intachable. Se había hecho mención, por supuesto, de su *asunto* con *mistress* Sinclair. Pero *sir* Dennis realizaba muchas obras de caridad; tenía buena reputación; no era amigo de fanfarronadas; nunca tomaba un taxi cuando un autobús bastaba; y así por el estilo.

Como *mistress* Sinclair y Bernard Schumann eran conocidos negociantes, Scotland Yard y los amigos periodistas de Pollard pudieron proporcionar información. Los negociantes de obras de arte más suspicaces hablaron de *mistress* Sinclair en términos tan vehementes que no podía dudarse de su sinceridad. En cuanto a Schumann, no sólo fue descrito como un hombre honesto; era un hombre muy perseguido, a quien, una vez, un desastroso incendio en su barraca de El Cairo destruyó mercaderías no aseguradas por valor de diez mil libras. Hasta Félix Haye despedía olor de santidad en todo Londres.

Los escándalos en la Bolsa no son frecuentes. Esto hizo blasfemar a Pollard. Pollard, que ingresó en la policía después de pasar por Harrow y Cambridge, hallaba con frecuencia sus teorías aplastadas ignominiosamente por el inspector jefe. Pero ahora tenía ciertas ideas precisas que evidentemente no cuadraban con las de Masters.

Le parecía que Masters no prestaba debida atención a dos pistas; primero: el estoque, y segundo: la chica, Marcia Blystone.

Aquella mañana Pollard interrogó al encargado del apartamento de Haye, el retorcido irlandés que había visto la noche anterior. Timothy Riordan todavía apestaba a *whisky* y a suspicacia, pero por lo menos era coherente. Nada sabía, juró, sobre los acontecimientos de la noche anterior. Nada había visto ni oído durante la noche. La última vez que vio a Haye con vida fue algo después de las seis de la tarde, cuando éste salió a cenar; le había encontrado en las escaleras, y Haye le ordenó que arreglara el apartamento, porque recibiría invitados aquella noche.

¿Había cumplido esas órdenes? Sí, lo había hecho. Sobre este punto, el viejo Timothy parecía aún mucho más arisco y suspicaz. Lo había limpiado inmediatamente y bajó al sótano en seguida. No vio llegar a ninguno de los invitados

aquella noche, porque se metió en la cama a las diez y media.

¿Respecto al paraguas-estoque? Claro que lo conocía. Pertenecía al propio *míster* Haye; y él, Timothy, lo vio en el apartamento, la última noche, cuando estuvo limpiando.

Esto interesó a Pollard. Masters, pensó el sargento, estaba tan obsesionado por el problema de la atropina, que casi no se había detenido a pensar en el arma con la que cometieron el crimen. ¿Por qué un estoque, si el asesino fue capaz de envenenar las copas con atropina? ¿Por qué precisamente ese estoque? ¿Y por qué, después del asesinato, lo dejaron en un lugar tan visible como la escalera?

También había descuidado a Marcia Blystone.

—No es mi tipo —le dijo Pollard después de hablarle. Por lo que había visto, le gustaba mucho más *mistress* Sinclair. Los chismes de Fleet Street decían que *mistress* Sinclair había enterrado a dos maridos.

El último fue un hombre de negocios entrado en años, a quien sólo recordaba por su sorprendente agilidad en el campo de tenis. También tuvo un montón de admiradores en la Riviera; uno de ellos, un rico italiano, se había entusiasmado tanto por sus encantos, durante una cena íntima, en Montecarlo, que le había dado un ataque de apendicitis, del cual murió.

En su fuero interno, Pollard comprendía esto muy bien. Marcia Blystone tenía algo de muchacho, y el sargento detestaba las mujeres varoniles. Con sinceridad, no podía negar que Marcia era muy bonita; pero sospechaba que sufría ciertas rabietas, malos humores y languideces. Y estaba convencido de que mentía con gran facilidad.

¿Era Ferguson un testigo, un testigo al cual buscaban frenéticamente? Sí; pero también lo era Marcia Blystone. Ella esperó fuera del edificio donde asesinaron a Haye. ¿Durante cuánto tiempo? Ella había dicho que por lo menos durante una hora. El forense no podía decir con certeza cuándo apuñalaron a Haye, y sólo podía afirmar que fue entre las once y las doce. ¿Habría visto algo la chica? ¿Habría entrado en el edificio? Y en cualquier caso, ¿qué participación tendría en el asunto?

Hasta allí llegó Pollard en sus disquisiciones mientras subía por la empinada escalera de la casa de ladrillo rojo de la calle Gray's Inn, en donde Drake, Rogers y Drake establecieron su firma antes del nacimiento de la reina Victoria. Pollard conocía muy bien la casi terrible integridad de Drake, Rogers y Drake, quienes siempre actuaban y hablaban en consonancia, como trillizos siameses. Olió la atmósfera tan pronto como entró. Un viejo secretario le llevó a la presencia de Charles Drake, el socio más joven. Este parecía preocupado. Era un hombre de cincuenta años y pico, activo, agresivo, que no perdía el tiempo en tonterías, que se bamboleaba como un marinero al andar y que llevaba unas gafas que le arrugaban el caballete de la nariz, produciéndole una joroba. Parecía que quisiera intimidar a sus clientes con sus modales; pero, por debajo de ellos, Pollard percibía ahora cierta incertidumbre respecto a la primera catástrofe que afectaba a la firma después de la Revolución francesa.

—Esto es delicado —dijo, saludando a Pollard en una oficina tan pequeña que apenas podía darse la vuelta—. Supongo que mi padre conoce mejor el asunto; pero no creí que avisara a la policía. Este... todavía, en todo caso. ¡Espere!

Los ojos de Charles Drake, que se veían a través de las gafas, eran grandes y grises, e irradiaban tanta simpatía como dos ostras. Pero, por lo menos, eran lo suficientemente humanos como para revelar su consternación. Drake alzó una mano como si fuera un agente de tráfico que quisiera detener a Pollard.

—¿Quiere decir que usted ha venido por la muerte de Hays?

—Sí, señor, por supuesto. ¿Por qué, si no, habría venido?

—Ladrones —dijo brevemente Drake—. Pero lo supuse. ¡Espere!

Nada podía hacerse si no había quorum de directores. Por medio de una serie de embajadores, Charles Drake requirió la presencia de Wilbert Rogers, quien le seguía en importancia. Rogers era un hombre delgado y digno, que habló una o dos veces, pero con gran solidez.

—Sí, lo suponía —continuó Drake—. Vi en los periódicos de esta mañana que se referían a ello. Pero todavía no le he comunicado nada a mi padre. No es prudente molestarle antes del almuerzo. ¿Podría saber si Hays fue asesinado?

—Así es, señor.

—También me lo suponía. Muy bien; usted está aquí. Tendremos que discutirlo. Saque su libreta, y le diré los hechos.

Tenía el aspecto de alguien que se dispone a dictar, y sus manos nudosas se abrían y cerraban mientras hablaba. Después de cambiar un gesto de asentimiento con Rogers, se recostó en su silla y habló como una ametralladora.

—Félix Hays —dijo— era un corredor de Bolsa y sus oficinas estaban en el 614 de Leadenhall Street. Ha sido nuestro cliente durante once años. Por favor, *míster* Rogers, ¿me corregirá si me equivoco? Gracias. Era soltero, y su único pariente superviviente es una tía que vive en Cumberland. Hace exactamente una semana, el siete de abril. Hays vino aquí y declaró que alguien había tratado de asesinarle.

Pollard dio un salto en la silla. El tono de Drake era meramente profesional.

—¿Dijo quién había intentado matarle?

—No —dijo el otro, acercando un bloc de papel—. Trajo media botella de cerveza Ewkeshaw para que nosotros la examináramos. Además, tenía la caja de cartón y el papel con que la había envuelto y una carta explicativa. La carta estaba redactada en una hoja con el sello de Ewkeshaw, en la cual se veían escritas a máquina las palabras: «Obsequio de Horace Ewkeshaw amp; Co. Ltd.». Hays afirmó que tenía razones para creer que la carta era falsa, y que el contenido de la botella estaba envenenado.

—Ya veo. Una vieja treta —comentó Pollard, como si fuera un detective de larga experiencia.

—Como usted dice, una vieja treta —asintió Drake con el aire cínico de un envenenador de más larga experiencia aún—. Nos pidió consejo. Mi padre le sugirió

que acudiera a la policía, aunque no estuve de acuerdo con ese punto de vista, como tampoco Haye. Nos pidió que mandáramos la botella a un químico para que hiciera un análisis y, en caso de estar envenenada, que pusiéramos el asunto en manos de una empresa particular de investigaciones, digna de confianza. ¿Ha anotado eso?

—Sí, señor.

—Bien. Cumplí sus órdenes. Dos días más tarde, el nueve de abril, recibimos el informe del químico. La botella contenía diez gramos de un veneno narcótico llamado atropina.

—¿Atropina?

—A-t-r-o-p-i-n-a —deletreó Drake, concienzudamente.

—Muchas gracias. ¿Qué ocurrió con la botella?

—Un momento —dijo el abogado con aspereza—. Debemos anotar los hechos en orden, o no le serán de ninguna utilidad. Haye vino a vernos esa misma tarde, y le comunicamos los resultados del análisis del químico. Quedó turbado. Luego se fue, diciendo que volvería después de meditar sobre el asunto.

»Lo hizo a la mañana siguiente, el diez. Por lo general, mi padre no viene a la oficina los sábados por la mañana; pero *míster* Haye insistió tanto, que nos vimos obligados a traerle desde nuestra casa de Bloomsbury Square, para que estuviéramos todos presentes.

»Entonces, *míster* Haye nos mostró cinco paquetes que colocó sobre el escritorio... este... como un brujo. Cada paquete era una caja de cartón de más o menos quince centímetros de largo por diez de ancho. Cada caja estaba envuelta en grueso papel de estraza, atada con una fuerte cuerda y sellada en dos lugares distintos con lacre rojo que llevaba la marca de su propio sello. En cada caja había escrito un nombre con tinta. Aquí está la lista de los nombres.

Sacando una carpeta forrada en azul del cajón de su escritorio, copió unas palabras en una hoja del bloc y se la alcanzó al sargento. Pollard leyó:

1. Bonita Sinclair
2. Dennis Blystone
3. Bernard Schumann
4. Peter Ferguson
5. Judith Adams

Pollard puso con inseguridad la hoja en su libreta. ¿Peter Ferguson? ¿Peter Ferguson? Entonces, ¿existía un verdadero Ferguson? Pero esto no le preocupaba tanto como el quinto nombre de la lista.

—Este último nombre, señor. ¿Quién es Judith Adams?

—No lo sé. Probablemente alguna amiga, quiero decir, alguna persona con la que se relacionaba. Si busca lo suficiente, indudablemente la encontrará; yo no sé quién es.

—No importa, por el momento. ¿Qué le dijo Haye?

—Dijo que deseaba depositar las cajas en nuestra casa, para que fueran abiertas, si algo le sucedía. Nosotros aceptamos el encargo. Y, anoche, alguien entró en la oficina y robó las cajas. Ahí tiene. Esa es la historia completa. Por desgracia.

Los grandes ojos de Drake, aumentados por las gafas, dejaban ver una congestión sanguínea que revelaba gran impaciencia y curiosidad. Pero no hizo ninguna pregunta. Por el contrario, cogió un lápiz y comenzó a golpear el escritorio.

—Sí, pero ¿qué dijo Haye sobre las cajas?

—Dijo —contestó cuidadosamente el otro—, que contenían pruebas sobre ciertas personas que deseaban su muerte.

—¿Pruebas en contra, quiere decir?

—Él dijo *pruebas sobre*. Pudo haber querido decir *pruebas en contra*. Yo no sé.

—¿Sabe qué había en las cajas?

—Claro que no. Espere. Excepto en una de ellas. ¿Eh, Rogers?

—Sí —asintió Rogers ásperamente—. Se oía un tictac.

—¿Qué se oía?

—Sargento —dijo Charles Drake, dejando el lápiz—, ¿conocía usted a Haye? No le digo esto para alejarle del tema; se lo digo para subrayar un punto. Se decía que Haye tenía *sentido del humor*. Yo no tengo sentido del humor; y podría decir que me las arreglo muy bien sin él. Pero Haye tenía sentido del humor. *¡Requiescat in pace!* Digamos, como me dijo una dama, que era *solamente un niño crecido* —en la cara de Drake hubo una contracción de disgusto—, y conformémonos con eso.

—¡Joven Charles! —dijo violentamente Rogers—. ¡No!

Charles Drake siguió adelante al oír la corrección.

—De todas maneras, miss Rawlings, mi secretaria, recogió las cajas para guardarlas en el cajón de documentos de *míster* Haye que tenemos aquí. En una de las cajas empezó a oírse un tictac. Miss Rawlings casi la dejó caer. Me parece que la pobre mujer pensó que llevaba una bomba. *Míster* Haye estaba muy divertido. Dijo algo así: «Debe de haber hecho funcionar uno de los relojes. Hay cuatro ahí dentro. Hace rato que debería habersele acabado la cuerda».

—¿Recuerda qué caja era?

—Sí. Era la caja que llevaba el nombre de Dennis Blystone.

—Sí. Prosiga.

—Eso, repito, fue el sábado nueve. El lunes siguiente recibí la botella de cerveza Ewkeshaw que me mandaba el químico. Le mandé unas líneas a *míster* Haye, preguntándole qué hacíamos con ella. El martes, es decir, ayer, el día del asesinato, me llamó por teléfono. Me pidió que le llevara la botella a su apartamento por la tarde. Así lo hice, llegando allí hacia las seis.

—¿Qué más, señor?

—Habló de *un gran designio* que pensaba realizar; pero no quiso decirme en qué consistía. Haye estaba en el peor estado de ánimo: o en el mejor, como le parezca.

Cuando llegué al apartamento estaba vistiéndose para la cena y bebiendo una copa. Le encontré de pie, en el vestíbulo, vestido con los pantalones del traje de etiqueta y una camiseta, agitando una *cocktelera* con una mano y sosteniendo, con la otra, un sable de caballería. Sí, he dicho un sable de caballería. Hacía pases en el aire, poniéndose en guardia y batiéndose en duelos imaginarios.

»Le dije que había traído la botella. Me indicó que la pusiera en alguna parte de la cocina. Le pedí que tuviera cuidado con la botella, y pregunté si quería envenenar a alguien. Dijo que tal vez fuera así. Para asegurarme de que nadie tomara la botella por error, escribí en un pedazo de papel: *Veneno, no beber*. La puse en un lugar visible en uno de los estantes inferiores de la despensa, con el papel alrededor del cuello.

Pollard tomó nota, y comenzó a pensar en lo que había pasado. Tenía que encontrar esa botella. Porque era el propio Félix Haye quien había conseguido los diez granos de atropina la noche anterior. Claro está que no era atropina *suelta*; estaba contenida en la botella de cerveza Ewkeshaw; pero de todas maneras...

—¿Usted dice, señor, que esto fue alrededor de las seis?

—Así es.

—¿Y luego?

—Le pregunté por qué tenía tanta prisa en conseguir la botella de cerveza. No garantizo que sean sus palabras exactas, pero ésta es la idea. Dijo: «Quiero exhibirla en una pequeña reunión que voy a dar esta noche». Se estaba vistiendo, y me gritaba desde el dormitorio.

—¿Dijo algo más sobre la reunión?

—No, nada más. No quiso. Acabó de vestirse, y juntos salimos del apartamento. Dijo que cenaría en cualquier parte, y que luego iría a un *music-hall*, pero que volvería antes de las once. Lo siento, sargento, es todo lo que puedo decirle.

—¿Pero no hubo nada más, señor? ¿Nada más, en absoluto? ¿Se da cuenta de lo importante que sería alguna referencia sobre los invitados...?

Drake frunció el ceño más bien con enojo.

—Espere. Lo sabrá, después de todo. Cuando pasamos por la Compañía Importadora Anglo-Egipcia, al bajar las escaleras (¿conoce a *míster* Bernard Schumann, el dueño?), encontramos a uno de los ayudantes de Schumann que se iba a su casa. Es un egipcio; no puedo recordar su nombre. Pero no puedo decir que me guste el aspecto del individuo. Es todo ojos, dientes y pelo aplastado. Haye le preguntó si Schumann estaba en la oficina. El egipcio dijo que Schumann no había estado allí en todo el día; que estaba atendiendo, si mal no recuerdo, a algunos amigos que no eran de la ciudad.

—¿Haye contestó algo?

—Sólo que más bien esperaba ver a Schumann esa noche —replicó Charles Drake, mirándole severamente—. Acentuó la expresión *más bien*. Esto fue todo.

—¿Nada más, señor? ¿Absolutamente nada más?

—Creo que no. ¿Por qué?

—Por ejemplo, cuando iban a salir del edificio, ¿se encontraron con el encargado y Haye le habló? El encargado es un hombre pequeño, viejo, llamado Timothy Riordan.

La actitud de Drake denotaba una fría impaciencia y un deseo aún más frío de colaborar.

—¿Estoy omitiendo hechos de importancia vital, joven? Ahora que pienso en ello, encontramos al encargado. Por lo menos —se corrigió prudentemente— tengo razones para creer que era el encargado. Llevaba un estropajo, de cualquier manera. Haye le pidió que subiera y arreglara el apartamento.

—¿Y lo hizo?

—No puedo decirlo. De todos modos, subió.

—¿Estaba bebido?

Drake quedó tan desconcertado que su pelo color ratón se erizó; pero no preguntó nada.

—No lo noté. Este... hizo referencia —dijo Drake con esfuerzo— a un libro que seguramente había prestado a Haye, y le preguntó si lo había terminado. Solamente le digo esto porque, probablemente, él se lo ha contado; y no quiero que se me acuse de retener *información de importancia vital*. Haye no dijo nada.

—¿Un libro, señor? ¿Qué libro? Riordan no dijo nada referente a un libro.

—No tengo la más remota idea. Algo pornográfico, me atrevería a decir.

Pollard gruñó:

—Para terminar, señor, si usted fuera tan amable de hablarme sobre este robo que se cometió anoche en su oficina...

—Ah, eso es mejor. Bueno, el robo tuvo lugar a las doce y media. A las doce y media, el sereno de aquí, Beasley, me telefoneó a casa, a casa de mi padre, mejor dicho. Me levanté y contesté el teléfono, y luego desperté a mi padre. Beasley acababa de ver a alguien descolgarse de la ventana de nuestra oficina posterior, y bajar por la escalera de incendios.

—A las doce y media —dijo Pollard para sí.

—Beasley trató de alcanzar a esa persona, quienquiera que fuese, sin éxito. Luego vino hasta la oficina. No habían tocado nada, excepto el gran cajón de documentos que lleva el nombre de *míster* Haye. Tenemos varios iguales en nuestros estantes. El cajón había sido forzado, y estaba en el suelo. Me vestí y vine tan pronto como pude. Faltaban las cinco cajas.

»Nunca se me había ocurrido lo fácil que sería robar en una oficina como ésta. Las ventanas tienen doscientos años. Con un cuchillo se pueden abrir los pestillos como..., como si fueran de queso. Pero ¿quién roba oficinas de abogados? Todos los documentos valiosos, quiero decir la clase de documentos que robaría un ladrón, están en nuestra caja fuerte, que no fue tocada —miró rápidamente a Rogers—. *Espero* que no haya sido tocada. Debemos averiguarlo. Ahora mismo. Me imagino lo

que ha sucedido. Pero eso es asunto nuestro. ¿Tal vez quiera usted ver el escenario del robo?

Se levantó.

Pollard también se levantó. Pero no miraba el semblante algo suspicaz del abogado. Consideraba que en el contorno del caso decididamente se aclaraba la solución de las contradicciones. No eran teorías: Pollard sabía que eran hechos.

Félix Hays había convocado una *reunión de dirigentes* con propósito de burla. Quería mostrar la botella de cerveza envenenada a sus invitados y anunciar que las pruebas en contra de cada uno de ellos, las cuales podrían significar desde una condena a prisión hasta la horca, estaban guardadas en cinco cajas; y, finalmente, que esas cajas serían abiertas si se atentaba alguna otra vez contra su vida.

Pero alguien estaba preparado para todo esto. Alguien no había agotado su provisión de atropina, y envenenó las bebidas de los invitados de Hays. Pudo ser cualquiera de los tres o el escurridizo Ferguson, o la completamente desconocida Judith Adams, cuyo nombre acababa de oír por primera vez.

Entonces *alguien* mató a Hays con el estoque, o dejó a un grupo de personas inconscientes sentadas a la mesa, alguien —él o ella— salió silenciosamente de la casa de Great Russell Street y corrió hasta Gray's Inn, que no queda muy lejos. Esta persona irrumpió en la oficina de los abogados y robó las cajas acusadoras. Pero, evidentemente, tenía que llevarse todas las cajas. Si el asesino sacaba sólo una, la que tenía escrito su nombre, esto le delataría indefectiblemente. Por lo tanto, era necesario llevarse las cinco para que no descubrieran el ladrón. ¿Y luego?

Pollard no pudo reprimir un silbido al sentirse iluminado. Ahora veía. La clave esencial estaba en esos cuatro relojes.

En la caja que llevaba el nombre de Dennis Blystone, Hays depositó cuatro relojes. En consecuencia, a menos que se quisiera creer en una coincidencia, esos cuatro relojes eran los mismos que habían encontrado en los bolsillos de Blystone la noche del asesinato. Por lo tanto, Marcia mintió al decir que él mismo los había llevado al apartamento de Hays. Por el contrario, fueron colocados allí por el asesino mientras Blystone estaba inconsciente.

Los pasos del asesino se hacían evidentes. Después de entrar en la oficina de los abogados, volvió a Great Russell Street con el contenido de las cinco cajas. Puso los cuatro relojes que estaban en la caja de Blystone en los bolsillos de éste; el mecanismo del despertador, en el bolsillo de Schumann. La cal viva y el fósforo, como prueba contra *mistress* Sinclair, los puso en su bolso. Con toda probabilidad, Hays había escrito alguna carta que explicara el significado de estos curiosos artículos. Pero el asesino, aunque deseaba que se sospechara de los tres, no quería ir tan lejos como para dejarlo todo al descubierto.

Y, ahora, los movimientos del asesino podían ser rastreados.

Según el informe del médico, Hays murió entre las once y las doce. Durante este tiempo, el asesino estuvo en el edificio, ya que envenenó las bebidas y mató a Hays

con el estoque. Luego, salió y fue a Gray's Inn para robar las cajas; la hora del robo había sido determinada a las doce y media. En consecuencia, como el asesino retornó luego a Great Russell Street para poner las curiosas claves en los bolsillos de los huéspedes narcotizados, seguramente lo hizo entre las doce y media y la una.

Por lo tanto, la clave de todo el caso era Marcia Blystone.

El sargento Pollard puso rápidamente estas ideas en orden, y se sorprendió un poco por la facilidad con que podía tejer una red. De acuerdo con su propia confesión, Marcia Blystone esperó fuera del edificio durante más de una hora: es decir, entre las doce y la una. En ese lapso, el asesino salió del edificio para ir a Gray's Inn, y volvió después del robo. Había una sola manera de entrar en el edificio: la puerta principal. Como se había demostrado las ventanas eran inaccesibles y la puerta posterior tenía cerrojo y cadena por dentro. Por lo tanto, era necesario que Marcia Blystone le hubiera visto.

La chica mintió, de la misma manera que había mentido anteriormente con respecto a los relojes.

Encendido de entusiasmo, Pollard quería volar hasta Marcia Blystone y someterla a un interrogatorio. No sabía que no era necesario. No sabía que *sir* Henry Merrivale, sentado en un coche de la policía frente a la casa de Great Russell Street, traspasaba con la mirada a Marcia y le hacía exactamente la misma pregunta.

EL ÚNICO TESTIGO

—¿... Si vi al asesino? —repitió Marcia Blystone, mirando fijamente a *sir* Henry Merrivale—. ¿Es eso lo que quiere saber? Sinceramente, no sé de qué me habla.

Al parecer, tampoco lo sabía el inspector jefe; aunque, con precaución innata, no dijo nada.

—Oh, Masters, hijo mío —dijo *sir* Henry Merrivale con desaliento, contestando a su mirada—. ¿A usted no le han contado la historia del robo el viejo Drake? A mí, sí.

Ahora, *sir* Henry Merrivale tenía puesta su vieja chistera, inclinada sobre las cejas. Espió malignamente a ambos lados de Great Russell Street. Estudió el edificio en donde había muerto Félix Hays. Y, con algunas acertadas observaciones, relató el robo a grandes rasgos.

—¿Ve lo que sucedió? —preguntó con esperanza de vampiro—. El asesino puso la droga en las bebidas y mató a Hays. Salió, penetró en la oficina de Drake, volvió aquí con el botín y adornó los bolsillos de la gente con el contenido de esas cajas. El hurto en casa de Drake fue a las doce y media. Lo he comprobado. De manera que —insistió *sir* Henry Merrivale—, ¿quién salió y entró en esta casa durante ese tiempo? Porque estoy seguro de que el asesino lo hizo.

La idea era nueva. Tan nueva, que Masters se olvidó momentáneamente de la chica para seguir el hilo del razonamiento.

—Puedo comprender —admitió el inspector jefe— que el propio asesino destruyera esas cajas. Pero ¿para qué trajo esas..., hum..., chucherías, y las colocó en los bolsillos de los invitados? ¿Por qué?

Parecía que a *sir* Henry Merrivale le molestaba una mosca invisible.

—Qué sé yo, hijo. Pero eso es lo que pasó. Tiene que ser así. Esas chucherías eran viejas reliquias. El despertador estaba mohoso, el fósforo desvaído, a los relojes se les había acabado la cuerda hacía mucho tiempo. Hombre, no creerá que *mistress* Sinclair o Blystone, o Schumann, andan por lo común con tales chucherías, ¿verdad?

—No, lo admito.

—Y por eso les fastidió tanto cuando despertaron y encontraron esas cosas en sus bolsillos. Blystone y *mistress* Sinclair trataron de explicarlas inventando cuentos que no engañarían ni a un niño, si es cierto lo que usted me ha repetido. Lo del fósforo y la cal viva que se usa para limpiar cuadros no es sólo una mentira: es simple desfachatez. ¿Pensó realmente esa mujer que podía hacérselo creer a la gente? Schumann estuvo mejor. Por lo menos, reconoció que no tenía costumbre de llevar el mecanismo de un despertador y que alguien debía de habérselo metido en el bolsillo

mientras estaba inconsciente.

Masters pensó en el asunto.

—Muy bien, si usted lo dice —gruñó—. Pero todavía me pregunto, ¿por qué? ¿Por qué corrió el asesino tan gran riesgo volviendo a esta casa? Por supuesto, si quería que los otros aparecieran como culpables, había que sembrar la sospecha por todas partes...

—Me parece —dijo *sir* Henry Merrivale— que es una jugada bastante buena. En realidad, no puedo pensar por el momento en otra mejor. Trató de hacer sospechosos a los otros y mantenerles quietos con algo que les intranquilizara la conciencia. Pero hay más aún, hijo. ¿Me sigue?

—Hasta aquí le sigo. Si eso es verdad, hemos, bueno, casi hemos eliminado a los tres invitados de la reunión. Si *mistress* Sinclair o *sir* Dennis o Schumann fueron el asesino, no habrían puesto pruebas en su contra también en su bolsillo.

—¿Son tan malas las pruebas?

Masters frunció el ceño inquisitivamente.

—Repito, ¿son tan malas las pruebas? —inquirió *sir* Henry Merrivale—. Piense sólo por un momento. Tiene un caso transparente en sus manos, hijo, con un asesinato muy nítido y resbaladizo en el medio. Por amor de Dios, no dé nada por sentado o se va a meter en un lío. Mientras tanto —se volvió hacia atrás para mirar a Marcia—, ¿por qué no decimos la verdad?

Ella levantó los ojos y le miró tranquilamente.

—Le estoy diciendo la verdad —dijo en voz baja—. Es completamente cierto que anoche estuve aquí esperando durante más de una hora. Pero en ese tiempo nadie salió o entró por esa puerta. *Nadie*. Lo juraré por lo que usted quiera. O arrésteme si quiere.

Hubo un silencio. *Sir* Henry Merrivale, que parecía a punto de encolerizarse, quedó desconsolado y terminó por rascarse la nariz. Masters miró con suspicacia.

—¡Vamos, señorita! —le advirtió—. Tenía que ser por esta puerta. Hay una puerta trasera en el edificio; pero, como sabemos, tenía cerrojo y cadena por dentro...

—¿Y Ferguson? —preguntó, tímidamente, el doctor Sanders—. Allí tienen un sujeto que sale de los edificios sin usar la puerta de atrás ni la de delante. Todas las teorías parecen volver a Ferguson. Ferguson es una especie de ácido reactivo para todo. Pero no se puede probar nada hasta que lo encuentren; y si me permiten una opinión, no haría mal a nadie tratar de encontrarle primero.

Masters salió serenamente del coche para estirarse, pero *sir* Henry Merrivale intervino.

—¡Vamos, vamos, hijo! No se acalore. Él tiene razón. Veo que tendré que ocuparme de agarrar a Ferguson por el pescuezo. Porque, si la chica ha estado diciendo la verdad, acaban de aparecer algunas posibilidades verdaderamente extrañas. Sin embargo, todavía hay una parte que podremos verificar —guiñó un ojo a Marcia—. No nos contaste la verdad cuando dijiste que tu padre había salido

anoche de casa con esos cuatro relojes, y que los llevó a casa de Haye. ¿Verdad?

Ella se cruzó de brazos.

—Si no le contesto —dijo— supongo que me detendrá. Muy bien. Adelante.

—¡Oh, por la luz que me alumbra! —dijo *sir* Henry Merrivale—. Nunca vi tanta gente con más ganas de que la detengan. ¿Quién te va a mandar a la cárcel? Sinceramente, vamos, no hay necesidad de heroicidades. Todo lo que te preguntaba era...

—No.

—Verás —continuó *sir* Henry Merrivale inclinando aún más el sombrero sobre los ojos—, nos ahorrarás una cantidad de líos y molestias si nos dices la verdad. Ahora, Masters y yo sabemos qué significan los cuatro relojes y lo que hay dentro de ese maniquí que tu padre escondió en casa de *mistress* Sinclair. Pero no podemos probar nada, ¿no es así? Tu padre tiene los relojes. Y lo único que le interesa a Masters es el asesinato.

—¿No bromea? ¿Sabe realmente?

Sir Henry Merrivale hizo muy seriamente una cruz sobre su corazón. Pero, si tenía alguna esperanza de que esto apaciguara los temores o preocupaciones de Marcia, estaba equivocado. Esta salió del coche y dio un portazo. Sus ojos tenían esa mirada tensa y vidriosa que revela el peligro de un ataque de nervios a pesar de un semblante tranquilo.

—Entonces, les diré algo más —dijo—. Si alguna vez esto trasciende, yo... me mataré o me iré a Buenos Aires o haré algo por el estilo. Si hay algo que no puedo soportar, es que se rían de mí. Así que pueden ir a investigar y acusar a quien les dé la gana; pero esa mujer mató a Haye. Ya verán.

Sin decir otra palabra, dio media vuelta y se fue andando con rapidez. *Sir* Henry Merrivale la miró durante un momento; luego, se volvió hacia Sanders.

—Corra detrás de ella, hijo —dijo con la boca torcida—. No diría esto otras veces, pero ahora... ¡detrás de ella! Espere un poco. ¡Demonios, iré con usted! —mirando al inspector jefe boquiabierto, se arrastró fuera del coche, y agarró fuertemente su sombrero—. Quédese aquí, Masters. ¿Por qué cree que me estoy mezclando en este asunto? Dennis Blystone es uno de mis más viejos amigos. Agárrese al asiento y ya nos veremos más tarde. Venga, hijo.

Alcanzaron a Marcia cuando cruzaba Bloomsbury Street. *Sir* Henry Merrivale iba contoneándose a un lado; Sanders daba grandes trancos al otro; y ella estaba tan ajena a su presencia que casi se deja atropellar por un taxi que pasaba.

—¿No te gustaría almorzar algo? —sugirió *sir* Henry Merrivale lleno de esperanza.

—No, gracias.

Seguían andando aún más de prisa. A su izquierda, se levantaba la verja enorme, puntiaguda, carcelaria, del Museo Británico; y detrás del patio, el enorme, gris, carcelario edificio del Museo. Cerca de los portales rondaba un grupo de vendedores

de diarios y un fotógrafo ambulante con su trípode.

—¿Te gustaría fotografiarte? —sugirió *sir* Henry Merrivale. Le agradaba que lo retratasen y consideraba que era una fuerte tentación.

—No, gracias —dijo Marcia. Luego, tratando de contenerse, se recostó contra la verja y estalló de risa—. Muy bien —dijo, rebosando de alegría—. Nos sacaremos una foto. Y, luego, iremos a una taberna, y me dirán lo que realmente piensan de este asunto.

Después de la ceremonia de las fotografías —*sir* Henry Merrivale en su pose más digna, con su chistera sobre un brazo, el puño sobre la cadera como Victor Hugo, y la mirada fija en la cámara, de tal modo que hasta el fotógrafo hizo alguna objeción—, se instalaron en el bar de una ahumada y confortable taberna de Museum Street. Sobre la mesa, había dos jarras de cerveza y un *gin-tonic* cuando Marcia habló.

—No quise decirlo delante de ese policía —le informó—, pero tengo toda clase de datos sobre usted. Soy amiga de Evelyn Blake, la esposa de Ken Blake. Ella dice que usted es la persona más tunante y que más desprecia las leyes y la moral de todas las que conoce. Dice que cada vez que su marido sale con usted, siempre termina en la cárcel. Por eso creo que verdaderamente usted está de mi parte. De manera que...

—De manera que te escapaste de Masters a propósito, maldita seas —dijo Henry Merrivale sin sorprenderse—. Ya veo. Muy bien; te he seguido. ¿Qué vas a decirme?

—No me importa hablar delante de usted —dijo Marcia, fríamente—. Pero no estoy segura de que pueda hablar delante del doctor Sanders. Después de todo, el doctor Sanders está relacionado en cierta manera con la policía. Y el doctor Sanders piensa que soy cómica.

—Diablos —dijo Sanders, dejando su jarra con un golpe—. Oiga, ¿qué está diciendo? No pienso tal cosa.

—Eso es lo que dijo.

—No dije tal cosa.

—Desde luego que sí. Dijo que mi idea sobre la manera en que había envenenado las bebidas *mistress* Sinclair era cómica.

Ahora, la exasperación de Sanders era completa.

—Y así es. Pero eso no tiene absolutamente nada que ver con mi opinión sobre usted. ¿No se da cuenta?

—¿Cree que es cómico, *sir* Henry?

Dando la vuelta a su jarra, *sir* Henry Merrivale la miraba amargamente divertido.

—Bueno..., mira. Tu teoría se puede probar aquí mismo. Tienes el líquido delante de ti. Y creo que te darás cuenta, hijita, de que es un tremendo disparate. Cierto que puedes mantener el líquido en la boca. Cierto que puedes introducirlo en las bebidas como dijiste. Pero hay una cosa que no puedes hacer mientras estás con el líquido en la boca: hablar. Es absolutamente imposible. Trata de hacerlo. Bueno, *mistress* Sinclair, antes de probar la bebida de tu padre, le pidió un sorbo. Pero ¿cómo iba a pedirle un sorbo sin hablar? No. Me temo que la cosa no marche. Tienes que

encontrar otra manera de explicar cómo se envenenaron las bebidas.

—¡Oh...! —Marcia se contuvo—. Entonces, ¿cómo explica *usted* lo del veneno?

Sir Henry Merrivale, la frente profusamente arrugada, murmuró algo para sí antes de hablar.

—Supongamos —dijo distraídamente—, que revisamos las alternativas existentes. ¿Eh? Supongamos, con el solo objeto de polemizar, que los invitados dijeron la verdad cuando juraron que no podía haberse introducido, subrepticamente, la atropina en la *cocktelera* o en las copas, hasta que Schumann llevó las bebidas al salón. Supongamos que no es una historia que *mistress* Sinclair, tu padre y Schumann han acordado contar.

—¿Y en ese caso?

—En ese caso —declaró sir Henry Merrivale con trabajo—, parece que tenemos solamente otra alternativa. Solamente otra. Me refiero a la tesis original de que un extraño se deslizó en el cuarto y envenenó la *cocktelera* mientras los invitados estaban en la cocina, y que ese extraño lavó la *cocktelera* después —se volvió a Marcia—. Ahora, dime la verdad, o te desollaré viva. ¿Entró o salió alguien de ese edificio mientras estabas allí vigilando?

—No. No; de verdad.

Sir Henry Merrivale la estudió durante largo rato,

—Ajá. Lo aceptaremos. En tal caso, debemos admitir que el asesino es el propio Ferguson; o un compinche de Ferguson. ¡Ahora, no me grites preguntándome cómo salió Ferguson del edificio! Eso es muy simple; lo explicaré antes de que termines ese *gin*. Pero ése no es el caso. Si Ferguson o algún compinche cometieron el crimen, ¿por qué iba a quedarse Ferguson tanto tiempo después de haberlo hecho? ¿Y quedarse dando vueltas en la oficina Anglo-Egipcia? ¿Y dirigirse ambos a la escalera y hablar con ustedes? ¿E ir a inspeccionar el cadáver después de descubrir el asesinato? ¿Y todavía hablar más? ¿Y hacerse tan evidente antes de decidirse a escapar? Todo eso está equivocado. Si es culpable, ¿para qué deseaba aparecer mezclado en el lío?

—No sé —reconoció Sanders—. Pensé que estaba verdaderamente alarmado cuando oyó hablar del asesinato. Lo admito.

—Sí, eso es lo que quiero decir. ¡Demonios! Supongamos que ni Ferguson ni nadie de fuera hizo la mala faena, entonces...

Sanders le miró.

—¿Quiere decir que Ferguson no tenía nada que ver con el asunto? ¿Y que el asesinato fue perpetrado por uno de los tres invitados al apartamento de Hays?

—Esa es una posibilidad, hijo.

—No la veo —respondió Sanders—. Por el contrario, eso haría completamente imposible el crimen. Uno de ellos tendría que envenenar los *cocktails*, lo cual es imposible. Uno de ellos tendría que entrar y salir del edificio sin que le vieran, lo cual también es imposible.

—Ajá. Ya sé. Pero —dijo *sir* Henry Merrivale gentilmente— he tenido que vérmelas antes con estas cosas imposibles.

Durante esa discusión, Marcia había estado mirando por el casi vacío salón, con ojos distraídos y brillantes por una nueva idea. Si Sanders la hubiera conocido mejor, se habría dado cuenta de que tales signos anunciaban dificultades... para alguien. Ahora se dio la vuelta hacia ellos, con un gesto que parecía rogarles no interrumpirla.

—Ya lo tengo —dijo, casi aburrida—. Tiene razón; es sencillo. Sé cómo salió Ferguson del edificio. *Sir* Henry Merrivale se cogió la cabeza con las manos y lanzó unos quejidos.

—Muy bien —dijo—. Vamos a ver hacia dónde apuntas.

Marcia asintió, con gesto de sonámbula.

—¡Muy bien! El asesinato fue perpetrado por Ferguson y *mistress* Sinclair en colaboración. Ella proporcionó el veneno; él lo puso en las bebidas, mató a Haye y robó las cajas. Usted dijo que había una relación entre ambos. ¿No es así? ¡Sí! En cuanto a la manera de escapar del edificio, nunca salió de él.

—Espero que estés divirtiéndote —dijo *sir* Henry Merrivale de mala gana—. Pero continúa.

—¡Escuche, por favor! Estoy segura de esta parte del asunto, porque ese sargento bastante simpático que me llevó a casa anoche, me lo contó todo sobre ella. Usted dirá inmediatamente que Ferguson no se escondió en el edificio. Claro que no; todo lo contrario. ¿Pero quién *estaba* en el edificio? Dígame sólo esto, ¿quién era la única persona —la única en absoluto— que sepamos estuvo en el edificio todo el tiempo? Era el encargado, un irlandés bajo y rechoncho llamado Riordan. ¿No ve? Ferguson es el encargado.

Por la cara de *sir* Henry Merrivale cruzó una expresión un tanto despavorida. No dijo nada. Parecía incapaz, por el momento, de articular palabra.

—Ferguson, el verdadero Ferguson, está disfrazado —dijo formalmente Marcia—. Obtuvo trabajo como encargado en ese edificio donde había trabajado antes como empleado de Schumann. Usted le decía a Masters que Schumann creía a Ferguson muerto. Anoche, Ferguson se quitó su *disfraz* de encargado y se presentó arriba como él mismo. Por eso quiso que le vieran y le hablaran como a sí mismo. Quería impresionarnos con su presencia, y luego desaparecer. Entonces vendría el cuento de que un hombre *muerto* había aparecido para desaparecer en seguida. De este modo, la policía, lanzada en la búsqueda de un fantasma inexistente, se volvería loca. Y mientras tanto, Ferguson, en su papel de Riordan, el encargado, estaría sentado en el sótano entre las cañerías de agua caliente sin que nadie sospechara de él.

—Ofrézcale un cacahuete a la señorita —dijo *sir* Henry Merrivale—. Eso es idílico, nada más. ¿Crees sinceramente en esa historia?

—Hay pruebas. ¿Vieron juntos alguna vez a Ferguson y al encargado? No. ¿Dónde estaba el encargado durante ese horrible escándalo, antes y después de la llegada de la policía? El doctor Sanders no le vio. El personal del hospital que llevó a

los huéspedes envenenados no le vio. Nadie le vio... hasta que la policía comenzó a buscar a Ferguson. ¡Oh! *Tengo razón* —no fue una pregunta. Fue una gozosa afirmación.

—No —dijo *sir Henry Merrivale*—. ¿Por amor de Dios, te callarás antes de que Ferguson se convierta en una terrible pesadilla? Tiene dieciséis caras y todos los colores del arco iris. Es el hombre de goma. Ha comenzado a hacer muecas detrás de las ventanas y aparecerse de pronto desde el interior de los tinteros. Ferguson me persigue, y maldita sea la gracia que me hace. Te digo que no hay nada extraordinario con respecto a Ferguson. El...

Marcia dejó de lado su aire triunfal y se puso seria de nuevo.

—Por favor, dígame entonces: ¿niega que Ferguson y *mistress Sinclair* estén, de alguna manera, mezclados en este asunto?

Esto detuvo a *sir Henry Merrivale*, quien estaba hirviendo.

—No. No, no lo niego precisamente. Ya he dicho eso, ¿no es verdad? En consecuencia...

—¿Y admitirá como muy probable que *mistress Sinclair* pudo haber proporcionado la atropina?

Sir Henry Merrivale parecía fastidiado.

—Termina con el interrogatorio —rugió—. Admitiré que es una probabilidad, pero en cuanto a probarlo...

Marcia se calmó ante este estallido. Pero a estas alturas, el doctor Sanders sintió que debía afirmarse. Todos los alfilerazos del día en contra de su sentido del humor y su aire pedante; toda la pomposidad que ella le había echado en cara, lo cual él juraba por su alma que no era cierto; todo hervía en una mezcla para indicarle el verdadero camino que tenía que seguir.

—Si ése es el caso —observó, encendiendo un cigarrillo con cierta deliberación—, sólo hay una cosa que hacer. Forzar la casa de *mistress Sinclair* y descubrir la verdad.

—¿Forzar qué de *mistress Sinclair*? —preguntó Marcia, alarmada.

—Su casa. Entrar como ladrones —explicó—. Haré el trabajo, si quiere.

Hubo un silencio.

—¡Querido, no debe hacerlo! —gritó Marcia—. No le dejaré. Le pescarán.

Una agradable sensación de calor subió desde el pecho y hombros de Sanders hasta su cuello. Fue lo mismo que la primera bebida en un día frío. Porque la cara de Marcia estaba radiante.

—De ningún modo —dijo él.

—¿Pero sabe algo de... escalar casas, y cosas parecidas?

La tentación fue grande, pero Sanders era honesto.

—No desde el punto de vista práctico. Pero sí científicamente. Déjelo por mi cuenta. Entraré sin ninguna dificultad.

—Pero ¿le...? Quiero decir, ¿podría acompañarle?

—Por supuesto, si quiere.

Sir Henry Merrivale miraba a uno y otra con ojos bien abiertos y amargamente divertidos.

—Eh, eh —dijo *sir Henry Merrivale*—. ¿Lo dice en serio, hijo? Vaya, creo que sí. No es que me guste ser desalentador o aguafiestas, pero con respecto a esa idea...

—Diría que le gusta —dijo *Marcia*—. *Evelyn Blake* dice que usted tiene una obsesión verdaderamente patológica sobre el tema de los robos. Dice que usted prefiere ver a alguien escalar una casa para robarla que verle entrar por la puerta. Dice...

—Bueno... bueno —musitó *sir Henry Merrivale*, acariciándose la gran cabeza calva con una mano, y espiándoles por encima de sus gafas—. Puede que haya dirigido unos cuantos trabajos raros en mi tiempo, es verdad. No es que haga objeciones, entiéndanlo. Sólo me gustará conocer el objeto de este plan. Supongamos que consigan entrar en casa de *mistress Sinclair*. ¿Qué esperan probar? ¿Qué esperan encontrar?

Sanders estaba tranquilo.

—Pruebas. No estoy seguro de qué clase de pruebas; pero seguramente es sensato hacerlo. Considérelo. Cree que hay una relación entre *Ferguson* y *mistress Sinclair*. Piensa que todavía hay más atropina en el lugar de donde procede la última dosis. El centro evidente es su casa. No podemos conseguir una orden de registro con las pruebas que hemos obtenido hasta ahora. De manera que lo que hay que hacer es entrar en la casa y...

Hizo unos gestos. *Sir Henry Merrivale* le contempló.

—Habla de una manera demasiado persuasiva, hijo —observó, para luego mirar a la chica—. Es sencillo, ¿eh? Pero, digo, tal vez haya algo bueno en la idea. Tal vez pueda ayudarles.

—¿Le gustaría venir con nosotros, señor?

—No, no me gustaría ir con ustedes —respondió *sir Henry Merrivale* con dignidad—. Tengo una posición que mantener. Soy un hombre importante, maldita sea. ¡Sería bonito que anduviese por ahí escalando ventanas y abriendo cerrojos! —reflexionó—. Lo que quiero decir es que podría arreglar algunas cosas, como por ejemplo que *mistress Sinclair* despejara el camino, y un par de detalles sobre los vecinos que probablemente no se les ocurra. ¿Cómo se proponen hacerlo?

—Eh... este... la forma habitual.

—¡Oh! En la forma habitual. Ya veo. Bueno, admito que tengo una terrible curiosidad por ciertas cosas que puedan encontrar. Si apareciera un doble mío por la vecindad un poco más tarde, como para inspeccionar lo que encuentren, no se sorprendan mucho. Pero entiendan esto: no esperen que les ayude si se ven en aprietos. No puedo mezclarme en un asunto clandestino como ése. No intervengo en él. No estoy relacionado con él. No les conozco. Antes de comenzar a darles mis instrucciones —insistió *sir Henry Merrivale*, con cara de extraordinaria malignidad

—, ¿han entendido bien lo que he dicho?

Marcia y Sanders asintieron; pero ciertos poderes que escapaban a su control se negaron a hacerlo. La justicia poética no siempre duerme. *Sir Henry Merrivale*, con las mejores intenciones, había puesto en el pasado a muchos hombres en situaciones equívocas y bajo la garra de la ley. Antes de que pasaran muchas horas, iba a figurar como primer actor de una de las correrías clandestinas más famosas que recuerda la historia.

10

CAL VIVA Y FÓSFORO

A horas avanzadas de una hermosa noche de abril, Sanders, con traje y sombrero negro, fue a buscar a Marcia a casa de *sir* Dennis Blystone en Harley Street. Sanders, habitualmente tranquilo, no estaba únicamente ansioso; estaba ardiendo en nervios. Porque, mientras estudiaba escrupulosamente los mejores trabajos científicos sobre crímenes, para recoger algunas indicaciones sobre el asalto de casas, había descubierto la respuesta a uno de los principales problemas del caso.

Al principio, no podía creer en lo que veía. Después de la certidumbre vino la duda, y, nuevamente la certeza. Se había dedicado a sus estudios con la formalidad de un alumno que se prepara para examinarse, tomando cuidadosas notas y, ocasionalmente, mandando a comprar ciertas cosas que ahora estaban escondidas entre sus ropas. Pero en este momento, con respecto a ciertos artículos, *sabía* a qué atenerse.

Pero cuando llegó a la casa de Harley Street, encontró una atmósfera tensa.

Era una casa reposada y digna, como el propio *sir* Dennis, con candelabros con pantallas amarillas en las paredes del vestíbulo, que al mismo tiempo sugería una oficina y un hogar. Sin embargo, allí había algo que no marchaba bien. Sanders sintió lo mismo que había sentido algunos años atrás, cuando tenía dieciocho o diecinueve, y había ido a buscar a una chica para ir a un baile. El padre de la chica acababa de recuperarse de una borrachera, vagaba por la casa con firme pero nerviosa dignidad; la madre estaba a punto de llorar, y ninguno quería que la chica saliera, pero tenían que guardar la compostura de todos modos.

Vio a *sir* Dennis Blystone tan pronto como la doncella le recibió. Blystone rondaba por una puerta en la parte posterior del vestíbulo, con un ajado traje de casa; y su cara delicada revelaba una expresión de preocupaciones domésticas. Al mismo tiempo, Marcia bajó de prisa las escaleras, abotonándose un par de guantes oscuros.

—Marcia —comenzó a decir su padre con incertidumbre—. Tú no vas...

—Lo siento —interrumpió ella—. Me llevan a Scotland Yard para interrogarme.

Blystone, que había visto a Sanders con el inspector jefe, no hizo preguntas sobre el asunto. Pero una alta y majestuosa mujer, de ondulado cabello gris, apareció rápidamente por la puerta de atrás. Sanders pensó que, por lo común, su aire majestuoso sería imponente; pero, ahora, casi voló hasta él, también a punto de prorrumpir en llanto.

—Pero eso es absurdo —dijo la mujer—. ¿Qué puede saber *ella*, una pobre criatura? —Marcia apretó los dientes—. No sabe nada. Ni siquiera estaba allí. ¿Y

sabe usted qué hora es? Son más de las once de la noche. No puede...

«Es otra vez ese mismo maldito baile», pensó Sanders, sintiéndose profundamente incómodo. Pero adoptó sus modales más serios.

—No puede evitarse, señora. Ordenes.

—Por supuesto. No seas absurda, mamá —dijo Marcia con vigor—. No os molestéis en esperarme levantados. Muy bien, inspector; estoy lista.

Lady Blystone se dio la vuelta.

—Marcia, ¿por qué sales con esos espantosos zapatos de suela de goma? Vete arriba y cámbiatelos, inmediatamente. Dennis, ¿vas a permitir esto? ¿No puedes hacer algo? ¿No puedes por lo menos acompañarla?

—Vamos, Judy... —comenzó el otro pacíficamente.

—¡Oh, Dios mío! —gritó lady Blystone—. ¿No nos has dado bastantes disgustos todavía para que dejes que lleven a tu propia hija a Scotland Yard como si fuera un malhechor cualquiera? Debería darte vergüenza volver a mirarnos a la cara después de esto.

¿Crees que porque tú amiga, *mistress* Sinclair, ha sido llevada allí esta noche, está bien que tu propia hija también vaya? Habrá periodistas, lo sabes. Estarán esperando en la puerta con las máquinas fotográficas. Sabes lo que sucederá. Te digo que no...

—Lo siento, señora —atronó Sanders, sintiendo que si continuaba iba a salir corriendo—. Ordenes. Por aquí, miss Blystone. Tengo un taxi esperando.

En el taxi, en medio de la fresca oscuridad y la paz reinantes, habló otra vez:

—Primero tendremos que dar un rodeo. Tenemos que encontrar a *sir* Henry Merrivale en casa de *mistress* Sinclair a medianoche, y no debemos mover ni un dedo hasta que no le veamos. ¡De manera que *mistress* Sinclair ha sido llevada a Scotland Yard! Debe de ser cosa de él; así nos despeja el camino. ¿Pero por qué dijo esa torpe mentira; que la llevaban para interrogarla? Por amor del cielo, espero que no se le ocurra llamar por teléfono. Está enloquecida.

—Bueno, supuse que resultaría romántico —dijo Marcia, mirándole con curiosidad—. Oh, no empiece con sus sermones; esta noche, sobre todo... Ella siempre está así. ¿Comprende ahora por qué mi padre puede sentirse inclinado a divertirse un poco con otras?

—Sí.

—¿Está listo para...?

Completamente listo. Y creo que tengo algunas cosas que la sorprenderán.

El doctor Sanders vio en la cara de Marcia una absoluta confianza en él, una fe incondicional que le hizo sacar pecho. Estaba un poco aturdido. Antes de salir de su apartamento, bebió dos tragos de alcohol; pero ningún estimulante embotellado podía producir ese efecto. El acaloramiento había aumentado, peligrosamente, cuando el taxi se detuvo a unas pocas manzanas de Cheyne Walk.

La casa de *mistress* Sinclair estaba oscura. También lo estaban las casas contiguas, según observó Sanders. Iluminado por un farol callejero, el lugar parecía

más que nunca una casa de muñecas. La puerta verde sobresalía entre los ladrillos de juguete, y la aldaba de bronce brillaba. Desde el jardín llegaba un olor de verdor y brotes nuevos. Una pálida luna sobre Chelsea y el río hacía la escena tan irreal como la aventura en que se habían embarcado. Los dos conspiradores fueron muy lentamente hacia la baja pared de ladrillos y el portal de hierro pintado de verde que daba al jardín de la casa de *mistress* Sinclair y a la calle.

Sanders pensaba en un párrafo de uno de los tratados que había leído. *Debe de haber en este país*, murmuraba su autor, *una cantidad inmensa de energía desperdiciada cada noche en cerrar con llave, echar cerrojos, trancar, poner cadenas y levantar barricadas en general en las puertas principales. A ningún ladrón bueno se le ocurrirá atacar una puerta principal. Es demasiado pública, está demasiado fortificada, y es un medio de acceso demasiado evidente. En cambio prefiere el comparativo aislamiento y debilidad de una ventana de lavadero.*

—Ahí vamos —murmuró Sanders—. ¿Lista?

La oyó suspirar profundamente, pero la vio retroceder de un salto.

—¡Uf!, ¿qué diablos es eso? ¿Qué se ha puesto en las manos?

—Guantes de goma.

—¡Bueno, quíteselos! Son horribles al tacto.

—No los voy a poner sobre usted.

—¡Ya lo creo que no! Oh, pedazo de loco, ¿qué está haciendo ahora? Quite eso. Me está ensuciando las manos con esa porquería; no me la puedo quitar. Oh, Dios mío, ¿qué tiene ahí?

«Bonito comienzo para una incursión», pensó Sanders.

—Quíteselo. ¡Sss! —siseó—. Es sólo papel cazamoscas.

—¿Papel cazamoscas? John Sanders, ¿se ha vuelto completamente lo...?

Ahora, el infernal papel se había pegado a sus propios guantes. Se lo quitó y tanteó para abrir el portal. Y, al mismo tiempo, apareció la gran figura de un policía.

Sería verídico decir que el corazón de Sanders dio un violento vuelco, como alguien que salta desde un tejado. Fue por la repentina y acobardante aparición del símbolo de la autoridad en el jardín de la casa de *mistress* Sinclair. Era un gran policía con bigote corto, y parecía aún más grande a la tenue luz del farol de la calle.

Pero Sanders no perdió el ánimo.

—Buenas noches, agente —se oyó decir a sí mismo con toda tranquilidad. Dobló el papel cazamoscas y se lo metió en el bolsillo.

—Buenas, señor —contestó bruscamente el policía, pero sin ninguna inflexión siniestra—. ¿Viven en esta casa?

Era el golpe de dados que decidiría la suerte. Si Sanders lo perdía, se terminaba la aventura antes de empezar. Bien lo sabía. Y con la desesperación de no perder la primera tirada, Sanders se arriesgó.

—Es nuevo en esta ronda, ¿verdad, agente?

—Sí, señor. Me han cambiado esta semana.

—Me lo ha parecido —dijo el novel mentiroso. Sacó una llave del bolsillo—. Vivo aquí. O mejor dicho, mi esposa y yo. ¿Por qué?

Introdujo a Marcia en el portal, manteniendo la llave en lugar bien visible. O desde el portal, o desde la chica que estaba a su lado, le llegó un pequeño chirrido temeroso. Si el vigilante esperaba que utilizase la llave, estaba perdido; era la llave del Instituto Harris de Toxicología.

—Oh —gruñó el policía, cuadrándose—. Me alegra oírlo, señor. Bueno, es mejor que eche un vistazo por los alrededores. Hay por aquí un sujeto de aspecto sospechoso.

—¿Un sujeto de aspecto sospechoso?

—Sí, señor. Mal bicho, me temo. Un tipo ancho, pesado, pelado. Me ha arrojado una maceta de flores.

—¿Qué le ha hecho?

El policía resopló.

—Bueno, señor, puede ser que se cayera del borde de una ventana, pero me parece que no. Miraré de nuevo por el jardín del fondo, si le parece.

—¡John! —dijo Marcia. Comenzaba a calmarse; sus labios estaban entreabiertos y sus ojos castaños brillaban—. Me parece que se refiere a tío Henry.

El policía se dio la vuelta violentamente.

—¿No querrá decir que conoce a ese hombre, señora?

—¿Llevaba gafas y un sombrero de copa? —preguntó Sanders—. Claro que le conocemos. Es mi tío. ¡Maldición, agente, esto es demasiado! Es un poco excéntrico; pero cuando se llega a espiarlo como a un criminal...

El resto de enojo que quedaba en la frente de la autoridad se desvaneció.

—Siento mucho haber cometido un error, señor —dijo ceremoniosamente—. Pero tengo que cumplir con mi obligación. Usted comprende. Tendré que dar cuenta de esto, de todos modos. Y me temo que haya hecho pedazos su sembrado de pepinos. Le perseguí entre ellos, y los pisó. Casi le agarro una vez, porque se le cayó el sombrero y se detuvo a recogerlo. Si es su tío, podría haberme ahorrado unas cuantas molestias contestando a mis preguntas. Y podría decirle que un día se va a ver en aprietos si sigue blasfemando como lo hizo conmigo. Buenas noches, señor.

Sanders, con la llave inútil en sus manos, dio algunos pasos más hacia la puerta de la calle. El policía se quedó donde estaba.

—Buenas noches, agente.

Nunca en su vida vivió Sanders segundos más largos. Llegó a la puerta de la calle y levantó la llave.

—¿No te parece, querida —le dijo a Marcia, como si se le hubiera ocurrido otra idea—, que es mejor que vayamos por atrás para encontrar a tío Henry? Probablemente está en su estudio y...

—¿No es mejor que abra la puerta antes, señor? —dijo el agente, con mucha calma.

Sanders se volvió y colocó en la cerradura una llave varias veces más grande que ella. Lo que encontró cuando tocó la puerta fue como el sonido de las trompetas de la esperanza, y el miedo que había estado reuniendo desapareció. La puerta no estaba cerrada con llave. Giró el picaporte, la abrió y miró hacia atrás fríamente.

—¿Satisfecho, agente?

—Buenas noches, señor.

Tomando a Marcia de la mano, entró con ella y cerró la puerta. Había un olor sofocante y rancio en el vestíbulo, como había notado cuando estuvo con el inspector jefe aquella mañana. A través de las cortinas fruncidas de las ventanas laterales se filtraba un débil rayo de luz, que dejaba ver el boceto sin terminar sobre la pared. En alguna parte, se oía un reloj que goteaba su tictac en el silencio. Las maderas del suelo parecían crujir más que nunca.

—Lo ha echado a perder —murmuró Marcia—. ¿No vamos a encender ninguna luz? ¿No pensará que es demasiado raro que entremos y no encendamos ninguna luz?

Sanders espió a través de la ventana lateral.

—No podemos arriesgarnos todavía. Nosotros *creemos* que *mistress* Sinclair está en Scotland Yard; pero supongamos que esté todavía en la casa. ¿Y la doncella?

Sintió que ella temblaba.

—No... no me gusta esto —dijo la chica.

—Bueno, usted quiso venir.

—Oh, seguiré adelante. Pero ¿qué sabemos? ¿Y qué quería hacer con ese horrible papel cazamoscas?

—Tenemos que encontrar a *sir* Henry Merrivale. Le dije que le encontraríamos en la parte trasera de la casa a medianoche. Nosotros no teníamos que movernos hasta entonces, hasta que él inspeccionara el terreno. Pero, con ese policía que nos vigila, no podemos hacer otra cosa. El papel cazamoscas era para ponerlo contra una ventana y romper el cristal sin hacer ruido. Los pedazos de cristal se pegan a él. Ahora no lo necesitamos. Vayamos por la casa hasta la parte trasera. Pero, antes de hacerlo, quiero mostrarle algo.

Todavía crujían las maderas del suelo del vestíbulo. La condujo tan silenciosamente como pudo hasta el recibidor de la parte delantera donde esa mañana había visto, con Masters, a *mistress* Sinclair y a *sir* Dennis Blystone. Las largas ventanas no estaban cubiertas más que por unos visillos de encaje a través de los cuales penetraba bastante luz. En el hogar quedaban algunas brasas. El cuarto estaba lleno de pesadas colgaduras y diversos objetos, y la desvaída sombra del gran piano cortaba la media luz que llegaba de la ventana. Sobre una carpeta encima del piano, donde él los recordaba, había una jarra de cristal tallado llena de agua y algunos vasos. Mostraban luces cambiantes en la penumbra. El reloj del vestíbulo goteaba su tictac.

—¿Aún está fuera el policía? —murmuró Sanders. Ella se deslizó hasta la ventana y dio un brinco hacia atrás.

—Sí. Está parado en la acera, mirando precisamente hacia esta habitación...

—Bueno. Ahora observe.

—¿Qué demonios está haciendo? —susurró Marcia—. Usted parece otro, aquí. ¿Qué está haciendo?

—Le voy a enseñar —dijo Sanders— el verdadero significado de la cal viva y el fósforo.

De su bolsillo sacó la pequeña redoma de polvo blanquecino, óxido de calcio o cal viva, que había comprado esa tarde. Manteniéndose cerca del borde de una ventana, recogió un poco el visillo de encaje, abrió la redoma y roció el alféizar de la ventana con su contenido. Luego, poniendo agua en un vaso, comenzó a derramar el agua sobre la cal...

Había un olor acre, un olor parecido al que se percibe en las marmolerías. Parecía que algo estaba sucediendo detrás de la ventana. Un ligero velo se alzaba a lo largo del cristal, y el cuarto se oscureció.

—Ahora la otra ventana —dijo.

El cuarto se oscurecía a medida que el cristal tomaba opacidad blanquecina.

—No se asuste —le dijo impetuosamente—. ¿Ve qué sucede? Ahora ambas ventanas están completamente *congeladas*, cubiertas y más blancas que si hubiera habido en realidad una verdadera helada. Pero cualquiera que esté fuera, como ese policía, no nota ninguna diferencia. Todo lo que sabe es que no puede ver la habitación. Las cortinas no están corridas; pero, de todos modos, no puede ver. Y a menos que se encienda una luz brillante aquí dentro, la habitación parecerá vacía. De ahí que...

De otro bolsillo sacó con mucho cuidado otra redoma, que había envuelto en una funda de lana. En el cuarto apareció una débil incandescencia amarillo verdosa, con un efecto tan furtivo sobre todo que hasta parecía alterar el aspecto de las caras y del mobiliario. La redoma contenía fósforo. Sanders la alzó.

—¿Se da cuenta ahora? —murmuró—. Es la linterna eléctrica del superladrón. Hoy me he enterado de esto en un libro que he leído. Hay luz suficiente para ver... ¿se da cuenta? Pero la luz no salta y relampaguea peligrosamente, como la de una linterna eléctrica. Ahora, suponga que soy un ladrón. Las ventanas están congeladas. No se puede ver esta pequeña luz a través de ellas. Puedo robar en esta habitación en las mismas narices de un policía que esté enfrente mirando hacia aquí. Y nunca sabrá que había alguien en una habitación sin cortinas que da a la calle. La cal viva y el fósforo son simplemente parte de la caja de herramientas de un ladrón moderno.

Esa lucecita cambiante, amarillo verdosa, lo desfiguraba todo. Hacia desconocida la cara de Marcia cuando Sanders la miraba, y él supuso que tendría el mismo efecto sobre la suya. Cuando pasó al lado del piano, la luz produjo diferentes efectos sobre su madera y en la jarra de cristal tallado.

—Pero —gritó la chica, y bajó la voz—, eso fue encontrado en el bolso de *mistress* Sinclair. No cree que *ella* sea una ladrona, ¿verdad?

—No, en absoluto. ¿No se acuerda que eso desconcertó a Masters y a los demás? Él y *sir* Henry Merrivale estuvieron discutiendo sobre el tema. Podrán explicar el significado de los artículos; pero no podrán ver cómo se relacionaban con ella. Ese fue el gran obstáculo. Pero no pertenecen a ella, pertenecen a alguien íntimamente relacionado con ella. Y usted dará en el clavo en seguida cuando piense en la relación entre *mistress* Sinclair y...

Esta vez, Marcia gritó de verdad. Sanders había estado levantando la redoma, de modo que el centro de la tenue incandescencia pasó desde la piel de oso que servía de alfombra al lado de la chimenea hasta el otro lado del hogar. Primero descubrieron la forma de una silla y, luego, la forma de alguien que les miraba sentado en ella.

Muy cómodo en su silla, con aspecto más envejecido y más perverso, Ferguson les hizo un gesto, con la cabeza.

EL SECRETO DEL FANTASMA

La tenue incandescencia se mantenía constante, Sanders se sintió ahorcado, aunque conservaba la cabeza extrañamente despejada. Sobre el papel estampado de la pared, en el rincón que quedaba detrás de Ferguson, colgaba un dibujo de un aula, hecho por Picasso, si era auténtico. Y, ahora, Sanders sabía por qué Ferguson le había resultado tan curiosamente familiar, y descubrió a qué se parecía. Se parecía a un maestro de escuela un poco rudo, sentado con el puntero sobre sus rodillas. Hasta se veían manchas de tinta en sus dedos.

Pero no era un puntero lo que había sobre las rodillas de Ferguson y sus dedos acariciaban. Se trataba de una pistola de acero plateado y cañón grueso, de un modelo que Sanders no había visto nunca.

Cayó una brasa en el hogar, haciendo un pequeño ruido, y Ferguson habló mientras el índice manchado de tinta se movía sobre el gatillo de su pistola.

—Bueno —dijo con su voz ronca y sensata—. Bueno... Le dije que no se metiera en este asunto —agregó.

Luego, siguió con el tono de un maestro que discute con un alumno disconforme por sus notas en el examen.

—Para empezar, no diga tonterías, jovencito. Su amigo el policía puede quedarse fuera. Pero usted no va a silbar para que venga, jovencito. Si lo hace, le meteré una bala en el cuerpo. Y no crea que el disparo me delatará, porque es una pistola de aire comprimido. Sólo para mostrarle que no pienso aguantar ninguna de sus tonterías, le haré una demostración como primera medida.

Casi no se notó que levantaba la pistola de sus rodillas. Aunque Sanders vio que su mano retrocedía por una sacudida, no oyó más que el ruido del gatillo y un sonido sordo un poco más fuerte que el que produce el disparo de una pistola de aire comprimido de juguete. Junto con ello, como parte de la misma fantasmagoría, Sanders sintió un firme empujón como si alguien le golpeará al pasar el hombro izquierdo, y un rápido pinchazo en el brazo izquierdo, más arriba del codo. Nada más. Tal vez los ruidos se intensificaron en su propio cerebro.

Pero le pareció que la cara de Ferguson se alteraba un poco. Miró hacia abajo. Había un desgarrón en la manga de su chaqueta, que dejaba al descubierto el forro y la crinolina que se habían manchado. Comenzó a sentir el brazo caliente y húmedo, como si le pesara. Posiblemente, unos segundos después del disparo, algo hirió su brazo, y Sanders sintió que le ardía como un fuego y que se le hinchaba.

Pero aún no se había dado cuenta de que tenía incrustada una bala. Sin embargo, comenzó a sentir náuseas.

—Hay un periódico sobre el brazo de la silla que está a su lado —dijo Ferguson—. No, no baje la luz; use su mano izquierda.

Coja el periódico y extiéndalo debajo de usted. Quédese sobre él. No quiero que su sangre manche la alfombra. Haga lo que le digo. ¿Ha entendido bien? —agregó—. ¿Le haré otra demostración a la joven?

—No —dijo Sanders—. Si tiene que despachar a alguien, que sea a mí.

—Bien. Lo haré —declaró Ferguson, y disparó nuevamente.

Esta vez Sanders no supo o no tuvo interés en saber si había sido herido. Lo que no podía relacionar era la tranquilidad petulante y agria de las palabras de Ferguson con los solapados y tranquilos movimientos de su dedo en el gatillo.

—Tendrá que aprender —prosiguió Ferguson— que algunas cosas de este mundo son serias. Le previne. Pero, no, usted lo sabía todo. Usted y esta joven se creían demasiado desarrollados para divertirse con juguetes. Eran dos personas mayores. Muy bien, sufran ahora las consecuencias. Haga lo que le diga. Deme esa redoma de fósforo. Tome el periódico con su mano derecha y póngaselo debajo del brazo. Sí, le dolerá un poco; pero podría haberlo herido en un lugar donde le doliera muchísimo más. Si derrama algo sobre la alfombra, cuidado con ese periódico, le meteré otra bala. Ahora, caminen delante de mí.

Parecía un maestro de escuela que castigaba a un alumno de diez años por haber abusado de su paciencia. Eso fue lo que produjo en Sanders una rabia tremenda y turbadora. Pero no podía hacer nada y lo sabía.

Marcia, aunque estaba muy pálida, caminaba con calma. Al final de la habitación había una puerta que Ferguson hizo abrir a Sanders.

Por ella llegaron a un pasadizo, y luego a una pequeña habitación en donde, evidentemente, Ferguson se encontraba cómodo.

Había una lámpara con un diario como pantalla, encendida sobre una mesa cerca de la chimenea. En la ventana había gruesos postigos y, además, colgaban amplias cortinas rojas para no dejar filtrar ni el menor rayo de luz. El suelo del cuarto estaba cubierto por lajas, y tenía algunas cañerías y una máquina de planchar metidas en un rincón; olía a siglos de ropa lavada. Pero había colocada una silla con almohadones ante un fuego brillante. Sobre una mesa, un vaso de leche caliente; y a un lado, un plato con asado frío, pan y una vinagrera. Ferguson se sentó en la silla con almohadones. Sanders observó que calzaba pantuflas, y tenía una estilográfica en el bolsillo superior.

—Siéntese ahí —le dijo— y salga de la alfombra.

—Cuando le cuelguen —dijo Marcia— bailaré delante de su celda.

Sanders pensó que Marcia iba a empezar a llorar. Ferguson la miró sin animosidad.

—Cállese la boca, joven —dijo—. Nada tengo que decirle. Ha hecho la tonta y aguantará lo que le pasa. Es todo lo que sé —miró luego hacia Sanders—. Pero tengo algo que decirle a usted.

El brazo de Sanders era una masa dolorosa y su cabeza comenzaba a dolerle violentamente. De todas maneras, trató de conservar clara la vista. Con la pistola en su mano izquierda, Ferguson bebió unos sorbos de leche caliente. El olor a ropa lavada era opresivo y denso.

—Venga, tome esto —agregó Ferguson, tirándole una servilleta—, y átesela. Acerque esa tina. No quiero que se desmaye. Está bastante débil. Ahora dígame algunas cosas. Así que sabe quién soy y qué soy, ¿no es cierto?

Sanders trató de calmarse.

—Sí.

—Bueno, ¿quién soy y qué soy?

—Su nombre es Peter Ferguson, y Hays tenía suficientes pruebas en contra de usted para hacerle colgar. Su profesión es la de ladrón nocturno, y está casi en las últimas. Tal vez sea como usted dice, pero también soy médico, y le diré lo siguiente: usted no es tan viejo como parece, tiene unos diez años menos de los que aparenta. Su verdadera edad anda por los cuarenta y cinco.

Nuevamente, trató de afirmarse, y de enfocar bien la vista.

—Parte del juego es su apariencia de viejo y su aspecto de empleado. La mayoría de la gente imagina a los ladrones como tipos jóvenes y rudos. Si se encuentran con usted en una oficina que está saqueando, se encontrarán con un hombre viejo, de gafas, con manguitos de escribiente, una pluma detrás de la oreja, y sin chaqueta. Es uno de los mejores disfraces que se han inventado.

Ferguson no hizo ningún comentario; continuó sorbiendo su leche.

—Y no sospecharían que es un ladrón —prosiguió Sanders lentamente—. No pensarán que tiene suficiente agilidad. Pero sólo con fijarse en su manera de andar pueden darse cuenta. Así fue cómo salió anoche del edificio. El inspector jefe dijo que había una cañería para desagüe sobre la pared posterior del edificio; pero que estaba demasiado alejada de la ventana para que cualquier hombre normal pudiera alcanzarla. Tenía razón, por supuesto. Pero un ladrón pudo hacerlo sin ninguna dificultad. Y usted lo es.

Ferguson miró hacia los lados. Su cara casi no reveló ninguna expresión. Su índice manchado de tinta arañó el vaso que sostenía.

—Eso me sorprende. Tiene razón —reconoció—. Un poco más inteligente de lo que parece, ¿verdad? ¿Sabe esto la policía?

—Claro que lo sabe. Masters y *sir* Henry Merrivale lo adivinaron esta tarde, cuando se dieron cuenta de que usted y *mistress* Sinclair estaban relacionados, y que la cal viva y el fósforo, en realidad, le pertenecían a usted. Además, usted fue lo suficientemente burro como para dejarse las gafas cuando se escapó. Eso demostró que su edad y su debilidad general no eran las que representaba. Si realmente hubiera necesitado esas gafas, si estuviera acostumbrado a llevarlas, no las habría olvidado, como no habría dejado sus pantalones. Lo que es más, fue lo suficientemente tonto como para dejar sus huellas digitales sobre las gafas. Si le conocen en Scotland Yard,

como sospecho, ahora ya se habrán enterado de todo lo que le concierne.

Habló con calma, enlazando las pruebas con su cuidadoso estilo habitual, aunque se sentía desvanecer y estaba bastante atontado. Las cosas se le presentaban violentamente; colores y sonidos. Lo que más claramente recordaba era el aceitoso sonido de la pistola y el ruido sordo que siguió, como el ruido de alguien que golpea una alfombra; y la pistola seguía apuntando constantemente hacia él desde la silla de Ferguson. Luego, el olor del lavadero se le metió en la nariz, y allí se quedó.

Pero algo de lo que había dicho conmovió a Ferguson. Los ojos de éste despedían un brillo más curioso.

—La policía no me conoce, jovencito. ¿Qué es eso de que estoy relacionado con *mistress Sinclair*?

Silencio.

—¿Va a contestar cuando le preguntan? ¿O no le he explicado bastante claramente que no voy a aguantarle ninguna tontería?

—No —dijo Sanders—. Ya se ha dado demasiado el gusto. Ya sé que me tiene a mal traer, y supongo que debo de estar bajo los efectos de cierta anestesia, pero me ha disparado dos tiros, y no me duele demasiado, así que ¿por qué tengo que tenerle miedo? Usted no me gusta, ni me gustan sus modales. Lo cierto es esto: ¿qué va a hacer una vez que haya terminado de dar en el blanco de mi cuerpo?

Ferguson, como una deidad, no se molestó en comentar o discutir. Lo único que hizo fue levantar de nuevo la mano.

Aunque se oía ruido de pasos fuera, en el corredor, sus ojos apenas pestañearon. Se movió un poco para cubrir la puerta. Con un profundo y ruidoso suspiro, *sir Henry Merrivale* abrió la puerta y asomó su vieja chistera por el vano. La cara de *sir Henry Merrivale* parecía encapotada y obtusa.

—Bueno, hijo, ya se ha divertido bastante con eso —dijo *sir Henry*.

Hubo un silencio. La mano de Ferguson se movió.

—Vaya para allá, al lado de ése —dijo Ferguson.

Sir Henry Merrivale obedeció las órdenes. Fue pesadamente a colocarse al lado de Marcia y Sanders, cogió una silla de cocina y resopló al sentarse. Su chistera estaba sobre la nuca, y las comisuras de sus labios hacían una mueca descendente como si estuviera oliendo un huevo podrido. Su abrigo estaba abierto; y se veía el cuerpo adornado con la cadena de oro del reloj que colgaba de un bolsillo. Después de una breve mirada de inteligencia dirigida a Sanders, se recostó y se puso a jugar con los pulgares. No dijo nada. Parecía aún más siniestro porque no decía nada.

—Oh, sí —dijo Ferguson, como si se acordara de repente—. Ya sé quién es usted. Es el cómico de Whitehall que hace reír a todo el mundo. ¿También tiene la impresión de que no hablo en serio? Supongo que era usted quien andaba corriendo por el jardín del fondo hace un rato.

—Tiene razón, hijo. Pensé que sería prudente atraer la atención de la policía hacia la casa esta noche, especialmente porque pensé que usted andaría por aquí. Créame,

si estos dos jovencitos hubieran obedecido mis órdenes y se hubieran reunido conmigo en el jardín del fondo, podría haberse ahorrado algunos disparos. Usted es un tipo guapo y valiente. Le admiro.

Ferguson le miró por primera vez con pálida y escéptica sonrisa. Parecía que las venas de la frente se le hinchaban.

—Le atenderemos en un minuto —dijo—. Mientras tanto, hable.

—Seguro —convino *sir* Henry Merrivale—. Igual que el doctor aquí presente, quiero saber qué terreno piso. No puede seguir metiendo balas a la gente y luego salir a la calle y decir: «Le he dado su merecido, váyanse a su casa». A menos que piense matar a alguien.

—Yo no mato —dijo Ferguson—. Nunca lo he hecho y nunca lo haré. Esa es una escapatoria estúpida. Todavía no he decidido lo que voy a hacer con ustedes; pero *puedo* entregarles a la policía, a la cual son tan aficionados. Ustedes son unos ladrones.

—Uh, uh. Puede hacer eso. Pero hay dos razones por las cuales no lo haré.

—Hable —dijo Ferguson.

—Bueno, estaba pensando...

—Hable.

—Muy bien, hijo. La primera razón es que, en teoría, se supone que usted está muerto. Usted es el marido de *mistress* Sinclair, que *murió* en Biarritz hace un año. Y ella cobró un fajo de billetes por el seguro, con ese cuento.

—Hable.

—Se nos ha ocurrido esa pequeña idea de que ustedes dos estaban relacionados. El doctor le estaba contando eso hace un rato. Masters y yo nos preguntábamos cuál sería la relación. Luego hemos hablado esta tarde con el sargento Pollard, que hoy ha recogido muchas informaciones respecto a *mistress* Sinclair. Su último marido fue un tal Peter Sinclair, que *murió* durante una epidemia de no sé qué en Biarritz, en 1936. Lo único que la gente parecía recordar de él era que había sido una persona de edad madura que dejaba boquiabierto a todo el mundo por su tremenda agilidad en el campo de tenis. Entonces, sabíamos que usted no era tan viejo como parecía. Sabíamos que era un ladrón profesional de gran destreza. Hemos conseguido algunas informaciones por medio de Schumann y la policía francesa. De manera que, con respecto al difunto marido de *mistress* Sinclair, he mirado a Masters y le he dicho: «¿Podría ser?». Y él me ha mirado y me ha dicho: «Lo averiguaremos...». Y lo hemos averiguado. Hijo, el juego se está poniendo divertido. Sinceramente, se está...

Ferguson se recostó en los almohadones de la silla. Junto a su párpado se notaba una pequeña contracción nerviosa.

—Sería interesante, si tuviera tiempo —prosiguió *sir* Henry Merrivale con cara de bobo—, resumir de alguna manera su carrera y la de *mistress* Sinclair. Porque, en distintas épocas, han realizado algunas truhanerías muy inteligentemente preparadas. Pero no sé si trabajaron juntos o separados.

—Puede seguir preguntádoselo —dijo Ferguson—. Mientras tanto, ¿qué más sabe? Quiero más hechos. ¿Si tiene tiempo? ¡Tiempo! ¡Si tiene todo el tiempo del mundo!

—Ya sé, hijo. Pero usted no.

—¿Va a empezar a hablar —dijo Ferguson— o tendré que darle un pequeño remedio? Tal vez no le sentara mal.

—¡Oh, mire! ¡No sea tan burro! ¡So zopenco megalómano! Lo que estoy tratando de decirle...

Ferguson disparó al aire. Como en una pesadilla, Sanders oyó el familiar ruido como si tuviera conciencia de todos los resortes engrasados que se movían dentro de la pistola. Se inclinó a un lado inconscientemente, hacia la tina que comenzaba a mancharse en ese cuartucho lleno de olores. Pero oyó otro ruido que se mezclaba con el primero; y vio que la bala había hecho un agujero a pocos centímetros de la cabeza de *sir* Henry Merrivale. Marcia Blystone dejó escapar un grito como un susurro. Ella tendría que esperar mucho. La expresión de *sir* Henry Merrivale no cambió.

—Erró —dijo.

—Malo —dijo Ferguson, con excitación—. Eso quiere decir que debemos intentarlo de nuevo. Si...

—Yo de usted no lo haría —dijo *sir* Henry Merrivale, moviendo la cabeza—. Puede mandarme al cielo si sigue intentándolo y si su pulso se mantiene firme, lo que no logrará. Pero no sería prudente. Alguien ha jugado sucio con usted, hijo. Había veneno en esa leche caliente que ha estado bebiendo, hijo. Y, a menos que deje de hacerse el gracioso y me deje darle un antídoto, estará muerto dentro de diez minutos.

Hubo una pausa de tal intensidad que hasta el crepitar del fuego pareció intensificarse. El doctor Sanders levantó rápidamente la vista. Vio la mirada de Ferguson, y comprendió, Los síntomas de la atropina se presentaban con tal rapidez que, esta vez, a alguien se le había ido la mano en la dosis.

El tono amargo y divertido a la vez de Ferguson rompió el silencio.

—Qué inteligentes somos todos, ¿verdad? —dijo—. Somos demasiado inteligentes para nuestra edad. No trate de hacerlo, Merrivale. A mí nunca me cogieron con trampas. Ahora, siga hablando.

Los ojos de *sir* Henry se abrieron.

—No cree que sea una trampa, ¿verdad? —dijo—. ¿No siente acaso sus propios síntomas?

—Estoy muy cómodo, gracias —contestó el otro. Una de sus pantuflas se le había salido y se deslizó por el suelo; la recogió tanteando con el pie—. Pero usted no lo está; estará mucho más incómodo cuando haya terminado. ¿Qué más sabe?

Hada mucho calor en la habitación. La cabeza de *sir* Henry Merrivale comenzaba a sudar.

—¡Déme esa pistola! Maldito sea, ¿quiere quedarse ahí sentado y suicidarse con dos médicos en la habitación?

—Debo arriesgarme. Le advierto, Merrivale: termine con sus tonterías y conteste a mis preguntas. ¿Cómo sabe que...?

Sir Henry Merrivale se puso de pie.

—Vamos, hijo. Déme esa pistola.

—Está bien. Miren al pajarito —dijo Ferguson. Levantó la pistola de aire comprimido y apoyó la muñeca sobre el brazo de la silla para hacer puntería.

LA INOCENCIA DE BONITA SINCLAIR

En la desnuda sala de espera de New Scotland Yard, *mistress* Bonita Sinclair esperaba sentada con señales de correcta paciencia. Pero miraba a intervalos su reloj de pulsera y luego el reloj de pared, como si de vez en cuando se preguntara si había alguna diferencia en la hora que marcaban: En los dos faltaban cinco minutos para la medianoche.

Al otro lado de la sala, el sargento de investigaciones Pollard la observaba. La admiración personal de Pollard por ella no había disminuido, si bien ahora se mezclaba con una admiración de otro tipo.

Mistress Sinclair iba vestida de negro, desde el abrigo de lana hasta el sombrero con el ala levantada hacia delante.

Cuando cruzaba las piernas y se recostaba en la silla, su largo cuerpo tenía una gracia de reina. Su cara, con la boca pequeña y el mentón redondeado, permanecía en completo reposo. Los ojos azul oscuro, nunca se encontraban con los de Pollard; se movían por la habitación, de arriba abajo y por los rincones, con una mirada vacía e indiferente.

Pero esto iba a acabar. Ella sonrió a Pollard con la mirada. Y Pollard, que no estaba en guardia, fue lo suficientemente indiscreto como para contestar la sonrisa. Luego, *mistress* Sinclair habló:

—Puedo..., ¿se permite fumar aquí?

—Por supuesto, *mistress* Sinclair. Acepte uno de éstos.

El gran edificio estaba poblado de ecos, y las voces de ambos parecían retumbar con cierta sonoridad a esas horas. Pollard se preguntó si Masters, que estaba en la habitación contigua, podría oírles. Se apresuró a ofrecerle un cigarrillo. Hasta se lo encendió: acto que Masters no aprobaría.

—Muchísimas gracias —dijo *mistress* Sinclair, con una sonrisa y una leve sacudida de cabeza.

Pollard apagó la cerilla y no supo qué hacer con ella. Finalmente, halló una solución intermedia tirándola hacia atrás, en dirección a las rejas de la chimenea que estaban detrás de él; pero sólo consiguió hacerla aterrizar sobre el chaleco del inspector jefe Masters, quien en ese momento abría la puerta.

—Puede pasar, señora —dijo Masters. Con los ojos le dijo a Pollard que tendrían que hablar; pero que eso sería más tarde. Sobre el escritorio de Masters había una lámpara encendida. Bajo el papel secante, había tres mensajes de la policía francesa. Señalándole una silla, Masters contempló a la dama con cortesía.

—Casualmente, le estaba diciendo al sargento —dijo *mistress* Sinclair,

improvisando un aire de mutua amistad—, que no puedo comprender por qué me ha pedido venir aquí a semejante hora —se sacudió un poco al recostarse en la silla—. Me he enterado de que también está aquí mi pobre doncella. Realmente estoy aterrorizada. No va a tenerme toda la noche levantada, o torturarme para que confiese, o algo por el estilo, ¿verdad?

—No, señora.

—¿Y entonces?

—En primer lugar, señora, debo comunicarle que tiene el derecho, si lo desea, de que la acompañe un abogado cuando la someta al interrogatorio.

Ante tan mal presagio, dudó primero al llevarse el cigarrillo a la boca y luego le miró con perplejidad.

—Pero, verdaderamente, *míster* Masters, ¿cómo voy a conseguir un abogado a estas horas de la noche? ¿No sería más sencillo esperar hasta mañana y entonces reunimos todos?

Masters parecía de madera.

—Si insiste, señora. También le comunico que tengo noticias muy graves para usted, y que tal vez prefiera oírlas ahora mismo.

Esperó.

—¿Qué noticias? —preguntó con voz ligeramente distinta.

—¿Sabe, *mistress* Sinclair, que si ciertas personas se encargaran de acusarla, usted podría sufrir una larga condena por chantaje?

Chantaje es una palabra desagradable. Ella mantuvo en alto su cigarrillo, y dudó en quitar con un dedo la ceniza; su pecho se elevó y descendió como si estuviera dormida.

—Pero..., la verdad, no comprendo.

—Seré franco, *mistress* Sinclair —dijo Masters, echándose hacia adelante como alguien que está proponiendo una ganga—. Sé que su juego se ha acabado; Cualquier policía con experiencia sabe en qué se basa. Aunque le diré que nadie, hasta ahora, lo ha desarrollado tanto, llevado a tal extremo, ni ha hecho tantos añadidos como usted.

Se recostó con satisfacción.

—Es un nuevo aspecto de la profesión de *marchand d'art*, conocida por poquísimas personas —continuó—. Se trata de cuadros famosos. No sé nada de ello; pero he averiguado por medio de gente que entiende. Omitiremos los nombres verdaderos, señora, aunque aquí tengo la lista de ellos.

Esta vez, Masters golpeó ligeramente sus notas, espaciando cada palabra que pronunciaba.

—Digamos, por ejemplo, que en 1600 y pico el artista italiano Fulano de Tal pinta un cuadro que a todo el mundo le gusta. Es un éxito. Se hace famoso junto con su obra y también con ese cuadro. Bueno, entonces, todo el mundo lo quiere tener. Su ciudad natal lo quiere. Las galerías nacionales de arte de toda Europa lo quieren. El duque Mengano lo quiere para su casa particular. Y así sucesivamente. Todos son

buenos clientes, ¿eh? Así que, ¿quién lo va a obtener?

»Bueno, *sir* Edward Lytle me dice —prosiguió Masters, con satisfacción—, que hasta estos grandes artistas no se andaban con rodeos si se trataba de embolsarse algunos florines de más, o la moneda que se usara en aquella época. Andaban en algo bueno y lo sabían. Tampoco querían ofender a nadie. Así que, entre el duque de Tal y el príncipe de Cual, ¿qué hace el artista? Pinta el mismo cuadro dos veces, y a veces tres o cuatro. Los vende a todos como si fueran originales, y el duque y el príncipe los pueden exhibir ante sus vecinos. En cierta medida, no hay engaño, porque, en realidad, el cuadro es legítimo, pintado por el mismo individuo. Dice *sir* Edward que ha sucedido miles de veces: sólo que se mantiene en secreto.

Caso curioso, *mistress* Sinclair pareció respirar más fácilmente. Sus ojos cándidos se abrieron.

—¿Pero qué tiene que ver esto conmigo? —exclamó.

El inspector jefe la detuvo.

—Escuche, por favor. ¿Qué pasa entonces? Pasan cien, doscientos años —señaló Masters de manera amplia, como quien controla el trueno—. Los cuadros de Fulano comienzan a escasear. Generalmente queda uno, por lo general en una galería pública, y se lo conoce como el original. Todo el mundo lo acepta. Nadie sospecha de él. Con todos los millones de copias que pululan alrededor, a nadie se le ocurre buscar otro original, aunque lo encuentre. De la misma manera que no se me puede ocurrir que *El despertar del alma* que tenemos en la pared de casa...

Mistress Sinclair se estremeció.

—... sea *El despertar del alma* original, pintado no sé por quién. Pero, según *sir* Edward, el mundo está inundado de esos originales escondidos. Entonces...

Masters fue al grano.

—Suponga que alguien se ocupa de buscar estos originales, y los encuentra. Digamos usted, por ejemplo. Muy bien, ¿qué es lo que hace? Varias cosas. Va a ver a un coleccionista particular millonario. Le dice: «¿Le gustaría comprar el original de *Venus en el baño?*». El coleccionista dice: «Señora, la *Venus en el baño* original está en la Galería Nacional de Leipzig», pongamos por caso. Estoy inventando nombres, ¿comprende?

—Sí. Me he dado cuenta.

Masters arrimó más la silla.

—Así es, señora. Bueno, entonces usted agrega: «Créame, ésta es la *Venus en el baño* original. Si lo duda, consulte a un experto y verá». Por supuesto, usted no tiene nada que perder con el examen más minucioso. Se dictamina que es auténtico. El coleccionista está loco por comprarla. «Lo vendo —añade—, pero mantenga el secreto o habrá dificultades con los del museo de Leipzig cuando descubran lo que realmente tienen». Lo que se deduce es que a los de la galería de Leipzig les han vendido un cuadro falso, pero usted no *dice* eso. *Sir* Edward sostiene que el tipo, como es coleccionista, se frota las manos por lo general, se queda tan contento y

mantiene el secreto. Ha conseguido lo que deseaba. Tal vez usted pagó diez libras por esa *Venus*. La vende por un par de miles. Y, aunque tenga dificultades, lo que ha hecho es legal.

En su fuero interno, el sargento Pollard pensó que nunca más entraría en un museo sin sentirse incómodamente inseguro cuando mirara los cuadros. Qué pensaba *mistress Sinclair*, no podía imaginarlo.

—No estoy segura de entenderle —observó ella—. Si esto es legal, ¿por qué habló de chantajes?

—Eso no es todo, señora —dijo Masters—. Falta mucho todavía. Si me detuviera aquí, sólo sería una pequeña farsa, siempre que usted se mantuviera dentro de la ley del fraude.

»Donde se pone feo es cuando se las tiene que ver con los grandes museos públicos o privados. Ellos tienen un cuadro famoso. Algo grande, que cuesta, quizá, veinte mil libras, y que medio mundo va a ver. Es la atracción de la ciudad, como la iluminación de Blackpool. Ahora, ¿qué pasaría si alguien descubriera que hay otros originales?

»Es una cuestión de negocios, señora. Una cosa vale porque es única, como una curiosidad. De otra manera no interesa al mercado, lo que es razonable. De modo que, supongamos, usted va al museo tal, les muestra el duplicado de una de sus piezas premiadas. Por ese entonces se encuentran en una posición incómoda. Han gastado demasiado dinero en esa pieza, tal vez más de lo que los directores querían pagar o de lo que el público valoró. “Ahora, dice usted, ¿les gustaría comprar este duplicado para guardarlo en alguna parte, como lo haría cualquiera con sentido común, o lo ofreceré en otro lugar?”. Eso, *mistress Sinclair*, es lo que llamo chantaje.

»Además, está el pequeño asunto de los cuadros sin terminar. Da algunos chelines entre las grandes entradas. *Sir Edward Lytle* me lo contó hace mucho tiempo. Cuando muere algún pintor famoso, generalmente deja un montón de bocetos y telas sin terminar. El estafador listo llega allí antes que nadie y compra todo lo que se le antoja. Si tiene un falsificador hábil, el cuadro puede ser completado tan bien que los expertos podrían jurar que es auténtico. Y es auténtico, en su mayoría. Ese es su juego, *mistress Sinclair*; usted nunca vende nada que no sea auténtico.

Con sus modales más corteses, Masters se recostó. Pero la miró con ceño adusto.

Durante un breve momento, ella no contestó. La habitación estaba a oscuras, excepto la luz que, desde el escritorio del inspector, destacaba cada movimiento de su cara. Miraba hacia abajo, hacia sus manos entrelazadas, de manera que sus párpados parecían de cera y se la podía ver respirar. Por un momento tuvo el aspecto de una mujer que iba a entregarse confiadamente a la misericordia de Masters.

—Todo eso —dijo— es tan terriblemente difícil de probar...

Luego, levantó la vista.

—Perdone mi estupidez con respecto a estas cosas. Pero para probar el fraude en el caso de los cuadros sin terminar tendrá que demostrar que el cuadro tiene la

garantía escrita de ser un original. Con respecto al otro asunto, ¿no pertenece realmente al campo de los conocimientos especializados? ¿No son los conocimientos especializados valiosos y recomendables por sí mismos?

—Puede ser. Donde quiero llegar...

—Una galería de arte —le interrumpió *mistress* Sinclair— no puede entablar un pleito sin publicidad. ¿Y no es la publicidad exactamente lo que tratan de evitar? Luego tendrán que probar en qué términos les fue ofrecido el cuadro, ¿verdad? Solamente estoy preguntando. Creo que lo peor que usted puede decir de mí, lo último, es que todo lo que vendo es auténtico.

—No, no lo peor...

Ella estaba impaciente.

—Supongo que realmente son lisonjas. Debo apreciar que piense que tengo la suficiente inteligencia para inventar esos métodos de...

—No es todo suyo, señora —interpuso Masters, con rapidez, pero al mismo tiempo con calma—. Diría qué buena parte de ella viene de su difunto marido, *míster* Peter Ferguson.

Sinclair se puso blanca. Era un giro abrupto y alarmante; el sargento Pollard nunca habría imaginado que su cara pudiera adquirir tal expresión.

—Sólo me gustaría darle algunos datos sobre él —siguió, cómodamente, Masters—. Esta noche he recibido una carta que me ha traído un mensajero especial de *míster* Bernard Schumann, su antiguo jefe. También he recibido un cable de la policía francesa.

»Su verdadero nombre es Peter Ferguson. Tiene solamente cuarenta y dos años de edad, como probablemente usted sabe. Es hijo de un clérigo escocés. Terminó sus estudios científicos en Aberdeen. Es hábil para fabricar toda clase de artefactos, cualquier cosa que requiera habilidad manual. Es un experto gimnasta. Ha desempeñado toda clase de trabajos, incluyendo el de actor: representaba papeles de viejo a los veinticinco años. Empleado de *míster* Schumann, primero en una oficina de El Cairo que se encargaba de fabricar imitaciones de papiro, donde no había fraude, puesto que se ofrece el material como imitación; luego, en la oficina de Londres. Robó a su jefe. Escapó al continente. Eso es lo que afirma *míster* Schumann.

»Ahora, lo que dice la policía francesa: Se sabe que Ferguson ha estado en tratos con condenados por robo. Ferguson, alias Peter Sinclair y Peter Macdonald, en este caso con acento escocés. Sospechoso de estar relacionado en una serie de robos, en el mejor estilo científico continental, en los que se usó cal viva para tapar ventanas. Desapareció. Se le creyó en el extranjero o muerto. Pero el 11 de junio de 1935, en Niza, cierto Peter Sinclair se casó con cierta Bonita Fisher, que es usted. Dirección: 314, Boulevard des Cygnes.

»La carta de Schumann remitía adjunta una fotografía de Ferguson. La mandamos a la policía francesa. La fotografía fue identificada por *madame* Du... no importa, por

el portero de esa casa, como correspondiente a Ferguson. En otras palabras, como su marido. ¡Información final! Se supone que *Sinclair* murió en Biarritz en mayo de 1936, durante la epidemia de viruela que las autoridades silenciaron tan cuidadosamente. Por eso nadie sabe mucho sobre su muerte. No se desea que esas cosas se sepan en los lugares de veraneo. El cadáver fue enterrado con más o menos secreto, por un viejo servidor. El médico extendió el certificado de defunción sin ver el cadáver. ¡Ah! Pero Ferguson no murió. Ahora está en Londres. Justo en este momento, señora, la policía francesa va a obtener una orden de exhumación. Encontrarán que el ataúd está vacío. Y usted cobró el seguro. Eso es fraude, y un fraude que puede ser probado.

Masters agitó su libreta de notas que estaba sobre el escritorio.

Pollard no sabía qué efecto esperaba el inspector. Pero no imaginó ni remotamente que fuera el que surtieron sus palabras. *Mistress Sinclair* se recostó en la silla y dejó escapar un suspiro de desahogo. Parecía demasiado sincero para ser fingido. El alivio que reflejaba su rostro la hizo palidecer.

—Gracias a Dios —dijo.

Masters dio un brinco.

—¿Puedo preguntarle, *mistress Sinclair*, por qué dice eso?

Ella mantuvo cerrados los ojos.

—¿Me creerá —preguntó— si le digo la verdad?

—Bueno, señora, puede intentarlo. La obtendré, tarde o temprano.

—Por favor, no diga eso. Ya sé que siempre piensa que no le digo la verdad, y no puedo imaginarme por qué. ¡Sí, sí, sí! Es mi marido. Y no está muerto. Pero le juro —dijo con tranquilidad— que no lo supe hasta la semana pasada. Yo... la verdad es que, cuando creí que había muerto, me alegré.

—La libreta de notas —dijo brevemente Masters.

Ella se irguió en el asiento y movió su cabeza con curiosidad, con la mirada fija. Pollard pensó que había visto esa expresión en la cara de una mujer que iba a contar alguna confidencia en una mesa de *bridge*.

—No. Permítame que le diga. Lo que no puedo imaginar es por qué o cómo llegué a casarme con él. Pero él... tanto fanfarroneó que llegó a convencerme.

—Oh, ah. Ya veo.

—Usted no ve nada. Lo que no parece entender es que tenía cierto modo de obrar al principio. Lo que más me impresionó, creo, fue su completa seguridad en sí mismo: parecía saber exactamente lo que quería, y estaba decidido a conseguirlo. El problema fue que, a pesar de su fuerza de voluntad y conversación, nunca lo consiguió. Eso le puso furioso. Luego descubrí que, a pesar de sus alardes, no era rico. Tenía un conocimiento superficial de todo, pero en realidad, no sobresalía en nada, con excepción tal vez de tenis y gimnasia. Pero eso hacía únicamente reír a mis amigos. Lo que es más, ese... ese hombre quería *que le mantuviera*.

Una voz tan clara y musical como la de Bonita Sinclair era imposible que

emitiera algo parecido a un gañido. Pero las tres últimas palabras lo sugirieron, mientras sus ojos redondos se fijaban en Masters y ella parecía estar, por fin, de que el inspector jefe estaba reprimiendo una sonrisa.

—Qué inusitado, señora —dijo Masters, ásperamente—. ¿Le sirvieron a usted de algo esos conocimientos en el arte de falsificar, ese oficio que aprendió en casa de Schumann?

Por el momento, las confidencias se acabaron.

—Por favor, no pretenderá decir tal cosa —le contestó sin vacilar—. No es cierto y es una estúpida calumnia. Tengo que hacer cierto trabajo que requiere conocimientos especiales, como ya le dije. Así es.

—¿Así?

—Pero comencé a sospechar que Peter Ferguson era... sí, lo diré, probablemente un criminal. ¡Y, en realidad, eso fue lo último! Cualquier clase de gente es aceptada en la Riviera; pero, como marido, esa momia acróbata resultaba imposible. Le mantuve oculto tanto como me fue posible. Si no, se las hubiera arreglado para insultar a mis amigos...

Masters estaba impaciente.

—¡Vamos! ¡Vamos! Volvamos a la cuestión, *mistress* Ferguson, y encaremos los hechos. Usted pensó que era una buena adquisición la que hacía. Pero se equivocó. De manera que ambos descubrieron la mejor salida y usted le ayudó a *morir* a cambio del seguro.

Ella extendió las manos.

—No es cierto. Sigo repitiendo lo mismo. No sabía absolutamente nada de ello. Sólo me alegré cuando supe que había muerto. Ni siquiera estaba allí en esa época. Estaba viajando por Italia con algunos amigos. Usted podrá determinar los hechos. Cuando fui requerida a comparecer, el asunto se había acabado. Él y el sirviente debieron de arreglarse entre ellos con la muerte y el entierro.

Después de atreverse a mirarla fijamente, Masters adoptó un aire persuasivo.

—Ahora, escúcheme. No podemos adelantar nada si insiste en hablar de esa manera. Usted no supone que él fingió su muerte y entierro para divertirse, ¿verdad? Pardiez.

¿No cree que después fue tranquilamente y recogió el dinero de su propio seguro en la compañía?

—No.

—Entonces, ¿qué beneficio iba a sacar con eso? Me temo, *mistress* Sinclair, que no convencería a nadie si dice que no trabajaban juntos en esa época. Si no hizo ninguna investigación, y, simplemente, se limitó a iniciar la demanda por el seguro...

—Pero eso es lo que estoy tratando pacientemente de decirle. No cobré el seguro. Ni siquiera inicié la demanda.

De nuevo, Masters se levantó lentamente de la silla. Sus ojos parecían congestionados. Hizo un movimiento en el aire como si estuviera tratando de calmar

a otra persona que no fuera él.

—Así que, ¿cómo me beneficié? —agregó Bonita Sinclair.

—Me han informado autoridades dignas de crédito —dijo Masters, con una pomposidad que indicaba un peligroso estado mental— de que Ferguson, o Sinclair, hizo una gran póliza de seguro a favor suyo.

—¿No será un chisme? No puede haber obtenido eso en la policía.

—Me dijeron que todo el mundo lo sabía en Biarritz.

Ahora, *mistress* Sinclair parecía cansada. Levantó la mano y apeló a Masters.

—Por favor, por favor. Más vale que oiga lo que sucedió en realidad —insistió—. Y, luego, me gustaría irme a casa. Sí; por supuesto que él *dijo* a todo el mundo que tenía una gran póliza de seguro, y que solía pagar las primas con un año de adelanto. Pero, naturalmente, nunca le creí. Pensé simplemente que era parte de su charlatanería habitual. Nunca más pensé en ello.

—¿Y?

—La semana pasada —contestó ella sencillamente—, volví a casa de la Opera, el lunes por la noche, y me encontré a Peter Sinclair sentado en mi sala con sus pantuflas puestas.

Hubo una pausa.

—Esa es la simple, pura y horrible verdad. Todo había sido tan bonito, *míster* Masters. Creí que me había deshecho de él. En general, he tenido una vida más bien feliz; y ésa era la única parte en que no lo había sido. Pero allí estaba él. Dijo que había venido por su participación en el dinero.

»Luego descubrí la verdad. No me había mentido. Se había realmente asegurado, por quince mil libras, en la oficina de París de la London Pari-Annual. Había dejado la póliza en una caja fuerte en Biarritz, pues creía que yo sabía todo eso. Y aún está allí. Realmente, había pagado las primas con anticipación; de manera que nadie en la compañía hizo averiguaciones y nadie recibió la notificación de su *muerte*.

»¿No ve la maldad, la *maldad* —Pollard deseó que no siguiera acentuando la palabra— que ha cometido? No se atrevió a mezclarme en su plan, porque yo no hubiera consentido tal cosa. Me tendió un lazo porque rehusé mantenerle. Aseguró su vida y fraguó una muerte falsa. Creyó que trataría de cobrar el seguro, como, por cierto, habría hecho. Si la compañía rehusaba pagar, o si ponía dificultades, se habría desvanecido y yo tendría que haber soportado la vergüenza. Si la compañía pagaba, él aparecía después de un tiempo conveniente para... para hacerme víctima de un chantaje. Y no me habría atrevido a delatarle.

Hizo una pausa, moviendo sombríamente la cabeza, y agregó dos cosas:

—Ese es Peter Ferguson. No me hizo mucha gracia. Había demasiado dinero en el asunto. Pero casi me reí de la cara que puso cuando supo que se había perdido. Como no hubo escándalo, pensó que había cobrado el dinero. Pero mientras comía bellotas y soñaba con el dinero, la póliza estaba allá en Biarritz sin que nadie la reclamara. Sentados, nos mirábamos solamente el uno al otro... la momia siniestra...

Sus propias palabras parecían haberla inducido a una especie de hipnosis. Se sacudió como para quitársela de encima. Pareció iluminarse por un lado y sentir miedo por otro.

—¡Uf! —exclamó Masters.

Pero su cara se mantuvo impasible.

—Así es, *mistress* Sinclair. El mismo Ferguson dijo que nos la tendríamos que ver con el grupo de pillos más inteligente de Europa.

Y es cierto.

—Le he contado todo —murmuró ella, no prestando atención a las palabras de Masters y levantando nuevamente los ojos—. Puede ver ahora que no gané nada en esta horrible muerte fraudulenta; puede ver que no estuve metida en ningún fraude.

—Pero, tal vez, en cosas peores. ¿Dónde está Ferguson ahora?

—En mi casa.

—Oh, ah. Ha estado allí todo el tiempo, ¿verdad?

—Pero ¿qué podía hacer? ¿Qué podía decirle? Me ha estado amenazando con toda clase de cosas. Realmente, nada que pudiera decir sobre mí —dudó cuando el teléfono que estaba sobre el escritorio de Masters sonó, y su voz se arrastró cuando éste contestó. Todavía siguió murmurando palabras incoherentes que Pollard no pudo oír; pero los ojos de Masters no la dejaron mientras hablaba por teléfono—. ¿Es para mí? —gritó ella—. Es para mí, ¿no es verdad?

Con gran deliberación, Masters colgó.

—Dígame —dijo suavemente—. ¿El seguro de vida de su marido había sido pagado con un año de adelanto?

—Sí.

—Ajá. ¿Y sabe cuándo expira la póliza?

—Eh..., en mayo de este año; creo que me dijo Peter.

—Quince mil libras —dijo Masters—, y un mes por delante. Por fin puede cobrar esa póliza. Ferguson está muerto, y esta vez para siempre.

13

GUANTES CASTAÑOS

En su propia cama, en su casa, fugaces sueños perseguían al doctor Sanders. No le alarmaban ni perturbaban indebidamente. La mitad de las veces parecía estar analizando algo o tratando de descifrar un rompecabezas, y, consideraba cuidadosamente los pasos que debían seguirse.

En el fondo, sabía que en la cama de su casa estaba seguro. A veces se despertaba con apagadas palpitaciones en el brazo, principalmente cuando sentía la fresca brisa que penetraba por las ventanas abiertas y oía el tictac de su reloj que yacía sobre la mesilla de noche, al lado de la cama. Pero estas cosas le llegaban mezcladas con las figuras del sueño. Sus sueños tenían cierta relación con una cocina o un lavadero. Él, o alguna otra persona, se agachaba y se movía sobre un suelo de lajas. También por allí le parecía ver un pegajoso pedazo de papel cazamoscas.

Además, ardía un fuego. Alguien estaba tendido al pie de una silla con almohadones, cuyo asiento se había aflojado. Debajo de la silla había periódicos viejos, y Marcia Blystone se inclinaba por encima de su respaldo, mientras Sanders y *sir* Henry Merrivale se agachaban sobre el cuerpo que yacía en el suelo. La mayor parte de sus sueños se refería al final de la noche, cuando se convirtieron en realidad. Un cirujano de Cheyne Walk le extrajo dos balas del brazo izquierdo. El hueso estaba roto, pero era una rotura sencilla. Ahora lo tenía entablillado. Más tarde, había visto que Marcia Blystone se iba en un taxi, y recordaba, fuera sueño o realidad, que los brazos de ella habían estado alrededor de su cuello.

De manera clara y sin ningún romanticismo, también recordó una voz. Era la voz de *sir* Henry Merrivale. Estaba irritado. Los amenazó a ambos con un puntapié en el trasero si no se callaban la boca y se marchaban a casa.

Se durmió cómodamente.

Cuando Sanders abrió de nuevo los ojos, se encontró iluminado por el sol de una clara mañana de primavera. Los árboles que se veían a través de las ventanas de su apartamento parecían haber reverdecido de la noche a la mañana. A pesar del estado de su brazo, tenía una extraordinaria sensación de bienestar, una sensación que nada tenía que ver con la presencia de *sir* Henry Merrivale y el inspector jefe Masters, que estaban al pie de la cama.

—Buenas, hijo —gruñó *sir* Henry Merrivale—. ¿Cómo se siente ahora? Nosotros pasábamos por aquí... —por alguna razón, *sir* Henry Merrivale parecía turbado y confuso. Le miró fijamente—. ¡Tome un cigarro! —agregó como presa de súbita inspiración.

Tal vez no fuera una sugerencia muy apropiada. Pero Sanders aceptó el cigarro,

mientras trataba de ordenar sus ideas.

—Ferguson —dijo. Y los acontecimientos de la noche se le presentaron nuevamente.

—¡Ah, señor! —le saludó cordialmente el inspector jefe—. Buenos días. ¿Todo anda bien?

—Un poco aturdido. Por lo demás, perfectamente.

Examinó el cigarro, cambiando su postura sobre las almohadas.

—Lo que *sir* Henry Merrivale está tratando de decir —prosiguió Masters— y lo que no llega a articular, es... gracias. Usted burló a ese Ferguson justo a tiempo, doctor. Sí, fue una bonita idea. Si hubiera tratado de atacarle abiertamente, podría haberle hecho perder pie, para no hablar de su revólver. ¡Pero atacarle por un lado y pegarle ese pedazo de papel cazamoscas en la cara! ¡No estuvo mal, doctor!

—No estuvo mal —repitió *sir* Henry Merrivale.

Sanders miró las ventanas cuyas cortinas hacía ondular una tibia brisa. De manera que, en cierto sentido, era él. El papel cazamoscas había sido útil para algo después de todo, aunque no lo hubiera usado para entrar subrepticamente en la casa. Recordaba a Ferguson retorciéndose en el suelo embaldosado al pie de la silla, con su cara adherida a ese pegajoso papel, como si fuera una gran mosca, y la pistola tirada en la habitación mientras Ferguson no podía ver.

No, no había sido parte de un sueño. La silla estaba allí, con el asiento salido en el momento de caer Ferguson. Marcia se sentaba acurrucada en ella, cuando Merrivale fue en busca de un teléfono.

—*Sir* Henry —continuó el inspector jefe— insiste en llamar a ese individuo un megalómano. No importa lo que eso signifique. Yo tengo una palabra mejor. Esa pistola de aire comprimido Dreuger tiene una carga de ocho balas, y sólo se habían disparado cuatro cuando usted le asió. *Sir* Henry también desea decirle...

—Puedo hablar por mí mismo, ¿no es así? —preguntó *sir* Henry Merrivale.

—Bueno, señor, solamente...

—Puedo hablar por mí mismo —repitió *sir* Henry Merrivale—. Lo que quiero decir, hijo, es esto. Anoche, excitado por el desenlace obtenido, me parece recordar que en algún momento, introduje el tema, con respecto a usted y a la chica, de un puntapié en el trasero. Ahora, sinceramente, tengo que admitir que quizá hablé un poco demasiado apresuradamente. Pero ¡narices!, de todas las tonterías sentimentales que jamás haya oído, las expresiones de afecto y estimación que la hija de *sir* Dennis Blystone derramó sobre usted fueron, sin lugar a dudas, las más tontamente sensibleras y asquerosas. Además, deseo decir...

Era el estilo parlamentario de *sir* Henry Merrivale. Sanders articuló unos sonidos.

—Yo... este... no lo recuerdo —dijo—. ¿Llegó a casa sin dificultad miss Blystone?

—Sí. Que yo sepa.

—¿Y Ferguson? ¿Encontró a su testigo?

La expresión de *sir* Henry Merrivale se puso sombría.

—No, hijo —contestó—. Ferguson está muerto.

Sacó un cigarro.

—Si el estúpido monigote nos hubiera dejado atenderle, habría seguido viviendo. Pero era demasiado tarde. Y él hablaba de gente que quería aparentar ser mayor. Es tan seguro que se suicidó como que alguien trató de cometer un asesinato al verter una gran dosis de atropina en su vaso. Su patrona le trae el desayuno, hijo. Sí, puede levantarse si insiste, siempre que se quede en su habitación y no se mueva en todo el día. Mientras tanto, debemos sentarnos y ponernos a pensar seriamente.

Durante el desayuno, mientras *sir* Henry Merrivale fumaba furiosamente, y Masters se paseaba por el cuarto, el inspector jefe les informó sobre los acontecimientos que habían tenido lugar en Scotland Yard la noche anterior.

—Pero eso puede ser o no —concluyó—. Lo que quiero saber es qué demonios pasó en casa de *mistress* Sinclair anoche —se volvió hacia *sir* Henry Merrivale—. Al parecer, señor, usted preparó el asalto a la casa sin decirme nada. Muy bien: no diremos nada más al respecto...

—Gracias —gruñó *sir* Henry Merrivale.

—... ¿pero qué hacían ustedes? ¿Qué vieron o encontraron cuando entraron allí? Ferguson era nuestro principal testigo. Y en cuanto le encontramos, alguien le despachaba. ¿Qué pasó?

Sir Henry Merrivale se quedó pensativo.

—Bueno... Se me ocurrió que Ferguson podría estar escondido en casa de *mistress* Sinclair. Era el lugar lógico en donde buscarlo. Pero si se lo hubiera dicho, usted habría ido con un batallón de policías, como creo que ha hecho otras veces, y Ferguson se habría escapado como un acróbata en un trapecio. Así que pensé echar una mano personalmente. ¿Por qué no? ¡Vaya! ¡Nadie va a decir que tengo un corpachón! Mire esto. Fuerte como...

Masters le miró y se le iluminó el rostro.

—Ya veo, señor. Esa fue la verdadera razón, ¿no es cierto? Sólo para probar que estaba muy ágil —el inspector jefe se enojó—, y tiene un corpachón que, si me perdona, le diré es tan grande como la cúpula de la catedral de San Pablo. Deliberadamente...

—¡Está bien! ¡Está bien! —dijo *sir* Henry Merrivale, como quejándose—. Yo tengo la culpa. Siempre tengo la culpa, excepto al final de un caso. Entonces me abrumba con sus malditos elogios y, según él, sabía que durante todo el tiempo el triunfo estaba en mis manos. Mire, Masters, dos de nuestros amigos, el doctor aquí presente y la hija de *sir* Dennis Blystone, insistieron en inspeccionar la casa. Pensé que sería interesante ver qué pasaba. Pero no quería hacerles correr el posible riesgo de encontrarse allí con Ferguson. Sería mejor que yo llegara primero y husmeara un poco y viera si realmente estaba Ferguson dentro. Por eso les hice jurar que nos encontraríamos en el jardín del fondo a una hora determinada. No habría habido

problemas si uno de sus policías no me hubiera echado el ojo.

—Y usted le tiró una maceta. ¡Qué bonito, señor! ¿Por qué meterse a tirar macetas por ahí?

—Estaba actuando con astucia —dijo *sir* Henry Merrivale.

—¡Con astucia! Sencillamente, se puso furioso porque el policía le observó, y...

—Le digo que estaba actuando con astucia —rugió *sir* Henry Merrivale—. No es muy complicado, ¿verdad? El mejor método para descubrir si Ferguson estaba en la casa, y hacerle manifestar algunos síntomas de su presencia, era provocar un bochinche de primera. Como ya lo creo que fue el que organicé. El policía y yo anduvimos por encima del sembrado de pepinos como un par de bailarines, con corpachón o no. Lo malo fue que el canalla insistió en seguirme las huellas. No podía deshacerme de él. No tuve más remedio que refugiarme.

—¿En la casa?

—En la casa. Claro. ¿Qué otra cosa podía hacer? Mi compañero Shrimp Callowey me había dado un excelente manojito de llaves maestras. Y yo iba a dárselas al doctor Sanders, porque —dijo *sir* Henry Merrivale, excusándose— no estaba seguro de que él conociera bien la técnica. No iba a mezclarme en el asunto. Pero repito: ¿qué otra cosa podía hacer? Me metí en la casa. Por eso la puerta principal no estaba cerrada con llave cuando mis dos aficionados llegaron.

Masters parecía triste.

—Bueno, señor, quizá sepa lo que está haciendo. Digo que *quizá*. Pero la cuestión es ésta: ¿qué significa la leche envenenada? ¿Qué pasaba en la casa?

—Envenenador en acción —dijo, lacónicamente, *sir* Henry Merrivale.

El inspector jefe dio un silbido. Sacó su libreta de apuntes.

—¿No querrá usted decir que vio...?

—Me temo que sí —gruñó *sir* Henry Merrivale—. A riesgo de atraer sobre mí nuevos rayos y centellas por tener la cabeza llena de serrín, me temo que sí. Déjeme que le cuente. Tan pronto como entré en la casa, fui derecho a la puerta del fondo. Quería ocupar una posición que me permitiera salir al jardín del fondo antes de que llegaran mis aficionados. La casa estaba a oscuras. Y aún no sabía si Ferguson andaba escondido por allí. En realidad, estaba allí. Pasaba por delante de la puerta del pasillo de ese cuarto del fondo, cuando se encendió una luz dentro.

—¿Y luego? ¿Qué hizo?

—Me metí en el armario que hay debajo de la escalera. Y si alguno hace comentarios ingeniosos... ¿No? Bueno. De todas maneras, podía ver la puerta del cuarto. Estaba abierta algunos centímetros; podía ver la silla y la mesa al lado del fuego, con la lámpara encima. Había ruido de movimientos, y oí que Ferguson hablaba con alguien.

—¿Cómo supo que era Ferguson?

—Le vi, por eso lo sé. Sacó la cabeza por la abertura de la puerta y miró a su alrededor. Recuerdo bien sus fotografías, hijo. Él y su compañero, quienquiera que

fuese, evidentemente habían estado allí en la oscuridad, mirando a través de la ventana y observando mi pequeña representación en el jardín. Bueno, sacó la cabeza al pasillo, con la pistola de aire comprimido en la mano. Recorrió el pasillo en ambos sentidos, olfateando, y se aseguró con respecto a las puertas de atrás y de delante. Podría haberle agarrado por el pescuezo y habérselo retorcido; pero había alguien más en el cuarto. Y esa persona desplegó una inusitada actividad mientras Ferguson estuvo fuera.

—¿No vio a la otra persona?

—Solamente vi su mano —respondió *sir* Henry Merrivale—. En una especie de guante color castaño. Ya le dije, si tiene oídos, que la puerta estaba abierta algunos centímetros. Podía ver la mesa al lado del fuego, la lámpara con el periódico como pantalla, el plato de asado frío y el vaso de leche. Creo que la leche caliente acababa de ser preparada. Todavía estaba humeando. La gracia de todo esto, es que mis gafas no son para ver de lejos. Vi unos borrosos guantes marrones saltar y bailar una especie de danza guerrera encima de la leche. Parecían bastante nerviosos. Y estaban manipulando un cuentagotas. Echaron un chorro en el vaso, y casi yerran el tiro. Luego, se pusieron a cepillar y a moverse por allí, como si fuera un camarero que pone la mesa.

—¿Pero no vio siquiera una manga?

—No. La luz era demasiado tenue, y apenas se podía ver. Guantes marrones. Me ponían los pelos de punta, Masters. Le juro que sí. Como si tuvieran vida propia.

Su cigarro se había apagado. Lo hizo girar entre los dedos, y le guiñó un ojo.

—Bueno. Tan pronto como oyeron los pasos de Ferguson que volvían, uno de los guantes dio un salto hacia atrás y desapareció de mi vista. El otro revoloteó sobre el vaso por un segundo, como si se asegurara de no haber olvidado nada. Dudó hasta el último minuto. El cuadro de un envenenador en acción. Justo en el momento en que Ferguson llegaba a la puerta, retrocedió. Oí que Ferguson decía: «Parece que se ha ido, quienquiera que fuese; pero más vale que te vayas de aquí».

—¿No contestó nada la otra persona?

—No. Entonces Ferguson apagó la luz. Ese lugar estaba más oscuro que los infiernos. Oí más ruidos de pasos. Pensé: «Está listo. Ya los tengo, a Ferguson y al asesino». Me estaba preguntando qué debía hacer y cuál era el mejor método de hacerlo, cuando oí otro ruido. Cuando me di cuenta qué era, casi salgo corriendo de mi encierro. ¿Sabe qué era? Eran las persianas que se cerraban. Ese hijo de vampiro, Ferguson, había ayudado al asesino a salir por una de esas grandes ventanas...

—¿Pero usted debía haberse dado cuenta, *sir* Henry...!

—Claro. Cacaree. Pavonéese como qué sé yo. Así era. Me di cuenta al instante, porque Ferguson encendió la luz. Pareció pasearse durante un minuto, contento como un gallo. Luego, tanteó bajo el asiento de la silla y sacó algunas hojas de papel. Se sentó al lado de la lámpara y sacó una estilográfica. Comenzó a escribir. Era evidente que había estado escribiendo antes. Cuando pasó por mi lado en el pasillo, con su

pistola de aire comprimido, había tinta fresca en sus dedos.

Sanders asintió con la cabeza, recordando vívidamente ese índice manchado de tinta que se curvaba sobre el gatillo de la pistola, o que rascaba el vaso de leche envenenada.

—Siga, señor —le urgió Masters.

—No hay mucho más. ¡Bah! No escribió mucho. No acababa de coger su estilográfica cuando hubo otro alboroto en la parte delantera de la casa, fuera —*sir* Henry Merrivale hizo un gesto con la cabeza hacia el herido—. Eran mis dos aficionados discutiendo con el persistente policía. Deben de habérselo encontrado justo frente a la puerta de la casa de *mistress* Sinclair.

—Así fue —dijo Sanders, vivamente.

Ferguson se levantó, y de nuevo escondió su escrito, y apagó la luz. Creí que era el momento de salir por la puerta de atrás y encontrar a mis aficionados en el jardín, como habíamos convenido. Maldición, ¿cómo iba a saber que se las iban a arreglar para entrar en la casa por la puerta principal? Sólo me di cuenta de ello cuando estuve en el jardín y oí voces que venían a través de las ventanas del cuarto. De manera que volví nuevamente y entré. Usted sabe lo que sucedió. No supe qué hacer cuando descubrí que Ferguson había engullido más de la mitad de su vaso. ¡Qué noche!

Masters se levantó. Se acercó cojeando un poco hasta la ventana, y se quedó mirando a la calle.

—Dispare —gruñó *sir* Henry Merrivale—. Dígallo. Diga que perdí a Ferguson y al asesino.

—Así es, señor. Es la verdad. De todas maneras...

—¿Usted concibe alguna esperanza?

—No. Es decir, no exactamente. Pero hay algunos hechos —Masters sonrió sarcásticamente cuando se dio la vuelta—. Ese par de guantes eran del asesino. Muy bien. Encontramos el cuentagotas que usted mencionó. Estaba tirado detrás de las cañerías y tenía atropina. También había cinco gramos en la leche. ¿Ve dónde nos lleva esto? ¿A qué hora vio al visitante?

—Hum. Sí. El par de guantes salió de la casa a medianoche, exactamente antes de que mis aficionados llegaran...

—Lo que elimina a *mistress* Sinclair —dijo Masters. Su cara divertida se marchitó, y puso mal talante—. Estoy llegando al punto donde no me importan mucho estos contratiempos. ¡Eliminada! ¡Nuestra sospechosa número uno! Tenía muy buenas razones para desear que se muriera su marido. Le corresponde una póliza de seguros de quince mil libras...

—Lo dudo, hijo. Considerando los enredos relacionados con la historia de ese seguro, me atrevo a dudar de que jamás llegue a cobrar un penique.

—En cualquier caso, estaba sentada en mi oficina anoche a las doce. Y ahí tiene, señor. No puede ser su par de guantes. Tiene una coartada tan grande como una casa.

Se quedaron pensando esto durante un momento. *Sir* Henry Merrivale continuó

haciendo girar el cigarro apagado entre sus dedos.

—Entonces, ¿cuál es la próxima jugada? —preguntó—. ¿Tiene usted otras pistas, nuevas o no?

—Me parece que está bien claro, señor. ¿Eh? Me interesará saber —dijo Masters en su estilo más pontificio— dónde estaban los demás a medianoche, exceptuando a *mistress* Sinclair. Y en cuanto a Félix Hays... Ah, sí. Lo primero: los agentes de la compañía particular de investigaciones...

Sir Henry Merrivale se irguió en su asiento.

—¿Agentes de investigaciones? ¿Qué agentes de investigaciones?

—Usted ya sabe. Cuando mandaron a Hays la botella de cerveza, Ewkeshaw, con otra dosis del veneno de nuestro amigo, dijo a los abogados que pusieran el asunto en manos de una empresa de detectives privados. Así lo hicieron. Esta mañana, Drake me ha mandado un mensaje. Y habían elegido una buena empresa: Everwide. Drake, Rogers y Drake tienen ahora otra opinión. Además de robarles las cinco cajas, nuestro asesino robó algunos valores que pertenecían a Hays. De cualquier manera, los de Everwide les han dicho que han recogido alguna información con respecto a la botella de cerveza. Eso me interesa especialmente en este momento. Ese es el punto número uno.

—Uh, uh. ¿Y cuál es el punto número dos?

—Judith Adams.

—¿Judith Adams?

Masters exhaló un profundo suspiro por la nariz.

—Algo muy extraño, *sir* Henry. Muy extraño. En la lista de Hays es el quinto nombre de las personas que podrían matarle. ¿Pero quién demonios es? Nadie jamás ha oído su nombre. He teleografiado a la tía de Hays que vive en Cumberland; la tía no sabe nada. He hecho que Bob Pollard entrevistara a la mitad de la gente que conocía a Hays; no saben nada. Debe de estar muy cerca, si no Hays no la habría incluido como un peligro en potencia. Espero encontrarla. Le digo, señor, que hay gato encerrado en ese nombre. Si hay una tal Judith Adams, ¿por qué nadie la conoce? No hay ninguna Judith Adams relacionada con el caso.

Por lo general, Sanders tenía absoluto control sobre sus músculos faciales. En otra ocasión, no hubiera movido ni siquiera un párpado al recordar dónde había oído ese nombre. Pero esta vez tiró su taza de café sobre el plato.

Masters le miró.

—Ahí tiene —dijo *sir* Henry Merrivale, con un fuerte suspiro—. Me estaba preguntando cuánto tiempo pasaría antes de que alguien diera con eso. Sí, hijo, hay una Judith Adams relacionada con el caso. La esposa de *sir* Dennis.

SIR DENNIS BLYSTONE VIAJÓ EN SUBTERRANEO

—¿Cómo? —dijo Masters, manteniendo su tranquilidad. Su mirada suspicaz fue desde Sanders hasta *sir* Henry Merrivale—. Recuerdo que *sir* Dennis es amigo suyo, y que la jovencita es, por cierto, amiga del doctor Sanders. ¿Cuánto tiempo ha estado ocultando esto?

—¡Disparates! —explotó Sanders—. ¿No creerá que lady Blystone...?

—Creí que se podía confiar en usted. ¿Cuánto tiempo ha estado ocultando esto?

Sanders se puso a considerar el pasado con tanta concentración que casi se olvidó de contestar.

—¡Disparates! —repitió—. No he estado ocultando nada. Solamente oí su nombre, y la conocí anoche por primera vez. No recuerdo exactamente cuál es su nombre, de todos modos. Ella y *sir* Dennis estaban en la sala cuando fui a buscar a Marcia a su casa. La madre estaba bastante molesta...

—¡Ah!, ¿sí? —dijo Masters, sacando de nuevo su libreta.

—... ¡espere! Porque *llevaban a Marcia a Scotland Yard*. En realidad, los dos estaban molestos. Eso quizá no quiera decir nada. No me gustaría que siguiese una pista falsa por una coincidencia de nombres. Debe averiguar si realmente su nombre de soltera es Judith Adams.

El inspector jefe se volvió hacia *sir* Henry Merrivale con una severa mirada interrogante.

—¡Oh, oh! —exclamó—. ¿De manera que nuevamente soy el villano de la obra? Por lo general tengo serrín en la cabeza y soy un pillo. Arrojo macetas de flores a sus policías. Pierdo a su asesino y mando al otro mundo a su testigo principal. Cuando no puedo impedir que se haga justicia en cualquier otra forma, obstruyo el funcionamiento de la máquina judicial ocultando informaciones. Bueno, no sé cuál era su nombre de soltera. No hay caso, aunque me traspase con la mirada, Masters. No lo sé. Pero debe de ser fácil averiguarlo.

—Debe de ser —convino Masters con hosco ceño—. ¿Era lady Blystone amiga de Haye?

—¡Le digo, hijo, que no lo sé!

El inspector jefe miró rápidamente a Sanders.

—Una cosa, sin embargo, podemos establecer ahora —señaló—. Una cuestión de coartadas. Usted, doctor, dice que encontró a miss Blystone en su casa anoche; y que luego los dos fueron a casa de *mistress* Sinclair. *Sir* Henry dice que llegaron allí justo a la medianoche. Mientras tanto, el visitante con guantes castaños, el asesino, había

estado hablando con Ferguson en el cuarto del fondo de la casa de *mistress* Sinclair. ¿No es así?

Sir Henry Merrivale dio un gruñido en señal de aprobación.

—Y presumo —agregó— que el visitante había estado allí durante un rato o, por lo menos, durante algunos minutos, ¿no?

—Sí, creo que podemos decir eso —admitió *sir* Henry Merrivale, espiando por encima de sus gafas.

—¡Bien! Pero el doctor Sanders acababa de llegar de casa de *sir* Dennis, en donde había visto a éste y a lady Blystone. Si ése es el caso, bueno, no es probable que lady Blystone, digamos, se lanzara a casa de *mistress* Sinclair para llegar antes, y fuera el visitante enguantado que salía de allí en el momento en que Sanders llegaba. De esa manera, podemos eliminar a los dos Blystone, ¿verdad?

Sanders no se engañó con la urbanidad del planteamiento del inspector jefe. Estaba fastidiado, lo mismo que *sir* Henry Merrivale, por lo engorroso de las circunstancias.

—Me temo que no —dijo—. Llegué a casa de los Blystone exactamente después de las once. Pero no debíamos encontrar a *sir* Henry hasta las doce. Marcia y yo pasamos ese tiempo dando vueltas en un taxi.

—Hum. De manera que queda una hora. Una hora —consideró el inspector jefe. Cerró su libreta de notas, y se puso de nuevo animado y cordial—. Bueno, doctor, *sir* Henry y yo debemos irnos. Solamente vinimos para ver cómo estaba. Le interesará saber que tengo dos hombres sobre la pista de esa atropina... quién la compró, y dónde. Eso es lo que siempre delata al envenenador. ¿Listo, *sir* Henry?

Sentado, *sir* Henry Merrivale parecía de madera, y miraba los barrotes de la cama del mismo material.

—Vaya usted por delante, Masters —dijo—. Me reuniré con usted en seguida. Tengo que decirle algo al doctor.

Masters titubeó. Miró al otro con tremenda suspicacia.

—¡Oiga! De hombre a hombre, *sir* Henry, ¿usted está tratando de pasarme por alto otra vez?

—Pongo a Dios por testigo que no. Hijo, no.

—Entonces, ¿puede darme una sola indicación positiva respecto a lo que debo hacer? Sí, sí, ya sé: además de esa primera sutileza que se le ocurra decir.

Sir Henry Merrivale meditó.

—Sí, le diré dos cosas. Primero, con respecto al asesinato de Hays, que es el trabajo rutinario que a usted le gusta, encargue a varios de sus mejores hombres que comprueben los movimientos de *mistress* Sinclair, Blystone y Schumann durante todo el día hasta las once de la noche, hora en que llegaron al apartamento de Hays. ¿Se da cuenta, hijo? Todo el día. Quiero saber, de cada uno de ellos, hasta sus más íntimos movimientos.

—Pero ¿por qué? ¿Qué importan sus movimientos antes de las once de la noche?

—Oh, Masters, hijo mío —dijo *sir* Henry Merrivale con desaliento—. Si usted no ve el porqué de lo que le digo, no tiene razón al llamarme zopenco... En segundo lugar, respecto al asesinato de Ferguson: descubra qué estuvo escribiendo Ferguson antes de morir.

El inspector jefe esbozó una sonrisa forzada.

—Sí, señor. Ya había pensado en eso. Usted me ha dicho que Ferguson sacó algunas hojas de papel de debajo del asiento de la silla y las puso allí de nuevo. Por desgracia, como *le he dicho*, hemos revisado la habitación, inclusive el asiento de la silla. Recuerdo que había una hoja de papel allí, lo mismo que algunos periódicos colocados fuera de la vista. Pero no había nada escrito en el papel. De manera que no encontramos nada.

—Ya sé —asintió *sir* Henry Merrivale—. Yo tampoco. Eso es todo, hijo. Póngase en marcha. Le veré esta noche para la cena.

Cuando el inspector jefe se fue, Sanders empujó hacia un lado la bandeja del desayuno y se arrastró fuera de la cama. Aunque se sintió repentinamente débil y mareado, se puso una bata sobre los hombros y se calzó las zapatillas. Después, se sentó en una butaca que estaba al lado de la ventana.

Abajo se veía la amplia y bonita extensión de Marylebone Road, relumbrante con la luz del sol. Hasta los automóviles brillaban, y el ruido del tráfico parecía más apagado en el aire tibio. Luego, *sir* Henry Merrivale y Sanders se miraron mutuamente.

—¿Para qué quería verme? —preguntó este último.

—¿No se lo imagina, hijo?

—No.

—No quería verle a usted exactamente —dijo *sir* Henry Merrivale—. Pero quería ver a Marcia Blystone. Vendrá esta mañana. Por lo menos, anoche lo prometió solemnemente. Es algo raro en una mujer —añadió, y pareció caer de repente en una modorra—. Puede pasarse una semana inactiva y medio desmayada. Sin embargo, en el fondo de su cabeza, siempre hay algo despierto que piensa cosas prácticas, aunque esté saltando de témpano en témpano como un pingüino al cruzar el río.

»Ahora, un hombre no es así. Si está en peligro o en dificultades es todo ojos y oídos para lo que le preocupa. Lo demás no cuenta. El bandido más tacaño, en medio de un tiroteo con la policía, no perdería dos segundos para agacharse y recoger un billete de cincuenta libras. Pero una mujer lo haría. Así es su vida. Todo esto —agregó *sir* Henry Merrivale— viene como prólogo. Masters ha hablado de la gente que obstruye el camino a la justicia. Pero de todas las personas que de manera más persistente, encantadora y formal, y en cualquier ocasión, ponen zancadillas a la justicia, su amiga Marcia Blystone es la peor.

—¿Cómo es eso?

—Ella robó esas hojas de papel que Ferguson había estado escribiendo —dijo *sir* Henry Merrivale—. Las robó de la silla. ¿No la vio?

—¡Diantre! —dijo el otro, incorporándose—. No, estaba pensando en otras cosas. Pero...

—Seguro. Yo también. Esa es la cuestión. Sin embargo, sucede que es así. Pase por alto la batahola y dígame qué pasó con la silla una vez que Ferguson se cayó de ella.

—Se aflojó el asiento. Se salió la mitad hacia delante.

—Ajá. ¿Y qué hizo la chica?

—Primero se inclinó por encima del respaldo de la silla mientras sujetábamos a Ferguson, y luego se sentó...

Se miraron nuevamente.

—Hay que hacer algo respecto a ello, hijo —señaló seriamente *sir* Henry Merrivale.

—Pero ¿cómo podría saber ella que las hojas de papel estaban debajo del asiento de la silla?

—No creo que lo supiera. Debe de haberlas visto cuando se deslizó el almohadón hacia delante. ¡A eso le llamo presencia de ánimo!

Sanders reflexionó.

—Hay sólo una cosa en este asunto que me gustaría saber por ahora más que cualquier otra. Si *sir* Dennis Blystone es un criminal, ¿cuál es su crimen?

»Veamos —prosiguió—, hemos eliminado algunos de los trastos viejos que molestaban. Estamos aprendiendo a localizar a la persona en el crimen, aunque usted y el inspector jefe parece que siempre lo supieron. Por medio de nuestras propias aventuras y por la entrevista de Masters con *mistress* Sinclair en Scotland Yard, sabemos dos cosas: Ferguson era un ladrón; *mistress* Sinclair es una estafadora. Luego quedan Bernard Schumann y *sir* Dennis Blystone.

»No tengo la menor idea sobre la especialidad de Schumann. Masters le ha absuelto de la acusación de vender antigüedades egipcias falsas. *Sir* Dennis hizo algunas bromas sobre Schumann diciendo que mataba gente y vendía sus cadáveres como momias, pero, además de no ser práctico, no dejaba de ser una broma. De otra manera, Blystone no lo hubiera dicho. Schumann parece, en el mejor sentido de la palabra, un caballero. Creo que hay gato encerrado en los despertadores y la lupa. Pero cualquiera que sea su crimen, no puede ser muy grave. Es el más tranquilo, calmado y servicial de todos.

»*Sir* Dennis Blystone es diferente. El... ¿estoy hablando demasiado?

Sir Henry Merrivale respondió sin abrir los ojos:

—En absoluto, hijo. Siga adelante.

—Blystone, como decía, es diferente. La gente relacionada con él da mucho que pensar. Lady Blystone es casi una histérica. Marcia dice que se matará o se irá a Buenos Aires si todo esto trasciende. El mismo viejo, en momentos de incertidumbre, cuando pierde su dignidad y fluidez en el habla, es quien más incómodo está. Parece que hay algo muy sucio detrás de todo eso. Es una tumba. La atmósfera de esa casa es

siniestra. Me recordó una ocasión en que fui a buscar a una chica para ir a un baile, y su padre estaba borracho, y... de todas maneras, ¿qué clase de actividades turbias desempeña?

Sanders se detuvo, porque la cara de *sir* Henry Merrivale reflejaba una fantástica alegría. Se rió, meciéndose, y emitió un sonido sordo como si se estuviera ahogando.

—Exactamente —dijo.

—¿Qué quiere decir con *exactamente*?

—Que es en si interesante —observó *sir* Henry Merrivale, más juiciosamente—. Cuando las mujeres sienten verdadera culpa y angustia en su conciencia, no hablan de ello. Cuando oyen que el vigilante les sigue los pasos, no se les ocurre qué harán en caso de que se descubra la verdad. No, hijo: guardan bien dentro su crimen, con orgullo y en silencio. ¿Pero qué clase de crimen pone histéricas a dignas matronas, e impele a hijas adolescentes a hacer cualquier cosa con tal de que no sea revelado?

—¿Cuál?

—Un crimen cómico —dijo *sir* Henry Merrivale—. Una desgracia social. Ese gran cirujano, ese hombre mercedamente respetado en la ciudad, no ha sido en el pasado más que un carterista con bastante éxito.

Decir que esto sonó como una bomba en los oídos de Sanders, decir que el mundo estaba patas arriba y que Marylebone Road se le escapaba de la vista, sería decir muy poco. Miró a su compañero, que parecía estar muy serio. Emitió un sonido débil. Acabó por seguir escuchando.

Sir Henry Merrivale se puso el cigarro en un lado de la boca, y habló en tono de alegato:

—Vea, hijo, es un error pensar que un carterista, y la mayoría de la gente lo concibe de esta manera, es un canalla andrajoso que pasa furtivamente con el cuello de la camisa sucio. ¡Oh, no! Generalmente, el carterista es el hombre más distinguido y mejor vestido del autobús o del Metro. Tiene que serlo. Forma parte de su profesión. Porque, en ese caso, usted no sospecha cuando le empujan encima de él, mientras que trataría de esquivar instintivamente al tipo andrajoso. De la misma manera, nunca mira de reojo dos veces al señor bien vestido que lee el diario a su lado en el vagón. Prefiere sentarse o colocarse junto a él más que al lado de un harapiento. Esto puede que no sea más de una penosa coincidencia de clase; pero así es. ¿No es bien sabido, dicho sea de paso, que Blystone nunca utiliza un taxi cuando puede viajar en autobús o en Metro?

»Todos los policías conocen estas costumbres de los carteristas. Masters, por supuesto, descubrió el pequeño *hobby* de Blystone tan pronto como vio sus manos...

Sanders empezaba a salir de su ofuscación.

—¿Sus manos? Pero si tiene unas manos muy bonitas.

—Seguro, a su modo. Se dice una serie tremenda de tonterías sobre las manos, hijo. Por ejemplo, usted ha oído a la gente hablar de las *delicadas y sensitivas manos de un músico*, queriendo decir con ello manos largas, delgadas, delicadas. Usted

comprobará el error sólo con usar sus propios ojos. La mayoría de los músicos tienen manos anchas y vigorosas, con dedos cuadrados. Igual que la mayoría de los cirujanos.

»La enciclopedia de Hans Gross sobre criminología señala que el mejor carterista tiene los dos primeros dedos de su mano profesional de la misma longitud. *Por ejemplo*, Blystone. ¿La razón? El carterista no tantea a través las ropas del vecino con los cinco dedos. Le pescarían con las manos en la masa si así lo hiciera. Usa sus manos como las hojas de una tijera: el índice y el cordial juntos, el anular y el meñique juntos: los meten y pescan como si fueran unas pinzas. Así.

Sir Henry Merrivale ilustró lo que decía moviendo los dedos como una criatura que delinea la silueta de un asno sobre la pared. Nuevamente, Sanders trató de poner sus ideas en orden.

—Por Cristo —dijo entre dientes—, antes de acabar con este asunto me hará sospechar de todos y de todo sobre la tierra. Primero son ventanas escarchadas. Luego son cuadros en galerías de arte. Ahora es la gente bien vestida de los autobuses. Si alguna vez alguien relata este caso, tendrá que llamarlo *El manual del criminal*. Entonces, esos cuatro relojes eran solamente...

Sir Henry Merrivale asintió con la cabeza.

—Restos, hijo, restos de Blystone, de viejos saqueos. De alguna manera, Félix Haye se apoderó de ellos, probablemente junto con el número del reloj, el nombre del dueño, y el lugar y fecha en que fueron robados. Esos cuatro relojes tienen la explicación más tremendamente sencilla, tan sencilla que nadie parece haber pensado en ella. En cuanto al brazo del maniquí que hace mucho tiempo le dije que pertenecía a Blystone...

—¿Qué, señor?

Sir Henry Merrivale puso cara huraña.

—Copiado. Gross habla de un individuo que obtenía grandes rentas con uno de esos brazos de maniquí. Lo usa el tipo bien vestido que se sienta a su lado para desviar toda sospecha que pueda recaer sobre él. Está sosteniendo el diario con dos manos y leyéndolo. El pulcro brazo y la mano enguantada que están a su lado son de trapo, mientras que la mano verdadera está utilizando a su gusto sus dedos como tijera.

La verdadera causa de incomodidad quedó al descubierto.

—Pero ¿ese hombre está completamente chiflado? —preguntó Sanders—. ¿Por qué tiene que hacer tales cosas? Es uno de los mejores cirujanos de Londres...

—Uh, uh. La mayoría de la gente también pensaba eso de Jack el Destripador.

—Sí, pero...

—No puede remediarlo, hijo. Es una forma de cleptomanía bien conocida. Consulte de nuevo a Gross. Dennis Blystone ahora tiene un buen trabajo. No necesita ni relojes ni dinero. Me parece que ha dominado esa manía; la ha reprimido y casi hasta se ríe cuando piensa en lo que solía hacer cuando necesitaba dinero. Cómo

empezó, no lo sé, pero me acuerdo que, en nuestros días de muchachos, era aficionado a practicar juegos de manos y ya se revelaba terriblemente hábil con sus dedos. Supongo que había veces en que realmente necesitaba el dinero... como todo el mundo. ¿Se atrevería a afirmar que no le pasaría nunca a usted?

Hubo un silencio.

—Pero usted ve ahora —refunfuñó *sir* Henry Merrivale— por qué estaba la atmósfera tan cargada: el padre que se recupera de una borrachera. Y si la pequeña Marcia se ha portado de manera rara, tunante y artificial respecto a ciertas cosas, puede comprenderlo. ¡Hijo, le confieso que he estado infernalmente preocupado! Si este asunto se descubre...

—Le destruiría.

—¿Le destruiría? Demontre, todo el mundo se le reiría en la cara. No creo que corra peligro de que se le enjuicie. En este aspecto, su delito es mucho más inocente que el de los otros. Es solamente diabólico. Considere únicamente lo que deben de haber sufrido en la casa, lo que él y su familia pensaron cuando supieron lo que Félix Haye había descubierto, y dígame si no es, probablemente, el caso más endemoniadamente serio de todos.

—¿De todos?

—Seguro. Lo tiene todo que perder en el mundo. ¿Se suicidaría, o trataría de destruir las pruebas?

Sanders no lo sabía. En su mente se levantó la alta e imponente figura de Blystone, como si fuera a comenzar una conferencia. Siempre se notaba en él ese aire extraño de debilidad o duda. Pero Sanders pensaba principalmente en Marcia.

—Y ella —dijo— robó, o usted cree que robó, lo que Ferguson estaba escribiendo anoche. La verdadera historia del asesinato.

—No sé, hijo. Parece muy probable.

Por alguna razón, Sanders tenía una sensación de náuseas en el estómago, mucho mayor que la que había sentido la noche anterior.

—Sé lo que piensa —dijo, cuando *sir* Henry Merrivale quedó callado por un rato. No podía menos que considerar y afrontar los hechos, aunque no tuviera ganas—. En este caso, se ha usado atropina en grandes cantidades. No es un veneno común. Por el contrario, es el veneno de un hombre relacionado con la medicina: especialmente, un hombre como Blystone, que practica operaciones de ojo y de cabeza. Por otra parte...

Sir Henry Merrivale abrió un ojo.

—¿Se está recuperando...! ¿Por otra parte, qué?

—Sería fácil para cualquiera, aun sin saber nada de química, ir derecho a la fuente y obtener la cantidad que deseara. Quiero decir que la hierba original, *a trepa belladona*, se encuentra en abundancia en los setos vivos ingleses. Cualquier libro de botánica podría haber proporcionado al asesino una descripción completa; no pueden confundirse esas bayas negras del tamaño de una cereza. Si el asesino hierva las hojas y las raíces, puede extraer tanta atropina como necesite. La confiada charla de

Masters referente a *seguirle las huellas* al veneno no tiene bases sólidas. Además, hasta que pueda demostrar que el veneno fue introducido en las bebidas en casa de Haye...

—¡Oh! ¿Eso? —dijo *sir* Henry Merrivale con desconsuelo—. Ya lo sé.

—¿La atropina no fue puesta por alguien que se coló de fuera mientras nadie observaba las bebidas?

—Así es, hijo. Así es.

Mistress Bartlemy, la patrona de Sanders, estaba fuera. La oyeron resoplar en el corredor y golpear en la puerta como un martinete de vapor. Cuando asomó la cabeza por la abertura de la puerta, estaba, evidentemente, impresionada.

—Una dama y un caballero, señor —anunció, como si afirmara un hecho nuevo—. *Sir* Dennis Blystone y miss Blystone.

Sanders se arregló.

—Dígale a *sir* Dennis y a miss Blystone que pasen —dijo.

EL SECRETO DEL DESPERTADOR

—He venido —comenzó Marcia— para...

Vio a *sir* Merrivale y se detuvo bruscamente. Detrás de ella, en el vano de la puerta, su padre parecía oscilar como un títere. Luego, mientras los ojos de Marcia se posaban en Sanders, como preguntando con cierto desafío sobre su salud, *sir* Dennis se hizo dueño de la situación. Aclarándose la voz, se adelantó. Sanders notó nuevamente los ojos sinceros bajo las cejas protuberantes, la pulcritud del cuello y del corte del traje.

—¡Merrivale! —dijo, dando grandes pasos para darle la mano. Su hermosa cara manifestaba verdadero placer, y su paso era ágil—. ¡Hola, Henry! ¡Me alegra volverte a ver! No te he visto desde hace no sé cuántos años. ¿Cómo estás?

—Hola, Denny —dijo *sir* Henry Merrivale, con cierta timidez, y miró al suelo—. Ando bastante bien, gracias.

—¿A punto como siempre, viejo?

—Uh, uh. Estoy perdiendo peso.

Hubo una larga pausa. Luego, Blystone, después de cierto titubeo, se volvió hacia Sanders. Sus modales eran serenos, pero denotaban la misma sinceridad.

—Doctor Sanders —dijo en voz baja—, espero que perdone mi intromisión. Permítame que sea franco. Creo que fue muy tonto llevar a mi hija a esas disparatadas y peligrosas aventuras que estuvieron corriendo anoche, aunque sospecho que fue Marcia quien le indujo a hacerlo. De cualquier manera, he podido ocultárselo a su madre —sus modales tenían un matiz paternal por debajo de su seriedad—. Pero, gracias a Dios, salieron sanos y salvos, que es lo que nos interesa. Y que usted saliera sano y salvo, lo reconozco, se debió nada más que a su valentía y determinación...

Sanders se sentía turbado, espantosamente turbado, más de lo que hubiera creído posible. Su mano palpitaba como la sangre de su cabeza.

—... al mismo tiempo, debe admitir que su conducta no estuvo a la altura de su profesión y, desde el punto de vista de su carrera, fue completamente alocada. Si esto llega a oídos de algunas personas, debe estar advertido de las consecuencias. No tenía ninguna autoridad para hacer lo que hizo. Por supuesto, usted no practica la medicina; pero si usted me permite aconsejarle...

—Aclaremos las cosas. En un minuto estaremos como las momias de Schumann. *Sir* Dennis, lo sabemos todo respecto a los cuatro relojes y a las raterías. También pensamos que más vale que miss Blystone le entregue al inspector jefe ese manuscrito que robó anoche de la silla de Ferguson. Después de eso —dijo sin tomar

aliento— todo estará bien y no se habrá hecho daño a nadie. Además, hay *whisky* en ese aparador, así que sírvanos un trago y pongámonos cómodos.

—¡Oh! —exclamó Blystone.

Eso fue todo.

—Qué mal diplomático soy —observó Sanders—. De todas maneras, ya está.

Blystone se acarició la mejilla con sus dos curiosos dedos. Por un momento, Sanders pensó que iba a echar un discurso o que iba a ponerse benévolo y persuasivo. Pero no hizo nada de eso. Habló con voz tranquila, aunque sus ojos parecían haberse hundido un poco en su cara.

—No, gracias —dijo de forma mecánica—. No tengo ganas de beber *whisky*. Como usted dice, ya está. Yo... me temo que no sirva para nada.

Era el comienzo de una dolorosa perorata. En este caso, *sir* Henry Merrivale no se conolió.

—¡Oh, vaya, hombre! —rugió—. No hagas tanto cuento. De tanta maldita lástima que te tienes a ti mismo harás llorar a tu hija y te convencerás de que eres una torre caída de magnificencia poética. Bueno, no es nada de eso. Lo que te preocupa es una convención social. «Comen y beben, urden y traman. Van a la iglesia el domingo. Muchos temen a Dios, pero más temen al correveidile». Así eres tú, hijo. ¡Birlando relojes! Caramba. Si eres sensato, robarás el reloj a alguien en la próxima cena a la que asistas, y lo mostrarás en alto, y hablarás sobre el asunto con toda libertad, como si fuera un divertido *hobby*. ¿Sabes reír? Entonces riéte. Montones de gente respetable son prestidigitadores aficionados.

Blystone, casi fuera de sí, le miró violentamente.

—¿No creerás...? —preguntó.

—¿Por qué no? —dijo *sir* Henry Merrivale—. ¡Birlando relojes! ¡Caramba!

Durante todo este tiempo, Sanders había estado mirando a Marcia. Era como si surgiera otra chica, con una expresión honesta y humana en el semblante. Tal vez no eran las palabras más precisas para describirla, pero eso fue lo que Sanders pensó de ella.

Marcia miró fijamente a *sir* Henry Merrivale.

—Sabe —le gritó—. ¡Usted no es tan malo! ¡Es realmente tonificante!

—Yo soy el viejo —dijo Merrivale con dignidad—. Confía en mí y todo saldrá bien, a pesar de lo que te diga Masters.

Ella se volvió hacia su padre.

—¡Tiene toda la razón del mundo! Ríete. ¡Ríete con todas tus ganas! Entonces no importará que andes por ahí con esa buena pieza de Cheyne Walk...

—¡Marcia! —gritó Blystone. Parecía molesto.

—Ahí estás de nuevo —gimió *sir* Henry Merrivale— defendiendo los sagrados derechos de tus lares y penates, y custodiando el fuego de tu hogar. ¡Pamplinas! Ella tiene veintiún años, ¿verdad? Mírame a mí, por ejemplo. Tengo dos hijas. Las dos piensan que soy la cosa más ridícula que jamás haya pisado el mundo; pero te

sorprenderías al ver qué sensación de paz se esparce bajo el techo ancestral.

—Vamos, Henry, sólo dije...

—Sigue mi consejo —insistió *sir* Henry Merrivale, sin poderse contener—. Vete a ver a un amigo esa tarde, le robas la cartera y se la devuelves. No saldrá corriendo despavorido. Cuando la gente va a ver juegos malabares y le presta al mago un sombrero de copa o un reloj, no creen que el otro vaya a aplastar los huevos en el sombrero ni a destrozar el reloj con un martillo. Si lo creyeran, habría una multitud dando aullidos y corriendo detrás de él en el *Alhambra* después de cada función.

—Creo —dijo Blystone, dirigiéndose a Sanders—, que, después de todo, aceptaría un trago de *whisky*.

Sir Henry Merrivale fue inexorable.

—¡No, no, señor! Te sientas ahí y me escuchas. ¿Te das cuenta, con todos tus problemas, de que nos las tenemos que ver con un asesinato? Te podrían colgar por eso.

—Eso es lo que me han dicho —dijo Blystone, lúgubrementemente.

Se había recuperado un poco, aunque todavía parecía algo confuso. Obedeció el gesto de *sir* Henry Merrivale y se sentó sobre el borde de la cama.

—¿Te das cuenta, hijo? Te han enredado con criminales de veras esta vez. No están bromeando. Se han cometido dos asesinatos bastante sucios. ¿Los cometiste tú?

—¡Dios santo! ¡No!

—Uh, uh. Tienes algo de atropina.

—Sí, pero puedo explicar por qué, por fortuna.

—¿Qué estuviste haciendo anoche entre las once y las doce?

—Salí a dar una vuelta.

—Sí. Es probable. ¿Puedes probar dónde fuiste?

—No sé. Espero que sí.

—¿Dónde fuiste?

—En dirección a Scotland Yard.

—¿Por qué?

—Oí que iban a detener a *mistress* Sinclair —parecía hablar sin pensar; después, lanzó una furtiva y severa mirada a Marcia, que estaba muy cerca del respaldo de la silla de Sanders.

—¿Cómo lo supiste?

—Yo... creo que lo dijo mi esposa. Sí. Habló de ello cuando el doctor Sanders fue a casa fingiendo ser un inspector de investigaciones...

—¡No! ¡Qué me cuelguen si lo hice! —interrumpió Sanders—. Todo lo que dije...

—Cállate —le dijo *sir* Henry Merrivale severamente—. Sus ojos pequeños se fijaron en Blystone. ¿Cómo lo sabía tu esposa?

Blystone pareció confundido.

—Bueno... No se me había ocurrido. Probablemente por su doncella. Su doncella

conoce a la de *mistress* Sinclair. También oí que la doncella de *mistress* Sinclair había sido citada en Scotland Yard. Me imagino que estaría orgullosa y divulgaría la noticia. ¿No es lo mismo?

—¿Cuál es el nombre de soltera de tu esposa, hijo?

—Vamos —dijo Blystone con voz sofocada—, ¿qué tiene que ver con esto? ¿Su nombre de soltera? Barbara Gore-Reeves.

—Barbara. Es Judith, ¿no es así? Tú siempre la llamabas Judy.

—Sí, pero ella me llamaba Punch —contestó Blystone, tratando de hablar con dignidad. Se estiró el cuello de la camisa—. Eso... data de nuestros primeros años de matrimonio. Yo era joven, estaba lleno de teorías y tenía firmes ideas con respecto a la manera de tratar a los chicos.

—No me estás mintiendo, ¿verdad, Denny? ¿Su nombre no era Judith Adams?

El otro parpadeó.

—¡Judith Adams! No, me parece que no. Será muy fácil comprobarlo, si te molestas en venir conmigo y preguntárselo a ella misma. Pero oye, Merrivale. Un poco de discreción, ¿comprendes? Lady Blystone es una mujer muy estirada, y no anda nada bien. La última vez que estuve en casa, masticando tabaco, ¿te acuerdas? Ella dice que no puede comprender por qué tú, que tienes una de las baronías más antiguas de la nobleza y una serie de títulos académicos, te rebajas a usar vocablos tan descuidados con tanta insistencia. Las mujeres no entienden eso. A veces, yo tampoco, lo admito. A propósito, ¿dónde estabas? Ah, sí. El nombre. También puedo enseñarte su pasaporte. Pero...

Fue interrumpido. Marcia pasó delante de él, abriendo su bolso con mucha compostura. Aunque Sanders no había podido verla, presentía en ella cierta agitación.

Del bolso sacó dos hojas de papel, hechas una bola, escritas con letra menuda, y se las entregó a *sir* Henry Merrivale.

—Ahí están —dijo—. Léalas.

Sir Henry Merrivale sopesó las hojas en su mano.

—¡Oh! —dijo—. ¿Esto es lo que hurtaste de la silla de Ferguson anoche? ¿Así que confiesas?

—Lea, por favor.

De esa manera, hizo que dejaran de lado el otro asunto. Como consciente de haber cumplido con su deber, se recostó contra el borde de la ventana. Parecía que las preocupaciones la habían abandonado, aunque la reacción de alivio era violenta. Sus ojos castaños brillaban con esa expresión atenta que Sanders había llegado a conocer: significaba que pronto oirían otra historia.

—Tenía absoluta razón —declaró Marcia— al decir que se ha enredado con verdaderos criminales. ¡Brr! Bueno, lo adiviné. Supe que era el peor de todos la primera vez que le puse los ojos encima.

—¿Quién era el peor de todos? —preguntó violentamente Blystone—. ¿De qué estás hablando?

Sir Henry Merrivale desplegó las hojas sobre sus rodillas. Pasó un minuto largo antes de que hablara. La luz del sol se intensificaba detrás de las ventanas. Por primera vez, Marcia se dirigió deliberadamente a Sanders y sonrió.

—Esto lo deshace todo —dijo sir Henry Merrivale—. ¡Narices! Esto lo deshace todo, sin lugar a dudas.

—¿Qué es lo que deshace? ¿Qué es eso?

—La historia completa del asesinato de Hays —dijo Merrivale con voz grave.

Las manos de Blystone se estiraron y luego se cruzaron. Sementó rígidamente sobre el borde de la cama; su mirada recta no vaciló.

—¿Menciona...? —sugirió.

—No, no menciona el nombre del asesino. Comprendes, Ferguson no tuvo tiempo. El encabezamiento está manuscrito con elegancia y fluidez: *Declaraciones con respecto al asesinato de Félix Hays, Esq., hechas por Peter Sinclair Ferguson, Licenciado en Ciencia, O.E.M. (Orden Egipcia del Mérito)*. Ferguson era esa clase de tipo —explicó como si diera excusas—, que se agrega títulos después del nombre. Creo que debía de estar bastante orgulloso de su estilo literario, porque aquí se ha explayado. Tal vez su sombra está sobre nosotros. No podemos escapar de él. ¿Quieres que lo lea?

—Lee —dijo Blystone— y date prisa.

Era verdad. La sombra de Ferguson estaba allí, tan palpable como algo que colgara de la ventana.

Imitando el ejemplo de Félix Hays —leyó sir Henry Merrivale—, deseo poner sobre papel el nombre de la persona que le mató, y también el método altamente ingenioso por medio del cual el crimen fue perpetrado.

A diferencia de Hays, no anticipo ningún peligro. Pero en el caso improbable de que algo me sucediera, quiero que la policía tenga la información de que dispongo.

Primero, unas palabras de historia personal. Durante los años 1926 y 1927, desempeñé el cargo de director artístico de producción en la Compañía Importadora Anglo-Egipcia Ltd., en su oficina y en la barraca situadas en el Bulevar Kasr El Ali, El Cairo. Allí se fabricaban artículos tales como escarabajos hechos de pasta de vidrio y arcilla de sílice, y momias de animales; grandes estatuas hechas con esquisto de Ameres, que imita basalto negro; y papiros de considerable verosimilitud.

Me permito mencionar que mi reproducción de un papiro de la Dinastía Decimonovena, con la que nosotros obsequiamos, como muestra de estimación, a Su Majestad el Rey de Egipto, mereció cálidos elogios de su parte, a consecuencia de lo cual recibí la Orden Egipcia del Mérito. Soy una de las pocas personas que han sido honradas con ella.

La mayor parte de nuestras mercancías estaban en una barraca separada, en donde Bernard Schumann tenía su oficina particular. Bernard Schumann era, y es, el gerente de la Compañía Importadora Anglo-Egipcia. Para evitar complicaciones con respecto al impuesto sobre la renta, se hace llamar gerente general; pero es su único dueño. Estoy en condiciones de acusar a este hombre de incendio delictivo y asesinato.

—¡Incendio y asesinato! —repitió Blystone automáticamente. Estaba bastante pálido. Nadie se movió; no se oían ruidos excepto el crujido de las hojas a medida que sir Henry Merrivale las alisaba.

—¿Incendio y asesinato? —preguntó Sanders—. ¿Schumann?

—Así es —dijo sir Henry Merrivale, sin inflexiones en la voz—. Bob Pollard recogió ayer la noticia de que casi todas las valiosas mercancías de Schumann habían

sido barridas por un incendio, y les advierto que no estaban aseguradas. Todo el mundo se condolió por eso, porque se le conoce como un comerciante honesto. El bueno de Ferguson lo explica a continuación:

Schumann planeó y llevó a cabo el incendio para ocultar el asesinato de su único competidor de importancia, un musulmán inteligente y carente de escrúpulos llamado El Hakim, que le estaba desplazando en el negocio. Todo fue premeditado. Schumann dejó de pagar a propósito las primas del seguro, como si se debiera a un mero descuido.

Este fue su razonamiento: el mundo nunca creerá que nadie fuera capaz de destruir deliberadamente sus propios bienes, que valen una fortuna, para cometer un crimen, cualquiera que sea. Y la única manera de cometer un crimen perfecto, dijo Schumann, es haciendo tal sacrificio. Pour faire l'omelette, dijo Schumann, il faut casser les oeufs. Pensó que la tortilla valía la pena. Es de un temperamento muy frío.

Apuñaló a El Hakim (no sé con qué) en el desván de la barraca, la tarde anterior a la noche en que pensaba desatar el fuego. Lo arrojó de tal manera que estaba muy lejos cuando comenzó, lo cual le serviría de coartada.

Así es como lo hizo: el suelo de la barraca estaba lleno de viruta, madera en hebras para empaquetar y otras materias combustibles. Compró un despertador común. Su timbre consiste, como se sabe, en una manecilla o badajo que choca violentamente contra una campana hasta que la cuerda se acaba. Sustituyó la campana del reloj por papel de lija. Ató con alambre varias cerillas a la madera de forma que, cuando comenzara a moverse el badajo, las cerillas rasparían la superficie del papel de lija y se encenderían. El cajón fue empapado con nafta, y la máquina infernal llenada de viruta.

Bernard Schumann podía decidir a qué hora comenzaría el fuego: lo único que tenía que hacer era marcar una hora en el despertador. En este caso fueron las diez de la noche, cuando estaba sentado en la terraza de Shephard. He visto pocas escenas más espectaculares que cuando la pira en llamas se elevó al cielo y Schumann se retorció las manos rodeado de sus amigos. Naturalmente, se encontrarían restos entre las ruinas. Tarde o temprano se identificarían como pertenecientes a El Hakim, ya que se notaría su ausencia. Se encontraron. Se supuso, como esperaba Schumann, que El Hakim había tratado de arruinar a su rival, que había pegado fuego a la barraca, y que había muerto en el incendio. Esto es lo que se llama justicia poética, y debo decir que lo parecía. Schumann recibió grandes manifestaciones de simpatía y condolencia. Fue una idea muy buena.

—Es un ejemplo clásico —dijo Sanders con voz grave— de sobrentendido. Una idea muy buena.

Sir Henry Merrivale asintió seriamente.

—Siempre que aceptemos —replicó— que el bueno de Ferguson esté diciendo la verdad... Sí. No hay un fallo en el argumento. El asesino no trata de ocultar la identidad del cadáver, que es en donde muchos descarrilan. Nunca trata de esconder nada. Pueden investigar todo lo que quieran, y siempre está a salvo. Psicológicamente, también es firme. Como dice Ferguson, nadie creerá que un hombre destruya su fortuna para cometer un delito.

Se enfurruñó.

—Hum. Estos detalles son nuevos. Si son verdaderos, se acerca mucho al asesinato perfecto. Lo único que antes se sabía, aunque critiquen otra vez a Masters y a la experiencia de la policía, es que el delito de Schumann era incendio intencionado.

—¿Así que lo sabías? —preguntó Blystone.

—Seguro. Esa triquiñuela del despertador es tan vieja como el pecado y Satán. Es algo corriente. Cada vez que te encuentres un individuo sospechoso que lleva mecanismos de despertadores sin la campanilla, como éste, échale el ojo para asegurarte de que no va a hacer el juego del incendio. Cuando, al mismo tiempo, el

tipo tiene en el bolsillo un cristal de aumento, hay que tener más cuidado todavía. Porque no es solamente un cristal de aumento. También produce fuego. Y ése es un truco para provocar incendios tan viejo como Egipto.

Sanders reflexionó. Había un dejo de duda en la voz de *sir Henry Merrivale*.

—¡Sí, pero mire, señor! El mecanismo del despertador que estaba en el bolsillo de Schumann no puede ser el que usó para provocar el incendio en El Cairo. ¿No tenía que haberse derretido por el fuego hasta quedar hecho una masa irreconocible de metal?

—Creo que sí —gruñó *sir Henry Merrivale*—. Eso es lo que me fastidia. A menos, y es perfectamente posible, que Schumann sea aficionado a los incendios y estuviera planeando otro. No conocemos la información de Félix Hays. No sabemos qué había en las cinco cajas.

Marcia se cruzó de brazos. Miraba a su padre.

—Perdóneme —interpuso con voz suave—. Ferguson tiene cosas muy sabrosas que decir sobre *mistress Sinclair*, su esposa. Su esposa legal, como le he contado a mi padre. No sabía que era; una estafadora dedicada al arte, hasta que lo leí.

—¡Vamos, Marcia!

—Bueno, ¿lo sabías?

—Esto no es asunto tuyo, Marcia —le replicó Blystone de mal humor—. Ella no ha hecho nada que no fuera completamente legal. ¿No es así, Merrivale? ¿Qué dice Ferguson de ella?

—Ferguson —dijo *sir Henry Merrivale*, recorriendo con sus ojos las páginas escritas con letra microscópica—, por pura mezquindad, se ha metido con todo el mundo. Si alguien le empujaba, procuraba arrastrar en su caída a tantos como fuera posible. La única persona sobre la cual no murmura eres tú, Denny: porque aparentemente no te conocía. Pero saltaré hasta llegar al asesinato de Hays.

Nunca tuve pruebas reales en contra de Schumann por el incendio de El Cairo, pero sabía que estaba enterado. Cuando deseé regresar a Inglaterra, y le pedí que me hiciera gerente de la oficina de Londres, recibí el nombramiento.

Cada vez que Bernard Schumann tendía a ponerse violento o salirse de su lugar, yo tenía la costumbre de mirarme la nariz y decir: «el gran incendio de Londres, 1666», «el gran incendio de Londres, 1666». Surtió mucho efecto. No creo que pudiese oírlo sin sentir que había sido traicionado.

Pero ahora puedo mencionar que soy un hombre de amplios y variados intereses. No me gustaba permanecer en una oficina, y no me quedé allí mucho tiempo. Me fui al continente, llevándome una suma de dinero. Comprenderán por qué Bernard Schumann no me acusó judicialmente.

—Luego —dijo *sir Henry Merrivale* con siniestra fruición— tenemos algunos comentarios sobre su boda con *mistress Sinclair*, y su feliz vida en común. A pesar de su insistencia —miró a Marcia—, los dejaremos de lado. Porque en el resto nos dice lo que queremos saber sobre lo que pasó anteanoche.

Es extraño cómo los viejos amigos se encuentran al cabo de muchos años.

La noche del lunes de la semana pasada fui a casa de mi esposa. No la había visto desde hacía casi un año. No estoy seguro de que de verdad creyera en mi muerte.

No estoy nada seguro. Es una mujer muy inteligente y no creo que se le hubiera escapado esa póliza de seguros, a menos que viera un lazo tendido.

De cualquier manera, me dio la bienvenida con los brazos abiertos y pasamos una noche muy agradable...

—*Esa es una maldita mentira —dijo Blystone.*

—*Bueno, después de todo, hijo —le contestó sir Henry Merrivale, humildemente —, era su esposa.*

—*Pero no es su esposa ahora. Mejor dicho, es su viuda.*

De pronto, se dio cuenta de que estaba hablando delante de su hija, y se corrigió diciendo que no tenía importancia. Pero, por debajo de su enojo, hubo cierta satisfacción y previsión, como si considerara lo que vendría. Sir Henry Merrivale no dejaba de mirarle.

—*¿Será de alguna utilidad, hijo, decirte que cuides tus dedos en otro sentido? Esto es fuego. Te estás enredando con algunos de los criminales más listos de Londres. Mistress Bonita Sinclair y míster Peter Sinclair Ferguson no dejaron de jugar sucio ni un segundo. Trataban de echarse tierra el uno al otro con una regularidad y uniformidad que pone carne de gallina —se pasó la mano por su cabezota pelada—. He estado confundiendo terriblemente mis metáforas. Así que puedo terminar diciendo esto: Estás boxeando en una categoría que no te corresponde, Denny. ¡Está bien! ¡Está bien! No grites. Daré esto por terminado.*

Era evidente, por lo tanto —continuó leyendo—, que ella me sería de utilidad. Y lo fue.

Permítaseme decir aquí mismo que nunca tuve el honor de conocer a Félix Hays. No sé quién era. No sé por qué tendría interés en mí, por qué pensó que quería matarme, o de dónde sacó la cal viva y el fósforo que una vez utilicé para ciertas actividades mías. Ese hombre era un tonto.

Pero mi esposa me habló de él. Alguien, al parecer, había tratado de matar a Hays con una botella de cerveza envenenada.

En pocas palabras, no sé cómo supo ella esto, Hays quería hacer una reunión con aquellos que podrían ser los responsables. Este tonto presuntuoso había reunido, por ciertas razones, peligrosas pruebas en contra de varias personas. Ella no sabía cuántas. También creía que las tenía escondidas, o que las iba a esconder. Dijo que entre esas personas estaba incluido yo, pero creí que estaba mintiendo. Mi esposa estaba muy asustada.

Esto fue lo que ella me propuso:

Yo debía asistir a la reunión, sin que Hays lo supiera. No sería difícil. Supe con sorpresa que el apartamento de Hays estaba encima de mi antigua oficina. Conozco ese edificio como conozco el Corán, que siempre me ha atraído como el libro religioso más inspirado.

Debía esperar en la oficina de Bernard Schumann. Ella dejaría la puerta del apartamento sin cerrar cuando entrara. Después de dejar pasar un rato para que los invitados se instalaran en una habitación, debía ir al apartamento y escuchar.

Hays, me dijo mi esposa, tenía el extraño talento de alardear y exhibirse. Creía que insinuaría o indicaría directamente el lugar donde había escondido las cosas que preocupaban a mi mujer. Aunque rehusara hablar, ella creía que podría aguijonearle para que lo hiciera.

Terminemos con esta bonita charla. Estoy cansado de escribir. Mi esposa me necesitaba porque puedo abrir cualquier caja, por eso estaba allí. Hays iba a hablar, y yo iba a oír. Tan pronto como oyera lo que había hecho con las cosas (en el caso de mi esposa, dos cartas que había escrito, garantizando la autenticidad de un Rubens y un Van Dick falsos, que podrían haberla mandado a la cárcel por cinco años), debía estar listo para salir y comenzar a actuar. A menos que Hays tuviera las cosas en un lugar como el Banco de Inglaterra, podría apropiarme de ellas mientras él aún seguía hablando. No es mentira. Lo digo de verdad.

Eso es lo que quería que hiciera. Lo haría por mil libras, le dije. Al final, nos pusimos de acuerdo en setecientas cincuenta.

Esperé hasta que todos estuvieron arriba, en el apartamento de Hays, y luego entré en la oficina de Bernard

Schumann. Me gustaba eso. Me gustaba fingir, y si alguien entraba iba a hacerle creer que trabajaba allí. No tenía miedo de encontrarme con Schumann. Aunque le encontrara, estaba preparado para salir con «el gran incendio de Londres, 1666».

Pero no encontré a Schumann. Subí al apartamento a las once y diez. Todos estaban en la cocina. Ese tonto de Haye estaba imitando a un niño, a juzgar por los sonidos que se oían.

Entré en el dormitorio, pues podía mirar hacia el salón, y vi a ¡Bernard Schumann! Salió de la cocina llevando una bandeja con una cocktelera, copas y un vaso. La puso en una mesita y volvió a la cocina, donde Haye seguía hablando como una criatura.

Si piensan que alguien puso veneno en la cocktelera, el vaso o las copas mientras estaban allí, sin que nadie los viera, se equivocan. Nadie lo hizo. Yo les estaba observando.

A los pocos momentos, volvieron de la cocina. Haye les pidió que se sentaran alrededor de la mesa. Entonces les hizo pasar las de Caín, de una manera muy delicada. Comenzó: «Amigos romanos, compatriotas», y, en general, estuvo haciendo el tonto. Hablaba en voz tan baja que no podía entender qué estaba diciendo, o qué sabía de cada uno de ellos. Pero dijo que había dejado las cosas en la oficina de sus abogados, Drake, Rogers y Drake. Eso era todo lo que necesitaba saber. Parecían haberse puesto frenéticos y borrachos con sólo una copa. En ese momento, no podía comprender por qué.

Sir Henry Merrivale alzó los ojos y estudió a Blystone.

—Así que —observó categóricamente— Haye les dijo lo que pensaba, ¿eh? ¿No se limitó a contar chistes antes de que la atropina hiciera efecto?

Blystone, que parecía abstraído, se despertó de nuevo. Después de abrir la boca como para decir algo de mucho peso, titubeó y puso cara de tonto.

—Sí. Haye dijo algunas cosas —admitió.

—¿Qué cosas?

—Es difícil decirlo —dijo Blystone pausadamente—. No habló directamente. Dio muchas vueltas. En primer lugar, trató de ser, ¿cuál es la palabra?, elíptico. En segundo lugar, la atropina estaba surtiendo efecto. Entre la atropina y la tendencia a lo Henry James de Haye de no decir nunca una cosa clara e ir al grano, sin hacer retruécanos o bromas o sugerir cosas de doble significado, el resultado era confuso. Me temo que sólo atendía a lo que a mí se refería. Pero...

—¿Pero?

—¿Crees que este cerdo de Ferguson está diciendo la verdad?

—Seguro. Por lo menos en lo que respecta a esta parte.

—Entonces, ¿cómo pusieron la atropina en las bebidas? —preguntó Blystone, inclinándose hacia delante como un conferenciante sobre la tribuna. Parecía concentrarse con alma y cuerpo en esa pregunta—. Juraría que Bonny, *mistress* Sinclair, no lo hizo. Me ha preocupado mucho. Yo la observaba.

—¿De cerca? —preguntó Marcia, y emitió un resoplido de desprecio. Parecía encendida de fastidio.

—También estuve observando a los otros —dijo Blystone—. Y no lo hicieron. El hecho es absolutamente imposible.

Esperé para ver si Haye decía algo más, pero solamente seguía desvariando. Ese burro cantaba con modales distinguidos: «Rema hasta la playa, marinero». También observé el ropero, lo cual me hizo salir.

Luego bajé a la oficina de Bernard Schumann y busqué en la guía de teléfonos la dirección de Drake, Rogers y Drake. No les conocía. Tardé bastante tiempo, porque hay casi tres columnas de Drake en la guía.

Mientras tanto, arriba se quedaron muy callados. No me gustaba nada. Cuando encontré la dirección, y me

preparaba para ir a buscar las cosas, oí un ruido en el piso de encima. Acababa de apagar la luz por fortuna. Alguien bajó desde el apartamento de Haye, pasó por la oficina de Bernard Schumann y siguió bajando las escaleras:

Le seguí. Las escaleras estaban a oscuras. La persona fue hasta la planta baja, quitó el cerrojo y la cadena de la puerta trasera del edificio, la abrió y salió. La seguí. Cuando recorría el callejón y llegaba a la calle, vi claramente quién era.

Se sorprenderán cuando lo diga.

Comenzó a andar, rápidamente, por Great Russell Street en dirección a Southampton Row. Esa era la dirección que yo tenía que tomar, de modo que la seguí. Desde Southampton Row dobló hacia Theobald's Road, y se me ocurrió que iba en dirección a Gray's Inn, igual que yo.

Había acertado. Iba a la oficina de los abogados. La persona atravesó un patio, que está detrás del edificio, y subió por una escalera de incendio.

Esto sucedía a las doce y cuarto. Subió hasta cierta ventana, y pareció que trataba de abrirla con un cuchillo. Luego entró, salió dos minutos más tarde, y se fue.

Siempre sé qué debo hacer. Siempre lo he sabido. Pero en este caso, no estaba seguro. Tenía que hacer aquello por lo que mi mujer me pagaba, pero parecía que alguien ya lo había hecho. No me preocupé, porque las cosas estaban en posesión de esta persona y podía aprovecharme de ello, de manera que no traté de detenerla. Pero pensé que era mejor asegurarme de que se había llevado las pruebas de la oficina, especialmente porque podría no habérselas llevado todas.

Y también subí por la escalera de incendio.

Todo estaba bien. Un cajón, con el nombre de Haye pintado encima, yacía en el suelo con la cerradura rota. Un trabajo difícil. Estaba vacío. Recorrí las oficinas para asegurarme de que no se había descuidado nada. Siempre hago bien las cosas. Luego pensé que más valía regresar a Great Russell Street.

Eran las doce y media cuando salí. Un sereno me vio y comenzó a hacer un escándalo, de manera que tuve que esconderme. Esto me retrasó. En ir andando desde Gray's Inn hasta la casa de Great Russell Street se tardan quince minutos. También esto me atrasó. Cuando regresé era la una menos diez.

La maldita puerta del fondo, por la que yo y esa otra persona habíamos salido del edificio, de nuevo estaba cerrada por dentro.

No me esperaba tal cosa. No lo comprendía.

Aunque no pudiera entrar en el edificio de esta manera, la empresa era fácil para mí. Subí por una cañería para desagüe de lluvia que está en la parte de atrás del edificio, y entré por la ventana de la oficina de Bernard Schumann.

Fue un trabajo sucio, porque al trepar de ese modo me llené de polvo. Cuando llegué a la oficina tuve que cepillarme y lavarme las manos. Lo que me preocupaba era lo que había pasado en el piso superior, lo cual en ese momento ignoraba.

Cuando acabé de lavarme las manos, oí que subía gente por las escaleras. Por entonces intuía que había algo sucio y feo en el asunto. Pensé que era mejor averiguarlo. Por eso representé el papel de oficinista de Bernard Schumann. Salí y me encontré con esa traviesa chica y con el doctor.

—¡Oh! ¡Oh! No hay mucho más —dijo sir Henry Merrivale, examinando la parte posterior de la última página—, y el resto lo conocen ustedes. Sabemos ahora por qué Ferguson no tuvo miedo de dar su nombre y hacerse pasar por empleado de Schumann: pensó que Schumann nunca le delataría. Y tenía que decir algo, y dar alguna explicación de su presencia en esa casa, porque cuando se descubrió el asesinato quiso saber que infiernos había pasado. Fue solamente cuando lo supo, después de inspeccionar los muñecos intoxicados que estaban en el apartamento, cuando decidió desaparecer —le guiñó un ojo a Sanders—. Es algo triste, sabe, pero Ferguson no sabía realmente lo que había sucedido hasta que usted se lo dijo.

—¿Y luego? —preguntó Sanders.

—Su espíritu práctico estaba trastornado. Era lo suficientemente humano como para averiguar qué le había pasado a su esposa. Pero estaba tan desorientado por la sorprendente complejidad de ese birlibirloque que habló con cierta indiscreción ante

usted y la chica. Debió de haberse arrepentido de ello más tarde. Pero siempre estaba lamentando cosas. En resumidas cuentas, nunca había tenido un éxito en el crimen.

Sir Henry Merrivale sopesó el manuscrito en su mano. Parecía como si estuviera determinando la calidad del papel.

—Todo eso está muy bien —estalló Blystone—, pero *no dice* Nada. Parecía prometer grandes revelaciones. Por un segundo, pensé que se iba a revelar la verdad. Ferguson trató de atormentar demasiado con lo del retraso. No dice, ni siquiera indicó, quién es realmente el asesino o cómo se administró la atropina...

—Oh, sí, lo dice —dijo sir Henry.

Nuevamente, la mano de Blystone se posó en su carrillo. Marcia, notó Sanders, mantenía un aire de serenidad.

—No estoy bromeando, hijo —insistió sir Henry Merrivale, levantando las páginas—. Todo está aquí, si lo lees con cuidado. La verdad está entre líneas. No puede dejar de verse.

Miró a su alrededor con aire entre triste y divertido, y continuó:

—¿Qué apuestan? Todas las adivinanzas han sido resueltas, a excepción de los pequeños enigmas de quién mató a Haye y cómo se envenenó a la alegre concurrencia. Tenemos una bonita lista. Peter Ferguson, ladrón. Bonita Sinclair, estafadora de objetos de arte. Dennis Blystone, carterista. Bernard Schumann, incendiario. Bernard Schumann me interesa en particular. «Gran incendio de Londres, 1666». Recordando lo que sé de Ferguson, diría que tenía la costumbre de barajar las palabras para que parecieran una tremenda pesadilla. Pero la reunión no estará completa hasta que esté en claro, a pesar de las mañas de Haye, quién es Judith Adams. Es terriblemente evasiva, hijo. Es real, pero escurridiza. Nadie hasta ahora ha podido aventurar una sospecha sobre ella.

—Tonterías —dijo Blystone.

—¿Eh?

—Tonterías —repitió bruscamente Blystone. Parecía interesado y perplejo—. He empezado a decírtelo antes; pero, como siempre, me has interrumpido. No hay ningún misterio en ello. Sé bien quién es Judith Adams. Es...

UN PROBLEMA DE DRAGONES

El sargento Pollard consiguió la información referente a Judith Adams sólo pocos minutos después de entrar en el apartamento de Félix Hays.

La mañana no había sido muy provechosa. El inspector jefe Masters había vuelto de ver a Sanders a las once y, por sugerencia de *sir* Henry Merrivale, había dado la orden a Pollard de determinar los movimientos que las distintas personas implicadas habían realizado durante el día del asesinato de Hays.

Y Pollard comenzó, por supuesto, por Bonita Sinclair. No podía olvidar el rostro y la figura de esa brillante mujer. Después de entrevistarla en su casa de Cheyne Walk (ella no contuvo el llanto, y llevaba un peligroso *negligée*), la siguió por un tortuoso itinerario desde la modista al restaurante. Pero pudo dar cuenta satisfactoriamente de todos los minutos de su tiempo hasta las once de la noche del crimen.

Luego vino *sir* Dennis Blystone. *Sir* Dennis no estaba en Harley Street. La secretaria informó a Pollard de que había ido a ver al doctor Sanders. Sin embargo, entre la secretaria, lady Blystone y dos doncellas, también pudo trazar los movimientos de *sir* Dennis hasta la hora en que salió a buscar a *mistress* Sinclair en Cheyne Walk.

Lady Blystone no le impresionó. Era una mujer alta, de pelo áspero y labios caídos, que le hizo muchas más preguntas que las que Pollard le hizo a ella. Quería saber todo lo referente a él, incluso la escuela a la que había ido. Aunque ofreció menos resistencia después de las respuestas, y le ofreció un bizcocho como si fuera un loro, no quería a la policía. Lady Blystone sentía particular desagrado por cierto inspector de investigaciones, Sanders, quien, dijo, había entrado en la casa bramando y bravuconeando para que todo el mundo le obedeciera. Pollard no la informó al respecto. Solamente dijo algo sobre la suerte de los policías.

«Si estuviera en el lugar del viejo —se dijo a sí mismo cuando salió de la casa—, me parece que...», y se puso a pensar en Bonita Sinclair otra vez. Desde Harley Street no había una distancia muy grande hasta la oficina de Bernard Schumann. Pollard no solamente quería ver a Schumann: también quería interrogar al encargado sobre los posibles visitantes del apartamento de Hays, y recoger la botella de cerveza envenenada antes de que alguien, accidental o deliberadamente la sacara.

Después de comer de prisa en un bar, no tuvo suerte en Great Russell Street. La Compañía Importadora Anglo-Egipcia estaba abierta. Pero un egipcio amable y de voz suave, haciendo gran despliegue de gestos, le comunicó que *míster* Schumann se quedaría en su casa ese día. *Míster* Schumann no se sentía bien. *Míster* Schumann, por cierto, no había ido a la oficina el día del crimen.

Pollard subió al piso superior.

Pronto serían las tres de la tarde, y el sargento se sentía acalorado e irritado, con un principio de fiebre. La luz del sol entraba a chorros en el apartamento de Haye, iluminándolo casi por completo, aunque el vestíbulo con cuadros en las paredes permanecía en penumbra. Como el apartamento estaba en el último piso, hacía mucho calor y había una atmósfera opresiva y tranquila. Podía olerse el polvo.

Después de algunas exploraciones en los armarios de la cocina, encontró la botella de cerveza. Luego, se dirigió al salón. Los ruidos de la ciudad no alcanzaban esas alturas. El ambiente era soporífero.

Pollard se sentó y encendió un cigarrillo.

Contempló nuevamente, con mucho interés, las pinturas murales de colores brillantes que representaban escenas de ninfas, que estaban a ambos lados de la chimenea. Una de las ninfas, pensó Pollard, se parecía un poco a Bonita Sinclair. Cuanto más consideraba el parecido, más le recordaba a Bonita Sinclair, y entonces hizo algunas imaginarias comparaciones anatómicas. La mujer podría no ser recta, en su conducta, se comprende; pero no en otros aspectos. Ahora se sabía que no era una asesina. En absoluto. Él mismo podía probar su coartada. Había estado en Scotland Yard cuando fue envenenado Ferguson. Después de todo, ¿qué había hecho? Usar sus conocimientos especializados para sacar buen provecho de ellos, pero ¿qué tenía eso de malo?

Pollard se levantó y fue hasta el dormitorio, preguntándose en qué términos se habrían desarrollado las relaciones entre Bonita Sinclair y Félix Haye. El dormitorio era muy grande y tenía una sola ventana. Contenía una cama enorme y un gran ropero. En un rincón había un sable de caballería. Aún estaba una de las camisas de Haye colgando sobre el respaldo de una silla, y había un par de calcetines usados debajo de la cama. Una fotografía de un famoso prestidigitador colgaba orgullosamente encima de la chimenea; estaba autografiada: *A mi gran amigo Félix Haye*, y era la *chef d'oeuvre* de la habitación.

Una vez de vuelta en el salón, Pollard se encontró mirando los libros de brillantes cubiertas.

Se preguntó ociosamente cuáles habrían sido los gustos literarios de Haye, y comenzó a mirar los títulos. Haye no tenía ni la inteligencia ni la imaginación que requieren los libros difíciles. *Cien juegos de manos que usted puede hacer*. *Chistes y dichos para todas las ocasiones*. *Cómo animar una reunión*, otro libro de chistes. Un volumen de versos jocosos bastante picantes publicados en París. El genio y la figura de Haye parecían emerger de la colección. *Barney del bar-X*. *El sheriff de Whistling Gulch*. *Alúa, la virgen de los mares del sur*. Varias colecciones de memorias íntimas de los grandes hombres, con las páginas alegremente subrayadas cada vez que alguna persona notable había demostrado ser deshonesto o de dudosa moralidad en algún aspecto. Y...

La mirada de Pollard se detuvo.

JUDITH ADAMS.

El nombre resaltó con sus letras blancas sobre el fondo rojo. Era el nombre de la autora de un libro.

Durante varios segundos, en esa cálida y silenciosa habitación, se quedó mirando fijamente el libro. El cuero cabelludo de Pollard sintió el efecto del calor o de la revelación; luego, estiró la mano y cogió el libro.

Tenía por título *El cubil del dragón*, y a primera vista pensó que era una novela de terror. En la primera página se veía escrito con letra audaz: *Puedo utilizarte, Judith*. Pollard comparó la escritura con las anotaciones de otros libros. En los libros de memorias, después de algunos párrafos, como por ejemplo: *en la época en que el famoso lord Dash Blank realizaba su campaña en pro de la sobriedad, se sabe que se emborrachaba todas las noches*; Haye había escrito comentarios como éstos: *Ah, oh, o me gustaría haberlo sabido*. La escritura era la misma.

Comenzó a hojear el libro. No era una novela, era una colección muy completa de conocimientos mitológicos sobre dragones y monstruos similares. Pollard miró el nombre del editor, y lanzó una exclamación de triunfo. El editor era Goffit. Y conocía muy bien a Tommy Edwards, que trabajaba en Goffit.

El teléfono del apartamento estaba estropeado. Hablando entre dientes, y pensando que la noticia iba a sorprender al inspector jefe, Pollard bajó corriendo las escaleras. Consiguió que el egipcio le dejara usar el teléfono de Schumann y llamó al editor.

—¿Eres tú, Tom? Soy Bob. Oye, Tom: tienes una autora en tu catálogo llamada Judith Adams. Quiero saber algo de ella. ¡Oye, espera! Sé que no debes dar informaciones sobre tus autores, pero éste es un asunto de la policía y tengo que obtenerlo.

—No tengo impedimentos para hablarte sobre esta autora —dijo suavemente Edwards. Parecía interesado—. ¿En qué lío se ha metido la chica?

Pollard, recordando la severa mirada de Masters, fue prudente.

—Bueno, claro, no sabemos todavía que esté, metida en ningún lío, exactamente...

—Apuesto a que no —dijo la voz con convencimiento—. Está muerta.

—¿Qué?

—M-u-e-r-t-a. ¿Comprendes? Y enterrada.

—¿Pero cuándo murió?

—Alrededor de 1893. ¿Has leído el *Dragón*? Es una nueva edición. El libro ha estado agotado durante años, pero ahora, con este asunto del monstruo del lago Ness, pensé que podía funcionar. Escucha, ¿qué pasa?

Pollard parpadeó ante el teléfono. Se dio cuenta de que el amable egipcio estaba escuchando. Si Judith Adams había muerto en 1893, Félix Haye tendría en esa época seis o siete años.

—¡Espera! ¿Tiene alguna hija que se llame como ella?

—Si la tiene —dijo la voz—, va a ser un escándalo de primera, aun ahora. Judith Adams era una solterona de una clase particularmente puritana y austera. Hija de un clérigo de alguna parte de Cumberland; murió llena de años, buenas obras y todo lo demás. Lee el libro; te darás cuenta por el estilo. La descripción de la lucha de Sigfrido con el dragón está escrita con un estilo tan elevado que tuvimos que eliminar casi la mitad.

—¿Sabes si Judith Adams, o alguien relacionado con ella, estaba de alguna manera en contacto con un hombre llamado Félix Haye?

La voz silbó.

—¡Oh! ¿Te ocupas de ese caso? No sé, pero puedo averiguarlo. Llámame dentro de una hora.

—Bien —dijo Pollard—. Gracias.

Colgó y reflexionó nuevamente. Había ruidos en esta oficina, y en la de delante, a la cual daba, donde otro ayudante de Schumann estaba trabajando. El egipcio caminaba sin hacer ruido, con un libro mayor en la mano. Se detuvo al llegar a la puerta, y habló con voz suave al hombre que estaba en la oficina de delante. Habló en francés, como si leyera del libro.

—*Il ne comprend pas, ce sale flic. C'est rigolo, hein*^[2].

Pollard interrumpió el hilo de sus pensamientos con un sobresalto. Pero no se dio la vuelta. Por desgracia, el egipcio no hizo ningún otro comentario de importancia. Todo lo que murmuró, con voz suave y melodiosa, fue: *factura, una urna azul de Canopus, porcelana, cabeza de ibis...*

Pollard se levantó.

—Le agradezco que me haya dejado utilizar el teléfono —dijo en francés—. ¿Qué es lo que el *sale flic*^[3] no comprende, *sale*^[4] hijo del desierto?

La brillante cabeza negra se levantó del libro; el hombre gentil le miró de lado, y concluyó:

—... sesenta y cinco libras, diez chelines y seis peniques —y luego sonrió ampliamente—: *Monsieur*, no debe interpretar mal —replicó en francés—. Estaba bromeando. Tal vez hago mal al divertirme cuando la policía no puede resolver un caso. Pero no tengo mala intención. En cuanto a ser un hijo del desierto, debo recordarle a *monsieur* que soy medio español. Por eso sonrío.

Pollard no pudo sacarle nada. El otro se escabullía a cada pregunta; era como tratar de darle una estocada a fondo a un buen esgrimista. Después de algunos minutos de inventar escurridizas contestaciones —parecía un testigo un poco menos difícil si se le atacaba en francés—, obligó a Pollard a emprender la retirada. Pensó melancólicamente que más le valía terminar con ese asunto e ir a Hampstead para ver a Schumann. Averiguó que el encargado del edificio había salido, de manera que no tenía nada que hacer allí.

Mientras viajaba en el Metro, atormentó su cerebro y llenó de garabatos su libreta de notas. Hojeó el libro de Judith Adams, preguntándose alternativamente qué tenía

que ver Judith Adams con todo esto y qué tenían que ver los empleados de Schumann con Judith Adams.

Con respecto al propio Schumann, no se sentía inclinado a sospechar de él. El inspector Masters había dicho muy poco sobre ese hombre, aunque había enviado a la policía de El Cairo un cablegrama que Pollard no había podido ver. Con toda probabilidad, Schumann era un delincuente no muy peligroso, o tal vez habría cometido algún desliz de poca gravedad. Pollard estaba seguro de que no tenía ni el coraje ni la malicia necesarios para realizar verdaderos crímenes.

Las sombras se alargaban cuando llegó a la casa que estaba al borde de Hampstead Heath. Pollard, tan sumergido en el caso, había olvidado lo que no se refiriera a él, y se dio cuenta, de pronto, de lo raro que debía ser su aspecto con una media botella de cerveza metida en un bolsillo y un libro en el otro, como Omar Khayyám. Subió hasta la casa de piedra gris y llamó a la puerta. El lugar, pensó, debía de ser desagradablemente húmedo con todos esos árboles que lo rodeaban.

Bernard Schumann en persona abrió la puerta.

—¡Oh, sí! —exclamó, cuando Pollard se hubo presentado.

Los ojos de Schumann se dirigieron primero a la botella de cerveza, y luego al libro. Había en él cierto aire de vigilancia que divirtió un poco al sargento. Los ojos celestes de Schumann parecían hundidos. Pollard notó otra vez el contraste entre sus delicadas manos y la recia contextura de su^ cabello, que parecía que alguien hubiera blanqueado.

—Hoy, yo mismo debo atender a los quehaceres domésticos —le dijo Schumann—. El ama de llaves y la cocinera han salido. ¿Quiere pasar a la sala? —agregó, con grave gentileza, aunque sugiriendo una sonrisa.

La casa estaba muy silenciosa y casi tan mal ventilada como el apartamento de Haye.

La luz vespertina se apagaba; Pollard tropezó con una profusión de muebles en el vestíbulo. Primero encontró unas flores de cera en su camino. Luego, un paraguero. Schumann iba delante, haciendo crujir sus tiesas zapatillas.

—Mi escondite —explicó, abriendo la puerta de una gran habitación a la derecha. Era una sala llena de cosas, con un gran sarcófago en un rincón, y con sillas de crin. Pollard observó el tazón de bronce que se apoyaba sobre un trípode cerca del sarcófago.

El dueño de la casa señaló una silla que estaba a un lado de la chimenea, donde, a pesar del calor del día, ardían algunos carbones.

—Bien, sargento —indicó. Su cara delicada estaba sombría—. He leído en los periódicos que han encontrado a Peter Ferguson en circunstancias inusitadas. No se daban muchos detalles. ¿Puedo preguntar si fue envenenado?

—Me temo que sí, señor.

—Lo siento —Schumann miró de reojo el fuego. No parecía enfermo. Exceptuando sus zapatillas, iba correctamente vestido; y sus ropas ofrecían un

aspecto cuidado—. Ferguson era un hombre muy hábil, aunque a veces difícil de tratar. ¿Tiene idea de quién... este...?

—Se ha descubierto una pista, señor.

—Oh. ¿Puedo preguntar qué clase de...?

—Por el momento, señor, prefiero no referirme a ello —dijo Pollard. Hablaba de esa manera tan aparentemente siniestra que Masters le había inculcado. En realidad, sentía más bien lástima por el viejo. Parecía que Schumann no soportaría el esfuerzo de levantar un papel.

Schumann miraba fijamente a Pollard.

—Me gustaría —prosiguió el sargento— hacerle algunas preguntas. ¿Qué estuvo haciendo anteayer, el día que fue asesinado Hays?

—¿Haciendo? Temo no entender. ¿Para qué desea saber eso?

Pollard mismo no lo sabía. Formaba parte de sus instrucciones. De manera que solamente adoptó un aire siniestro.

—Limítese a darme cuenta de sus movimientos, por favor, desde la mañana hasta las once de la noche.

El otro hizo pantalla con su mano sobre los ojos.

—Déjeme pensar. Vamos, es fácil. Con toda la excitación me había olvidado. Estuve atendiendo a unos grandes amigos, lord y lady Thurnley...

—¿No será el historiador? —preguntó Pollard. Aquí tenía, pues, un testigo muy eminente y respetable.

—Sí —dijo Schumann, evidentemente sorprendido de que el otro le conociera—. Viven en Durham, como tal vez sepa, y no vienen a menudo a Londres. Les fui a buscar a su hotel, el Almond, a las diez de la mañana. La pasamos en la Biblioteca del Ayuntamiento y volvimos al hotel para almorzar. Durante el almuerzo, me dieron un mensaje telefónico. Era del pobre Hays, invitándome a una reunión en su apartamento esa noche. Le dije que estaba atendiendo a los Thurnley, que no podría aceptar.

—¿Qué más, señor?

—Hays me dijo que otro invitado, *mistress* Sinclair, había dado la misma excusa. Por lo tanto, dijo que iba a retrasar el comienzo de la reunión hasta las once y que no me aceptaría tal pretexto.

—Pero, en realidad, no quería ir a la reunión, ¿verdad?

Los ojos de Schumann, aunque permanecieron fijos en el sargento, parecían irse muy lejos.

—La respuesta a su pregunta es que realmente fui. Pero eso es anticiparse. Usted quería saber lo que hice durante el día. Estuve con lord y lady Thurnley todo el día. Por la tarde fuimos a una *matinée*, y luego a una exposición en Burlington House. Después del té volvimos aquí. Y aquí cené con ellos. Alrededor de las diez y veinte se fueron de casa en taxi hasta su hotel. Poco después de que retiraran, telefoneé para pedir otro taxi, que me llevó directamente al apartamento de Hays, donde llegué,

como creo que le he dicho al inspector jefe, a las once menos cuarto. Haya estaba allí, y me recibió. Creo que los Thurnley no tendrán el menor inconveniente en atestiguar todos mis movimientos hasta la hora en que se fueron. Todavía están en el hotel.

—¿Mencionó la reunión de Haya a sus amigos?

—No.

No dio más detalles ni trató de explicar nada.

—¿Contesta eso a sus preguntas, sargento?

Pollard meditó. Se preguntó si debía mencionar a Schumann el hecho de que la policía sabía todo lo referente a las cinco cajas, y que supiera que eran pruebas que Haya guardaba en contra de cada uno de sus invitados. No, mejor era que no; decididamente, no lo mencionaría. Esa pertenecía a la clase de tareas que debía realizar Masters; el inspector jefe le haría observaciones si se apartaba de alguna manera de sus instrucciones. Por otra parte, estaba decidido a encarar un aspecto de la cuestión.

—*Míster* Schumann, ¿conocía bien a Haya?

—Sólo accidentalmente. Le conocí hace algunos años en El Cairo.

—¿En El Cairo?

—Sí, creo que sí. Fue en... este... en una época de apuros y desgracias para mí.

Pollard tuvo la impresión de que el otro le estudiaba con sus pálidos ojos azules cada vez más fijos. Y el sargento recordó. Allí había sido donde un incendio casi había aniquilado las mercaderías no aseguradas de Schumann. Bueno, eso no hablaba en contra del hombre; no podía echar la culpa al viejo por tener ese aspecto un poco descuidado, raro y hastiado.

—Sí, nos enteramos de eso, señor. Usted tuvo muy mala suerte. Personalmente, creo que fue una desgracia que la alarma no sonara antes.

Hubo una pausa. Schumann habló con voz extraña:

—¿Lo cree usted? ¿También piensa lo mismo el inspector jefe?

Pollard sonrió.

—Bueno, a decir verdad, no lo he discutido con él. Pero lo que le quería preguntar era esto: ¿mencionó alguna vez Haya delante de usted a una mujer llamada Judith Adams?

El dueño de casa pareció reflexionar. Al lado de su silla, cerca del fuego agonizante, había una mesita redonda sobre la que estaban una cigarrera, una caja de cerillas, y un cortapapeles. Schumann cogió el cortapapeles y pinchó con su punta el brazo de la silla.

—¿Cómo dice? ¿Judith Adams? ¿Judith Adams? No, que recuerde. Nunca oí ese nombre.

—¿Ni siquiera la mencionó Haya la noche de la reunión?

—No. Me interesaría saber, sargento, por qué dice *ni siquiera*.

Pollard examinó su libreta.

—Cada cosa a su tiempo, señor. Pero si el nombre de Judith Adams le es

desconocido, parece que sus empleados lo conocen.

—¿Mis empleados?

—Sí. Usted tiene dos ayudantes, uno de ellos un egipcio...

—Bueno, sinceramente no le entiendo.

—Judith Adams escribió cierto libro —explicó Pollard— que parece tener relación directa con el caso. Lo he encontrado esta tarde en el apartamento de *míster* Haye; el inspector jefe todavía no lo ha visto ni conoce su existencia.

—Tiene usted una forma de atacar, amigo, que me resulta singularmente curiosa. ¿Qué ocurre con ese libro? No comprendo. ¿Un libro sobre qué?

—Sobre monstruos —dijo Pollard.

El crepúsculo crecía fuera de las ventanas. Era un crepúsculo sucio y pesado como el cuarto en donde estaban. El fuego apenas ardía, bajo una espesa capa de cenizas, y sólo llegaba al rostro de Schumann una iluminación muy tenue. Sin embargo, a pesar del fuego y del calor que había hecho durante el día, la habitación estaba desapaciblemente fría.

Los pálidos ojos azules de Schumann continuaron fijos. Carraspeó ligeramente.

—¿Monstruos? —repitió—. ¿Quiere decir criminales?

—No, no. Me refiero a monstruos verdaderos, es decir, mitológicos. Dragones y cosas por el estilo. Señor, hay razones para creer que el nombre de Judith Adams está relacionado con alguna de las personas que Haye sospechaba que querían asesinarle.

—¿*Míster* Haye sospechaba que alguien trataba de asesinarle?

Pollard no soltó prenda.

—Quienquiera que lo haya asesinado, no era un novato —contestó, palpando la botella de cerveza que estaba en su bolsillo—. Pero eso no es el punto que me interesa, por el momento. Cuando he encontrado este libro, *El cubil del dragón*, he bajado a su oficina y he llamado al editor. Hemos hablado sobre el libro. Cuando he terminado, su ayudante egipcio parecía divertido, y ha dicho en francés, en voz muy baja, que el cochino del policía no comprendía nada. ¿Qué ha querido decir con eso?

—No tengo la más remota idea —dijo Schumann, apoyando con dos dedos el cortapapeles sobre el brazo de la silla—. ¿Es el libro que usted tiene? ¿Puedo verlo?

—Dentro de un minuto, señor. Pero algún significado tenía para sus ayudantes y, en consecuencia, sugiero que tendrá algún significado para usted.

—Espera demasiado joven. ¡Dragones! ¿Qué tiene que ver el tema de los dragones con todo esto?

—Trate de pensar, señor —insistió Pollard—. En alguna parte existe la conexión. Admito que no sé cuál es. Todo lo que sé es que el dragón era un animal mitológico que echaba fuego por la boca. Nada más.

LA CURIOSA UTILIDAD DE UNA MOMIA

La mano de Schumann apretó el cortapapeles.

—Así es —asintió, carraspeando una vez más—. Pero no puedo ayudarle. Puedo suponer que quizá fuera una de las bromas pesadas de Hays.

Pollard guardó su libreta con pesar y se puso de pie.

—Entonces, eso es todo, *míster* Schumann. Lamento haberle hecho perder tanto tiempo. Si me perdona...

—No, no, no —interrumpió Schumann—. El asunto es demasiado interesante. No debe irse todavía. Todavía no. Tiene que sentarse y aceptarme una copa. Realmente tiene que hacerlo.

—Lo lamento, señor, pero...

—Es posible que le proporcione alguna información.

Pollard le miró rápidamente.

—¿Sobre...?

—¿Sobre qué si no es sobre las oportunidades de hablar con un joven tan inteligente? Un joven que conoce a lord Thurnley como historiador más que como nuestro representante en Egipto hace algunos años; que probablemente conozca muy bien su obra sobre los Tudor, y...

—Señor, ¿tiene algo que decirme?

—Tiene razón —dijo Schumann—. Siéntese otra vez —suspiró larga y silenciosamente; su cara, como la de un clérigo ascético, quedó otra vez, descolorida y como ausente—. Si no he parecido tener gran disposición para colaborar en este asunto, debe recordar que no me siento bien y que estas cosas me causan mucha angustia. Si alguna vez sufre de diabetes, como espero que nunca le suceda, podrá comprenderme. No soy tan sutil como ustedes los jóvenes. Estas persistentes referencias a conflagraciones pueden ser muy divertidas para usted; pero me resulta difícil aceptarlas como ejercicio literario.

—Confla... —dijo Pollard—. ¿Usted no se refería al libro de lord Thurnley sobre el gran incendio de Londres de 1666?

Las ventanas de la nariz de Schumann parecieron ensancharse, produciendo el efecto de una sonrisa.

—Realmente, tiene que aceptar una copa —dijo. Estiró su mano hasta una campanilla que estaba al lado de la chimenea, y luego la retiró—. Me había olvidado. No hay nadie a quien llamar; estamos completamente solos.

Sus zapatillas crujieron cuando cruzó la habitación. El aparador estaba bajo el alféizar de la ventana; Schumann daba la espalda a su visitante, y movía botellas y

abría cajones. Las cortinas de encaje, las sillas de crin, las mesitas diseminadas por la habitación, todo se borraba como el sarcófago de la momia en la oscuridad. Si alguna vez allí se declaraba un incendio, pensó Pollard, acabaría con toda esa basura en diez minutos.

Las zapatillas crujieron otra vez. Schumann volvió con dos copas de jerez, una de las cuales entregó a su huésped. Luego, volvió a sentarse, frente a la chimenea.

Sí. Decididamente había algo que no marchaba bien. Pollard frunció el entrecejo.

—Mire, señor, ¿*tiene*, de verdad, algo que decirme?

—Muchísimo, sobre incendios y dragones. Pero, antes de hacerlo, insisto en obtener alguna información a mi vez.

—Lo lamento —dijo Pollard, y se levantó.

El dueño de la casa no se movió.

—Sargento, está perdiendo el tiempo tontamente. Si reflexiona durante un segundo se dará cuenta. Lo que le ofrezco puede ser la solución de todo lo que desea saber. ¿Qué arriesga usted en cambio? Dos minutos de su valioso tiempo y uno o dos hechos que dentro de veinticuatro horas se publicarán en los periódicos para que todo el mundo los lea. No sabe hacer negocios, amigo, si rehúsa hacer un trato en esos términos.

Pollard movió la cabeza. Poniendo su vaso de jerez sobre la repisa de la chimenea, esperó.

—Bien —dijo Schumann—. Tengo solamente una pregunta. Cuando el inspector jefe estuvo aquí ayer, insinuó que los de nuestro grupo, nuestro ahora famoso grupo, estábamos acusados de criminales. ¿De qué crimen se me acusa?

Se oyó por toda la casa silenciosa un violento y repetido aldabonazo en la puerta principal.

Aunque Bernard Schumann no se movió de su asiento, su expresión se alteró un poco. Pollard pensó que le pasaba un escalofrío por el cuerpo.

—Supongo —dijo lentamente— que tendré que contestar.

—Sería mejor, señor.

El aldabón golpeó de nuevo la puerta.

Volvieron a crujir las zapatillas de Schumann al levantarse e ir hasta el vestíbulo. Cuando volvió, Pollard comprendió parte de la razón de ese instante y desazonador golpeteo. El hombre que acompañaba a Schumann era el inspector jefe Humphrey Masters.

—Ah, señor —saludó afablemente a Schumann. Su mirada erró por la habitación con la mayor naturalidad—. Pasaba por aquí y... oh, hola, Bob.

Saludó a Pollard con una expresión de sorpresa que el sargento tomó por demasiado exagerada. Mientras tanto, Schumann se había quedado muy quieto al lado de la puerta. Parecía haberse puesto repentinamente alerta, como si de pronto una especie de inspiración tensa y nerviosa se mezclara con los motivos y emociones intranquilizadores de la habitación.

—Sí, señor —dijo Pollard—. Siguiendo sus instrucciones, yo...

Masters le interrumpió.

—Ajá. ¿No le importa que me siente? —preguntó cordialmente a Schumann.

—¡Qué esperanza! Póngase cómodo.

El inspector jefe se acercó a la chimenea. Extendiendo sus manos delante del fuego, echó una rápida mirada a la copa de jerez que estaba sobre la repisa.

—Espero no interrumpir —continuó—. Sabía que estaba con un invitado. A través de la ventana le vi servir dos copas. Pero... oiga, ¡no me diga que le ha ofrecido un trago al sargento!

Miró a su alrededor con ojos inquisitivos.

—¿Está prohibido, amigo?

—Lo está, señor. Absolutamente prohibido —mintió alegremente Masters— a cualquiera que esté por debajo del grado de inspector. Sin embargo, si me permite, yo podría calentarme un poco a estas horas. ¿No le importa que beba de esta copa?

—Déjeme que le sirva un poco de *cognac*.

Master estiró su mano y la puso sobre el frágil brazo de Schumann cuando éste se volvió.

—Ni pensarlo, señor. ¿Desperdiciar una buena copa de jerez? Si usted tuviera mi sueldo no lo haría. Beberé ésta.

Cogió la copa y se acomodó confortablemente en el sofá. La levantó.

—A su salud, señor.

Schumann no se movió.

—A la suya, inspector —dijo.

Acordándose de otra idea, Masters frunció el ceño y puso la copa sobre la mesa que estaba su lado.

—Oye, Bob, después de todo, ¿qué estás haciendo aquí? Has venido a espaldas mías, muchacho. ¿Sobre qué has estado hablando con *míster* Schumann?

Fue Schumann el que contestó.

—Especialmente sobre dragones —dijo. Volvió a su sitio junto al fuego y esperó con aire de solícita, aunque tensa, cortesía—. ¿Puede explicar algo sobre ellos, inspector?

—¿Dragones? —repitió Masters. No pareció sorprendido.

—Es Judith Adams —dijo Pollard—. He descubierto quién es... o era, mejor dicho. He encontrado su libro en el apartamento de Haye.

—¡Oh, ah! —dijo Masters, comprendiendo—. ¿Quieres decir la vieja señora que escribió el libro sobre los monstruos con aliento de fuego? Lamento desinflarte las velas, Bob, pero sospecho que lo sé todo. *Sir* Henry me telefoneó. *Sir* Henry tenía un montón de información. Sí, un montón. *Sir* Dennis Blystone le contó lo referente al libro. Y también había otras cosas.

Miró de reojo a Schumann.

—¿Sabía usted, *míster* Schumann, que Peter Ferguson dejó unas declaraciones

antes de morir?

—No lo sabía. Pero no me sorprende en lo más mínimo.

—¿Le interesaría saber, señor, que se han hecho acusaciones muy graves contra usted? Por supuesto, me atrevería a decir que me ofrecerá explicaciones satisfactorias sobre el caso. Pero...

Schumann se llevó una mano a la frente; pero habló con gran claridad:

—Sí. Pacientemente he estado esperando oírlas desde hace algún tiempo. Esta tarde se ha jugado conmigo de forma muy ingeniosa al ratón y al gato. El sargento juega aún mejor que usted, aunque insinuó ser el único que conocía los hechos.

Masters echó una rápida mirada a su subordinado. Pollard trató de hacer una elaborada parodia de un encogimiento de hombros hebraico; pero logró comunicar su perplejidad al inspector jefe. Entonces adivinó el significado de esa maldita copa de jerez que estaba al lado del codo de Masters. Pensó que debería haberlo sospechado mucho antes, ¿pero quién habría supuesto que el viejo le jugaría esa mala pasada? Aun sintiendo que podría haber tenido muerte parecida a la de Haye, todavía Schumann ocupaba un lugar elevado en la escala de la estimación.

Masters jugaba con el pie de la copa de jerez; los brazos de Schumann comenzaron a temblar sobre los del sillón.

—¿Decía, señor? —preguntó Masters.

—Estaba diciendo que más valdría que no perdiese su tiempo. Suéltelo, hombre. Precisamente antes de que entrase estaba en tratos con el sargento Pollard para proporcionarle alguna información importante sobre el caso si se decidía, de una vez por todas, a decirme de qué se me acusa.

El inspector jefe abandonó sus modales fingidamente amables.

—¿Qué diría, señor, si le dijera que de asesinato?

—Esa es la contestación, cien por cien, de un policía. Hice el trato sobre la base de obtener una respuesta directa. No podemos llegar a ninguna parte hasta que lo sepa.

—Sí, señor. Afirmo que se le acusa de asesinato.

—¡Asesinato! —Schumann retiró la mano de sus ojos y miró perplejo a Masters —. ¿Y es eso todo?

—¿Ha cometido peores crímenes?

—¡Tonterías! ¿Algo más?

—Sí, señor.

—¿O sea?

—Específicamente, que cierta noche de 1927 usted incendió con premeditación la barraca de la Compañía Importadora Anglo-Egipcia de El Cairo, valiéndose del mecanismo de un despertador para provocar el fuego; y que al destruir la barraca con todo lo que contenía también destruyó el cuerpo de un hombre llamado El Hakim, a quien usted había matado. Ahora seré sincero con usted. Adiviné lo del incendio. Cuando supe lo del gran fuego en El Cairo, telegrafíé a la policía egipcia. Cuando me

he enterado del asesinato de El Hakim esta tarde, he mandado otro cable. Muy pronto tendré la respuesta. Mientras tanto...

—¿Mientras tanto?

—¿Beberé este jerez? —preguntó Masters, señalando la copa.

—Bébalo, creí que le apetecía.

—Le confesaré, *míster* Schumann, que usted resulta frío sin duda alguna. ¿Cree que no me hará daño tomar veneno?

El dueño de la casa se recostó, como si alguien le empujara la cabeza. Apartado de alguna oscura meditación, parecía tratar de asimilar una nueva y extraña idea.

Luego levantó la mano y golpeó su frente con los nudillos.

—¡Cielo santo! —dijo—. ¡Pero zopenco! ¿Quiere decir que hay veneno en ese jerez?

—Lo único que puedo decirle es que lo haré analizar tan pronto como sea posible. Y me sorprenderé mucho, *míster* Schumann, si no lo encuentran cargado de atropina. ¿Qué me dice de eso?

—Esta es mi respuesta —dijo cortésmente Schumann.

Su movimiento fue tan rápido, tan distinto a sus gestos habituales, que Masters no tuvo tiempo de intervenir, ni siquiera de pensar. Estiró el brazo, arrebató la copa y bebió su contenido de un trago.

Luego, Schumann volvió a su asiento, tosiendo y pidiendo disculpas al mismo tiempo.

—Ese —explicó con un destello de desconfianza en su mirada— es un insulto a mi hospitalidad que no puedo permitir.

Sacó un pañuelo y tosió de nuevo. Masters, con el semblante menos rojo, estaba de pie.

—Así que ése es el juego —dijo Masters con un gruñido—. Está bien, Bob. Hay un teléfono en el vestíbulo. Ve volando hasta allí. Llama al hospital más cercano. Caso de emergencia. Ese mejunje no hace efecto rápidamente. Ahora le *tenemos*. Le tenemos por completo...

Schumann alzó la mano.

—Inspector Masters —dijo con seriedad—. ¿Podría rogarle que trate de dejar de hablar como un tonto y me escuche por un momento? Sargento Pollard, quédese donde está.

»Usted cree que es un caso de suicidio. *El escorpión, cercado, se destruye a sí mismo*. Ahora se propone llamar a una ambulancia. Un procedimiento que, lo admito, será familiar para usted. Movilizar un hospital; y por segunda vez en tres días hacerme un lavado de estómago. No, muchas gracias. He pasado por esa agradable experiencia. Siempre me opongo a ella, y, particularmente, cuando es innecesaria. Si se trata de poner en marcha una medida tan alocada como ésa, haré abrir un sumario en su contra, hará el ridículo y toda Inglaterra se reirá de usted. Y me iré de aquí luchando, para que las cosas sean peores cuando abra el sumario. Se lo advierto.

Masters le miró.

—Haz lo que te digo, Bob —dijo—. Es de nuevo lo de Ferguson, sólo con cierta peculiaridad, que me hace... ¡uf!

—Quédese donde está, sargento —le ordenó Schumann fríamente—. Antes de hacer el ridículo, Masters, permítame que sugiera una alternativa. El doctor Burns, mi médico particular, vive dos casas más allá de la esquina. Si le telefonea, con el pretexto de que me examine antes, puede estar aquí diez veces antes que cualquier ambulancia. Déjele que me examine. Si hay el menor rastro de veneno dentro de mí, me salvará más rápido para que vaya al patíbulo. Si no, usted se ahorrará el papelón más grande de su carrera, porque le prevengo que puedo ser temible cuando quiero.

—¿Qué hago, señor? —preguntó Pollard—. Creo que está diciendo la verdad. ¿Qué hago?

—¡Demontre! —dijo Masters—. ¡Me gustaría saberlo! Sócrates nunca bebió la cicuta tan fácilmente como él se empinó el jerez. Nadie lo ha hecho. Pero no podemos correr el ries... no, espera un momento. ¿Cuál es el nombre, dirección y número de teléfono de ese doctor Burns?

Schumann se lo dijo.

—Vuela, Bob. Si existe tal persona y si es que va a venir, llámala. Será un infierno si agarramos a este tipo, nos lo llevamos y luego resulta que no tiene nada. Pero si no puedes encontrar a ese médico o a algún otro por allí, ya sabes lo que tienes que hacer.

Dio unos pasos por el salón, mirando a Schumann de mala gana. Schumann cogió el otro vaso de jerez, el que se había servido, y se lo bebió también.

—Para terminar con todo —explicó.

Masters se permitió usar algunas palabras.

—Tengo ganas —prosiguió Schumann— de beberme toda la botella que está en el aparador y también de probar el contenido de las restantes botellas. Me han hecho pasar muy mal rato esta tarde, uno de los peores momentos de mi vida. Para ser franco, siento ganas de ponerle el cuchillo en las tripas y revolverlo.

Dio vueltas a su puño, con aire meditabundo.

—Pero, aparte de que no quiero estar borracho perdido cuando llegue el doctor Burns, quisiera explicarle el asunto. Mientras tanto, amigo...

—¿Sí, señor?

—¿Me dirá de dónde sacó esa idea alocada? ¿Me explicará por qué iba a matarme o matar a cualquier otra persona?

—No podemos dar vueltas a los hechos, ¿sabe?

—No trato de hacerlo, sino de descubrir cuáles son. ¿Qué se supone que he hecho?

Masters se acercó a él y le miró significativamente.

—Primero está el asunto del incendio...

—Perdón, no hay tal cosa. Aun suponiendo que esta disparatada acusación fuera

cierta; aun suponiendo que tuviera pruebas para demostrarla, ¿dónde está el delito? Delito es el incendio premeditado y avieso del patrimonio público o de bienes particulares que pertenezcan a un tercero. En El Cairo, los artículos destruidos fueron una barraca y algunas mercancías cuyo único propietario era yo. No se dañó ningún otro edificio o propiedad. Esta silla, por ejemplo, me pertenece. No debo tocar ninguna silla que le pertenezca a usted. Pero puedo coger mi silla y prenderle fuego o destruirla como me plazca. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Masters con semblante huraño—. Pero también está el asunto del asesinato...

El sargento Pollard volvió a la habitación.

—El doctor Burns viene inmediatamente —informó.

Miró con curiosidad a Schumann, que parecía estar algo débil, aunque divertido.

—Se me acusa, creo, de asesinar a un tal Nizam El Hakim antes o durante el incendio. Puedo ofrecerle la mejor de las pruebas por la cual no pude haber matado a Nizam El Hakim.

—¿Y cuál es, señor?

—Porque —dijo Schumann— Nizam El Hakim no está muerto. El sargento Pollard habló con él esta tarde.

Masters hizo más tarde varias observaciones sobre este caso: entre otras dijo que pocas veces se había enfrentado antes a un asunto en el que al abrir una puerta, formular una pregunta o simplemente al darse la vuelta, hubiera recibido un golpe más doloroso en las costillas inferiores.

Pero el inspector jefe no lo valoró como lo hizo Pollard.

—¿No querrá decir ese egipcio que estaba en su oficina?

—Él mismo —respondió Schumann con calma—. ¿Le preguntó algo sobre él? ¿Por lo menos su nombre? Me arriesgo a decir que no. Para ser más preciso, es mitad egipcio y mitad español; pero...

—Sí, ¿pero por qué se reía tanto? —insistió Pollard.

—Supongo que eso depende de lo que haya dicho en su presencia.

—Nada sobre usted, se lo aseguro.

—Eso no importa —interpuso el exasperante inspector jefe—. ¿Qué hay con El Hakim?

—Es hora —dijo Schumann— de aclarar un rumor desagradable y completamente disparatado que circuló en la época del incendio. Admito lo del incendio: es decir, admito el hecho de que haya ocurrido —una sombra de incomodidad volvió a perturbar su semblante—. En esos tiempos, El Hakim trabajaba en el mismo ramo que yo, aunque en mucha menor escala, y tenía apuros económicos.

»Bueno, señores, la noche del incendio, El Hakim desapareció. En realidad, se había escapado a Port Said para huir de sus acreedores. Pero, después del incendio, se murmuró que se había encontrado entre las ruinas un esqueleto o, por lo menos, unos

cuantos huesos. El primer rumor fue que El Hakim había incendiado el lugar y encontrado la muerte durante el fuego. El segundo rumor, más descabellado todavía —apretó el puño—, fue que yo estaba complicado en el asunto. Supongo que usted obtuvo esta información por medio de Ferguson...

—No importa decir que así es.

—Sí —asintió Schumann, con inusitada malignidad en sus ojos—. Ferguson insistió en hacerse el detective hasta el punto que tuve que mandarle a mi oficina de Inglaterra...

—¿Por qué le molestaba que se hiciera el detective?

—Era tremendamente molesto, como creo que admitirá.

—Pero —dijo Masters—, le hubiera metido en vereda.

—¿Quiere oír mi historia? Por supuesto que se encontraron huesos entre los escombros. Eran huesos que se encontraban en un perfecto estado de conservación, a pesar de sus dos mil años; es decir, eran los huesos de una momia de la dinastía —vigésimo primera. Las momias del período tebano, como puede que sepa, son tan perfectas que, cuando se las desenvuelve, se les puede apretar la carne con la mano y mover los miembros sin que se rompan.

»Si alguna vez cometo un asesinato, caballeros, lo cual es muy improbable, lo haré en una casa donde se sepa que hay una momia de ese tipo. Luego, si después se quema la casa, pocos peritos podrán asegurar que los despojos de mi víctima no pueden ser también los de un inofensivo rey de Egipto... ¿Decía, inspector jefe?

Masters puso mala cara.

—Decía —dijo, conteniéndose con esfuerzo—, que si antes de que se termine este caso oigo otro método ingenioso para cometer un crimen, sólo uno más, iré y cometeré uno yo mismo. ¡Hum! ¿Se demostró todo eso?

—Completamente. La policía probó sin lugar a dudas que los despojos eran los de una momia. Se hicieron las declaraciones respectivas. Pero, por desgracia, en ese lugar no hay un servicio de prensa que llegue a todas partes. Aun la aparición en El Cairo del pretendido cadáver, seis meses más tarde, sin un cuarto y arrepentido, no pudo sofocar del todo el rumor. Sólo por autodefensa me vi obligado a emplear a Nizam El Hakim en mi casa, y exhibirlo. Pero es un buen hombre; desde entonces ha estado conmigo. Por supuesto, Ferguson conocía muy bien los hechos. El engreído idiota estaba molestando, como de costumbre. No necesita aceptar mi declaración. Si ha mandado un cable a El Cairo, conocerá muy pronto la respuesta. Me parecen que esos golpes en la puerta deben ser del doctor Burns.

Masters y Pollard se miraron mutuamente.

Cinco minutos más tarde, un hombre un poco fastidiado, que había abandonado de prisa su té para atender un caso totalmente imaginario de envenenamiento por atropina, le hacía algunas observaciones de tipo realista a Schumann sobre la inteligencia de la policía.

Y Masters y Pollard, que estaban en el vestíbulo en penumbras, se miraron

mutuamente otra vez.

—Está bien, muchacho —dijo el primero—. No necesitas refregármelo. Pero hubiera jurado que le vi echando drogas en ese jerez, ¿qué otra cosa iba a pensar? Si dice la verdad sobre ese asunto de El Cairo...

—Creo que sabemos que dice la verdad, señor.

—Entonces, ¿qué culpa tiene el individuo? ¿Qué pruebas tenía Hays en contra de él? —Masters reflexionó—. Es incendio premeditado en alguna forma. No hay dudas al respecto. Es un... ¿cómo se llama...?

—¿Pirómano? ¿Incendiario? —indicó Pollard—. Sí, señor, creo que es eso. ¿Pero hace un pirómano una fogata con todas sus posesiones y luego danza en torno a ella? En cualquier caso, creo que no encaja en el cuadro del asesinato. Porque parece que tiene alguna información que darnos. A propósito, ¿qué vino a hacer aquí esta tarde?

Masters se enfurruñó.

—Preguntarle justamente eso. También decirle que *sir* Henry Merrivale quiere que los implicados en el caso vayan al apartamento de Hays esta noche a una pequeña demostración.

—¿Significa que...? —Pollard silbó.

—No importa lo que significa, muchacho —dijo el inspector jefe como presagiando algún mal—. Yo me encargaré del *significado*. Dime lo que has averiguado hoy —escuchó con rigurosa atención mientras Pollard se lo contaba a grandes rasgos—. Así que te has comunicado con los editores, ¿eh? ¿Son los de Goffit de Bloomsbury Street, a la vuelta de la casa de Hays?

—Sí, señor. Lo cierto es que no veo cómo ese libro de Judith Adams puede tener, en las circunstancias presentes, alguna relación con Schumann. Esa es la dificultad. Si se refiriera a Schumann, ¿por qué habría incluido Hays en la lista de los sospechosos los *dos* nombres de Bernard Schumann y de Judith Adams? Debe de referirse a alguna otra persona. Tiene que ser así.

—No importan tus teorías. ¿Qué más te han dicho los editores?

Pollard blasfemó.

—¡Espere! Tommy Edwards iba a ver si podía averiguarme algo. Le he prometido volver a llamarle al cabo de una hora, y me he olvidado por completo. Ahora habrán pasado casi dos. Espero que todavía esté en la oficina.

Nuevamente, se apresuró a ir al teléfono, y fue, entonces, Masters quien hizo algunas punzantes y realistas observaciones sobre el servicio. Masters dijo que no podía tolerar a un subordinado que cometiera errores semejantes. Masters dijo que un buen funcionario de policía nunca comete errores. Masters dijo que si no llegaba a encontrar a Edwards en su oficina...

Por fortuna, Pollard encontró a Edwards en la oficina.

—Compañero —dijo amargamente Edwards, con no mejor humor que el inspector jefe—. He estado sentado al lado de este teléfono para darte la verdadera, la verídica información, directamente de su fuente...

—Perdona, Tom, ¿cuáles son las noticias?

La voz del teléfono se suavizó.

—Bueno, para empezar, no se sabe mucho más sobre Judith Adams de lo que te dije. Su albacea literario es un sobrino, un clérigo de Stockton-on-Tees, que no puede estar mezclado en el asunto. Pero he comprobado una relación entre Judith Adams y alguien que puede estar implicado en el caso.

—¿Qué? ¿Quién es?

—Calma. La obtuve del viejo Grotius Goffit en persona. Hace más o menos un mes vino un tipo a la oficina, con aspecto muy misterioso y secreto, y pidió ver al director de la firma para un asunto importante que concernía a uno de nuestros autores. El mismo Grotius Goffit le atendió. El viejo estaba echando chispas, preguntándose a cuál de ellos habrían metido otra vez en la cárcel... El...

—Eso no importa; continúa.

—¿Sigo? Bueno, el misterioso asunto era que este tipo quería comprar un libro. Dijo que vivía cerca, que había visto el anuncio del libro de Judith Adams, y que quería comprar un ejemplar. Dijo que su padre había trabajado para miss Judith en el Norte y que él la había conocido mucho en su juventud, y cosas así... Grotius Goffit se sintió tan aliviado que le dio al tipo un ejemplar y le despidió. El sujeto se fue dando las gracias, por Dios y todos los santos.

—¿Por qué por Dios y todos los santos?

—Ahí está la cosa. Porque el tipo es un irlandés, llamado Riley o Riordan, según recuerda el viejo. De cualquier manera, dijo que era el encargado de la casa de Russell Street número 12; y allí es donde asesinaron a tu amigo Hays. Ahora, como te decía...

Durante un tiempo, que pareció muy largo, Pollard miró fijamente un aparato que todavía seguía hablando.

—¿Me estás escuchando? —preguntó la voz.

—¿Eh?

—Bob —dijo la voz, con aplomo—. Tengo una teoría.

LA PUERTA ENCADENADA

A las nueve en punto de esa noche, cuando se habían encendido de nuevo las farolas de Great Russell Street y se presentía la lluvia en el ambiente, un policía que hacía su ronda meditativa vio un coche de dos asientos parado junto al bordillo de la acera, ante una casa que tenía buenas razones para conocer.

De este coche salían voces que parecían indicar una discusión o una pelea. El policía se acercó.

—¿Qué pasa? —preguntó.

En el coche, sentada ante el volante, había una muchacha extraordinariamente bonita, de cabellos y ojos castaños. Junto a ella estaba un hombre de unos treinta años, aproximadamente, de cara seria, con un impermeable doblado sobre el brazo en cabestrillo, y un sombrero metido hasta la nariz como con disoluta coquetería femenina.

—Está bien, agente —dijo el doctor Sanders—. Solamente estamos poniéndonos de acuerdo.

—Nos vamos a casar —le informó Marcia Blystone—. ¡Uy!

—Ya veo —dijo el agente—. Bueno, no pueden quedarse más de veinte minutos, señor.

Sanders sacó la cabeza por la ventanilla mientras el policía continuaba su ronda.

—Me pregunto —dijo— si no tendrá algún otro significado esa observación.

—No, no, señor —le informó Marcia—. Bien sabes que no te escaparás por la tangente. Te digo que *no* debes salir de tu casa esta noche. No debes salir con ese brazo como lo tienes. El aire nocturno te sentará mal...

—Eso, querida, es una absurda falacia científica. Si te detienes a considerar los factores relevantes...

—Bueno, no me importa. Yo sé que te sentará mal. Realmente no debería haber salido. No me importa que *sir* Henry Merrivale quiera o no que estemos aquí. Ni tampoco pienso que esta noche vayas a tener otra oportunidad de ser heroico, porque no será así.

—Quiero —dijo él— que dejes de hablar de una vez por todas de heroísmo. Nunca he sido un héroe. Nunca lo he deseado, excepto —admitió con sinceridad— una vez que quise pertenecer al Servicio Secreto y perseguir a la gente por los hoteles en el extranjero...

—¿De veras? —preguntó ella con vehemencia—. Yo también —habían descubierto una gran cantidad de gustos comunes durante la tarde.

—... cuando tenía dieciocho o diecinueve años, es decir, durante el período más

emotivo de mi vida. A veces he pensado que sería hermoso tener heridas de arma blanca y ostentar cicatrices. Nunca he recibido una herida de cuchillo, excepto la que me hicieron durante una operación de apendicitis, cuya cicatriz no es cosa que pueda mostrarse a todo el mundo; pero tengo un par de heridas de bala, y, por el momento, no puedo considerarlas más que un maldito estorbo...

—¡Tesoro! —dijo Marcia—. ¡Eres estupendo!

Él no estaba muy seguro de ello. Pero sabía muy bien que estaba tan contento con el mundo que, si no fuera por su costumbre de razonar con lógica, estaría diciendo desatinos.

—En consecuencia —continuó—, esta charla sobre heroísmos, aunque en el fondo muy halagadora, es completamente inútil. No quiero dar rienda suelta a las disquisiciones sobre heroísmos. Me causan dolor cuando las veo proyectadas en una película. Nunca existió un papel menos apropiado para mí.

—De manera que estás comenzando a desilusionarme, ¿no?

—No estoy tratando de desilusionarte. Ahí tienes un buen ejemplo, ahí tienes un ejemplo muy bueno de tu manía de enfocar un tema oblicuamente y confundir los términos como un malabarista o un escritor teológico...

Ella le quitó el sombrero y lo dobló correctamente, después de haber tratado en vano de darle la forma del bicornio de Napoleón, achatándolo hacia los lados. Luego, se lo colocó de nuevo en una posición casi tan incómoda como si hubiera sido el sombrero del Gran Corso, dándole el aspecto de un periodista disoluto. Siguió estudiando el efecto artístico mientras el doctor Sanders continuaba su disertación. Luego, instintivamente, ambos miraron hacia las ventanas iluminadas del último piso, sobre la oscura fachada del edificio.

—Si tenemos tantas ganas de subir al apartamento de Haye —dijo Marcia bruscamente—, ¿por qué no lo hacemos?

—Porque, probablemente, habrá un emocionante altercado —admitió él— que, lo mismo que a mí, no te causará ningún placer.

Ella aceptó esta respuesta. Esa noche iban a ir cuatro personas y los investigadores, además de ellos dos, al apartamento: Schumann, *sir* Dennis Blystone, *mistress* Sinclair y... lady Blystone.

Por lo que Sanders pudo deducir, la última persona de la lista había accedido a asistir sólo después de grandes esfuerzos por parte de los demás. Sus razones eran muy sencillas: *No se encontraría con esa mujer en público*.

Encaraba las cosas con serenidad. No negaba la existencia de *mistress* Sinclair y tenía intención de mantener una conversación privada con ella más adelante; pero no iba a encontrarse con esa mujer *en público*. Los puntos de vista de Bonita Sinclair no se conocían. Sanders se sentía inclinado a meditar sobre esto.

También se esperaba que asistieran otras dos personas. Timothy Riordan, el encargado del edificio, y, para sorpresa de Sanders, un egipcio que trabajaba en la oficina Anglo-Egipcia. Cuando Sanders y Marcia subieron la escalera, descubrieron

la razón por la cual se había invitado al encargado.

Brillaban tenues luces en los descansillos de la escalera, para iluminar el camino a la comitiva. Sanders y Marcia fueron los primeros huéspedes que llegaron. Cuando entraron en el apartamento de Haye encontraron, en la sala, una reunión de la policía en pleno desarrollo.

Se percibía un aire tranquilo de definiciones que a Sanders le olió mal. La mesa del comedor estaba repleta de papeles. La gente se movía lentamente y hablaba despacio. En un rincón estaba sentado *sir* Henry Merrivale, fumando un cigarro y leyendo *El cubil del dragón*. El sargento Pollard caminaba alrededor de la mesa, con otro hombre —evidentemente, un funcionario de la policía—, a quien Sanders no reconoció. El inspector jefe Masters estaba a la cabecera de la mesa, interrogando a Riordan, el encargado. Sanders pensó que era obvio que los recién llegados habían interrumpido algo.

El inspector jefe les clavó la mirada.

—Perdón —dijo—. ¿Pero no han llegado un poco temprano? No hemos terminado...

—Tonterías —dijo *sir* Henry Merrivale con voz sorda y sin levantar los ojos del libro—. Déjeles que se queden. Mejor que se preparen para una parte de esto. Quédense por ahí, quietos.

A Sanders le gustaba cada vez menos. Él y Marcia se retiraron hasta la pared, como si esperaran el comienzo de un concurso de acertijos. Masters se dirigió al encargado.

—Ahora quiero que repita, para que el sargento tome nota, lo que le dijo a *sir* Henry. Ese libro que *sir* Henry está leyendo, ¿se lo prestó usted a Haye?

Riordan estaba lejos de parecerse al cómico personaje de los *music-halls*. Tenía aspecto de incapaz y reservado. Su edad podía rayar en los sesenta; tenía pelo castaño, tupido y una cara que parecía curtida por el trabajo... Apoyaba el borde de sus manos parduscas contra el estómago, con los dedos encorvados hacia arriba, como si esperara recibir una pelota. Antes de hablar parecía rumiar en secreto cada idea. Luego, lo hacía en un estilo parlamentario, por no llamarlo délfico, inflexible y retumbante.

Por el momento, solamente hizo un digno, gesto con la cabeza.

—¿Dice que conoció a miss Judith Adams en el Norte?

—Así es. Una educada dama que había viajado mucho, que hablaba idiomas extranjeros, que era un placer oírla, decía mi padre, su cochero —agregó con acento y sintaxis escoceses.

—¿Dónde se enteró de la existencia de este libro?

—En un periódico ilustrado que leí. Sobre la gran escritora que estaba muerta y era la señorita en persona. Muchas cosas del libro se las contó a ella mi propio padre, aunque no en tan fino lenguaje.

—¿Por qué quería comprar el libro?

—Si —dijo Riordan con lentitud— no puedo leer el libro de la señorita...

Comenzó a montar en cólera tan lentamente que pasaron varios segundos antes de que se percibiera el menor enojo. Masters le detuvo.

—¡Nada de eso! ¿Cómo llegó a prestarle el libro a Haye?

—¿Acaso no lo puse en mi mesa para que la gente lo viera? ¿Acaso no lo vio el caballero?

Sanders no veía el objeto de esto. *Sir* Dennis Blystone hubiera podido decirles que *Judith Adams* era solamente el nombre de una autora cuyo libro sobre monstruos fabulosos parecía haber embelesado a Haye. Todo el día habían estado discutiendo respecto a su significado. ¿No podría tener una referencia al propio Riordan? ¡Disparates! Sin embargo, recordó las primeras sospechas de Marcia sobre el encargado y no supo qué pensar.

—Ahora, veamos —prosiguió Masters—. Con respecto a la noche de la muerte de Félix Haye, ¿cuándo fue la última vez que le vio vivo?

—¡Jesús! —exclamó con impaciencia el irlandés—. ¿No les he dicho todo eso? Ayer, al sargento...

—Sí, nos lo ha dicho. Todo, excepto una cosa que usted no mencionó antes. Deje esos desplantes. ¿Cuándo vio vivo por última vez a Haye?

—Debían de ser las seis y pico, cuando salió con su traje de etiqueta para cenar.

—¿Le dijo algo a usted, entonces?

—Lo hizo, cuando salía. Me preguntó si sería tan amable de limpiar sus habitaciones, pues iba a recibir gente esa noche.

—¿Lo hizo usted?

—Lo hice. ¿No se lo he dicho?

—¿Tiene usted una llave del apartamento?

—Sí.

—Espere un segundo, hijo —interrumpió *sir* Henry Merrivale—. Es mejor que me deje este asunto.

Sir Henry Merrivale avanzó pesadamente alrededor de la mesa. Poniendo el cigarro sobre el borde, apoyó sus puños sobre ella y miró a Riordan por encima de sus gafas.

—Te diré, hijo. Si tienes malditas ganas de no hablar, déjame que yo hable, y corrígeme si me equivoco. Con sólo un movimiento de cabeza o un gruñido te comprenderé. Viniste aquí a arreglar la casa. Haye había estado bebiendo antes de salir a cenar, ¿no?

Un gesto afirmativo.

—Sí. ¿*Cocktails*, hijo?

Otro gesto afirmativo.

—Sí. Tú lavaste la *cocktelera*, guardaste las botellas y limpiaste el fregadero. Pero no terminaste de limpiar el apartamento. Mira ese dormitorio, por ejemplo: todavía hay ropa sin guardar donde Haye terminó de vestirse. ¿Por qué no acabaste de

arreglar el apartamento? No lo quieres decir, pero te lo diré.

»Fue porque viste una serie de bebidas en la cocina, incluso una botella de *whisky*. Mucha gente ha notado tu capacidad para dormir mientras hacían un barullo de mil diablos la noche del asesinato, y tú seguiste durmiendo hasta que los policías te sacaron de la cama. Esa fue la razón. Tomaste esa botella de *whisky*, te sentaste aquí y bebiste hasta que te dio miedo de que Haye volviese. Pero, como la botella estaba bastante vacía, te la llevaste contigo al sótano. Eso fue poco después de que Haye volviera, alrededor de las once menos veinte.

Hubo un silencio.

—¿Y qué pasa si lo hice? —dijo acaloradamente el otro.

—Nada de particular —dijo suavemente *sir* Henry Merrivale—. Es algo que cualquiera de nosotros podría hacer. Pero ahora viene la parte importante, y aquí quiero la verdad. La verdad, ¿entiendes? *¿Subiste del sótano, en cualquier otro momento, recuerda, antes de que los policías te despertaran?*

Todos en la habitación parecían indiferentes. Sin embargo, contenían el aliento para escuchar la respuesta. Parecían ver el caso pendiente de un hilo.

—Pero ¿qué es esto? —susurró Marcia muy cerca del oído de Sanders—. ¡Parecen verdugos! ¿Dónde está la diferencia?

El propio encargado parecía impresionado y, por lo tanto, desconfiaba. Dijo:

—¿Y cómo voy a saberlo?

—Trata de pensar, hijo.

—¿Y por qué iba yo...?

—Está bien, hijo. Por supuesto, si estabas demasiado borracho para poder andar...

—¡Ah!, reniegos de bruja, ¿quién estaba demasiado borracho para poder andar? —gritó de pronto el otro—. Me acuerdo bien. Fue por una puerta que golpeó en mitad de la noche.

—¿Qué puerta, hijo?

—La puerta trasera del edificio, que alguien había dejado completamente abierta. Me levanté y le eché el cerrojo y la cadena. Eran cerca de las doce y cuarto.

En todas las caras hubo un relajamiento de músculos, un suspiro de alivio, indicadores de que habían oído lo que querían.

—Eso es todo, hijo, puedes irte.

Una vez que se fue, dando fuertes taconazos, Masters empezó a reunir los papeles que había sobre la mesa, con una satisfacción casi violenta.

—Cazamos al pillo —susurró Masters—. Tenemos al asesino en el bote, si es que entiendo algo de todo esto. Ahora...

Echó una rápida mirada a Marcia Blystone y al doctor Sanders, y se aclaró levemente la voz.

—¿Le parece, señor, que pasemos a la otra habitación para cambiar algunas opiniones? —dijo Masters, deteniéndose—. ¡Bob! Tú y Wright id a buscar a ese

muchacho de la Agencia de Investigaciones Everwide, aquel de quien os he hablado, y seguid las instrucciones de *sir* Henry. Salid, pero volved rápidos. ¿Puede acompañarme un momento, *sir* Henry?

El inspector jefe estaba muy activo. *Sir* Henry Merrivale, que parecía preocupado, apenas tuvo tiempo de expresar una palabra de bienvenida a los dos recién llegados, antes de que Masters le condujera hasta el dormitorio y cerrara la puerta.

Por eso no pudo ver a visitas más interesantes. Bonita Sinclair, lady Blystone y *sir* Dennis Blystone llegaban al vestíbulo del apartamento.

Parecían una procesión. Más tarde, Sanders lo recordó con esa claridad que a veces parece surgir en medio de la noche.

El suelo del apartamento estaba enteramente cubierto por una alfombra color castaño. La rica concavidad de la habitación, adornada con pinturas murales y candelabros en la pared. El vestíbulo, con cuadros un poco más deslucidos, y los abrigos de pieles de las damas que se movían alrededor. También recordó la innecesaria violencia con que Blystone dejó el paraguas en el paragüero. Hasta el murmullo del tránsito en la calle y el leve zumbido de la nevera eléctrica de la cocina.

—Muy bien —susurró Marcia—. Ahí va.

Sanders siguió observando todavía el orden de la procesión. Primero Bonita Sinclair, a quien seguía lady Blystone. ¿Qué había en eso? Porque quedó azorado ante la completa amistad que parecía existir entre las dos mujeres.

Oyeron decir a lady Blystone, sí, a la madre de Marcia, con alegre entonación:

—¿Qué hacemos con nuestras cosas, querido Punch? Nunca había estado aquí hasta ahora, sabes.

—El dormitorio —dijo Blystone, de prisa y entre dientes—. Yo las llevaré.

Una vez que se hubo quitado el abrigo de pieles, que por error de cálculo arrojó sobre la cara y cabeza de su marido, lady Blystone pasó al salón con firme seguridad y con la brillantez de una dentadura postiza. *Mistress* Sinclair la siguió más despacio. Cerrando la marcha, Blystone andaba a ciegas con la cabeza metida entre las pieles.

Sanders no sabía si era un grupo alegórico; pero, de todas maneras, se sentía incómodo. Lady Blystone se les acercó. Ella, seguramente, estaba enterada de que no era el inspector de investigaciones Sanders, del Departamento de Investigaciones Criminales, porque le estudió con una mirada comprensiva.

—Arréglate un poco el cabello, Marcia —dijo automáticamente—. El doctor Sanders, ¿verdad? Mi esposo me ha dicho esta tarde quién era usted. ¿Cómo le va? —hablaba sin signos de emoción—. ¡Oh!, *mistress* Sinclair, ¿quiere venir, por favor? No sé si ustedes se conocen. Esta es mi hija Marcia.

Estiró la mano y acarició a Marcia en la cabeza, procedimiento que casi produjo una explosión.

—¿Cómo está? —dijo Marcia—. Este es mi prometido. Nos vamos a casar.

«Es un momento infernal —pensó Sanders—, para sacar eso a colación». Pero, consciente como siempre, pasó revista mentalmente a cosas tales como las cifras de

su renta y sus títulos, en caso de que se discutiera el asunto.

—¿No me digas, querida? —dijo lady Blystone distraídamente. Miró por encima del hombro, pensando en otras cosas—. Dennis, ¡ven! A veces eres tan lerdo. ¿No encuentra lerdo a mi marido, *mistress* Sinclair?

—En absoluto —respondió la otra.

Aunque concedió una sonrisa a Marcia, estaba mucho más seria que lady Blystone, quien parecía cabalgar sobre un caballo adiestrado para desfiles, especial para revistas, procesiones y otras circunstancias augustas. Sin embargo, daba la impresión de que el caballo se había desbocado. Sanders advirtió por qué. *Mistress* Blystone se sentía verdaderamente feliz.

—Marcia, casi me olvido de contártelo —prosiguió—. Me temo que tendrás que arreglártelas sin nosotros durante una temporada. Tu padre y yo vamos a hacer un crucero, un hermoso y largo crucero, posiblemente alrededor del mundo. Lo decidimos esta noche.

—¿De veras? —gritó Marcia—. ¡Es maravilloso!

—Desde luego que sí, querida. Tu padre pensó que tal vez a la policía se le ocurriría tratar de impedirlo, o algo por el estilo, a causa de este horrible asunto; pero está seguro de que no lo harán, y de todos modos, tiene poderosas influencias. Zarparemos la semana que viene y estaremos de viaje durante seis meses, aproximadamente.

—¡Qué bien! —dijo Marcia—. En ese caso, estarán de vuelta exactamente para la boda.

—¿Para qué, querida?

—La boda, mi boda. Tal vez no lo oyeras bien: me voy a casar con el doctor Sanders, que está aquí.

—¡Qué disparate!

Sanders sacó su libreta de un bolsillo, donde había hecho algunas anotaciones.

—Esperaba —dijo— hablar de este asunto en un momento más oportuno, pero bien puede enterarse ahora. Marcia y yo vamos a casarnos en la Oficina del Registro Civil de Marylebone Road la primera semana de septiembre. Me temo que no haya nada que hacer al respecto. Sin embargo, creo que debe saber...

Habló durante un minuto y medio, más o menos, cerró la libreta y la colocó en su bolsillo. Luego, se miraron mutuamente a los ojos. Por un momento, pensó que lady Blystone iba a prorrumpir en lamentaciones, a pesar de parecerle que algo del estilo comercial que tenía el asunto le atraía. Volvió a adoptar su aire de recia alegría, ahora un poco más húmeda.

—Bueno, querida —le dijo a Marcia—, si insistes en casarte, supongo que no puedo impedirte. Después de que hayamos puesto en claro los hechos, claro está. Lo discutiré contigo más tarde. De todas maneras, tu padre y yo no podemos alterar *nuestros* planes...

—¡Naturalmente que no! Sólo quería mencionarte el hecho de que voy a casarme,

eso es todo.

Pareció que lady Blystone no sabía qué alternativa elegir para afrontar la noticia. Pero sofocó cualquier confusión de sentimientos con su otro problema.

—La semana que viene —repitió. Se volvió con gran cortesía—. ¿Ha hecho alguna vez un crucero alrededor del mundo, *mistress* Sinclair?

—Nunca —sonrió Bonita.

—Se diría que usted ha estado demasiado ocupada, claro. Estoy segura de que mi marido y yo disfrutaremos de todos los minutos de este viaje.

—Seguro que sí.

Parecía que algo molestaba, que algo no marchaba del todo bien.

—¿Su esposo, *mistress* Sinclair...? *Está* casada, ahora, ¿no es así?

—No —dijo Bonita Sinclair con calma—. Mi marido murió anoche. No le haré creer que lamento mucho lo sucedido; pero está muerto y alguien le asesinó. Esa es la verdadera razón por la que estamos aquí, ¿no? Si se siente triunfante por una victoria de ese tipo, diviértase y que le aproveche.

Hubo un silencio. John Sanders sentía simpatía por la mujer. Sentía simpatía a pesar de todas las reglas, a pesar de todas las posibles hipocresías y falsedades, sencillamente, porque había dicho tal cosa y porque en ese momento parecía sincera. Luego, en medio de esa quietud, tuvo conciencia de que la habitación se estaba llenando.

Por la puerta del dormitorio salieron *sir* Henry Merrivale, Masters y *sir* Dennis Blystone; por la del vestíbulo, entraron Bernard Schumann y un hombre de cabello brillante, hombros caídos y cara cetrina, que Sanders supuso sería el ayudante egipcio.

—*Voici le cadavre*^[5] —susurró el último, riendo entre dientes y golpeándose el pecho—. *La tête de mort, c'est moi. Je prendrai ma place au pied de la table*^[6].

Schumann, que se había vestido de etiqueta como Blystone, apretó su sombrero contra el pecho e inclinó la cabeza.

—Espero que no lleguemos con retraso —dijo—. Este es mi ayudante. El... es decir, la persona cuyo nombre hemos estado discutiendo algunos de nosotros esta tarde.

—No, hijo, no llegan con retraso —dijo *sir* Henry Merrivale—. Precisamente íbamos a empezar.

Se dirigió con pesadez hasta la cabecera de la mesa y colocó sobre ella, con un golpe, *El cubil del dragón*. El único signo de preocupación que se advertía en él era que seguía sacudiendo ligeramente la punta de su cigarro para desprender imaginarias cenizas.

—Siéntense.

Todos obedecieron la orden, excepto Masters, que permaneció apoyado en la chimenea. Fue *sir* Dennis Blystone quien planteó el tema.

—Bueno, Henry, como ves, aquí estamos. ¿Me equivoco al suponer que has

estado haciendo algo más de eso que tú llamas sentarse y pensar, y que éste es el resultado?

—En cierta manera, así es —dijo Merrivale.

Pareció descubrir con desganada sorpresa que se había apagado su cigarro. Schumann, cercano a su derecha, le alcanzó un encendedor y le dio fuego.

—No nos han presentado —observó Schumann—, creo que le conozco. Que esto sirva como presentación.

—Gracias, hijo —dijo *sir* Henry Merrivale.

El humo subió en espirales por el espléndido salón. *Sir* Henry Merrivale, inflando sus carrillos con una mueca concentrada y espantosa, exhaló algunos anillos de humo. A ambos lados de su cabeza calva se veían los restos de un cabello grisáceo, rizado sobre sus orejas. El libro colocado sobre la mesa mostraba su título brillantemente impreso en la portada.

—Me preguntaba —dijo *sir* Henry Merrivale— por dónde empezar. Ahora ya lo sé. En el curso de esté asunto hemos desenterrado unos cuantos secretos referentes a distintas personas. Hemos husmeado dentro de cajas y averiguado historias. Pero hay un secreto que no hemos discutido todavía, aunque está en la base del asunto. Me refiero, amigos y enemigos, al secreto de Félix Hays.

EL SECRETO FINAL

—No es —prosiguió *sir* Henry, cruzando las piernas para ponerse cómodo— un secreto muy profundo. Es una cuestión de temperamento, y la mayoría de ustedes lo saben. Piensen en las actividades de Haye. Lean sus libros. Mediten en sus palabras. Y sabrán realmente cómo era el sujeto.

»No era un chantajista. No era un criminal de ninguna especie. No tenía ni un penique que ganar, ni una causa que proteger, ni un entuerto que enderezar. Hasta dudo de si alguna vez actuó de mala fe. Félix Haye era solamente lo que pretendía ser: un hombre de negocios sin tacha, con una mentalidad poco evolucionada, incluyendo su sentido del humor y cierto *hobby*. Les diré lo que era: era un desenmascarador.

»Por lo general, no pongo objeciones en contra de quienes andan por ahí demostrando enloquecidamente que la gente no es lo que parece ser. Hay que lavar bien los trapos sucios, y la casa del farsante necesita una buena limpieza general. Si se utiliza una mentira solemne para engañar al hombre honrado, o vender un tranvía público, o entonar cánticos de alabanzas de labios afuera por interés, o mantener una criatura como amenaza... entonces, digo yo, hay que proclamarlo a voz en grito.

»Si se hace porque se odia el charlatanismo y la farsa, no se puede hacer mejor cosa. El cielo les premiará con creces y beberán del néctar de los dioses. Pero si se hace por mero placer...

»Por eso, saben, es por lo que a veces la gente no deja en paz a los muertos. Los muertos son bastante inofensivos, por regla general. No corremos peligro de que nos invada Julio César. Gladstone no se presentará a las elecciones parlamentarias otra vez. Dickens no figura en el catálogo de primavera con una nueva novela. Pueden descansar en su grandeza y hacer mucho bien en sus tumbas, siempre que nuestros modernos Juvenales se lo permitan. Pero hay algunas personas que, sobre todas las cosas, por el solo placer que les proporciona, gozan al oír que el general Fulano era un cobarde y que lady Mengana sufría de dipsomanía. Félix Haye era una de esas personas.

»¿La razón? ¿Recuerda alguno de ustedes, siendo pequeño, la primera vez que oyeron blasfemar a un pariente del sexo femenino? ¿O la primera vez que vieron a un imponente tío abuelo besar a la doncella detrás de la puerta? ¿U oír algunos chismes sobre ciertas personas de su familia? Apuesto a que se les helaron las orejas de asombro. A mí me pasó así. A la mayoría nos ha pasado. Nunca creímos que ellos pensarán cosas semejantes. La mayoría de nosotros, por supuesto, hemos superado esa etapa. Las cosas se reajustan y llegamos a aceptar la farsa necesaria *lento risu*.

»Pero Félix Haye nunca superó ese período. Fue mucho más allá. Se convirtió en una manía, en una fuente de goce y deleite, descubrir el lado flaco de la gente que conocía. Luego, de manera socarrona y taimada, les vilipendiaba, para ver cómo reaccionaban. No creía que con eso les ocasionara daño. No iba a delatarles en público. Era solamente el *hobby* de niñez del pequeño Félix.

Sir Henry hizo una pausa.

—Lo que quería, claro está, era gente importante o que ocupara posiciones destacadas. Eso era néctar y ambrosía para él. Sólo que, por desgracia, no conocía a nadie semejante. Era solamente un hombre de negocios próspero con un círculo de conocidos más o menos restringido. Me refiero a...

Levantando un dedo, *sir Henry Merrivale* lo movió en redondo para señalar al silencioso grupo que estaba a su alrededor.

Bernard Schumann habló pensativamente:

—Ahora veo. Eso era lo que no podía comprender. Casi me volví loco tratando de descubrir los motivos de Haye. No podía imaginarme por qué podría interesarse tanto por mí. Apenas me conocía.

—No conocía a Peter Ferguson en absoluto —dijo *sir Henry Merrivale*—. Sólo sabía que Ferguson era un tipo muy peligroso. Se enteró de la existencia de Peter Ferguson por medio de su mujer, y se interesó tremendamente por él. Ahora —agregó *Merrivale* de pronto— voy a comenzar con calumnias. Cómo Haye supo lo que sabía, es un secreto que se llevó a la tumba, y que no concierne a nuestro problema actual. Pero sabía en verdad ciertas cosas. Primero, quiero decirles que ahora no hay nada en contra de ustedes por sus pecadillos. De manera que no me salten y me aturdan porque el inspector jefe Masters esté allí con cara siniestra. No puede hacer nada. En consecuencia...

Sir Dennis Blystone se levantó de su silla. Sanders y Marcia le habían estado observando. Permanecía sentado, con la mano sobre el brazo de su esposa, acariciándolo de vez en cuando de manera distraída. Evidentemente, a lady Blystone le producía cierta satisfacción mezclada de disgusto. En su cara se advertía una mirada grave y pensativa cuando se levantó.

Fue en dirección recta hacia Masters.

—Inspector jefe.

—¿Señor?

—Permítame que le devuelva su libreta de notas —dijo Blystone, entregándosela—. Se la saqué del bolsillo mientras dejaba los abrigos en el dormitorio.

—¡Dennis! —chilló Blystone. Luego se reprimió, y permaneció rígida.

—Debo decirle —dijo rápidamente Masters— que ésta no parece ser la mejor oportunidad para practicar ninguna de sus graciosas...

—No es eso —respondió Blystone. Los demás vieron que se reía entre dientes—. Sólo estoy poniendo en práctica un consejo que me recordó mi amigo *sir Henry Merrivale*. Están contemplando ahora a un experto prestidigitador aficionado que, de

ahora en adelante, pasará buenos ratos en los círculos sociales —agregó—: ¡Dios mío, qué alivio! No significa nada en absoluto. No me importa que lo publiquen mañana en el *Daily Mail*. ¡Eh, Judy!

—¡Dennis, estás loco! Completamente...

—Cállese —dijo *sir* Henry Merrivale con calma.

Por primera vez, lady Blystone condescendió en mirarle.

—En realidad, *sir* Henry, ¿no cree que eso es ir más lejos de lo que usted acostumbra?

—¡Cállese! —rugió *sir* Henry Merrivale.

Por un segundo, Sanders pensó que *sir* Henry iba a arrojarle a lady Blystone *El cubil del dragón*. Y comprendió por qué: *sir* Henry Merrivale se sentía aliviado. Le había visto proceder de la misma manera en los tribunales cuando se había superado la crisis y el veredicto estaba enunciado.

Pero la sensación de escalofrío que comenzaba a recorrer al doctor Sanders tenía otro origen. Todos estaban esperando. Había un asesino en la habitación, y no tenía la más remota idea sobre quién pudiera ser.

Sintió que el brazo de Marcia se cruzaba con el suyo cuando *sir* Henry Merrivale se dio la vuelta.

—¡Oh! ¡Oh! ¿Nadie más quiere hacer alguna pequeña confesión? Pueden ver que es saludable para el alma.

Merrivale miró de lado a Bonita Sinclair que le contemplaba con los ojos entornados. *Mistress* Sinclair nunca había parecido más indefinida, ni más inocente, ni más totalmente inexplicable. Como para fastidiar a lady Blystone, había cruzado sus piernas y lucía sus rodillas con mucha más liberalidad de lo que su aire inocente podría sugerir.

—No, gracias —contestó. Y sonrió—. Usted hará que ciertas personas piensen que soy mucho peor de lo que en realidad soy; una asesina, por ejemplo, y me gustaría confesar. ¿Pero qué puedo decir? Trabajo para ganarme el sustento. Vendo cuadros.

Lady Blystone la miró.

—Vendo cuadros —repitió Bonita Sinclair—. Si tengo alguna otra profesión ha sido sancionada en el pasado por muchas grandes damas, y los policías sólo se interesan por ella cuando están libres. La mujer que no tiene éxito en ella como esposa tiene mi conmiseración. Eso es todo. No he cometido ningún delito.

—¡Quieta! —intervino violentamente *sir* Henry Merrivale, mientras lady Blystone hacía un movimiento. *Sir* Henry la señaló—. Más vale que aclaremos esto ahora mismo. Cualquier acusación de envenenamiento en contra de esta chica, cualquier rumor sobre posibles tretas o engaños es falsa. La policía francesa se ha expresado con claridad. El italiano de Montecarlo, aquel sobre el cual armó tanto escándalo, murió de apendicitis. Nunca ha habido una verdadera acusación en su contra. Estaba en Scotland Yard cuando murió Ferguson...

—Gracias, *sir Henry* —dijo la mujer—. Me lo ha contado cuando ha estado esta tarde en casa. ¿Para qué volver a repetirlo?

—No. La única cosa que Hays tenía en contra suya eran dos cartas sobre un Rubens y un Van Dick falsos, garantizando su autenticidad...

—Eso es una calumnia.

—Seguro —asintió humildemente *sir Henry Merrivale*—. Pero tengo que mencionarlo —se volvió hacia Schumann—. Como usted dice, hijo, no nos hemos visto antes. Pero también sé quién es usted. ¿Quiere que le diga qué tenía Hays en contra de usted como prueba de incendio delictivo?

La habitación se quedó en silencio. Masters restregó sus zapatos en las arenosas piedras de la chimenea, como si se preparara para correr una carrera, mientras Bernard Schumann parecía impaciente.

—¡Mal rayo les parta! —exclamó Schumann, apretando el puño—. Me estoy cansando de esta disparatada acusación. El inspector jefe ha ido a verme esta tarde y la ha repetido, agregando la de asesinato. Se suponía que había incendiado mi propia barraca y matado a Nizam El Hakim...

Fue una sorpresa bastante desconcertante para Sanders, que no estaba al tanto de esta última noticia, cuando Schumann indicó al sonriente egipcio.

—... a quien les presento gozando de muy buena salud, por cierto.

—*Enchanté* —El Hakim hizo una pequeña reverencia, como si fuera presentado.

—No pido —dijo Schumann— que me presenten excusas. Eso sería esperar demasiado. Pero quiero que tengan la decencia de callarse la boca. Usted no me acusa de incendiar mi propia barraca, supongo.

Sir Henry Merrivale movió la cabeza con desconsuelo. Examinó el cigarro que tenía entre sus dedos.

—No, hijo. En absoluto.

—¿Entonces...?

—En realidad —dijo Merrivale, señalando con el cigarro a Nizam El Hakim— creo que él la incendió.

El doctor Sanders nunca había observado el interesante, y hasta inquietante espectáculo de una persona de tez oscura que palidece. En ese momento lo vio en El Hakim. El egipcio dio un salto y comenzó a verter un falsete de mal francés con tal rapidez que Sanders se perdió después de la primera oración. Tras abarcar con un movimiento de su brazo a todos, se detuvo como un juguete al que se le acaba la cuerda. Finalmente, salió corriendo de la habitación; le oyeron dar un portazo.

Sir Henry Merrivale levantó la mano.

—Recuerde —insistió con cuidado—. No lo puedo probar. Es una pura calumnia. Pero estaba sentado meditando, y pensé que podría haber más verdad de lo que se creía.

Creo que El Hakim pegó fuego a su barraca y se escapó a Port Said. Y creo que usted tenía graves sospechas. Por desgracia, cuando regresó a El Cairo, usted tuvo

que tomarle como empleado, como acto de defensa.

»Porque es posible que supiera lo que Haye sabía: que usted es aficionado a los incendios por puro placer. Usted ha pasado un momento terrible, hijo, y siento un poco de lástima. Esos mecanismos de despertadores que estaban en su bolsillo, *no* dañados por el fuego, no tienen nada que ver con el incendio de El Cairo. Son los restos de una de sus tretas incendiarias sin éxito, o que sólo surtieron efecto parcial. Y Haye tenía pruebas en contra de usted. El hecho es éste. Por el momento no digo qué incendios provocara, en dónde, ni nada que a eso se refiera. Está completamente fuera de nuestra cuestión... que es un asesinato.

Schumann estaba más excitado que antes.

—¿A usted no le interesa?

—Eso es lo que he dicho, hijo.

—Entonces, ¿por qué molestarme a mí, a nosotros, con este juego del ratón y el gato? Usted tiene la respuesta —replicó Schumann, controlándose— a lo que llama su problema. Esta tarde, como había prometido, le he proporcionado al inspector jefe Masters importante información. ¡*Importante!* Me alegro que se dé cuenta de ello. Le he dicho quién es el asesino.

—¿No querrá decir que lo sabe? —gritó Bonita Sinclair.

—Señora, por supuesto que lo sé. El asesino es...

—Silencio —dijo *sir* Henry Merrivale.

Una vez, durante un día de feria en el campo, el doctor Sanders se había visto engatusado por un aparato llamado Silla Volante. Una serie de asientos de apariencia endeble, cada uno sujeto a una larga cadena, empezaban a girar cada vez más y más rápidamente hasta que las víctimas se veían lanzadas al aire paralelamente al suelo. Y uno pensaba: «Pardiez, ¿qué pasará si se rompe la cadena?». En ese momento, Sanders tuvo una sensación similar. La silla volante giraba cada vez más de prisa y se preguntó si habría alguien capaz de detenerla.

—¡Al diablo con el silencio! —respondió Schumann con natural desenfado—. Les he dado la información. Entonces, ¿por qué se quedan ahí sentados y nos enloquecen a todos nosotros, menos al verdadero asesino, con preguntas sobre nuestro pasado? Señor, sé lo que sé. Estoy preparado a prestar juramento ante los jueces...

—Seguro —coincidió pacientemente *sir* Henry Merrivale—. Ese es el caso. Ese es todo el caso. De ahí que les pregunte esas cosas. Ah, cabezas de chorlito, ¿no se dan cuenta de que este caso tendrá que ser ventilado en los tribunales?

Entonces abandonó su mansedumbre y comenzó a rugir.

—Es sencillo, ¿no? Si se pesca al asesino, habrá juicio. Y ustedes son los *testigos*. ¿No comprenden? ¿Por qué creen que he estado tan preocupado todo el tiempo? Ustedes hablan de tapan las cosas. Supongan que tengo un amigo. Supongan que quiero evitar que se le arranque la verdad en un juicio abierto, siendo la verdad que es un carterista. ¿Y creen que no saldrá a relucir? ¡Oh, no! El defensor se les echará

encima. De modo que asegúrense de que no hay verdaderas pruebas...

—¡Vamos, vamos! —le interrumpió Masters, como para prevenirle—. No podemos...

—Cállese, Masters —dijo *sir* Henry Merrivale. Resopló, y luego se apaciguó un poco—. En realidad, ahora no me preocupa ese punto. Ese amigo mío se ha curado. Ha asustado al espantajo y ha aprendido a reír. No se preocupará por eso. Su hija también asustó al espantajo, al enamorarse. Pero...

Sir Dennis le interrumpió.

—Supongamos —dijo Blystone en tono inmutable— que nunca se cace al asesino.

Un ligero estremecimiento se percibió alrededor de la mesa, como si estuvieran en una sesión de espiritistas.

—Oh, hijo mío —dijo *sir* Henry Merrivale—, el asesino está metido en un bolsillo. Esa es la parte triste. El asesino estaba metido en un bolsillo antes de que Haye o Ferguson fueran asesinados. ¿Quieres saber por qué? Porque la Agencia de Investigaciones Everwide, esa firma de entrometidos particulares, ha descubierto quién compró la atropina y quién mandó la botella envenenada a Haye. ¡Pruebas! ¡Diantre! No podría haber evitado que se conocieran, aunque me lo hubiera propuesto. Y ahora, respecto a las pruebas de Bernard Schumann...

—¿Qué ridícula estupidez significa esto? —preguntó lady Blystone.

—Todavía —añadió Bonita Sinclair con voz dulce— falta un detalle en el caso, ¿verdad? Pregunto solamente. Yo... conozco algo de derecho, ¿sabe? Para declarar a alguien culpable, tendrá que demostrar cómo se puso la atropina en nuestras bebidas anteanoche en esta casa, ¿no es así?

—Sí —dijo Merrivale.

—Y estamos dispuestos a jurar que fue imposible que ninguno de nosotros envenenara las bebidas, ¿no es así?

—Sí —dijo Merrivale.

—Y estamos dispuestos a jurar que fue imposible que ninguno de nosotros envenenara las bebidas. ¿Se ha demostrado cómo pudo hacerlo el asesino?

—No —dijo *sir* Henry Merrivale—. Pero voy a demostrarlo inmediatamente.

Se levantó de la mesa.

—Aquí tenemos —prosiguió, arrojando la colilla de su cigarro a la chimenea— a la mayoría de las personas que estuvieron aquí la noche del asesinato, con algunos pocos añadidos. De manera que vamos a proceder a una pequeña reconstrucción. Usted, señora, preparará otros *cocktails*, mientras los demás la observan. Dennis va a tomar otro *highball*. *Míster* Schumann va a traer las bebidas hasta aquí. Yo *me encargaré de envenenarlas*. Obsérvenme con cuidado, señoras y señores, y vean si pueden decirme cómo lo hago. ¿Les parece razonable?

—Sí, es razonable —dijo Schumann, que parecía ferozmente perplejo—. Pero...

—Hemos oído en este caso —dijo, de pronto, *sir* Henry Merrivale—, bastantes

maneras ingeniosas de cometer un crimen. Veamos ahora, para concluir y acabar con el asunto, una verdadera: y la mejor, después de todo. Pero, antes de hacerlo, hay una pregunta que quiero formular.

Miró fijamente a *sir* Dennis Blystone.

—Tú, Dennis. Tú solías ser abstemio. Tu hija dice que en la actualidad bebes muy pocas veces. Tú mismo dijiste ayer, en el apartamento del doctor Sanders, que no te gustaba el *whisky*, por lo cual te compadezco. ¡Oh! ¡Oh! Luego, ¿cómo se te ocurrió pedir un batido de *whisky* de centeno en la fiesta de Hays?

Blystone le miró vivamente.

—Hay dos razones. Primero, me gusta más el centeno. Segundo, no se sirve habitualmente en las reuniones. Si pido centeno y *ginger-ale*, como nunca se tiene a mano, no me veo obligado a tomar otras bebidas cuando no tengo ganas de beber.

—¡Oh! ¿Es una maniobra habitual tuya? ¿Y Hays tenía listo el centeno? ¿Conocía tu predilección?

—Creo que sí.

—Muy bien —dijo *sir* Henry Merrivale—. Comencemos. Masters hará el papel de Hays. Sólo para demostrarles que no hay ninguna jugarreta en la mezcla de bebidas y en las maniobras alrededor del fregadero de la cocina, me quedaré aquí mismo, donde todavía no puedo tocar las bebidas. Ahora, a la cocina.

Los minutos siguientes fueron casi los más largos que Sanders recordaba. Conducidos por la enérgica voz y los enérgicos gestos del inspector jefe, *mistress* Sinclair, *sir* Dennis y Schumann llegaron al vestíbulo y, desde allí, a la cocina. Lady Blystone estaba quieta en su silla, con la cabeza erguida; parecía pensar en otra cosa. Marcia dio un tirón a una manga de Sanders cuando éste se disponía a dirigirse a la cocina.

—No, no vayamos —dijo impetuosamente, señalando con la cabeza a *sir* Henry—. Nosotros nos quedamos aquí y le *observamos*. No hay que quitarle el ojo de encima.

Desde la cocina llegaba, levemente, el sonido de la voz de Masters, mezclado con el siseo y el chapoteo del agua que corría.

—La *cocktelera*, por favor. La enjuagará, como lo hizo Hays. Aquí la tiene, *mistress* Sinclair. Ahora, las copas.

Sanders miró su reloj de pulsera. Hasta el segundero parecía arrastrarse. Los de la cocina estaban exprimiendo limones. Se oían ruidos de botellas y un vivo golpeteo, acompañado del insistente siseo del agua caliente.

Sir Henry Merrivale estaba inmóvil, y se rascó la nariz.

Luego, oyeron batir la *cocktelera*.

—Listo, señor —gritó Masters, desde el otro cuarto.

—Hagan lo que hicieron la otra noche —dijo *sir* Henry Merrivale sin moverse—. ¿Los ha probado, *mistress* Sinclair, directamente de la *cocktelera*?

Silencio.

—¿Listo?

La voz de *mistress* Sinclair fue clara, aunque repentinamente trémula.

—Los *cocktails* están listos, sí. Pero no va, *realmente*, a poner nada...

—Sigan —dijo Merrivale.

En cualquier otra circunstancia hubiera sido cómico ver a Bernard Schumann entrar en el salón con una bandeja. Tenía el aspecto de un camarero viejo. Casi la deja caer antes de colocarla en una mesita que estaba cerca de la gran mesa del comedor. Sobre la bandeja había una *cocktelera* niquelada, cuatro copas y un vaso a medio llenar.

Sir Henry Merrivale continuó inmóvil.

—Vuelva a la cocina, hijo —le ordenó a Schumann—, con los demás —miró a Sanders—. Usted controle el tiempo. Caramba, vamos a reconstruir esto exactamente, sin desviarnos un milímetro. Dijeron *entre dos y tres minutos*. Pongamos dos y medio. ¡Ustedes que están ahí! —gritó—. ¡Hablen! Que alguien imite a un niño llorando. ¿Me oyen?

Después de negativas que ponían los nervios de punta, fue Masters quien obedeció. El ruido resultante fue lo suficientemente espantoso como para parecer gracioso; pero nadie se rió. Masters tenía poderosos pulmones, como debían de haber sido los de Haye. Sin verle, podía imaginarse que era el mismo Haye.

No obstante, los nervios de ese grupo de gente estaban admirablemente controlados.

Un minuto. El llanto del niño se iba apagando, pero a Sanders le parecía que ahogaba los demás ruidos a excepción del tictac de su reloj.

Dos minutos. Sanders nunca había vivido minutos tan largos. Marcia apretaba la mejilla sobre la manga de éste; él podía ver la curva de sus pestañas y sentir su respiración. Una vez creyó que se le había parado el reloj. Durante ese rato, lady Blystone estuvo inmóvil en el asiento, y parecía pensar en otras cosas.

Dos y...

Sanders hizo un gesto.

—Ya está —dijo *sir* Henry Merrivale.

El intermitente llanto de la criatura cesó. Un grupo silencioso, conducido por un silencioso inspector jefe, volvió al salón. Bonita Sinclair estaba pálida, aunque sonreía de forma mecánica.

—Bien —dijo *sir* Henry Merrivale—. Estarán de acuerdo en que se han cumplido los requisitos, ¿eh? ¿Es todo igual a la otra noche?

—Todo igual —dijo Blystone, poniéndose la mano en el cuello de la camisa—. Incluso el hecho de que tú has tenido la oportunidad de *verter atrop...* digo... algo en alguna parte mientras estábamos en la cocina.

—¿Qué dice, doctor? —preguntó *sir* Henry Merrivale, mirando a Sanders.

—No se acercó a esa bandeja —declaró Sanders, y Marcia asintió con la cabeza—. Ni a dos metros.

Ahora, *sir* Henry Merrivale fue hasta la bandeja, alzó el vaso y se lo entregó a Blystone. Con una sacudida grotesca y un gesto florido sirvió de la *cocktelera* una bebida blancuzca en una copa.

—Usted mezcló esto —dijo *mistress* Sinclair—. Debería estar segura, ¿eh? Bien; pues bébalo.

Silencio.

—Preferiría no hacerlo —dijo Bonita Sinclair—. Ya lo he probado una vez. *Míster* Schumann los ha traído aquí después que yo los preparara. Que lo beba él.

Schumann inclinó su cabeza cortésmente.

—No me opongo, señora —dijo—, ya sé quién está a cargo de las operaciones —reflexionó, levantando la copa—. Por segunda vez en el día, voy a beber una copa que alguien cree que está envenenada. Al final, estas cosas redundarán en perjuicio de mi salud, y seré... ¡Dios mío! —dijo involuntariamente.

Schumann dio un salto hacia atrás, estirando las manos como si tratara de alejar algo de su lado. La copa se cayó y se rompió con estrépito sobre la bandeja. Luego, se frotó la boca con la mano.

—*Sir* Henry, ¿qué...?

—No se asuste —le dijo *sir* Henry Merrivale con gran seguridad—. No tiene veneno, hijo. Sólo algunos gargarismos que no le harán ningún daño. Tenía que darle sabor a algo, porque si no usted no me hubiera creído.

Con grandes escrúpulos, Blystone inclinó su vaso.

—Es verdad. Hay algo ahora que no había antes. Pero, Merrivale, ¿cómo? ¿Cómo lo has hecho? ¿Cómo, en nombre de...?

—Qué diablos —atronó *sir* Henry Merrivale—. No es tan complicado, ¿verdad? Piensa, hijo. Es desconsoladoramente fácil. Hay dos clases de bebidas. Una con *gin*, la otra con *whisky*. Una tiene *ginger-ale*, la otra cointreau y jugo de limón. ¿Pero qué más tienen? ¿Qué es lo único que tienen, además? ¿Qué es absolutamente necesario para todas las bebidas si se las preparan bien?

—¿Qué?

—Hielo —dijo *sir* Henry.

Resolló, puso sus manos en los bolsillos y les miró a todos fijamente.

—Me di cuenta de ello —prosiguió— cuando oí repetir a Masters el cuento de *mistress* Sinclair, que Haje estaba al lado de la nevera eléctrica imitando a un niño. Hielo, hielo, hielo. Hielo de la bandeja de cubitos, de la única bandeja de cubitos que hay en esa pequeña nevera en la cocina. ¿Se dan cuenta ahora?

»Alguien lo había preparado. Un líquido incoloro (la atropina) había sido puesto en el agua de los cubitos de hielo, que luego se congelaron. Bien. Se mezclaron los *cocktails*, se prepara el *highball*. Se sacan los cubitos de la bandeja de la nevera y se introduce en cada bebida. Se le da un par de sacudidas; pero todavía no está preparado del todo.

»¿Ven?, *mistress* Sinclair prueba los *cocktails*. Pero, en esos escasos segundos, no

ha habido tiempo para que el hielo se derrita lo suficiente como para que suelte su carga de atropina. Lo mismo pasa con el batido de Blystone, que *mistress* Sinclair también prueba. Luego se traen las bebidas aquí, se ponen en la mesa y se las dejan dos o tres minutos. Cuando vuelve el grupo a la habitación, el anfitrión toma la *cocktelera*, le da automáticamente un par de vueltas, que mezclan mejor el veneno, y sirve las copas. La máquina está cargada, y la matanza es terrible.

»El asesino sabía, como me han contado, que Haye bebía sólo *cocktails Dama Blanca*. Era seguro que sus invitados tomarían lo mismo, con la posible excepción de *sir* Dennis Blystone. Pero, en ese caso, Blystone bebería su bebida favorita de *whisky* de centeno y *ginger-ale*. Tienes suerte, Dennis. Si hubieses tenido la costumbre de beber jerez, o *scotch* y soda, o cualquiera de esas bebidas que no requieren hielo, el asesino habría tenido que matarte con la espada. Pero un rico *highball* es bastante repugnante sin hielo. Y se puso hielo.

»Esa es la razón por la cual las dosis individuales de veneno variaban tanto: el asesino, por supuesto, no pudo calcularlas. Por eso tuvo que matar a Haye con una espada: no pudo despachar a la víctima sólo con veneno. Después el asesino simplemente enjuagó la *cocktelera* y la llenó de nuevo con inofensivos *cocktails*. Quería desviar nuestra atención del tema del hielo. Quería que pensáramos, como lo hicimos, que las dosis fueron administradas en cada copa individual por uno de los invitados a la reunión.

Blystone le miró.

—¿Por uno de los invitados a...? ¡Pero no es cierto! No podríamos haberlo hecho. Ninguno de nosotros se acercó a la nevera.

¡Ninguno tuvo la oportunidad de echar el veneno en la bandeja de los cubitos de hielo!

—Ya lo sé, hijo —dijo *sir* Henry sombríamente.

—Entonces, ¿quién es el asesino?

—Judith Adams —dijo Merrivale—. Ya sé que la verdadera Judith Adams está muerta. Me refiero a la desconcertante indirecta que significa ese nombre. Porque el secreto verdadero de Félix Haye es el secreto de su última broma, su broma más feliz, más ingeniosa, mejor pensada; su último retruécano espasmódico, su obra maestra. Ha delatado limpiamente al asesino, como quería Haye. Como ven, el nombre de Judith Adams estaba escrito en la tapa de una de esas cinco cajas. Pero dentro de la caja, cabezones, *dentro*, había pruebas referentes a un sucio asunto de clase muy diferente.

—¡Ah! —exclamó Schumann.

—Está loco —dijo Blystone con ferocidad—. ¿Qué objeto tiene escribir un nombre fuera y otro dentro? Iba a ser abierta en presencia de tres abogados que descubrirían la diferencia, ¿no?

—Exactamente —dijo *sir* Henry Merrivale—. Has acertado. Que lo descubrirían. Pero no hasta que los tres miembros de la firma la abrieran en presencia de los tres.

De los tres, hijo. La firma más inflexible, horriblemente respetable, de honestidad espartana, de abogados de Londres. Que iban a descubrir...

—¿Quiere decir que el asesino es...?

—Sí —dijo *sir* Henry Merrivale—. *¡Está bien, Bob!*

La puerta del dormitorio se abrió de pronto y rebotó contra la pared. Con el sargento Pollard a un costado y P. C. Wright vestido de paisano al otro, apareció un prisionero, a quien tenían que arrastrar porque se resistía. Los observadores tuvieron la repentina impresión de un andar bamboleante, una nariz abultada y una mirada fija, aumentada detrás de unas temblorosas gafas.

A hombres en buenas condiciones físicas como Pollard y Wright, les estaba causando bastante dificultad el nada atlético asesino, el abogado Charles Drake.

SIR HENRY MERRIVALE MAESTRO DE CEREMONIAS

Paso alrededor de una hora antes de que *sir* Henry Merrivale pudiera proseguir, una vez que se aplacaron el tumulto y los gritos.

—Antes de proceder a demostrarles que Charles Drake, el socio más joven de Drake, Rogers y Drake, es la única persona en este maldito caso que pudo haber matado a Félix Haye —dijo *sir* Henry Merrivale—, sería mejor destacar el recuerdo, por demás diabólico, que había utilizado Haye para contener a Drake en caso de que fuera el asesino. ¿Me atiende?

El inspector jefe Masters le contestó.

—Sí, señor, le atiende. Lo hemos descifrado —añadió, suspirando profundamente—. Pero también quiero agregar dos palabras. Llevo en la policía treinta años. Comencé en la División K, Limehouse, en los días en que Limehouse era realmente peliaguda. He trabajado entre pillos toda mi vida, pero declaro que, hasta que se me presentó este caso, nunca vi una banda de pillos semejante en todos mis días. Y todos de cuidado, por añadidura.

—Bueno, ¿qué otra cosa esperaba, hijo? —le preguntó Merrivale, inspeccionando el silencioso grupo con aire de tolerancia. Parecía casi paternal—. ¿Qué otra cosa buscaría Haye sino pillos? Él los atraía; o, mejor dicho, ellos le atraían. ¿Y cuál era la joya, la alhaja de su colección? Un ave negra del bufete de abogados más acartonados de Londres: Drake, Rogers y Drake. El joven Charles Drake, que ahora tiene cincuenta y tres años, había estado birlando valores que les habían sido confiados de una manera que...

»Como ustedes comprenderán, si no hubiera sido por la incuestionable rectitud de ese bufete, y la confianza profesional que inspiraba, nunca podrían haber ocurrido esas cosas, y el plan del asesino no habría tenido posibilidades de llevarse a cabo. Les he hablado del viejo Drake, el padre de Charles, que vino a verme en un principio. Estima sobre todo su integridad, su Creador y su familia, en el orden mencionado. Wilbert Rogers también.

»Y ahí se ve el esmero del plan de Haye. ¡Confía a ese bufete, para que se abran en el caso de su muerte, pruebas que acusan a un socio del mismo! El único lugar de la tierra donde Charles Drake no soñaría buscarlas. Haye sabía que Drake, Rogers y Drake nunca aceptan encargos de esa clase, a menos que estén los tres socios presentes para abrir lo que se ha dejado en depósito. La caja de Pandora nunca habría tenido el efecto de la de Haye. Charles Drake habría sido descubierto por su propio padre. ¿Y por qué, pensó Haye, iba Charles a sospechar de esa inocente caja con el

nombre de Judith Adams? Ese nombre le despistaría, como nos ocurrió a nosotros, maldito sea.

»Pero Félix Haye no era muy inteligente. Estimó en menos la capacidad de Charles Drake. Se equivocó.

Se habían llevado el prisionero. No había dicho una sola palabra en todo el rato. Sanders no podía olvidarse de sus grandes ojos grises asustados, que se movían detrás de las gafas como ratas detrás de un biombo. El único trastorno lo había ocasionado un repentino e inesperado ataque de histerismo por parte de Bonita Sinclair, que ya se había calmado.

Al oír las palabras del inspector jefe, varias personas se habían erguido en sus asientos.

—Debo insistir —dijo Bernard Schumann con cierta acritud—, en que me opongo a que se me llame criminal.

Bonita Sinclair no dijo nada.

—No estoy seguro de que lo haga —dijo Blystone meditativamente—. Pero hay otras partes que me interesan más. Todavía no veo cómo el nombre de Judith Adams pueda en alguna manera señalar a Charles Drake. Sostienes que Charles Drake es la única persona que puede haber cometido el crimen. Tampoco comprendo tal cosa. Me gustaría oír los pasos del *sentarse y pensar* que seguiste para descubrirlo.

Sir Henry Merrivale, con los codos sobre la mesa, se refregó las sienes con la mano, y, antes de contestar, miró fijamente *El cubil del dragón* durante un momento. Luego, sacó un lápiz y un sobre arrugado de su bolsillo.

—Muy bien —dijo con un gruñido—. Resolvamos el problema. Ustedes conocen la teoría del crimen que hemos adoptado, la cual en sus partes *esenciales* es correcta. Los huéspedes bebieron atropina. El asesino apuñaló a Haye, se deslizó fuera de la casa, fue a Gray's Inn, trepó hasta la oficina, volvió con el botín y sembró con él los bolsillos de la gente.

»Al principio, y hasta anoche, yo iba a ciegas en la oscuridad. Creía que el asesinato y el robo en la oficina de Drake habían sido ejecutados por Peter Ferguson, actuando de acuerdo con su esposa, *mistress* Sinclair. ¡Que el diablo me lleve! ¡Qué simple habría sido todo entonces! Eso resolvía nuestro mayor problema, el envenenamiento de las bebidas.

»En ese caso, las respuestas eran sencillas. Ferguson se introdujo y envenenó las bebidas, mientras nadie las observaba, aquí, en el salón. Luego, salió de la casa por la puerta trasera, descorriendo el cerrojo; fue hasta Gray's Inn, abrió la caja, cosa que no le resultaría difícil, volvió y echó el cerrojo a la puerta. Ni siquiera habría tenido necesidad de prestar atención a las puertas cerradas. El tipo era un ladrón nocturno extraordinario, que podía trepar y deslizarse por las cañerías de los desagües, como en verdad hizo cuando se esfumó.

»Eso parecía bastante fácil. Claro está, como insistí ayer, había algunas objeciones que hacer. Si Ferguson era el asesino, ¿para qué iba a quedarse dando

vueltas al edificio después del crimen, hacer tan notoria su presencia y rebuznar como un asno, para desaparecer luego? Pero era la mejor teoría por el momento, y parecía la más probable. Pero eso me presté anoche a esa incursión en casa de *mistress* Sinclair.

»Pero ustedes saben lo que ocurrió. La teoría reventó. Delante de mis propios ojos. Ferguson fue *limpiado* con atropina. Vi las manos del asesino; pero, al mismo tiempo, *mistress* Sinclair estaba en compañía de Masters, en Scotland Yard. El cielo comenzaba a encapotarse. Pensé que más valía que me preparara para sentarme y pensar un rato.

»¿Qué teníamos hasta el momento? Con Ferguson fuera de combate, parecía absolutamente cierto que el asesinato de Haye habría sido ejecutado por uno de los invitados a la fiesta. ¿Entienden? Había un testigo, Marcia Blystone, delante de la puerta del edificio. Pero era fácil que un invitado hubiera bajado las escaleras, saliendo por la puerta de atrás, fuera hasta Gray's Inn, regresara y cerrara nuevamente esa puerta. Tenía que ser así. Tenía que ser, porque nadie de fuera, sin Ferguson en el panorama, podría *haber abandonado definitivamente* el edificio, ya sea dejando la puerta de atrás cerrada con cerrojo y encadenada, o saliendo por la puerta de delante sin ser visto por el testigo.

»Pero si excluíamos a alguien de fuera, de nuevo nos encontramos con el problema de cómo fueron envenenadas las bebidas. Los invitados juraban que era imposible.

»Entonces fue cuando descubrí la treta de la nevera y la atropina en los cubitos de hielo.

»Hasta aquí vamos bien. Creo que hemos afirmado que los únicos asesinos posibles son *mistress* Sinclair, *sir* Dennis Blystone o Bernard Schumann. Si queremos ser precisos, debemos agregar otro más, Riordan, el encargado, que también estaba en el edificio. Pero pare de contar.

»Ahora, si alguno de ustedes tres, los tres primeros, puso a helar la atropina, ¿cuándo lo hizo? ¡Que el diablo me lleve si lo pudo hacer después de haber llegado aquí para la reunión de aquella noche! Haye llegó a las once menos veinte; Schumann a los cinco minutos, *mistress* Sinclair y *sir* Dennis Blystone a las once en punto. Inmediatamente, fueron preparados los *cocktails*. Es imposible que *después* de haber llegado, alguna de esas personas pudiera haber ido a la cocina, sacado la bandeja de los cubitos de la nevera, quitado los cubitos de hielo, vertido agua y añadido la atropina, y pudiera volver a poner la bandeja en su sitio sin que nadie lo notara. No, hay que descartarlo; y descartarlo también sobre la base de que los nuevos cubitos no habrían tenido tiempo de congelarse. De manera que los cubitos envenenados fueron preparados en algún momento del día antes de las once menos cuarto.

Schumann se inclinó hacia delante, levantando la mano.

—Perdón, ¿me permitirá la cátedra una pregunta? —inquirió—. ¿Por eso la policía parecía tan interesada en descubrir qué habíamos estado haciendo hasta la

hora en que nos reunimos aquí?

Sir Henry Merrivale asintió.

—Desde luego. Pero, como ven, todavía no había ido muy lejos. Esas eran mis ideas anoche. Tratando de desmenuzar todo esto, me dije: ¿no se podría precisar un poco esa hora? ¿No se podría precisar la hora en que el asesino puso a congelar los cubitos? Tuvo que entrar en algún momento de ese día, y...

»Sí, había un testigo que podía ser útil. Un gentil e inocente testigo, como supuse hasta entonces. El testigo era Charles Drake, el servicial abogado, a quien Bob Pollard había interrogado. Charles Drake llegó al apartamento de Hays a las seis en punto de la tarde. Fue personalmente a devolver una botella de cerveza que acaba de ser enviada del laboratorio de análisis químicos. No sucede a menudo que el socio más joven de un antiguo y prestigioso bufete se escabulla de su oficina para hacer recados que podrían hacerse por correo o por un botones. Pero Drake, el equilibrado Drake, se había enterado, por teléfono, de que Hays se proponía ofrecer una reunión esa noche, de manera que sintió curiosidad.

»¿Qué sucedió cuando llegó Drake? Félix Hays estaba vistiéndose para salir a cenar. Había estado bebiendo un poco; *cocktails*, como de costumbre. ¿Qué hizo Hays? Fue al dormitorio y siguió vistiéndose. Mientras tanto, Charles Drake fue a la cocina, donde dejó la botella de cerveza y se quedó allí un rato, como afirmó él mismo, escribiendo una nota de advertencia para poner encima de la botella. Durante este intervalo, Hays estuvo en el dormitorio, hablándole a gritos.

»Pero Hays había estado bebiendo. ¡*Cocktails!* ¿Eh? Luego no podía haber atropina en el hielo que usó *en ese momento*. Inmediatamente después salió, con Drake, a las seis y unos minutos. Me pareció que la maniobra de los cubitos debía de haber sido llevada a cabo en el intervalo entre la hora en que Hays salió a cenar y la hora en que volvió, a las once menos veinte.

»Así es. Pero esta mañana temprano nos han llegado dos nuevas fuentes de información: las declaraciones de Peter Sinclair Ferguson y la solución del persistente acertijo de *Judith Adams*, a quien nadie podía identificar. Miré las declaraciones de Ferguson, y rugí con tremenda vehemencia. Uno de mis ojos comenzó a abrirse. Miré de nuevo, y se me abrió el otro. Ahora bien, Ferguson no era la verdad personificada; pero se refirió con vivacidad a los hechos al hablar de Schumann, aunque se equivocara en sus suposiciones, y también lo hizo con respecto a su esposa. No había razones para dudar de su relato del asesinato de Hays, porque en su conducta se basaba en él. Había sido asesinado precisamente porque sabía lo que sabía. A menos que estuviera diciendo la verdad, su asesinato no tiene sentido, y ciertas enigmáticas observaciones de su declaración perderían su significado de manera total.

»¿Enigmáticas? ¡Así me condenen, ya lo creo que eran enigmáticas! Ferguson se estaba haciendo el escurridizo, antes de llevarnos al final y revelar quién había matado a Hays. Pero oigan lo que dice. Masters, déme una copia de esas declaraciones.

»Describe cómo estaba situado en el dormitorio de este apartamento, observando esta habitación a través de una rendija de la puerta. Su declaración coincide exactamente con los demás hechos que conocemos. Dice de qué manera se sentaron alrededor de esta mesa, y cómo comenzó Hays a hacerles pasar las de Caín. Aquí cita las palabras de Hays. Oye que las cinco famosas cajas están en el estudio de Drake, Rogers y Drake, en un cajón más grande con el nombre de Hays pintado en la tapa. Esa es su señal, y se prepara para ir a introducirse en las oficinas de los abogados.

»Pero, inmediatamente después de esta observación, viene esta otra sorprendente y totalmente carente de sentido:

»*También observé el ropero, lo cual me hizo salir.*

»¿Cuál es el sentido de esa frase? El único ropero en el apartamento es ese enorme que hay en el dormitorio. Bueno, hasta ahí todo va bien. Pero ¿por qué habría de observarlo? ¿Por qué le hizo salir?

»¿Era posible, muchachos, que hubiera otra persona en el apartamento, uno de fuera, escondido en el ropero?

»Sigamos a Ferguson a partir de entonces. Baja, busca la dirección de la oficina de Drake, oye que alguien baja muy de prisa y le sigue. Ambos salen por la puerta de atrás, dejándola abierta. En la calle, Ferguson ve quién es la persona, y escribe: *Sorprenderán cuando lo diga.* ¿Por qué habríamos de sorprendernos? Los huéspedes del comedor eran demasiado sospechosos. Lo que sigue es un verdadero manjar.

»La *persona* va a la oficina de los abogados, sube por una escalera de incendio, y parece abrir el pestillo de la ventana con un cuchillo. Entra y sale dos minutos más tarde. La hora, doce y cuarto.

»Repito: dos minutos. Luego, Ferguson, una anguila experimentada en robos con escalo, entra y echa una ojeada a la oficina. Oigan de nuevo las palabras de Ferguson: *Un cajón, con el nombre de Hays pintado encima, yacía en el suelo con la cerradura rota. Un trabajo difícil. Estaba vacío. Recorrí las oficinas... Eran las doce y media cuando salí.*

»*Un trabajo difícil*, dice Ferguson. Eso tiene mucha miga. Y tenía razón. ¿Había sido llevado a cabo el robo a esa hora, por la *persona* que Ferguson había seguido desde Great Russel Street?

»Mi opinión, con la mano en el corazón, que les someto para que decidan ustedes mismos, es que no es posible. Esa *persona* va a la oficina, encuentra la caja, logra forzarla, *un trabajo difícil*, saca su contenido y se va. Todo en dos minutos. ¿Es eso todo? No, señor. ¿Qué nos dicen esa mañana Drake, Rogers y Drake? Durante ese mismo asalto ha sido robada una elevada suma en valores perteneciente a Hays, que no estaba en la misma caja, sino en la caja fuerte.

»Colirio. Colirio británico garantizado, de la mejor calidad.

»¿Miente Ferguson en este punto? Es posible, pero si lo hace, ¿dónde está el sentido de las palabras que ha escrito, y por qué es asesinado? Hasta ahora podemos verificar su historia del asesinato y sus corolarios. Supongamos, para seguir la

discusión, que sea verdad, hasta que podamos demostrar lo contrario. De las declaraciones de Ferguson obtenemos los siguientes puntos: 1) El robo en la oficina de Drake no fue realizado a las doce y cuarto. Fue realizado mucho antes; 2) fue llevado a cabo por alguien que tenía una llave para abrir la caja fuerte de Drake, Rogers y Drake; y 3) fue realizado por alguien que sabía que Félix Hays depositaba valores en esa oficina, y que sabía, además, qué valores eran y dónde podía encontrarlos.

»Eso por sí solo es suficiente para producirle a uno una sensación rara en la nuca. Pero suponiendo nuevamente que la historia de Ferguson sea verídica, ¿dónde nos lleva eso, muchachos? Si el robo había sido efectuado, no podemos decir que la *persona*, a las doce y cuarto, sacó las pruebas, los cuatro relojes, los mecanismos de despertadores y lo demás. No podemos decir que la *persona* llevó esas cosas a Great Russell Street, y sembró los bolsillos de los invitados. Eso ya había ocurrido.

»Había ocurrido mucho antes de las doce menos cuarto. Pero esos artículos, como ven, tenían que ser puestos en los bolsillos de los invitados de alguna forma. No podían ser colocados hasta que quedaran inconscientes, y los invitados no quedaron inconscientes hasta alrededor de las doce menos diez. De modo que...

»*El asesino puso las cosas en sus bolsillos y atravesó a Hays con el estoque, entre las doce menos diez y medianoche. Entonces concluyó su trabajo. Abandonó el edificio. Fue a Gray's Inn, y echó una última mirada por las oficinas de los abogados para cerciorarse de que nada había sido descuidado. Luego, se fue a su casa.*

»¿Ven cómo encaja con los hechos, si es verídico? Las declaraciones de Ferguson sugieren a un extraño escondido en el ropero. Un extraño cuya identidad nos sorprenderá, un extraño que echó una breve mirada a la oficina en dos minutos, y luego se largó para su casa. ¿Eh? ¿Niegan que esto sugiera a un extraño que se va a su casa? Miremos nuevamente las declaraciones.

»Después de ver que el asesino se retira, después de inspeccionar por sí mismo la oficina de los abogados, Ferguson vuelve a Great Russell Street. Esto es lo que dice: *La maldita puerta del fondo, por la que yo y esa otra persona habíamos salido del edificio, de nuevo estaba cerrada por dentro. No me esperaba tal cosa. No lo comprendía.*

»Bueno, ahora... Si el asesino hubiera sido un miembro de la reunión de Hays, uno que estuviera dentro, ¿por qué iba a sorprenderse Ferguson? Porque, después de todo, el asesino habría estado dentro. No, muchachos. Le sorprendió porque sabía que el asesino había terminado su trabajo, se había limpiado las manos, y se había retirado a su casa.

»Pero allí parecía que nuestra grande, hermosa y floreciente teoría se derrumbaba.

»La puerta del fondo, con cerrojo; la puerta principal, vigilada; el de fuera, puf. ¿Eh? Pero eso no me preocupaba tanto como antes. Hasta contemplé la idea de que la chica, Marcia Blystone, podría ser la asesina o una cómplice del asesino.

—¡Oiga! —protestó Sanders.

—¿No habrá pensado de veras que yo...? —dijo Marcia.

—¡Oh! ¡Oh! —dijo *sir* Henry Merrivale, con una voz de ultratumba—. ¿Que no lo pensé? Como he señalado en otra ocasión, tú has sido el obstáculo más persistente y entusiasta de la justicia en todo el caso. Nunca dijiste la verdad cuando tuviste ocasión de decir una mentira. Hurtaste las declaraciones de Ferguson en mis propias narices, y sólo las devolviste cuando viste que no había nada comprometedor en ellas. Pero de ninguna manera te imaginaba con una llave para abrir la caja fuerte de Drake, Rogers y Drake, y tampoco te imaginaba con conocimiento de la situación de los asuntos económicos de Haye.

»Habiéndote observado en acción durante tu pequeña incursión en casa de *mistress* Sinclair, tampoco te podía imaginar como una asesina, ladrona probada, ni como una cómplice experimentada. No encajabas en el cuadro.

»Había comenzado a ser bastante evidente, sin embargo, quién podría encajar.

—¡La buena viejecita, Judith Adams! —dijo *sir* Henry Merrivale con sentimiento—. *Sir* Dennis Blystone me habló de ella, y de su libro sobre dragones. Podía haberlo sospechado. En realidad, lo hice. No era ninguna prueba. No era nada más que un vil ejemplo de la manía de Haye de hacer retruécanos, en la peor fórmula de *Cómo animar una reunión*. El erudito estilo de Judith Adams, y su predilección por los idiomas, que hasta Timothy Riordan había observado, le suministraron la información.

Señaló malignamente con el dedo.

—Tú, Denny. ¿Cuál es la etimología de la palabra dragón?

Fue Schumann quien contestó:

—Ya he observado eso, *sir* Henry, del latín *draco*, que significa serpiente amaestrada...

—¡Serpiente amaestrada! —gruñó *sir* Henry Merrivale—. Seguro. Serpiente amaestrada. Ahora, escuchen —recogió el libro— lo que la buena viejecita Judith tiene que decir sobre el tema: «La *draco* de los romanos no era la serpiente de aliento de fuego de la leyenda cristiana, sino una serpiente mansa, ocasionalmente venenosa, que las familias ricas criaban como animal doméstico. De ella deriva también la palabra inglesa *drake*, que significa una pieza pequeña de artillería. En español, el latín *draco* se ha convertido en *dragón*; en la época isabelina se le aplicaba el mote a *sir* Francis Drake, durante sus incursiones». Ahí está, Félix Haye no pudo resistirse, ni a la serpiente amaestrada, ni a la pequeña pieza de artillería, ni a la repetición del nombre. ¿No se lo imaginan riéndose entre dientes con la broma? No fue muy sutil, me parece. Y murió por no serlo. El *dragón* Drake...

—Mi ayudante, *míster* El Hakim —dijo Schumann— es algo español, como ya le he dicho. Ayer, el sargento no podía entender por qué estuvo tan divertido cuando lo oyó discutir amargamente por teléfono sobre ese libro. Haye se ha referido a menudo a Charles Drake con ese sobrenombre.

—¡Oh! ¡Oh! Y a usted —dijo *sir* Henry—, tuvieron que bajarle los calcetines

antes de que largara la información.

»No importa. Volvamos a la verdadera prueba.

»Le he pedido a Masters que comprobara los movimientos de *mistress* Sinclair, *sir* Dennis Blystone y Bernard Schumann durante el día del asesinato de Hays. Estaba bastante seguro de que la atropina había sido introducida en la bandeja del hielo entre las seis, hora de la visita de Drake, y las once menos veinte. ¿Pudo haberlo hecho alguno de ellos? Además, ¿pudo alguno de ellos realizar el robo verdadero en casa de Drake, Rogers y Drake?

»No es posible.

»Durante esta mañana y esta tarde, el sargento Pollard ha recogido informaciones que daban cuenta de los movimientos de *mistress* Sinclair durante el día de autos, hasta la hora en que llegó aquí con *sir* Dennis Blystone, a las once. También han sido comprobados los movimientos de Dennis. Lo mismo ha sucedido con Schumann, que pasó el día entero, hasta una hora tan tardía como para no dejar lugar a dudas, con testigos de una integridad impecable, como lo son lord y lady Thurnley. Ellos lo han confirmado. Ninguna de esas tres personas podía ser responsable del asesinato y, o, del robo. Ninguna de ellas se acercó a este apartamento o a la oficina de Drake.

»Pero ¿quién vino a este apartamento a las seis en punto?

»Charles Drake, y solamente Charles Drake. ¿Quién tuvo una magnífica oportunidad para verter la atropina en la bandeja de la nevera, mientras Hays se vestía en el dormitorio? Drake. ¿Quién pasó largo rato en la cocina? Drake. ¿Quién conocía los detalles de la reunión de esa noche, la hora en que iba a comenzar y quiénes iban a asistir? Drake.

»¡Apretémoslo más todavía! Félix Hays bebió *cocktails* con hielo, pero sin la droga, a las seis de la tarde. Luego salió. ¿Pudo algún otro haber venido al apartamento después y hacer la mala jugada, además de Drake? No me refiero solamente a *mistress* Sinclair, o a Dennis, o a Schumann; ¿pudo algún otro haber hecho eso?

»No. Al salir, Hays ordenó al encargado Timothy Riordan que viniera a arreglar el apartamento, lo que hizo en seguida. Como un buen hijo, se sentó en la cocina y pescó una mona brutal con el *whisky* de Hays. Y, como buen hijo, tampoco le iban a pescar al lado de la botella. Sabía a qué hora volvería Hays, y no pensaba mover un dedo hasta entonces. Y cuando se fue, se llevó el resto de la botella consigo. Pero borracho, o sobrio, o como estuviera Timothy, nadie pudo haberse deslizado en la cocina y hacer de las suyas con el hielo mientras el irlandés estaba allí.

»Por supuesto —dijo *sir* Henry Merrivale en tono de disculpa—, pueden decir que el siniestro asesino fue el propio Timothy, y que envenenó el hielo. Pero me temo que esa teoría esté llena de lagunas. Dudo que jamás se le haya ocurrido pensar en el hielo, lo cual es una buena cosa, pues si no, sería hombre muerto. Dudo que se pueda pensar en Timothy como asesino durante más de sesenta segundos, teniendo en cuenta las pruebas al mismo tiempo, y creer que encuadra en el perfil del culpable

más que Marcia Blystone o, digamos, lady Blystone.

»De todas maneras, quedaba una objeción muy seria. Si Drake era el asesino, ¿cómo se cerró y echó la cadena a esa puerta trasera? Sin ese inconveniente, se nos hacía el monte orégano. La respuesta es a la vez poética y apropiada. A Timothy, que estaba lleno de *whisky*, se le despertó el alma cuando oyó el golpe de la puerta que se abría a las doce y cuarto, y se levantó como un leal hijo que es y echó el cerrojo.

»Ahora, el itinerario completo de Charles Drake está bastante claro. Haye le tenía cogido, pero *no* dejaba ver que le tenía cogido. Mejor dicho, trató de no hacerlo. Pero Haye era un pésimo actor. Si mostraba lo que sabía se le estropeaba la broma. Probablemente, Drake se enteró varios meses atrás de que Haye conocía su proceder delictivo en el bufete. No estaba seguro de la cantidad y la calidad de las pruebas que Haye tenía en su contra. Pero Drake, que era un hombre práctico, tomó medidas prácticas. Le mandó a su cliente una botella de cerveza cargada de atropina.

»Es algo curioso. Drake habló con Pollard como un cínico artífice del crimen, un artista de madura experiencia; y tal vez creía serlo. De cualquier manera, Drake sabía una cosa: Si uno se desliza en una farmacia, con bigotes postizos, y compra un poco de veneno con alguna torpe excusa, y firma el libro con un nombre falso, le pescan, más seguro que dos y dos son cuatro. Uno puede ir a cinco farmacias diferentes y dejar rastro para que le identifiquen con la misma facilidad, como señaló Monte Cristo hace muchos años. La única manera de comprar veneno sin despertar sospecha es comprarlo en cantidades tan enormes que a nadie se le ocurra pensar dos veces en el asunto. Por ejemplo, tomemos la nicotina, un veneno tan mortal como el mejor. Uno no puede comprar un paquete de nicotina. Pero hay lugares en un distrito de Kent donde se puede comprar un camión cargado de ella y largarse sin que se le haga una sola pregunta. Lo mismo sucedió con la atropina de, Drake. Se estableció como fabricante de colirios. Compró a un mayorista una botella de diez onzas de atropina pura, cantidad tan grande que nadie pensó que pudiera ser usada como veneno.

»Pero Haye no bebió de la botella de cerveza. ¿Sospechó acaso quién se la había enviado? Tengo la idea de que sus sospechas estaban bastante bien encaminadas. Si no, ¿por qué llevó la botella a sus *abogados*, e hizo que *ellos*, incluyendo a Charles, la mandaran al laboratorio de análisis químicos? Habló mucho de ello con Drake. Le pidió que pusiera el asunto en manos de una empresa de detectives privados. Pero, de todas maneras, dudo de que Haye sospechara que Drake fuera capaz de un asesinato, más de lo que sospechaba de un médico como Blystone o una chica con muchos maridos como *mistress* Sinclair.

»Luego, Haye fue a depositar las cinco cajas, saltando de contento con la bonita trampa que había tendido a sus enemigos. Para sus enemigos y para Drake, en el caso de que no hubiera juego limpio. Drake adivinó sus intenciones. Apuesto doble contra sencillo a que Drake comprendió lo de *Judith Adams* y abrió su propia caja, muy poco tiempo después.

»No sabemos cómo le tenía cogido Haye. No es probable que Drake nos lo diga.

Pero el contenido de esa caja debe de haber demostrado que lo que Hays realmente sabía, era como para poner los pelos de punta. Eso era demasiado peligroso. Evidentemente, Hays tenía que morir.

»Drake esperó a la fiesta o reunión de dirigentes que se realizaría en breve. Sin duda, Hays había dejado escapar algunas indirectas sobre sus propósitos, y Drake se estaba preparando. Tuvo que representar un robo falso y hurtar las cajas, tanto las de los demás como la suya propia. Me inclino a pensar que se hizo con las cinco cajas antes del verdadero día del robo y del asesinato. Las abrió y encontró los curiosos artículos con descripciones e historias completas escritas por Hays, un comentarista infatigable, sobre Blystone, Schumann, *míster* y *mistress* Sinclair Ferguson.

»Entonces, Drake tuvo su idea genial. Supongamos que, durante la reunión, pudiera darse maña para administrarles la atropina. ¡No para matarles! Solamente para hacerles perder el sentido. Entonces podría entrar en el apartamento a salvo. Podía hacer una pequeña investigación para ver si Hays tenía más pruebas. Podía matarle con la famosa espada de Hays o con el sable que guardaba en su casa. Eliminaría a Hays y alrededor de él estarían sentados tres asesinos en potencia, sin conocimiento. Pondría algunas pruebas en sus bolsillos. Algunas, nada más. Cosas incongruentes, como relojes y lupas, que serían desagradablemente difíciles de explicar cuando se descubriera el cuadro, como esperaba que se hiciera.

»¿Se dan cuenta? Divulgar el secreto completo sería estúpido. Podrían perder el ánimo con las investigaciones y hacerse demasiado amigos de la policía. Si sólo se encontraban insinuaciones acusadoras, se unirían para borrar las huellas de sus feos pasados. Se unirían para decir mentiras, se escudarían unos a otros. Y los tres tirarían inconscientemente hacia el mismo lado, para salvar el tocino y esconder, de paso, la cara de Drake. No estaba mal.

»Había un punto incómodo. Las pruebas en contra de *mistress* Sinclair consistían en un par de cartas, comentadas por Hays. Nada más. Si Drake metía esos documentos en su bolso, el gato iba a salir aullando, y algunas mujeres, él no conocía a ésta, tienen la costumbre de charlar demasiado con la policía. Pero ahí estaban las informaciones confidenciales sobre Peter Ferguson, su marido, que Hays había obtenido por medio de los amables comentarios de *mistress* Sinclair.

Aquí, *sir* Henry Merrivale hizo un guiño por encima de las gafas a Bonita, que le sonreía con cara plácida.

—Usted no creía realmente que Peter Ferguson hubiera muerto. ¿No es así? De otra manera, habría cobrado esa póliza de seguro que era tan tentadora. Hays tampoco creía que estuviese muerto, pero no podía invitarle a la reunión, porque nadie sabía dónde estaba. De modo que Charles Drake decidió tomar la cal viva y el fósforo, reliquias de la antigua caja de herramientas de Ferguson, que usted conservaba y que Hays obtuvo, y las introdujo en su bolso para subrayar la conexión entre usted y Ferguson.

Bonita Sinclair se encogió de hombros.

—No es tan tarde esta noche como para estar preparada para hacer confidencias. Pero ¿puedo formular una pregunta? Supongamos que el propio Drake fuera invitado a la reunión. ¿Qué habría pasado si Hays le hubiera invitado?

Sir Henry Merrivale la miró fijamente.

—¡Pero, muchacha! —dijo—. ¿Y *estropear* la broma? ¿Echar a perder el preciso plan de Hays? ¿Cómo iba a dejar que Drake supiera que sospechaba de él, sin ponerle al tanto del juego de *Judith Adams*, o, por lo menos, sin que se enterara de sus ideas con respecto a su abogado? ¡Oh, no! Drake sabía que allí estaba a salvo.

»Bueno, cuando Drake recibió la noticia *esta noche es la noche*, estaba listo. Decide ir a ver a Hays, alrededor de las seis de la tarde. ¿Adivinan por qué? Su cliente estaría vistiéndose para la cena y mojándose el gaznate con un *cocktail* antes de salir. Por lo tanto, Drake tenía una excusa admirable para renovar el hielo de la nevera.

»Con respecto a su *robo* en la oficina, se las debe de haber arreglado entre las seis y media y, digamos, las diez y media, después que los empleados se hubieran retirado. Por ahora, no sabemos si fue entonces cuando robó los valores de Hays, o si los había hurtado largo tiempo atrás, como conjeturo. Rompió la cerradura de la caja de documentos, forzó la ventana, y salió en seguida.

»Seguramente, estuvo en Great Russell Street antes de las diez y media. Iba a deslizarse en el apartamento y esperar la llegada de los invitados. Sencillo, en un apartamento donde hay un ropero en el dormitorio tan grande como una alcoba. Creo que consiguió un duplicado de la llave del apartamento de Hays, pero no la necesitó. La puerta estaba abierta, porque Timothy, el encargado, estaba dentro, en la cocina, rociándose con *whisky*.

»Charles Drake entró en el dormitorio y esperó. No anduvo rondando mucho, excepto para desconectar el teléfono, una vez que Timothy se hubo marchado haciendo eses, para el caso de que alguien tratara de comunicarse antes de que la atropina hiciera efecto y diera una alarma prematura.

»Ustedes saben lo que sucedió. El peor momento fue cuando Peter Ferguson, apareció en el dormitorio, y comenzó a escuchar con cuidadosa atención a través de la puerta. Drake no conocía a Ferguson ni podía saber qué Cristo estaba haciendo. Pero Ferguson, quienquiera que fuese, podría ser un inofensivo escribiente del piso de abajo, como parecía, y Drake no se preocupó mucho. Ferguson había visto a las personas de la otra habitación. No había visto a Drake, o por lo menos así lo creyó nuestro abogado, y Ferguson se fue justamente antes de que las visitas se desplomaran envenenadas con atropina.

»Hum. Bueno. El error de Drake fue que actuó demasiado rápido. Puso los artículos en los bolsillos de las distintas personas. Hizo un poderoso esfuerzo, aplacó sus nervios, e hirió a Hays por la espalda.

»Luego, quiso salir en seguida de aquí. No estaba acostumbrado a tales cosas, ¿comprenden?

»Pero no perdió el completo control de sus nervios. Su ladino propósito era sugerir que uno de los visitantes se había arrastrado fuera, llegado a Gray's Inn, robado su oficina, y vuelto a esta casa. Ese renegado casi nos mete definitivamente esa idea en la cabeza. Por eso dejó las puertas abiertas cuando se fue, la puerta del apartamento de Haye y la puerta de fondo del edificio. Por eso dejó el estoque apoyado en un lugar tan visible como la escalera.

Las oficinas de la Compañía Anglo-Egipcia estaban a oscuras. No sabía que Ferguson iba detrás. ¿Pero se dan cuenta del astuto plan de Drake? No le importaba que le vieran en la vecindad, siempre que nadie le viera demasiado de cerca. Alguien iba a Gray's Inn, en el caso de que un paseante nocturno notara el hecho y la policía lo comprobara más tarde. Pero...

Sir Henry Merrivale se interrumpió y miró a *Schumann*.

—Hable, hijo. Usted ha contado al inspector jefe que Ferguson conocía a Charles Drake personalmente, usted ha dicho eso esta tarde, ¿verdad?

Schumann asintió.

—Sí. Oí a Ferguson hablar de ello hace unos diez años. Dijo que la manera bamboleante de andar de Drake era muy notoria, semejante a la de un marinero. Supongo que fue así como Ferguson le reconoció cuando salió del edificio.

—Del edificio —dijo *sir Henry Merrivale* con divertida amargura—. Seguro. Charles Drake hubiera salido por la puerta principal en vez de por la de detrás. Menos trabajo, pero... miró a través de los cristales de la puerta de delante y vio... —*sir Henry Merrivale* se dirigió a *Marcia*— a ti, esperando allí, bajo el farol, justo frente a él.

»De paso, hija, también obstruiste el camino de la justicia en otro sentido. No sabías que había cuatro relojes en los bolsillos de tu padre hasta que tú y Sanders descubristeis los cuerpos rígidos en esta habitación. Mientras Sanders bajó a telefonar a la policía y a la ambulancia, encontraste los relojes en los bolsillos de Denny. Sabías qué querían decir. De modo que, cuando regresó el doctor, le contaste sin pestañear la fantástica historia de que los había pedido prestados antes de salir esa noche. El arte de despistar, como ven, para evitar que pensáramos en rate..., bueno, no importa.

»Estábamos hablando de Drake, y ya casi se acaba la historia. Drake echó una rápida ojeada a su propia oficina, sólo para probar que alguien había estado allí; y también, como un artista, para manipular el pestillo de la ventana y demostrar que había sido forzado desde fuera. A las doce y cuarto, se fue a su casa que está en Bloomsbury Square, a diez minutos de su oficina. Naturalmente, como han adivinado, fue al perseguidor Ferguson a quien vio el sereno descolgándose desde la ventana de la oficina, exactamente a las doce y media. Para entonces, claro, Drake estaba en su casa y pudo contestar la llamada telefónica del sereno, que chillaba por el atraco.

»Debió de preguntarse qué diablos pasaba, cuando el sereno dijo que el ladrón

había escapado a las doce y media, proporcionándole de esa manera una coartada. Ya en camino para investigar el robo —dijo al sargento Pollard que se había vestido y había ido a su oficina más tarde— pasó cerca de Great Russell Street. Su intención era llamar desde un teléfono público y decirle a la policía que pasaba algo raro en el apartamento de Haye.

»Pero se dio cuenta de que pronto se descubriría el asesinato. Vio a Marcia Blystone y al doctor Sanders discutir bajo el farol y luego entrar en el edificio.

»El resto, Masters podrá llenarlo con los detalles rutinarios. Ferguson había vuelto a Great Russell Street, como dice su manuscrito. Estuvo presente cuando se descubrió el asesinato. No estaba seguro de nada. Las cosas colocadas en los bolsillos de las personas le molestaron horriblemente. Pero sabía que Drake era el asesino. Y, al día siguiente, se puso en contacto con Drake con bonitos planes de chantaje. Evidentemente, no iba a compartir esa veta de oro con su mujer. Mientras ella iba a Scotland Yard, invitó a Drake a Cheyne para charlar. Drake también estaba preparado para eso. Ya saben cómo.

»Pero la parte más triste fue que la compañía de detectives particulares, la Everwide, la firma que él mismo contrató, había rastreado el veneno antes de que Haye o Ferguson fueran asesinados. Cuando se enteraron de lo que había sucedido, no supieron qué diablos hacer. Pero, como se trataba de un asesinato y estiman en mucho su reputación, dijeron primero a Drake que tenían información, y luego se dirigieron a la policía. Cuando Masters y yo oímos que habían prevenido a Drake, supimos que era hora de apretarle los tornillos y hacer una reconstrucción del delito en su presencia. Él estaba aquí por la fuerza, sujetado por Pollard y Wright, en la otra habitación. *Míster* Schumann ha proporcionado las demás pruebas. No solamente sabía la jugarreta de *Judith Adams* que había inventado Haye, sino también...

—Fui el último en perder el conocimiento en esa mesa —dijo Schumann con mucha calma—. Creo que le vi entrar en la habitación antes de perder totalmente el sentido. Pudo haber sido una alucinación provocada por la atropina, aunque ahora sé que no. Pero, los ángeles me protejan, ¿cómo iba a hablar sin delatarme a mí mismo... por otras cosas?

Estiró la mano y dio un golpe en la mesa. Luego, exhaló un trémulo suspiro. Todos estaban silenciosos.

Fuera había comenzado a llover, lentamente al principio, y, luego, con un susurro creciente, hasta que terminó por resonar como la lluvia de dos noches atrás. Sanders también recordó otra cosa. Hacía dos noches se había devanado los sesos con un problema en el Instituto Harris, lo último que le había preocupado antes de encontrarse envuelto en este caso. Se trataba del caso Smith, y el problema consistía en averiguar cómo había sido introducido el arsénico en el helado. Ahora lo sabía.

En medio del silencio, lady Blystone se puso de pie. Desde que *sir* Henry Merrivale había hablado francamente sobre cierto punto, ella no había vuelto a abrir la boca.

—¿Debo entender —dijo tranquilamente— que este caso se ventilará en los tribunales?

—Así es —contestó *sir* Henry, mirándola inexpresivamente.

—¿Estas cosas horribles, esta suciedad sobre mi marido va a ser mencionada en el juicio?

Blystone tenía la cara desencajada, pero sonreía.

—No importa, Judy —le dijo tratando de calmarla—. Puedo cuidarme. No me importa. He aprendido a reírme de ello.

—Pero a mí sí me importa —contestó ella. Estaba poseída por esa silenciosa y tensa rigidez de la ira—. Yo no he aprendido a reír, si es que tú encuentras consuelo en eso. No creo que me interese aprender. ¿Por qué crees que he soportado todo esto? ¿Incluso venir aquí esta noche? ¿Soportarte a ti? ¿Soportar otras cosas? Porque no soportaré la ignominia en mi familia. No puedo aguantarlo. Me mataría.

—¡Pero oye, Judy...! Nuestro crucero...

—Planeamos ese viaje —contestó— cuando creía que el asunto sería decentemente silenciado. Ahora no puedo decir que me interese. Buenas noches, Dennis. Buenas noches..., señores. No, Marcia, quédate donde estás. Daré instrucciones a mis abogados para que inicien el divorcio mañana. Casi no será necesario que mencione en la demanda —agregó sin mirar a Bonita Sinclair— el nombre de la cómplice del demandado. De esa manera, puedo lavarme las manos en el asunto tan pronto como sea posible, aunque no sea legalmente.

Salió de la habitación, sin prisa. Blystone dio un salto y se le acercó a grandes zancadas.

—Sí, corre detrás de ella —dijo Bonita Sinclair—. Corre detrás de ella, y pierde lo que te queda de alma y de paz. Ve a que te regañe hasta que quedes medio muerto, y no puedas estar cómodo ni con tu propia hija. O quédate con la que te complaces en llamar una ramera mercenaria como yo, y haz la prueba de ser feliz como tú sabes que puedes serlo. Nunca viví hasta que te encontré. Nunca viví hasta que me encontraste. Haz lo que te plazca y condénate. Pero, hagas lo que hagas, trata por lo menos de decir, ante todo, una palabra de agradecimiento a un amigo que puede que mastique tabaco y ofenda a tus relaciones literarias con su jerga vulgar, pero que fue el único que te tendió la mano y trató de ayudarte cuando te viste realmente en apuros.

Sir Henry Merrivale emitía sonidos balbucientes de furor. Era la única vez en su vida que Masters le había visto sin saber qué hacer. Sanders, en cambio, miraba a Marcia. Y ésta retiró con tranquilidad la mano que apoyaba en la de su prometido. Se aclaró la voz. Dio unos pasos con aire casi furtivo, y tocó el brazo de la otra mujer.

—*Mistress* Sinclair —dijo—. Perdóneme.

— **FIN** —



JOHN DICKSON CARR (30 de noviembre de 1906 – 27 de Febrero de 1997) fue un escritor norteamericano de novelas policíacas. Además de firmar mucho de sus libros, también los seudónimos Carter Dickson, Carr Dickson y Roger Fairbairn.

Pese a su nacionalidad, Carr vivió durante muchos años en Inglaterra y a menudo se le incluye en el grupo de los escritores británicos de la edad dorada del género. De hecho la mayoría, pero no todas, de sus obras tienen lugar en Inglaterra. De hecho sus dos más famosos detectives son ingleses: Dr. Fell y *Sir Henry Merrivale*.

Se le considera el rey del problema del cuarto cerrado (parece que debido a la influencia de Gaxton Leroux, otro especialista en ese subgénero). De entre sus obras, *The Hollow man* (1935) fue elegida en 1981 como la mejor novela de cuarto cerrado de todos los tiempos.

Durante su carrera obtuvo dos premios Edgar, uno en 1950 por su biografía de *Sir Arthur Conan Doyle* y otro en 1970 por su cuarenta años como escritor de novela policíaca.

Notas

[1] Se llama así, familiarmente, a los automóviles negros de la policía. (N. del T.) <<

[2] No entiende nada este cerdo policía. Es divertido, ¿no? <<

[3] Cerdo policía. <<

[4] Cerdo. <<

[5] He aquí el cadáver. <<

[6] El muerto soy yo. Me sentaré en el extremo de la mesa. <<